

The background of the cover is a deep blue gradient, transitioning from a lighter blue at the top to a darker blue at the bottom. It is filled with numerous small, glowing white and pinkish particles, resembling stars or underwater light reflections. In the upper right, a large, detailed illustration of a humpback whale is shown swimming towards the left. In the lower center, a woman with long dark hair is depicted in a graceful, floating pose, wearing a light-colored, sleeveless dress. She is reaching her right arm upwards towards the whale's mouth. The overall mood is dreamlike and ethereal.

Luanne Rice

La
belleza
perdida





Luanne Rice

La
belleza,
perdida



Luanne Rice

LA BELLEZA PERDIDA



SIN LÍMITES

CAPÍTULO 1

20 de mayo
Nueva Bretaña, Connecticut

El día que todo cambió, no debí haber ido a la escuela. Tenía que instaurar el plan y no podía ser ahí.

Me senté en la tercera fila en la clase de literatura inglesa. Sobre mi escritorio tenía abierto *Cien maravillosos cuentos cortos de Estados Unidos* y sólo estaba esperando que la clase terminara. Era la penúltima del día. A lo mejor podía ir a la enfermería para perder la clase o simplemente podía salir por la puerta principal, bajar los escalones anchos de la escuela y caminar hacia mi destino.

Mientras tanto, la voz del profesor Anderson parloteaba de “Chicxulub” de T. Coraghessan Boyle. Era mayo, pronto íbamos a tener un examen semestral y me gustaba el cuento. Se trataba del sublime desastre de una familia. Yo sabía que tenía que tomar apuntes para el examen, pero muchas cosas me distraían.

Mi mente estaba atascada como una llanta en la nieve, girando y girando. Me daba miedo porque así era como me sentía antes de que empezara ESO (con E mayúscula, S mayúscula y O mayúscula). Las ventanas del salón estaban abiertas y trataba de concentrarme en el presente, en el sonido de las hojas de primavera que bailaban con el viento, como había visto que ocurría en el hospital, pero no funcionaba.

Otra distracción: la nuca de Billy. Llevaba el pelo castaño corto y mal cortado, como si lo hubieran hecho con un cortauñas. Tenía pecas atrás de las orejas. Todo el invierno había usado el mismo suéter, azul marino con un hoyo en el puño de la manga derecha. Vivía en un hogar comunitario, me imaginaba que todos usaban ropa de segunda mano ahí. Sin embargo, ahora, en primavera, parecía que tenía varias playeras distintas. La de hoy era verde oscura, de mangas cortas con el cuello torcido y veía sus brazos. Estaban pálidos, porque Connecticut en mayo solamente se había separado ligeramente del invierno y no habíamos tenido aún suficiente sol; por supuesto, también tenía pecas.

Como si pudiera sentir mi mirada, se volteó a verme. Nuestras miradas se encontraron y, con un sobresalto, bajé la mirada; sin embargo, no duró mucho. Volví a alzar la vista y parpadeé viéndolo a los ojos, concentrada en la seriedad de su expresión, la boca abierta, la manera como el cabello le caía sobre los ojos, y entonces sonó la campana.

Clarissa y Gen, mis mejores amigas, se pararon enfrente de mi escritorio. Las quería, pero estaba ligeramente molesta porque había tenido la sensación de que Billy iba a decir

algo. Me incliné hacia él, sorprendida por el hecho de que iba a ser la última vez que hablara con él en toda mi vida. Sin embargo, con Clarissa y Gen ahí, él se levantó, y se fue.

—Vamos a ir al centro después de la escuela —dijo Clarissa.

Tenía el cabello castaño corto y ondulado, ojos marrones redondos y era un poquito gorda, una de esas niñas raras a las que parecía no importarles, que comían lo que querían y se decían a sí mismas que estaban “perfectamente bien con un poco de sobrepeso”.

—¿Te gustaría un almuerzo en el Burritt? —preguntó.

—¿Te saltaste el *lunch*? —le pregunté; yo también me lo había saltado. La comida de la escuela básicamente era una porquería.

—Claro —dijo Gen. Gen era coreana-estadounidense, delgada, con cabello lacio negro. Había tomado ballet desde que tenía cuatro años y había bailado en *El cascanueces* en el Teatro Garde, en Nuevo Londres. Ahora mismo, estaba parada sobre los talones dando vueltas. Su mente siempre estaba en el baile.

—Se me antoja el Fresco —dijo Clarissa lamiéndose los labios.

Era nuestro sándwich favorito: tomates, mozzarella fresco y albahaca en panini. No íbamos muy a menudo, pero nos encantaba ir al hotel más viejo de la ciudad, sentarnos bajo el candelabro del salón del comedor, comer Frescos y después tomar té. Luego, íbamos a la biblioteca para hacer la tarea o al parque Walnut Hill a pasar el tiempo con nuestros otros amigos.

—Hoy no puedo —dije, pensando en el plan.

—Mi papá me dijo que el Burritt no durará mucho tiempo más —dijo Clarissa—. Van a construir un condominio.

—De todas maneras no puedo —dije, pero la noticia me formó un nudo en la garganta. Otra cosa que me importaba, que era parte de mi vida, estaba a punto de desaparecer.

—Está bien —dijo Gen, alzando las cejas. Estaban preocupadas por mí; sonreí para que supieran que estaba bien. Me había vuelto buena en reconfortar a las personas, para que no se preocuparan de que fuera a hacer algo impulsivo y no me molestaran —incluso mis mejores amigas. Fingí buscar un libro para que salieran del salón sin mí. Yo sabía, pero ellas no, que éste era el adiós. No podía mirarlas a los ojos mucho tiempo más.

Clarissa se inclinó y me dio un abrazo rápido, apretándome contra su cuerpo.

—De todos modos, te queremos mucho, aunque nos cortes. *Jusqu'à la prochaine classe!*

“Hasta la próxima clase”, en francés; esa era mi materia favorita y en la que mejor me iba. A veces me preguntaba por qué sobresalía en lenguas extranjeras: el francés y el lenguaje de la depresión; en las dos me iba excelente.

—Nos vemos —dije.

Me levanté, tomé mis libros para irme, pero el extraño mareo, una combinación de mi humor oscuro y la emoción/miedo por el plan, hizo que soltara los libros al suelo.

Me incliné para recogerlos y Billy también. No me había dado cuenta de que todavía estaba ahí. Casi doy un brinco. Nuestras cabezas se golpearon ligeramente cuando recogimos los libros y sentí que una chispa como un rayo me recorría la espalda.

—Perdón —dijo él.

—Está bien —dije, mientras lo veía recoger mis libros. Al verlo ayudándome, hincado a mis pies, sentí que el corazón me latía tan rápido que por unos segundos se detuvo la marea de la depresión que estaba por venir.

Billy recogió mis libros uno por uno —literatura, matemáticas, biología, francés— poniéndomelos en las manos y cada vez sus dedos rozaban los míos. Estaba segura de que era accidental, pero cada contacto se sentía más intenso.

Éramos los últimos dos chicos en el salón.

—¿Por qué... —quería terminar la oración “*regresaste*”?, pero simplemente no pude; de repente sentí un ataque de timidez.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—¿Eso? —pregunté.

—Sí, al final de la clase. Cuando me di la vuelta, me pareció que me querías decir algo —se veía tan tranquilo como siempre, completamente desaparegado.

—Ja —dije, con pánico. Tenía tanta razón que me daba miedo—. Sólo estaba probando mis poderes mágicos. No lo puedo evitar, pongo los ojos entre el cabello de las personas y los doblego a mi voluntad. Tú estabas ahí por coincidencia, el lugar correcto en el momento correcto. Jajá.

—Ah. Ok.

—Síp —me sentí como una idiota.

—¿Entonces estás bien?

¿Por qué me lo preguntaría? ¿Cómo podría saber que no lo estaba?

—Ah —dije, tratando de sonar normal—. Estoy bien.

—Gorman, Collins, muévanse, van a llegar tarde a la última clase —dijo el profesor Anderson, gritando nuestros apellidos mientras entraban los alumnos de la siguiente clase.

Me enderecé con los brazos llenos de libros, pero me sentía completamente agitada porque, aunque Billy lo supiera o no, habíamos tenido un interludio psíquico. Tal era el poder de mi enamoramiento. No era mágico para nada, sólo la magnitud de mis emociones por él lo habían hecho voltear hacia mí.

—¿Se daría cuenta cuando desapareciera?

Salimos del salón y hubo un momento de incomodidad en el pasillo cuando tuvimos que decidir si íbamos a caminar a la clase de francés juntos o por separado. Cosas como

ésta eran importantes; todos se iban a dar cuenta. Él no iba a querer que eso pasara.

El hogar comunitario de Billy estaba en la cima de una colina distante que podía ver desde la ventana de mi habitación. Por la noche, cuando estaba a solas, tenía un ritual de consuelo que consistía en arrodillarme con unos binoculares. *Ese* parecía un enlace mágico. El problema era en la escuela, verlo en la vida real y percibir su indiferencia hacia mí; mi enamoramiento parecía absurdo y fútil.

Ese año él había entrado como nuevo alumno a la escuela y habían surgido rumores sobre su vida anterior, lo que le había ocurrido antes. Era distante, al parecer inabordable y todos querían resolver el misterio de Billy. De cualquier modo, ¿por qué iba a gustarle yo? Había muchas chicas normales, que no habían estado en un hospital psiquiátrico. Y todas querían que las llevara al baile de graduación, que se sentara con ellas en el receso, que les mandara mensajes toda la noche.

Dos de ellas pasaron en ese momento: Elise Bouchard, con su rebote de porrista, siempre con faldas cortas y una sonrisa que hacía que se arrugaran sus ojos color turquesa. Para Elise, la vida era un campo de fútbol perpetuo lleno de aplausos para ella. Iba caminando con su mejor amiga, Leslie Brooks, que había llegado de una escuela en Massachusetts, hablaba con un acento casi británico y siempre usaba ropa fresca: blusas de rayas de marineros franceses, vestidos de cocodrilo rosa, suéteres de cachemir alrededor del cuello; de una manera que abrazaba perfectamente su cuerpo ideal y hacía que todos, o por lo menos yo, nos sintiéramos como unos tontos de clase baja en comparación con ella.

Vi que Billy observaba a Elise y a Leslie. Caminaron directamente hacia él y él se puso a caminar a su lado. Oí las voces coquetas de las chicas y la risa baja de Billy, mientras caminaban con él hacia la clase de francés.

En lugar de seguirlos y entrar, pasé de largo por la puerta del salón y salí corriendo de la escuela, hacia mi casa.

Mi casa estaba a ocho kilómetros de la escuela. Sentía unas dagas en el estómago. Habría podido esperar hasta el final de la última clase, para tomar el autobús, pero estaba demasiado sensible.

Tenía una misión. El plan estaba claro en mi mente, pero el impulso de la depresión quería tumbarme. Se sentía como una fuerza contraria, algo que nos habían enseñado en física. Era lo opuesto a elevarse, una gravedad interna que me jalaba hacia abajo. La sentía en la garganta, la sentía a través de todo mi cuerpo. Mis huesos querían disolverse y convertirme en un charco. Me obligué a caminar rápidamente para contrarrestar la fuerza.

Sin embargo, cada paso que daba me hacía sentir como si estuviera entrando en un hoyo o deslizándome fuera de la tierra. Algo sobre la depresión: echa a perder incluso los mejores planes.

Podría haber llamado a mi papá y él me habría ido a recoger inmediatamente, pero no podía hacer eso: habría significado otro viaje a Turner.

Mi gran plan implicaba no depender más de él. Podría haber llamado a Astrid, mi madrastra, pero sólo en otro universo y si hubiera sido otra persona por completo: o si *ella* lo hubiera sido.

El aire olía a primavera. Había tulipanes en los jardines, flores marchitas cayendo de la magnolia y del manzano, hojas verdes recientes y arrugadas saliendo de los maples y de los enormes arces. Había llovido el día anterior y una fragancia cálida se elevaba de la tierra aún húmeda.

Mi calle no tenía banquetas. Vivíamos en la casa más pequeña de la parte elegante de nuestro viejo pueblo industrial, donde todos los empresarios ricos habían construido mansiones a finales del siglo pasado. Eso significaba que no hubiera aceras porque preferían la gracia de las lomas pastosas, sin la mácula de los caminos de concreto, por seguridad de los niños. Yo ya tenía dieciséis y desde primer grado iba caminando a mi casa por esa calle. Había aprendido a caminar por los jardines de los adinerados para que no me atropellaran los automóviles que pasaban. Pero en ese momento, sentía que la tierra se hundía bajo mis pies.

Tenía que apurarme. Mi misión iba a curarlo todo, estaba segura. Una vez que empezara realmente, contra los mayores obstáculos (por ejemplo, Astrid), me iba a sentir mejor. Mis acciones iban a ser una puñalada en el corazón marchito y asqueroso de la depresión.

Llegué a mi casa, un pequeño Cabo Cod en un mar de propiedades dispersas y, claro, el auto de Astrid, un Mercedes blanco, estaba en la entrada. Me endrecé: era una cosa de vida o muerte.

Entré por la puerta lateral del granero maltrecho que mis papás habían convertido en un garage. El viejo Volvo verde de mi madre estaba ahí; debería decir *mi* Volvo. Mi mamá me lo había dejado para que lo usara cuando sacara mi licencia, que ya tenía, pero, como había dicho mi papá con voz seria y preocupada, iba a tener que esperar para manejar hasta que pudiera probar que estaba *completamente estable*.

El paso uno del plan era sentarme en el automóvil de mi mamá (me reconfortaba decir que era *su* carro, me recordaba todos los paseos que habíamos hecho juntas) hasta después de la escuela, cuando pudiera entrar a la casa como si nada, como si estuviera *completamente estable*.

Busqué en mi mochila la llave que ellos no sabían que tenía y abrí la puerta del coche. Ellos pensaban que me habían quitado la única copia, pero hacía mucho que había encontrado la que mi mamá guardaba en una cajita magnética en el compartimiento de la llanta trasera izquierda. Me senté en el asiento del conductor.

—Mamá —dije en voz alta—. Aquí estoy. Las cartas no son suficientes... te

necesito, mamá.

Pero mis palabras fueron como una invocación que salió terriblemente mal. La puerta del pasillo que dividía la casa del garage se abrió de par en par y apareció Astrid.

—Maia —dijo, sorprendida de verme en el auto con el garage cerrado—. ¿Con quién estás hablando? Sal del coche, ahora mismo.

—Todavía no... necesito sentarme aquí un momento —dije, mortificada porque me hubiera oído hablar.

—Llamaron de la escuela para decir que no habías ido a la última clase.

—Me duele un poco el estómago —dije, con la esperanza de cortar de raíz su falsa preocupación.

—O sea que estás deprimida —dijo, como declaración, no como pregunta—. ¿Tengo que llamar al doctor Bouley? —mi psiquiatra.

—No es nada, por favor, no sigas —dije.

—¿Por qué no me llamaste? ¡Habría ido por ti! ¿Por qué no avisaste en la dirección en lugar de sólo irte? Ya sabes que nos preocupamos muchísimo, Maia. Te encuentro en este automóvil, con el garage cerrado como una *tumba*, hablando con tu madre...

—No es que yo piense que está *aquí* —dije—. Sólo estaba hablando en voz alta.

Astrid alzó las cejas perfectamente bien depiladas. No me creyó ni por un segundo y me enfureció que se entrometiera en cualquier cosa que tuviera que ver con mi madre, que me tuviera que justificar con ella.

—Bájate del automóvil. Tu papá va a pensar lo mismo, ¿no te acuerdas de la primavera pasada?

Se refería al intento de suicidio. No importaba cuánto les dijera que nunca me habría suicidado, sólo había encendido el carro (después de todo, era mío, todavía no me lo habían quitado) para oír música en el radio unos minutos y el cansancio les había dado la idea equivocada. Fue un mes antes de su boda.

Me habían puesto bajo vigilancia de suicidio perpetua e infinita. Jamás enciendas un coche en un garage cerrado y después, si acabas encerrada en un hospital psiquiátrico por un episodio de depresión grave, no menciones casualmente que te gustaría que todo se terminara, que sólo quieres que las luces se apaguen. En especial, si tu padre está a punto de casarse con alguien que no te cae precisamente bien. Bueno, que no soportas.

—Son cólicos —dije, bajando del auto y caminando hacia el pasillo—. O algo que comí. Sólo necesito acostarme, ¿ok?

Extendió una mano, como para tocarme la frente y ver si tenía fiebre, pero me hice para atrás. Mi mamá hacía eso.

Astrid apretó los labios con las manos en la cadera. Tenía cabello corto, con rayos, y llevaba un pantalón de lana color camello y un suéter blanco. Sabía que era de cachemir porque Astrid siempre usaba cachemir. Llevaba un collar de oro grueso en el cuello con

una sola esmeralda cuadrada en un dije pesado. Mi papá se lo había dado el día de su boda.

—Voy a llamar a tu padre —dijo.

—No lo molestes —dije—. Voy a estar bien, sólo estoy cansada.

Me dejó ir; subí las escaleras hacia mi cuarto y, aunque iba caminando lentamente para mostrar calma, iba apretando la llave del coche en la mano. Astrid era contadora y trabajaba desde casa. *Nuestra* casa, de mi papá, mi mamá y mía. Pasé por *su* oficina, que en realidad era la habitación de las ballenas de mi madre, como le decía porque estaba tapizada de libreros llenos de material sobre animales marinos, el Ártico, la comunicación de las ballenas, libros de texto de sus días de estudiante de posgrado en Woods Hole, donde había estudiado para convertirse en bióloga marina y de Mystic Seaport, donde había sido la experta en el canto de las ballenas. Los muros estaban cubiertos de fotografías de ballenas jorobadas, minkes, grises, ballenas de aleta, azules y belugas, que había tomado en cruceros de investigación, y algunas fotos enmarcadas de mi papá y de mí.

Todas las cosas de mi mamá, salvo esas fotos familiares, se habían desmontado, tirado o almacenado en el garaje, junto al viejo Volvo (con excepción de los pocos pósters y libros que había rescatado) y fueron reemplazadas por el moderno escritorio de Astrid, su computadora, calculadora, códigos fiscales, todo lo que los contadores necesitaban. Había dejado las viejas fotos de mi mamá, de mi papá y mías, algo que se me clavaba en el alma. Esas fotos eran de mi mamá, las habíamos tomado en nuestros momentos familiares juntos, y conservarlas no era asunto de Astrid.

Cuando llegué a mi habitación, me apresuré a empacar, lista para salir disparada, pero cuando vi por la ventana y miré la mansión de ladrillos en la colina lejana, me quedé parada.

Billy.

¿De verdad podía irme? Dejar a mi padre y a Astrid, sí, porque iba a un lugar mejor. Pero Billy... Podían decir que era sólo un enamoramiento, pero a mí me parecía que era amor.

La enorme propiedad alguna vez había pertenecido a uno de los dueños de fábricas más ricos. Cuando murió, la heredó al estado de Connecticut para que fuera un hogar para niños huérfanos. Se llamaba como el benevolente industrial, el hogar Lytton Stansfield, pero yo pensaba en ésta como “la casa de Billy”.

Afuera de mi puerta, escuché a Astrid en el teléfono. Entendí palabras y frases como “somático”, “deprimida”, “hablando con Gillian”, “el garage”, “el maldito auto” y, por supuesto, “suicida”, que me quemó los oídos.

—Por supuesto que es psicósomático, Andrew —dijo—. Es exactamente igual que la vez pasada. Tenía dolor de estómago y encendió el carro, y esa noche estaba en el

hospital. Déjame llamar al doctor Bouley ahora mismo para que la internen. Se salió de la escuela cuando *sólo le faltaba una clase*, Andrew. Esa es otra señal.

Habló y habló, con voz dura y eficiente, como si supiera más que mi padre lo que era mejor para mí.

La duda sería mi perdición, pero ya sabía que no me podía ir del pueblo, todavía no. La escuela ya se había terminado a esa hora; los autobuses iban a dejar a todos en sus casas. Dejé la llave del coche sobre mi buró y busqué mis binoculares en el cajón superior.

Los dirigí hacia el hogar. El cuarto de Billy estaba en el segundo piso, a la extrema derecha. En la noche, cuando tenía las luces encendidas, podía verlo claramente. El hogar siempre me oprimía el corazón. Incluso antes de conocerlo, apagaba las luces antes de irme a la cama, me arrodillaba junto a la ventana con los binoculares contra los ojos y miraba el hogar, y les murmuraba buenas noches a los niños sin padres.

Nueve meses atrás, la noche antes de que comenzaran las clases en septiembre, miré hacia arriba y distinguí un chico que no había visto antes. Estaba parado junto a la ventana —del segundo piso, extrema derecha— mirando las colinas con nostalgia insoportable. Dejé los binoculares en él durante mucho tiempo. Era alto y delgaducho, con tanta tensión en el cuerpo que sentí como si pudiera salir por la ventana hacia dondequiera —o quienquiera— que estuviera pensando.

Al día siguiente, apareció un chico nuevo en la escuela: el chico que había visto en la ventana. Era Billy Gorman. Él no tenía ni idea, pero esa noche lo había reclamado como mío. Mientras más lo observaba —no era que empezara a conocerlo, él no dejaba que nadie penetrara su coraza—, más me importaba. Lo había visto en esa ventana, sin dormir igual que yo, mirando hacia afuera con un deseo silencioso que igualaba al mío.

Sólo que el mío era por él, y el de él era por... no tenía ni idea. Su terrible historia estaba en las noticias, se murmuraba en grupos junto a los casilleros.

El padre de Billy había asesinado a su madre.

Estaba en todos los periódicos y en la tele, y todos hablaban de eso en la escuela, en el pueblo, por todo el estado. Billy había crecido en la costa de Connecticut, pero después de lo que pasó, lo mandaron a Standsfield.

Nuestros compañeros actuaban de tres maneras con él: como si fuera una celebridad y quisieran acercarse a él para conocer toda la mugre; como si fuera un pájaro herido al que quisieran curar; o, como si fuera un paria y tuvieran miedo de que el crimen y su tragedia se les fuera a pasar.

Pero Billy era callado y reservado. No reaccionaba a ninguno de los chicos que caminaban a su lado o lo rechazaban. Lo rodeaban las chicas de la escuela del pensamiento de “pájaro herido”, querían estar cerca de él. Clarissa lo llamaba “el pobre Billy”. Otros chicos a sus espaldas lo llamaban “el hijo del asesino”. Me molestaba

porque me recordaba las cosas que decían los chicos cuando mi familia se desmoronó y terminé en el bote de basura. Sin embargo, Billy sólo hacía su tarea.

Conforme avanzó el año escolar, le rogué a mi padre que lo adoptáramos. Necesitaba un hogar real; ¿podía ser el nuestro?

Sorpresa: la respuesta fue no.

Un día de diciembre, justo antes de su primera navidad sin su madre, Billy y yo estábamos parados uno junto al otro en el coro. Nuestra maestra de música nos había acomodado de acuerdo con la armonía que cantábamos. Así que el hecho de que Billy y yo estuviéramos lado a lado había sido accidental y nadie tenía idea de cómo me sentía por dentro. Ni siquiera Gen y Clarissa.

Las partituras sonaban mientras nos preparábamos para cantar “El villancico de los pájaros”: “de un bosque, salió volando un cuco...”.

La audiencia estaba llena de padres. Mi papá y Astrid estaban ahí. El brazo de Billy rozó el mío accidentalmente. Me ruboricé terriblemente y me obligué a quedarme quieta en lugar de inclinarme hacia él.

Quería decirle: “yo también extraño mucho a mi madre. La navidad es dura. Para ti también debe serlo”.

La profesora Draper, la maestra de música, parloteaba en el podio para atraer nuestra atención, nos echó una mirada adusta para que empezáramos a cantar, así que lo hicimos.

Salta, se inclina y vuela en círculos,
y su alegría crece,
cuco, cuco, cuco.

—Ja, cuco como Maia —dijo Jason Hollander en voz baja y él y otros chicos se rieron mientras la canción seguía.

—¡Loquita! —dijo Pete Karski.

Billy se aclaró la garganta, ¿fue una risa? El corazón prácticamente se me detuvo. Ya era bastante malo que se burlaran de mí los estúpidos de Jason y Pete, pero que además Billy se uniera a la burla de la paciente mental hizo que quisiera desaparecer. Moví la boca, pero no me salieron palabras.

Entonces, Billy hizo algo extraño. Me miró con tanta intensidad que lo sentí en mi sangre.

—No dejes que te afecte —murmuró, con mirada seria, casi enojado. No apartó la mirada hasta que empecé a cantar otra vez.

¿Se había enojado conmigo por haber arruinado la canción cuando me callé o había reaccionado a la maldad de los chicos, era su *bullying* limítrofe? Estaba pensando en eso ahora, en mi habitación, mientras me apuraba para irme.

Mi papá era muy sobreprotector. En especial en lo concerniente a los chicos. Nunca

había estado en una cita. Había sido así desde que mi madre se había ido, cuando yo tenía trece años, el momento en que realmente habían empezado a gustarme los chicos. No le importaba que fuera a bailes o al cine en grupo, pero seguía diciendo que no quería que me hirieran.

Después de que me deprimí, olvídalos. Su sobreprotección llegó al extremo. Luego se volvió cosa de estabilidad. Podía tener una recaída en cualquier momento. No estaba preparada emocionalmente para tener un novio. Si alguien quería venir a la casa a comer algo mientras él y Astrid estaban en casa, le parecía bien. Imagínate: Astrid dijo que nosotros, este chico imaginario y yo, podríamos comer esos hot dogs minis con los palillos largos junto con papas y su famoso dip de queso, la receta que había sacado de alguna celebridad en un programa de cocina.

Primero prefería ensartarme un palillo en el ojo a que Billy viniera a sentarse en la sala mientras mi padre y Astrid lo evaluaban, y se pasaban platos de hot dogs.

Habían pasado setenta y dos meses, casi setenta y tres desde que mi madre se había ido, y once meses y tres cuartos desde que mi padre se había vuelto a casar. Quería que las cosas volvieran a ser como habían sido entre los tres, antes de Astrid. Las salchichas coctel no eran parte de nuestras vidas. Mi madre era real, profunda y no se habría molestado en hacer recetas del canal de comida.

Ahora, me escribía cada dos semanas, a veces más a menudo, en papel color crema sellado con cera roja.

Acababa de recibir una carta suya. Me había enviado una fotografía de ella afuera de su cabina, en los bancos de uno de los pocos fiordos de Norteamérica. Se veía exactamente como la recordaba la última vez que la había visto: igual que yo, pero veinticinco años mayor, con cabello color paja, una nariz ligeramente larga y ojos que se arrugaban cuando sonreía. Era indiscutible que necesitábamos brackets, las dos teníamos dos dientes de abajo torcidos y un espacio entre los dientes frontales. Me habían puesto brackets la semana antes de que ella se fuera y me los había sacado yo sola un mes después.

No quería que mi sonrisa cambiara y fuera diferente a la de ella. Me encantaban sus cartas y ella siempre decía cuánto me extrañaba. Todo debía estar bien. No había mayores desencadenantes en mi vida. ¿Entonces, por qué estaba cayendo en las profundidades ahora? Había visto al doctor Bouley religiosamente una vez a la semana. Tomaba mi antidepresivo cada mañana, nunca me perdía una dosis. Sin embargo, me estaba hundiendo.

Astrid seguía en el teléfono. Su voz era nasal y chillona; me molestaba todo el tiempo, incluso cuando no estaba hablando sobre mí con mi padre.

—Andrew, sólo ve el calendario si necesitas convencerte. ¿Tú crees que el momento es accidental? Mira, es el aniversario de un año, querido.

Hubo silencio mientras escuchaba.

—Sí, ya entendiste —dijo, siguiendo su cantaleta—. Quería arruinárnoslo, no lo puede evitar, y ahora, bueno, no se necesita ser Freud para comprender que no puede soportar el hecho de que sea nuestro aniversario.

Más silencio; mi padre debía estar hablando.

—Sí —dijo Astrid bajando la voz—. Hablando con Gillian, la escuché. Sí, en voz alta. Ven a casa ahora. Voy a llamar a Bouley y a empezar las cosas.

Igual pudo haber dicho que iba a llamar a los hombres de blanco. Créeme, no hay diferencia, de ninguna manera iba a volver al Instituto Turner. Nunca, jamás. Nunca.

Sabía que Astrid iba a estar vigilando las escaleras, así que cerré con llave la puerta de mi habitación desde adentro, abrí la ventana y salí hacia el techo. Mi madre me había enseñado a hacerlo cuando tenía siete años.

Ella y yo nos sentábamos ahí en la noche —no importaba la estación, invierno, primavera, verano u otoño— y me había enseñado la navegación celeste. Me dejaba sostener el sextante que tenía desde la universidad.

—Somos la experta en ballenas y la tripulación de construcciones —decía—. Y más vale que mi compañera experta en ballenas me demuestre que sabe arreglar un bote con una filtración y que puede navegar bajo las estrellas. Enséñame a Polaris.

Le señalaba la estrella del norte y ella me daba un abrazo fuerte y largo que me hacía sentir que había sacado puros dieces, descubierto una nueva constelación o le había enseñado una ballena rara.

—La identificación es buena, pero la navegación es difícil. Mira, así es como se sostiene el sextante —decía poniendo mis manos sobre el delicado instrumento de latón, con una manija, ruedas y un lente largo. Me enseñaba a mecerlo, cómo bajar un objeto celeste hacia el horizonte. Durante el día lo hacíamos con el Sol y yo pensaba en la maravillosa madre que tenía, ella podía domar el Sol.

Cuando había estado en el mar, en el *Knorr*, su barco de investigación favorito, había aprendido a navegar de noche bajo las estrellas, a trazar líneas en la tarde y a determinar la posición del barco en el mar.

Ahora no podía pensar en ello. Un pino blanco crecía cerca de la casa, cargado de hojas largas y oloroso a leña; brinqué y aterricé en las ramas del centro. Bajé por el tronco con las manos llenas de savia de pino y me deslicé hacia atrás de la casa. Busqué en la bolsa de mis pantalones, pero no encontré nada.

Entonces me di cuenta de que había dejado las llaves del auto arriba, sobre el buró, junto a los binoculares.

CAPÍTULO 2

20 de mayo, por la tarde
Nueva Bretaña, Connecticut

De pie junto al pino, con las manos vacías, me empezaron a escurrir lágrimas de los ojos. Eso siempre ocurría —no un verdadero llanto ni sollozos, sólo una pena interior que ascendía por mis ductos lagrimales— antes de que *realmente* me deprimiera, cuando estaba en la parte alta de la resbaladilla.

Así era como pensaba en la depresión grave, lo Real, no sólo tristeza. Pensaba en ella como una resbaladilla grande, alta, de acero inoxidable y llena de hielo, y una vez que me soltaba de los soportes y empezaba a descender, no había forma de detenerme o de regresar, hasta que llegaba al fondo.

Mi papá me encontró parada junto al pino. Seguramente se había apresurado para llegar a casa tan rápido. Llevaba la ropa de la oficina, un saco de *tweed* y la corbata a rayas que yo le había regalado en navidad, hacía unos años. Era el papá más delicado del mundo, pero tenía una expresión terrible. De preocupación, de pánico. Eso hizo que los ojos se me llenaran aun más de lágrimas.

—Maia —dijo, y se quedó parado antes de ir hacia mí y abrazarme.

Entonces de verdad empecé a llorar. Él olía a nuestra familia, a la manera como habíamos sido: el bosque, un manglar salado, la cabina de un bote y una ballena que salía de la superficie. Que me abrazara con tanta fuerza me hizo pensar en nosotros tres, en nuestra pequeña unidad que no tenía por qué separarse.

—¿Qué pasa, corazón? —preguntó—. ¿Qué pasó?

Masculé algo, no palabras reales, porque no *había* palabras, no había pasado nada. No había una sola cosa que pudiera señalar y decir “¡ésa es la razón!”. Si pudiera, entonces podría arreglarlo. Pero esto se parecía más a un pantano gigante, infinito y feo que se extendía hasta donde podían ver mis ojos. No podía decirle eso o me habría llevado a Turner antes de que me diera cuenta.

—Vamos a entrar —dijo, con los brazos aún alrededor de mis hombros, prácticamente cargándome por el porche hacia la puerta de la cocina. Cuando vi a Astrid parada en medio de la habitación, con las manos pegadas al pecho como si estuviera rezando o desmayándose, cerré los ojos.

Mi papá hizo que me sentara en la mesa de la cocina. “Mala idea, papá”, quise decirle. La silla vacía de mi madre estaba justo enfrente de mí.

—Me duele el estómago —dije, doblándome para apoyar la cabeza en las rodillas—.

Le dije a Astrid que era eso. No tenías que venir a casa.

—Estaba sentada en el garaje, Andrew —dijo Astrid—. Hablando con Gillian como si estuviera ahí.

—Créeme, ya sabía que no estaba “justo ahí”. Y no tienes que hablar de mí como si no estuviera aquí.

—Perdón —dijo Astrid—. Maia, no puedo soportar la idea de que te vayas a lastimar. Por eso llamé a tu papá.

—Te dije que no iba a hacer nada.

—Yo creo con firmeza —dijo Astrid lentamente, dirigiéndose a mí, pero con los ojos pegados a los de mi padre—, que tenemos que tomar tus llamadas de auxilio con mucha seriedad.

—¡No era una llamada de auxilio! —dije, levantándome de un salto.

—Te van a cuidar muy bien en Turner —dijo.

Típico, pensé, que Astrid quisiera deshacerse de mí para que pudiera estar a solas con mi papá. Muy probablemente esperaba que me quedaré ahí para siempre. Y me imaginé esos movimientos de serpiente de los pacientes con camisas de fuerza y lobotomías, aunque en Turner no había nada como eso.

—Sí, corazón —dijo mi papá sentado a mi lado, tomando mi mano—. ¿Crees que debemos ir?

—No —respondí—. Por favor, no me mandes.

Se quedó en silencio. Acarició el dorso de mi mano con el pulgar. Me reconfortaba tanto que las lágrimas empezaron a caer más fuerte —una paradoja. Lo miré fijamente, su cara confundida. Tenía ojos color almendra, cabello café rizado y encanecido, y nariz larga. Era algo que él, mi madre y yo teníamos en común: nuestras narices. Ver el gris de su cabello me hirió el corazón: no quería que envejeciera.

—Por favor, papá —dije. Él asintió ligeramente; vi que se calmaba.

—Andrew —dijo Astrid con una voz firme e insistente que hizo que quisiera gritarle. Como si fuera mejor que mi padre y yo.

Mi padre estiró una mano hacia ella, para impedir que hablara. *¡Victoria!* Eso realmente hizo que sintiera un poco de felicidad.

—No te voy a llevar ahora mismo, Maia —dijo—. Siempre y cuando veas al doctor Bouley. Vamos a hacer lo que él recomienda. ¿Estás de acuerdo?

Asentí. ¿Qué otra opción tenía?

Media hora más tarde, mi papá y yo estábamos en su Jeep, una reliquia de sus días de soltero después de que mi madre se fue. Se había inscrito en Match.com, donde había buscado mujeres que, como nosotros, disfrutaran navegar por el Atlántico o hacer kayak o esquí en New Hampshire.

Ninguna de sus citas me molestó demasiado porque además de su amor por el aire

libre eran todas incorrectas: una fumaba, otra estaba en medio de un divorcio que no estaba muy segura de querer y otra tenía seis hijos, incluyendo una hija que era ladrona persistente, que le quitaba la mayor parte del tiempo.

El Jeep se había vuelto útil para transportar equipo y maletas mientras mi papá y yo continuamos nuestro amor por los botes en cada oportunidad que teníamos. Después, se había establecido con Astrid. A ella navegar le provocaba náuseas y nunca había aprendido a nadar. Eso significaba que ya no íbamos a navegar, se había acabado el tiempo del agua.

El doctor Bouley había despejado una hora para mí. Siempre lo hacía cuando tenía una urgencia y yo me sentía mal por el paciente que había tenido que dejar su cita. Su oficina estaba en el centro, en una casa de ladrillo detrás de la biblioteca. Mi papá se quedó en la sala de espera con fotografías en blanco y negro de Nueva Bretaña en las paredes —fábricas abandonadas, chimeneas retorcidas, el kiosco, el parque Walnut Hill en invierno. Las había tomado el doctor que compartía la oficina con el doctor Bouley.

El gusto del doctor Bouley era muy diferente, era cálido.

Me saludó en la puerta. Alto, delgado, joven, con la mejor sonrisa del mundo —le llenaba los ojos y mostraba sus dientes y hacía que pareciera un lobo, pero de una forma agradable— asintió hacia mi padre y me dejó pasar.

Su oficina era acogedora.

Me senté en mi asiento usual, un sillón de piel marrón al otro lado del suyo. Un tapiz navajo cubría el piso de madera y había dos imágenes geométricas rojo oxido y dorado antiguo que me recordaron a búfalos con sus madres, garzas con sus madres, niños navajo con sus madres.

El doctor Bouley siempre ponía flores frescas en su librero. Hoy tenía un alto ramo de lilas blancas. Sobre las paredes tenía acuarelas enmarcadas que había hecho él mismo: escenas marítimas de New Port, Rhode Island, los manglares de Everglades y plazas de ciudades europeas. Tenía cobijas brillantes y mullidas —de color rosa, esmeralda, azul— dobladas sobre el sillón por si te daba frío.

—¿Cómo estás? —me preguntó. Él nunca se sentaba en su silla. Se doblaba sobre ella y después se inclinaba hacia adelante con los codos sobre las rodillas, con las piernas torcidas como si él mismo fuera una garza. Tenía el cabello negro, ojos cafés y su cara siempre estaba llena de generosidad.

—No muy bien —dije.

—Dime que pasa.

—¿No te dijeron?

—Sí, por supuesto —dijo, y su cara se iluminó con una de sus hermosas sonrisas de lobo. Sin embargo, enseguida se eliminó y la reemplazó una preocupación seria—. Pero eso dijeron ellos, yo quiero oírlo de ti.

—Bueno, es verdad, me salí de la escuela antes de la última clase. Me dolía muchísimo el estómago —aunque me había dado cuenta de que, ahí con el doctor Bouley se me había quitado el dolor, y lo había reemplazado una ola de culpa porque sabía que no le iba a contar sobre el plan—. Y sí, me senté en el automóvil en el garaje y sí, estaba hablando con mi mamá. Pero sí sabía que no estaba ahí, no estaba teniendo una alucinación. Astrid no tiene idea de lo que habla. Sólo extraño a mi madre y quería sentirme cerca de ella. ¡Es el coche de mi madre! No iba a *encenderlo* ni nada. O a *hacer* nada.

—¿Hacer? —me preguntó. Por supuesto que sabía a qué me refería, pero me iba a hacer decirlo.

—A suicidarme. No fue como el año pasado.

—Ha pasado casi exactamente un año —dijo.

Eso me sorprendió, tenía razón y yo no había pensado en ello. Había oído que Astrid mencionara su aniversario y por supuesto, tenía esa fecha, el 2 de junio, grabada en el corazón como si fuera un pedazo de granito: una tumba en mi pecho. Pero en realidad no había visto que sí, mi intento de suicidio había sido tres semanas antes de su boda; lo había hecho un año antes al día siguiente, el 22 de mayo.

—Ajá —dije.

—¿Tienes pensamientos suicidas?

—No. De verdad.

—Ok. ¿Pero qué sientes? ¿En realidad sólo te duele el estómago? ¿O estás triste? ¿Sientes como que te vas a deprimir?

Me encogí de hombros y pensé en la resbaladilla.

—En la escala del uno al diez...

—No estoy deprimida, de verdad no. Pero a lo mejor estoy en camino. Tengo esa sensación de que me estoy resbalando, así que, a lo mejor cinco —aunque pensaba que era por lo menos un siete.

Él asintió.

—¿Te estás tomando tu medicamento?

—Sí.

—¿No se te ha olvidado o has dejado de tomártelo algún día?

Negué con la cabeza.

—¿Ni una vez?

—Ni una vez.

Él me conocía muy bien. Odiaba la medicación y, sin embargo, la había tomado o había tomado antidepresivos, un estabilizador del humor, pastillas antiansiedad e incluso, cuando las cosas habían estado realmente mal la primavera pasada, un antipsicótico que me ayudaba a dormir. Y no era psicótica, ni siquiera lo piensen, los psiquiatras a veces se

pasan con las prescripciones, hacen que tomes una medicina diseñada para una cosa cuando también ayuda otra. Es legal, ya lo revisé.

—¿La medicación está funcionando? —me preguntó.

—Si “funcionando” significa que está haciendo que suba de peso, que siento como que estoy metida en un ataúd, completamente tonta y muerta, con las emociones flotando a mi alrededor, entonces, sí.

Él sonrió.

—Y, sin embargo, tuviste dolor de estómago y no dejaste de llorar y tienes esa sensación de deslizamiento.

—Pues, sí.

—A lo mejor estás resistiendo los medicamentos. ¿Qué tal si subo la dosis de Zoloft?

—¿De verdad?

—Sí.

—Ya sabes que tengo muchas ganas de dejarlos todos —dije—. Ya llevo con ellos más de un año. Ya estoy lista.

—Vas a estar lista, Maia, pero todavía no, ¿ok? ¿Te acuerdas qué mal te pusiste la última vez que los dejaste?

¿Cómo podía olvidarlo? El doctor Hendricks, mi doctor de Turner, me había puesto Ativan unos días antes de que fuera la boda de mi padre con Astrid. Había empezado a tener ataques de pánico, ataques horribles, una sensación de caer en el espacio. El doctor Hendricks me dijo que la prescripción iba a ser temporal, sólo unas semanas hasta que me estabilizara.

Lo tomé durante un mes, pero ya estaba harta de que los pantalones me apretaran. Lo único que quería hacer era comer cereal y galletas de crema de cacahuete. Los medicamentos me daban un enorme apetito y alentaban mi metabolismo. Había decidido dejar las píldoras y dejé el Zoloft y el Ativan de un jalón, sin decirle a nadie. El primer día estuve bien, pero después empecé a sentirme enloquecida, quería arañar las paredes, maniática, era un caos, y pensé que me estaba muriendo. Terminé en urgencias, con fluidos intravenosos y una especie de medicamento para desintoxicarme.

—Estabas en abstinencia. Habrías podido tener ataques —dijo ahora el doctor Bouley—. Y tuviste suerte de que no fuera así, fuiste demasiado lejos.

—Quería sentirme bien por una vez.

—Me refería a que habías perdido el control. Fue por eso que la caída fue tan mala. Sin importar lo que pase, la medicación es una red de salvación. Me preocupa que sin ella vayas a perder el apoyo.

—Te tengo a ti. Tú me apoyas.

—Cuando no esté ahí —dijo con ojos generosos—. ¿Podemos tomarnos un tiempo para pensar cuándo será el mejor momento para ti?

—Las odio —dije—. Me siento gorda.

Él inclinó la cabeza y sonrió con esa manera dulce e indulgente que tenía para decir “eres la única que piensa eso”.

—¿Maia? —insistió.

—Creo que sí —dije, pero me sentía muy poco convencida. Pensé en Billy. Durante mucho tiempo quería sentir realmente, con todo lo que tenía, no sólo las sensaciones superficiales que me quedaban después de tomar los medicamentos. Quería volver a mi vieja personalidad feliz, para que él la viera. Pero de cualquier modo, eso no importaba ahora que me estaba yendo.

—Bien. Ahora, parecería que estamos yendo en la dirección incorrecta, pero aumentar la dosis de Zoloft te va a mantener en casa, por ahora —dijo—. En lugar de que vayas a Turner. También podemos agregar dos citas.

—Ajá —dije—. ¿Por *ahora*?

—Si las cosas empeoran, Turner es una posibilidad.

—Ahí sólo me medican para que nada me quede de vida, ya sabes que en los hospitales sólo quieren tener zombis que puedan controlar.

Sonrió, esperó a que me tranquilizara y asintiera. Tragué saliva e hice la gran pregunta.

—¿Crees que estoy loca por hablar con mi mamá?

Él negó con la cabeza.

—Yo a veces hablo con mi papá y murió hace cinco años.

—¿Por qué tú eres tan razonable y ellos no?

—Están preocupados. Es natural.

—Mi padre —o debería decir Astrid— quiere que me vaya lo antes posible. Están seguros de que lo único que quiero hacer es sentarme en el coche y matarme.

—Yo creo que me dirías si eso es lo que quisieras —dijo—. Siempre he confiado en que me dejarías saber si no estuvieras a salvo.

A salvo era una de esas frases de hospital psiquiátrico. Significaba que no estabas pensando en el suicidio o planeando activamente cometerlo. Y el doctor Bouley tenía razón: le habría dicho. Aunque Astrid creyera que no.

Cuando terminó la sesión, me dio un abrazo. Quizá no era algo muy psiquiátrico, pero el doctor Bouley no era cualquier psiquiatra. Otra vez, me arrasó una ola de culpa. Lo abracé muy fuerte y le dije adiós en voz baja cuando me fui de la oficina.

—No tengo que ir —le dije a mi papá en la sala de espera, ofreciéndole la prescripción—. A Turner.

—Muy bien —dijo mi papá—. Me da gusto.

—A Astrid no le va a dar.

—Maia —dijo, suspirando—. Estás equivocada con respecto a ella. No podrías tener

una mejor madrastra. Ella sabe que siempre vas a estar primero y así es como ella quiere que sea.

No quería pelear con él. ¿Cómo lo había engañado por completo? ¿Cómo se lo habría permitido?

En cuanto encendí mi teléfono, sonó con mensajes de texto de Gen y Clarissa, que estaban preocupadas por mí, por haberme ido de la escuela.

“Estoy bien”, les escribí a las dos. “Sólo fue un malestar menor”.

“¿Cómo te puedo ayudar?”, me respondió Gen.

“Estoy definitivamente bien, pero gracias”, le respondí.

“Sólo dime que estás mejor que mejor”, escribió Clarissa, una broma local que compartíamos las tres.

“Ja, ja, ja”, le respondí.

“¡Sigue así, es una orden!”, escribió Clarissa. Tenía buenas intenciones, pero podía ser muy mandona.

De camino a la farmacia, miré hacia el cielo, de un azul brillante, lleno de grandes nubes blancas. Una de ellas tenía forma de ballena. Sentí que el corazón me daba un vuelco, pues supe que era una señal. Las ventanas del carro estaban abiertas, para dejar entrar el aire de primavera y cuando nos detuvimos en un semáforo, oí el graznido de un oriol.

“Pronto, pronto”, parecía decir el ave. “Vas a irte pronto”.

CAPÍTULO 3

*20 de mayo, de noche
Nueva Bretaña, Connecticut*

No podía dormir, así que tomé mis binoculares. En lugar de arrodillarme como era mi ritual diario, me envolví en una cobija y salí por la ventana para subir al techo. Sentí un estremecimiento por el aire nocturno, que hizo que me fuera difícil agarrar los binoculares con fuerza.

Ahí estaba él, en la ventana del extremo derecho. Estaba haciendo lo que siempre hacía: mirando a la distancia. A veces me imaginaba que Billy me estaba mirando a mí como yo lo miraba a él. Esa fantasía me hacía sentir cien veces mejor que la medicación.

Pero entonces, alzó la mano y la apoyó contra la ventana. Por un momento, pensé: *Dios mío, me está saludando*. Quizá... ¿podía ver mi casa? Empecé a saludarlo y después me detuve. Él no tenía binoculares; no podía verme. Estaba tocando algo más, a lo mejor un fantasma.

El corazón se me volvió a entristecer. ¿Dónde estaba la esperanza? Nunca le iba a gustar a Billy; sólo estaba mintiéndome a mí misma. Volví a mi cuarto, sabía que era mejor que estuviera en cama cuando Astrid, inevitablemente, entrara de puntitas para asegurarse de que seguía respirando.

La manera como lo hacía me recordaba a los “chequeos”. En Turner, te revisaban constantemente, cada dos, cinco, quince o veinte minutos, dependiendo de en cuánto riesgo estuvieras. Los “chequeos” eran los momentos en que se aseguraban de que no te habías lastimado a ti mismo.

En Turner, no había privacidad.

Incluso habían leído las cartas de mi madre antes de dármelas. Habían quitado el sello de cera rojo del sobre porque era duro y agudo, y podía romperlo para cortarme. O me lo podía tragar.

Estuve hospitalizada durante seis semanas, así que la situación de mi habitación había cambiado algunas veces. Empecé en una habitación doble con Megan, una universitaria de Georgia. Ella contaba el ritmo de sus palabras y se aseguraba de que todas sus oraciones tuvieran un número de palabras impar.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté.

—Mantiene las cosas en un buen equilibrio —dijo.

Conté: siete.

—¿Pero no crees que estarían mejor equilibrados los números pares? —le pregunté.

—Pensar eso es posible, pero estarías equivocada —dijo.

—Megan, los números pares están más equilibrados que los impares.

—Puede ser confuso para la gente al hacerlo.

Conté: ¡ocho palabras!

—Oye, esa fue par —dije.

—No es verdad, porque “al” es una contracción y una contracción cuenta como dos palabras separadas.

Me había ganado.

Megan tenía un enorme sobrepeso, pero nunca comía enfrente de nadie. Yo sabía que era porque comía comida chatarra, pues oía que masticaba en la oscuridad.

Una noche, me desperté y olí algo terrible.

—Chequeos —Allie, mi enfermera nocturna favorita, abrió nuestra puerta, miró hacia adentro y la cerró un poco para que la luz del pasillo no nos despertara.

¿Allie no había oído ese terrible olor? Salí de la cama y seguí el olor hasta el buró de Megan. Abrí el cajón de arriba y lo primero que vi fueron sus playeras y sus pants. Después las alcé y abajo de la ropa del cajón había carne descompuesta que había tomado del comedor. Tenía gusanos.

Vomitó y empecé a llorar. Bueno, a gritar.

El *staff* llegó corriendo. Una enfermera me apartó del cajón y otra despertó a Megan.

—¿Megan, qué es eso? —le preguntó Allie. Era joven, pero tenía cabello plateado y un corte moderno y siempre llevaba una playera de los Redsox bajo la bata blanca.

—¿Cómo es que se atreven a buscar en mi cajón? —preguntó Megan.

—¡Hay comida podrida adentro! —dije.

—Lo que hago con mi comida es mi problema.

Conté. Incluso en momentos como éste, cuidaba las frases nones. Eso hizo que llorara con más fuerza. Estaba en una habitación con una persona realmente loca. Y el olor me daba arcadas.

El *staff* empezó a desinfectar el buró y empaqué porque me iban a mover esa noche. Cuando me fui, Megan me dijo adiós.

—Te deseo lo mejor, pero no debiste ver en mi cajón —dijo.

—Apeataba.

—Cometiste un error muy peligroso —dijo Megan.

—Megan, no puedes amenazar a otros pacientes —dijo Allie.

Mi pronto excompañera de cuarto se paró cerca de mí, le brillaban los ojos, pero no de lágrimas, sino de furia.

—No me digas, no puede ser posible que no hayas oído la historia de Pandora, que abrió la caja prohibida.

Abandoné la habitación, conté con los dedos y volví a entrar.

—Oye —dije—. Fue una frase par. Creo que no tienes contracciones y acabas de terminar en veinte.

Después, Megan empezó a temblar. Un gorjeo salió de su boca y se convirtió en un chillido. El *staff* tuvo que restringirla, literalmente. Estoy hablando de una camisa de fuerza y la habitación silenciosa, la habitación del final del pasillo, a prueba de sonido y con un colchón en el piso en lugar de una cama. No era para castigarla, sólo para protegerla, y a mí, porque sus palabras podían considerarse una amenaza. Un miembro del *staff* fue asignado para sentarse con ella en la habitación, para tranquilizarla y vigilarla.

Megan no había dicho una palabra después de salir de la habitación silenciosa; ni a mí ni a nadie del hospital. Me preocupó que nunca volviera a hablar y que yo lo hubiera ocasionado. Mis doctores en Turner y el doctor Bouley, después de que regresé a casa, me dijeron que no, que su decisión de no volver a hablar no era mi culpa, que cada quien es responsable de su propio bienestar.

Pero yo no lo creía. El enojo había ocasionado que le faltara o le sobrara una palabra. Yo estaba segura de que las contaba para evitar pensar o recordar lo que le había ocasionado dolor.

Recordé lo que había dicho de la caja de Pandora y me pregunté qué desastre había caído sobre ella para sacar esos monstruos.

Me preguntaba si seguía en silencio.

Me entristecía pensar en eso. Y era extraño, pero algunas veces cuando pensaba en ella, contaba las palabras.

*21 de mayo
New Britain, Connecticut*

Fui a la escuela. Tenía que seguir con la rutina antes de volver al Plan.

—¡Buenos días, Maia! —dijo la profesora Berenson, la subdirectora, con una sonrisa tan luminosa que uno habría pensado que acababa de ganarse la lotería.

—Hola —respondí.

—Sabes que puedes venir a mí con cualquier problema, ¿cierto? —me preguntó.

—Sí, gracias, profesora Berenson —le dije forzando una sonrisa. Parada con un vestido estampado marrón y botines negros, cabello castaño con peinado levantado, anteojos de carey enormes y redondos, y lápiz labial rosa coral, su mirada me hacía pensar en dos cosas: que sentía lástima por mí y, al mismo tiempo, pensaba que estaba loca.

Seguramente mi padre había hablado con ella, pues no me había metido en problemas por faltar a la clase de francés ayer. Tal vez ella ya sabía que se acercaba el primer aniversario de mi intento de suicidio.

Tenía los nervios de punta.

—¡Oye! —dijo Gen al encontrarme en el casillero—. ¿Estás bien?

—Sí, bien —le contesté.

—¿Mejor que bien? —preguntó ella.

—Mejor que lo mejor —dije yo.

Me echó una mirada escéptica, como si no me creyera. De cualquier manera, nos reímos, siempre lo hacíamos cuando decíamos eso. Había iniciado cuando Gen, Clarissa y yo teníamos trece años, con un comercial de San Valentín de una joyería local. “Cuando realmente la amas, no pares en mejor que bien. Ven a Joyeros Acton y regálale algo mejor que lo mejor”.

Nos había hecho carcajear: el anunciante serio, una pareja mirándose embelesada a los ojos, el hombre poniéndole a la mujer un collar con un corazón de oro en el cuello.

Clarissa se acercó apresuradamente a nosotros.

—Maia, me estás matando —dijo con la cara roja y mirada de enojo—. Desapareces y te sales de clase, apenas nos mandas mensajes—. ¿En qué estabas pensando?

—En nada —contesté, aturdida.

—¡En serio! Pensé que nosotras éramos tus mejores amigas.

—Claro que lo son, yo sólo estaba...

—Tú siempre estás “sólo algo” —dijo Clarissa—. “Sólo” deprimiéndote, “sólo” yendo al hospital, “sólo” ignorándonos; ¡como si no nos preocupáramos por ti! Ni siquiera nos dices nunca qué es lo que te deprime.

La forma como lo dijo sonó tan crítica como una cachetada en el rostro. Sentí que me ponía roja.

—Clarissa tiene razón —dijo Gen en voz más baja—. Queremos que te abras. ¿Por qué no lo haces?

—No soporto hablar de eso, chicas —dije, tratando de mantener la voz firme.

—Pues déjame decirte que ser tan misteriosa hace que parezcas una *drama queen*.

—¿*Drama queen*? —repetí.

—Maia, faltar a la última clase es un poco dramático —dijo Gen—. Nos pudiste haber dicho y te hubiéramos ayudado a pasar el resto del día.

No podía ni siquiera hablar. Ellas eran mis mejores amigas y después de todo este tiempo, no me entendían. A veces me sentía más fluida en el francés que en la amistad.

Gen tenía clase de inglés y Clarissa de historia. Nos abrazamos, con falsedad y a la fuerza. Habíamos descubierto una grieta entre nosotras y nos dolía. Me quería ir lo más rápidamente posible. En ese momento, creía que estaría completamente bien si ya no las volvía a ver.

El día pasó muy lento. Pensé que nunca llegaría al último periodo en la sala de estudio. Nuestro horario de clases rotaba todos los días.

Sabía que debía de quedarme hasta el amargo final de la clase; si faltaba de nuevo, la profesora Berenson iba a llamar por teléfono enseguida.

Caminé hacia mi silla preferida de la sala de estudio, al fondo junto a la ventana. Me moría de ganas de leer una novela gráfica que había comprado; me encantan las novelas gráficas y ésta, *El iglú secreto*, se trataba de dos chicos que construyeron una casa de hielo al norte del Círculo polar ártico, en Noruega. Ellos duermen todo el verano cuando el sol brilla las veinticuatro horas del día y están despiertos todo el invierno para poder jugar bajo las auroras boreales. Pero, a pesar de mi deseo de leerla, sabía que tenía que estudiar los diálogos de mi libro de francés. Necesitaría más competencia lingüística para donde iba a ir.

Sin embargo, me detuve en seco.

Billy estaba sentado en el escritorio al lado del mío. No se suponía que él estuviera ahí —yo me sabía su horario: tenía clase de historia. Sus ojos miraban hacia abajo, pero ¿me estaba mirando mientras me acercaba? Eso sentía.

Me sentía nerviosa cuando me senté.

—No te toca sala de estudios ahora —dije.

—Ya sé —dijo él.

—¿Te estás saltando historia?

—Tú te saltaste la clase de francés ayer.

—Cierto.

Se encogió de hombros con una expresión oscura en los ojos.

—No me puedo concentrar en historia. Está demasiado lindo afuera y quisiera estar en el agua.

—¿En el agua? Yo quería decirle que había bastante agua en donde iría, pero su expresión adusta me advirtió que no lo hiciera.

Lo miré fijamente, recordando la noche anterior, cómo había tocado el vidrio de la ventana. Sus ojos eran verdes como un arroyo con destellos de oro y rocas grises; justo ahora estaban bajo la sombra y me hacían pensar en peligro. Me perdí tratando de pensar en algo que decir, en la pregunta correcta que hacer. Pero él miró hacia otro lado, rechazándome.

Quería hablarle sobre mi plan.

Quería que me dijera que me iba a extrañar.

Quería decirle que yo sabía cómo era estar en una institución: Turner, mi hogar lejos del hogar.

El hospital era una mansión vieja y laberíntica, un poco como el Hogar Stansfield, pero hecha de piedra, con un techo plateado de pizarra y barrotes en las ventanas. Tenía un gran jardín y acres de terreno con colinas cubiertas por sicómoros, maples y un bosque entero de pinos, marcado con senderos que se usaban cuando los pacientes estaban suficientemente bien para dar caminatas con el personal.

El personal. Así es como llamábamos a las enfermeras y ayudantes, trabajadores sociales y terapeutas artísticos. Los psiquiatras eran doctores. Me caía bien la doctora Hendricks. Era como de la edad de mi madre, y no sólo escuchaba, sino que te daba retroalimentación, como el doctor Bouley. Yo odiaba ir con los otros psiquiatras de Turner, como el doctor Grant, que sólo se sentaba a tomar notas sin decir una palabra. Me lo figuraba con una pipa imaginaria, como Freud.

La mayoría de los pacientes eran chicas adolescentes y había algún chico ocasional. Yo pensaba en nosotros como tigres con espinas en las patas, después de todo, íbamos a estar bien.

Mi espina era el hecho de que mi madre me había dejado.

El de Megan era la Caja de Pandora.

El Instituto Turner estaba lleno de lágrimas.

Yo ya no las quería.

Sonó la campana y Billy se fue. Se me llenaron los ojos de lágrimas viendo su

espalda. Odiaba las despedidas más que cualquier otra cosa. Y él ni siquiera sabía que ésta era una: él se iba a subir a su autobús y yo al mío.

“*Au revoir*, amor de mi vida...”.

Los engranes de mi cerebro estuvieron en movimiento durante todo el camino en el autobús. El pensamiento más grande de todos: “No olvides la llave”. No como el día anterior.

Cuando llegué a la casa, Astrid estaba ahí; su Mercedes blanco estaba en la cochera. Por su oído suprahumano, supe que tendría que ser lista y veloz.

Abrí las puertas de metal inclinadas que llevaban hacia la bodega. Después subí las escaleras del sótano, atravesé el corto pasillo que pasaba por la cocina y subí un piso a mi habitación. Contuve la respiración para escuchar.

Escuché la máquina del fax. Astrid estaba en su oficina (la habitación de las ballenas de mi madre), como siempre en el teléfono. Era imposible escuchar con quién estaba hablando, por el zumbido de la transmisión, pero me dio gusto que estuviera distraída.

Ese día, estaba lista. La noche anterior había escondido la llave del Volvo en la repisa que estaba afuera de mi ventana. La agarré y la metí al bolsillo de mi pantalón de mezclilla junto con mi celular.

Luego me sumergí en mi clóset para encontrar la mochila de lona que ya había empacado con un suéter de lana, un impermeable, ropa interior, pantalones de mezclilla extra, mi diario, frascos de medicinas, mi cepillo de dientes, el paquete de las cartas de mi madre y todo el dinero que tenía de mi cumpleaños y navidad.

—¿Quién está ahí? ¿Maia, eres tú?

Me quedé quieta. Astrid había terminado el fax y la llamada, y había despertado su espíritu vigilante. Escuché sus pasos en las escaleras y rápidamente cerré con seguro la puerta de mi habitación, justo cuando ella comenzó a agitar la perilla. Eso duró exactamente tres segundos y luego salió corriendo por el pasillo. Ya sabía qué iba a hacer después: iba a llamar a mi padre e iba a tratar de alcanzarme al pasar.

Tenía que moverme rápido y no podía arriesgarme a que me agarrara si atravesaba la casa. Aventé mi mochila de lona por la ventana e, igual que ayer, bajé por un pino.

El viento sopló entre las lilas. Acababan de florear y su aroma era más fuerte que un perfume; las flores moradas pequeñas se arrojaban al frente, mezclándose con las agujas de los pinos. Yo había vivido aquí desde que nací; mis padres me habían traído a esta casa, el aroma era tan familiar para mí como cualquier otra cosa en mi vida. Corrí entre los árboles, logré llegar a la puerta del *garage* y la abrí de golpe con un movimiento salvaje.

No había encendido el auto de mi madre en mucho tiempo, pero era una camioneta Volvo indestructible y prendió inmediatamente. Salí en reversa con el corazón tan acelerado, que podría haber sido el motor mismo. Con las llantas rechinando, salí

volando por la entrada de autos y dejé a Astrid corriendo detrás del auto, gritando y agitando los brazos.

Mi plan era llegar a la carretera y desaparecer, pero tenía un nudo en la garganta que me hizo dar vuelta a la derecha en la avenida Shuttle Meadow. Mi teléfono sonaba en mi bolsillo: lo ignoré. Pasé por mi vieja escuela primaria y por el estanque Heckle Pond, donde había aprendido a patinar sobre hielo, pero no sentí ni una pizca de sentimentalismo. Irme de casa significaba de verdad irme de casa. Tenía que dejar las cosas viejas en el pasado. Ya estaba lista.

Pero... Billy.

La calle Martindale pasaba alrededor de una colina empinada sobre el estanque. Unos árboles altos le daban sombra, pero cada cierto tiempo yo miraba hacia la derecha y a través de las ramas podía ver la colina opuesta, donde estaba mi casa.

Mi teléfono seguía sonando; los distintos ritmos indicaban que Astrid, y tal vez ya mi padre, estaban tanto llamando como enviando mensajes. Yo ni siquiera lo miré.

Me detuve en la entrada circular para autos. El enorme edificio de tabique, gótico con chapiteles, ventanas arqueadas en el primer piso y un techo de cobre verde oxidado se levantaban frente a mí. Era una perspectiva distinta a cualquiera que hubiera visto antes; recorrí con la mirada los pisos superiores tratando de localizar la ventana de Billy, pero todo se veía distinto desde tan cerca.

Algunos chicos de mi edad estaban agrupados en un área de juegos llena de columpios, subibajas, mesas para picnic y pasamanos. Vi a Mary Porter, Anna Jacoby y Kevin Hernández de la escuela.

Podría preguntarles dónde estaba Billy. Podría hacerlo fácilmente, pero estaba paralizada en el auto.

¿Cuántas veces podría dar mi despedida privada? Yo había pensado que había sido ayer en la clase de inglés, luego hoy en la sala de estudio, y ahora aquí estaba en el Hogar. Tenía que verlo una última vez.

Con el auto encendido, agarré con fuerza el volante con los codos bloqueados, rogándole a la suerte que dejara que él pasara por ahí. Fue entonces cuando lo encontré sentado a solas bajo un árbol de maple, recargado contra el ancho tronco. Y, como si la suerte hubiese decidido responder, también alzó la vista y me vio. Entonces, el corazón se me aceleró de golpe como nunca antes: él se levantó con un salto y se me acercó. Yo salí del auto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él.

—Vine a decirte... —dije, pero no me salían las palabras.

Se asomó al asiento trasero y vio mi mochila de lona.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—Lejos —le contesté.

Nos miramos fijamente a los ojos. Sentí calor en mi pecho al saber que ésta era *realmente* la última vez. Quería extender la mano para tocar la suya. Esperaba que pudiera leer mi mente y que de alguna manera supiera que él iba a ser la única persona a la que iba a extrañar, que había ido ese día porque él era, inefablemente, mío.

—¿Lejos a dónde? —preguntó.

—A ver a mi madre —le dije.

—¿Puedo ir contigo? —me preguntó.

Lo miré fijamente. ¿Había escuchado correctamente? No, seguramente estaba soñando.

—¿Me llevarías? —preguntó.

Era real. Esto estaba ocurriendo. Sus ojos me estaban rogando.

—Pero la gente te va a extrañar. Se van a preguntar en dónde estás —respondí.

—Vivo en un hogar grupal —dijo haciendo un gesto hacia el edificio—. No se lo van a preguntar por mucho.

Y fue entonces cuando me tocó, solamente un dedo sobre el hueso de la muñeca, con tal rapidez que habría pensado que lo imaginé, si no hubiera sido por el hormigueo que me recorrió el cuerpo entero.

—Puedo ayudarte —dijo él.

—¿Ayudarme?

—Sí. Te estás escapando, ¿cierto? Yo sé hacer eso. Nadie nos va a atrapar —dijo él. Ya estaba dándole la vuelta apresuradamente al auto.

Después de eso, no pensé en nada más. Subí al asiento del conductor, él se sentó a mi lado y nos fuimos a toda velocidad.

CAPÍTULO 5

*21 de mayo
Hubbard's Point, Connecticut*

Apenas íbamos a cinco minutos del hogar Stansfield y ya estaba revisando el espejo retrovisor.

—¿Este carro es tuyo? —me preguntó Billy.

—Era de mi madre —dije—. Pero sí, ahora es mío.

—¿Por qué no se lo llevó ella? —me preguntó.

—Donde vive no necesita uno —dije, volviendo a mirar por el espejo retrovisor. Me imaginaba a mi madre en la naturaleza, sin caminos, en el borde del fiordo—. Te toca ser el navegante. ¿Puedes abrir un mapa en tu teléfono?

—Lo haría —dijo—, pero no tengo GPS —alzó su teléfono barato y pasado de moda.

Claro, el estado de Connecticut probablemente no proveía a los niños huérfanos iPhones y datos ilimitados. Me sentí como una idiota.

—Toma, puedes usar el mío —dije, buscando en mi bolsillo.

—Me imagino que ya crees que ya te están buscando —dijo.

Creo que era obvio, tomando en cuenta que estaba viendo sobre mi hombro y por el espejo retrovisor con tanta frecuencia que quitaba los ojos del camino. Trataba de actuar normal con él, pero no podía superar el hecho de que estuviera conmigo. Estaba manejando, teniendo una conversación con Billy Gorman, y era difícil evitar que mi voz se quebrara.

—Sí —dije—. Me van a buscar.

—Mira —dijo—. Yo sé algunas cosas sobre seguimiento. Mi papá... —se detuvo por un segundo, como si quisiera decirme esto—. Mi papá estuvo huyendo unos días antes de que lo atraparan. Medidas evasivas, fue como lo llamaron, y se mantuvo fuera del alcance de los policías. ¿Tu papá sabe que vas a ver a tu mamá?

—Pues —dije—. Me imagino que se va a imaginar que es uno de mis primeros tres destinos.

—¿Cuáles son los otros dos?

Pensé un minuto.

—No hay ninguno.

—Si ellos piensan que vas a ir al norte, no vayas por la carretera —dijo Billy—. Y ve hacia el sur.

—Pero esa es la dirección incorrecta —dije.

—A veces tienes que ir en la dirección incorrecta para llegar a donde quieres ir —dijo.

—Bueno, pon la dirección en el GPS.

—No, yo conozco el camino. Además, deberías apagar tu teléfono.

—¿Por qué?

—Lo pueden usar para rastrearte. El GPS funciona en ambos sentidos. Te muestra hacia dónde vas a ir, pero también les muestra a los policías, o a tus padres, dónde estás.

Mi teléfono era mi sustento: Gen, Clarissa, YouTube, Instagram, Snapchat, Facebook. Pero Billy tenía razón, esa característica de “encuentra mi iPhone” nos iba a delatar. Mi papá la tenía en su computadora y lo único que tenía que hacer era dar clic en “buscar” y mi teléfono aparecería como un puntito en tiempo real en una ubicación exacta, mostrándole dónde encontrar mi teléfono, y a mí.

Decidí que el plan era más importante que los mensajes y las redes sociales, por lo menos por ahora, así que tomé la siguiente salida de la carretera y le di a Billy mi teléfono. Él lo apagó. Pensé en lo que algunos de los chicos de la escuela decían, que Billy era el hijo de un asesino y que a lo mejor el mal estaba en sus genes. ¿Qué tan bien lo conocía?, ¿podía confiar en él?

Mi enamoramiento superó fácilmente mis preguntas, y aquí estaba, tomando medidas de evasión.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Gira a la izquierda aquí. Vamos a ir al otro lado de la ruta nueve al sur. Es el camino viejo, no la autopista. La policía del estado va a estar buscando tu auto, pero no pueden cubrir las dos vías. Mi padre era bueno en eso.

—¿Él te enseñó?

Billy no respondió.

El camino estrecho, sombreado, seguía el río Connecticut. Pasamos las iglesias blancas y las casas viejas. Un edificio cuadrado de granito: un centro de detención juvenil, una cárcel para chicos; tenía barrotes en las ventanas, un recordatorio de Turner. Pero la mayor parte de lo que veíamos era hermoso: caballos blancos que pastaban en el campo, una familia de venados en un bosquecillo de abedules, chicos en un convertible azul, que tocaron el claxon y nos saludaron cuando pasamos junto a ellos.

Empecé a relajarme y Billy también. Entre nosotros sólo estaba la palanca de velocidades y me sentía tremendamente emocionada. Nuestra ansiedad salía por las ventanas abiertas. Él se rio sin razón alguna, y yo también. Se acercó para darme un empujón en el hombro; involuntariamente, extendí la mano y tomé la suya. Sólo un segundo.

—Lo hicimos —dijo—. ¡Nos escapamos!

—¡Yuju! —dije.

—Cuando me desperté esta mañana, no esperaba estar en un *road trip* en la tarde.

—Ja —dije, contenta por lo feliz que sonaba.

—Pero todavía no es seguro —dijo. No va a ser un viaje hasta que tengamos golosinas. Vamos a necesitar muchas —explicó.

—¿Buscamos una tienda?

—Vamos a poner más kilómetros bajo las llantas —dijo.

—Entonces, cuando carguemos gasolina —dije.

Él asintió.

—El otro elemento clave —dijo—, es la música.

Encendió la radio. Sonó Ariana Grande, pero él apretó el botón de búsqueda y se detuvo en una estación del noventa punto algo, donde había estaciones alternativas y de jazz. Sonaba un saxofón, profundo y atractivo; lo miré.

—¿Ésa es tu música? —le pregunté.

—Sí, es John Coltrane. ¿Te gusta el jazz?

—Sí —dije, aunque casi no había oído nada—. Es que es raro para un chico de la preparatoria.

—No para mí.

El misterio de Billy continuaba. Lo miré.

—¿Cómo empezaste a oírla?

—En un viaje a Nueva York —dijo y eso fue todo.

La estación tocó otro grupo de canciones y, al final, el locutor dijo que los artistas habían sido Thelonious Monk, Chet Baker y Charlie Parker.

—A continuación, sólo blues.

—Miles Davis, mi favorito —dijo Billy, subiendo el volumen. Puse más atención a la suave trompeta y escuché pasión y deseo. Me pregunté qué habría estado haciendo Billy en Nueva York que lo había llevado hacia esa música.

Del otro lado del río, una planta nuclear enorme de domo blanco ocupaba varios kilómetros. Pasamos por pequeños pueblos y tiendas de equipo y cafeterías, estanques y riachuelos. No era la tierra de los centros comerciales o los Walmarts. Sesenta kilómetros después de dejar Nueva Bretaña, cruzamos un amplio puente sobre el estuario y llegamos a Black Hall.

Mi familia solía venir a la playa cerca de aquí —dije. Reconocí algunos puntos familiares: el muelle, la tienda de carnada, la pescadería y el puesto de helados. Más allá de la boca del río, brillaba Long Island Sound en la luz de la tarde.

—Es cerca de donde yo crecí —dijo Billy—. Donde vivíamos. Quédate en el camino costero, yo te digo cuándo girar.

—Pero, ¿no deberíamos seguir adelante?

—Definitivamente, es sólo una parada. Necesitamos algunas cosas.

Hizo un gesto, di vuelta a la derecha por las vías de un tren. Un letrero de madera viejo decía *Hubbard's Point*, con letra cursiva.

El sendero pasaba por un pequeño cementerio lleno de robles, apilados con casitas que parecían tener persianas de colores con botes, anclas o pinos grabados en la madera.

Había una ensenada redonda y un estacionamiento de arena en una playa que envolvía la caleta de Long Island Sound. Billy se hundió en su asiento, apenas podía ver por encima del tablero. Pasaron dos mujeres trotando; me imaginé que no quería que lo vieran. Me dirigió por el estacionamiento hacia el camino que corría a lo largo de la playa, que acababa en un manglar.

—Estaciónate atrás de esta casa —señaló la última casa a la derecha. Era pequeña, para nada elegante, dos pisos con un porche en el frente. Tenía una señal de “en venta” en el patio delantero. Me estacioné y las llantas chirriaron sobre la entrada hecha de ostras y conchas aplastadas. Sentí como se hundía el coche, como si el *garage* estuviera construido sobre arena. La casa era azul pálido, la pintura estaba desvaída, claramente deteriorada por el aire salado y las brisas tormentosas. Tenía las ventanas cerradas. Una camioneta roja oxidada estaba estacionada cerca del manglar sobre unos ladrillos, sin llantas. El lugar estaba desierto.

Me estacioné. El carro quedó completamente escondido bajo un pórtico construido con ladrillos simples y ramas de pino. Siempre me fijaba en ese tipo de cosas porque mi mamá me había dado mis propias herramientas para mi cumpleaños doce, y me había ayudado a construir una casa en el árbol, así como a cortar madera. Dijo que algún día me iba a construir mi propia casa en una caleta llena de ballenas. Éramos la experta en ballenas y la tripulación de construcción, después de todo.

—¿Quién vive aquí? —le pregunté. Era obvio que en ese momento nadie vivía ahí, y todos mis músculos se tensaron en espera de que Billy dijera que era donde su madre había sido asesinada. Recordé que todos decían que había ocurrido en su casa familiar.

—Mis abuelos —dijo—. Es su casa de verano; no está climatizada para el invierno. Pero ya no pueden venir. Mi abuela murió justo después de mi madre, y mi abuelo se mudó y se convirtió en un ermitaño.

—Pensé que a lo mejor era tu casa —dije, preguntándome por el tono de voz de Billy—. Como dijiste que habías crecido por aquí.

—En la casa de al lado —dijo y la señaló cuando bajamos del coche. Esa casa era casi idéntica en el diseño. Le faltaban algunas tejas y tenía persianas blancas. No, cuando vi con más atención, vi que eran color crema, el color de adentro de una concha. Miré el segundo piso, una persiana se había soltado y se azotaba con el viento. Sentí frío por dentro al ver el lugar donde su madre había sido asesinada.

Billy se inclinó bajo una tabla floja en la parte posterior de la casa de sus abuelos. Encontró una llave y abrió la puerta trasera. La casa estaba a oscuras con flechazos de

luz que entraban por las persianas. Olía a humedad, como a polvo, moho y aire marítimo que habían quedado atrapados todo el invierno. Unas sábanas viejas cubrían los muebles. Las paredes eran de madera natural y había libreros a cada lado de la chimenea. La habitación parecía acogedora y de repente me sentí tan adormilada que me dieron ganas de hacerme un ovillo en el sofá, sólo unos minutos. No pude evitar bostezar.

Billy entró a la cocina y empezó a abrir los cajones. Sacó algunas llaves, un desarmador y un montón de algo que tintineó. ¿Monedas?, me pregunté. Una fila de tarros de galletas estaba sobre el mostrador. Tomó el del centro sin titubear, le quitó la tapa, sacó un llavero y lo volvió a cerrar.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Nos tenemos que deshacer de tu carro —dijo—. La policía va a estar buscando una camioneta Volvo y conocen tu número de placa.

—No puedo —dije—. No hay otro modo de llegar al bote que me llevará con ella. Y es muy lejos.

—Sí, hay un modo —dijo Billy, tomando una de las llaves y abriendo la mano para mostrarme un montón de tornillos—. La camioneta.

—Pero no tiene llantas.

—Están abajo de la casa. Se las puedo poner, pero tenemos que esperar a que oscurezca. Los vecinos... bueno, son buenas personas, pero entrometidos. Sería todo un acontecimiento si me vieran aquí.

—¿Por qué? Sí, lo tienes permitido, ¿verdad? Es la casa de tus abuelos.

—Está en venta —dijo—. Igual que la nuestra. Bueno, oficialmente es de mis abuelos. La llaman el “Conjunto Molloy”, como el conjunto Kennedy, me imagino.

—Pero tú eres Billy Gorman.

—Gorman es el apellido de mi papá.

—Ah, sí. Claro —dije, sintiéndome tonta.

—Los Molloy, la familia de mi madre, construyeron estas casas.

—¿Y no van a ser tuyas algún día? —pregunté—. ¿O tienes hermanos o hermanas, o primos?

—No —dijo—. Lo que se gane de la venta va para servicios a víctimas de Connecticut. Soy hijo único y mi madre también.

—¿Estos abuelos eran sus padres?

Él asintió.

—Ahora nos odian a mi padre y a mí.

—¿Porque eres su hijo? También eres hijo de tu madre, su hija.

—Es complicado —dijo con voz firme. Se dio la vuelta. No podía entender por qué sus sentimientos por su padre se traspasarían a él. ¿Por qué no habían tratado de cuidarlo en lugar de enviarlo a un orfanato? ¿Por qué no podían usarse las ganancias de la venta

de las casas de la playa para pagar su educación, mantenerlo para que no tuviera que vivir en el hogar Stansfield? Me parecía que su abuelo era el único pariente que le quedaba y ahora era un ermitaño. Habían abandonado a Billy.

—Es hora de cenar —dijo—. Hay que comer.

Fue a una pequeña despensa en la cocina. Los estantes estaban llenos de comida enlatada, escogimos unos cuantos y los llevamos a la estufa. Diez minutos más tarde, llenamos nuestros platos con pequeños hot dogs, pan integral y frijoles.

Nos comimos hasta el último bocado. Afuera se estaba poniendo el sol. Pronto, iba a estar oscuro. Levantamos todo y recogimos los platos mientras yo lo miraba. Tenía la quijada dura, tensa, como si estuviera manteniendo muchos sentimientos adentro.

—Maia —dijo—, voy a estar en la casa de junto. Tú te puedes quedar aquí si quieres, sería mejor que así fuera.

Negué con la cabeza.

—Voy contigo.

Se metió el desarmador en el bolsillo de atrás. Salimos por la puerta trasera y cruzamos el pequeño patio de pasto que había entre las dos casas. Los pies se me hundieron y se me metió arena a los zapatos. Unas escaleras deterioradas llevaban al pequeño porche y me di cuenta de que había unas pequeñas torres construidas con piedras de playa, la más grande y ancha en la parte de abajo y se iban haciendo cada vez más pequeñas hasta la parte de arriba.

Pensé que a lo mejor había otra llave escondida, pero Billy volteó un basurero cerca de la casa y saltó sobre él. Hizo palanca con el desarmador en el marco de la ventana, quitó el cristal y buscó el cerrojo. Quitó el marco y entró por la ventana.

Yo sentía dos cosas: nervios porque fuera tan bueno para entrar en una casa y admiración porque supiera trabajar tan bien con las herramientas y la madera. Cuando abrió la puerta trasera me tomó de la mano y me jaló hacia adentro rápidamente. Me tropecé y caí contra él.

—En realidad, no deberíamos estar aquí —dijo—. La casa de mis abuelos es una cosa, pero esto es diferente.

Me soltó la mano, pero mi piel cosquilleaba como si me hubiera dejado electricidad corriendo por los dedos. El corazón me latía fuerte, y tuve que detenerme después de golpear su pecho. Me daba gusto que el sol casi se hubiera puesto porque las ventanas no estaban abiertas y no quería que viera cómo me había puesto roja.

Se quedó quieto un minuto, viendo hacia la cocina. Traté de observar lo que estaba viendo: incluso en la débil luz, me sorprendió el brillo de los colores. Una mesa turquesa, sillas amarillas, cortinas blancas con marcos rojos. Una lámpara colgaba sobre la mesa con una cadena; la pantalla era de cristal, un mosaico de colores brillantes con libélulas. Junto al lavabo, en la ventana, había más torres de piedra, más pequeñas que las del

porche. Alguien que había amado a su familia había decorado esta cocina.

—¿Qué son éstas? —pregunté, señalando las piedras.

—Se llaman túmulos —dijo—. Mi mamá y yo siempre recogíamos piedras de la playa y las construíamos.

Fui hacia el refrigerador. En la pared junto a él había cinco dibujos que obviamente había hecho un niño: una casa, una familia de tres, un bote, un puente y un gran perro. Cada uno estaba firmado “Billy”, y un adulto había escrito las fechas con lápiz, el más reciente era de diez años atrás, cuando Billy tendría alrededor de seis años. También había fotografías enmarcadas de Billy a diferentes edades: patinando en el centro Rockefeller, enfrente de huesos de dinosaurio en el Museo de historia natural, en Central Park, en la gran fuente del ángel.

—¿Nueva York? —pregunté.

—A ella le encantaba Manhattan —dijo—. Era su lugar favorito.

Pensé en eso. Mientras que mi madre amaba las ballenas y la naturaleza, su madre había amado la ciudad.

—¿Y a ti? —le pregunté.

—Pasamos buenos momentos ahí —dijo y su mirada se detuvo en las fotos. En una, frente a la Estatua de la Libertad, Billy y una niña de cabello dorado saludaban a la cámara. Tenían alrededor de siete años y sonreían. En otra foto, tomada afuera de Village Vanguard, eran adolescentes.

—Es un club de jazz —dijo, notando mi curiosidad.

—Se ve *cool* —dije, pero lo que realmente me interesaba era la chica, se veía totalmente *chic* con sus jeans entubados y una chamarra de piel, lentes grandes cuadrados, cabello amarillo lacio y lápiz labial rojo—. Es bonita —continué—. ¿Vive en Nueva York?

—No —dijo con frialdad, evitando más preguntas.

Se dirigió hacia las escaleras y yo lo seguí, pero nos detuvimos al pie. Había pedazos de cinta amarilla de la que usa la policía en las escenas de crímenes, todavía pegados en la pared. Billy empujó un tapete gastado y contuve el aliento. Alguien había limpiado, pero todavía había una mancha blanca en el suelo oscuro.

Billy volvió a tomarme de la mano y me guio alrededor de la mancha, me daba la impresión de que no era para ayudarme sino para proteger la zona. El estremecimiento que me corrió por la espalda me dijo que había sido ahí donde había muerto su madre.

—¿Estabas aquí? —le pregunté.

—Sí —dijo—. Y ésta es la primera vez que vengo a esta casa desde ese día. Desde que yo la encontré, justo ahí.

—¿Por qué... por qué querías volver?

—Porque ésta era nuestra casa —dijo—. Es nuestra casa. Y ella... no había nada

que pudiera hacer para ayudarla.

Bajó la mirada durante mucho tiempo. Después sacudió la cabeza como si se quisiera sacar recuerdos de una escena que prefería olvidar.

—Vinimos a buscar mi dinero —dijo—. Si es que la policía no encontró mi escondite secreto.

Pasamos por encima de la mancha y subimos las escaleras. Me sentía rara por entrar a su habitación: parecía tan normal, había pósters de botes de carreras, un escritorio y libreros llenos con los libros de Harry Potter, *La brújula dorada*, *Artemis Fowl*, *El libro del ladrón*, *Buscando a Alaska*, *Eragon*. Yo también los había leído todos.

Había un poster de la biblioteca pública de Nueva York y, pegada a él, había una fotografía de Billy, su madre y la misma niñita rubia parada junto a ellos frente a uno de los leones de la escalinata.

—Tienen nombres, sabes —dijo.

—¿Quiénes?

—Los leones. Paciencia y Fortaleza. Mi amiga y yo nos llamábamos como ellos. Ella era Paci y yo era Fort.

—¿Y dónde está ahora?

—No importa —dijo Billy. Su voz no invitaba a hacerle más preguntas.

Una tela naranja fina colgaba sobre su cama como un toldo.

—Eso es... —empecé.

—Un espinaquer —dijo—. Es una especie de vela para el aire ligero. Era del bote de mi abuelo.

Asentí.

—Él también navegaba —dije.

—Éramos felices en los botes —dijo, tocando el espinaquer, haciendo que flotara. Después se subió a su cama y extendió una mano sobre el borde de la ventana. Sintió por encima con los dedos y tomó un pedazo de la cuerda de una caña. Sonrió y jaló un saco de piel que estaba escondido en la pared.

—Lotería —dijo.

—Parece mucho —dije, admirando el grosor del saco.

—Sí —dijo—. Ahorré.

—¿Dinero de tu cumpleaños? —pregunté, pensando en mi delgada cartera.

—Tenía un trabajo como repartidor de periódicos desde que tenía ocho y después trabajé en la tripulación de la playa, quitando algas y pintando las bancas de la playa. Y mi abuelo me pagaba por ayudarlo en su negocio de langostas. Me pasaba el verano fregando ollas, les quitaba los mariscos en el invierno. Cazaba pescados para carnada.

Se sentó en su cama e hizo un gesto para que me sentara a su lado. Los resortes chirriaron bajo nuestro peso cuando me senté y apenas podía contener el aliento. Se

miraba las manos. Se veían fuertes. Quería poner mi palma contra la suya para comparar el tamaño. O a lo mejor sólo quería tocar su mano. Él contó doscientos setenta y seis dólares, y me dio la mitad.

—En caso de que nos separemos —dijo.

—No nos vamos a separar —dije.

—No lo sabemos —dijo—. Quizá podemos planear seguir juntos todo lo que quieras, pero las personas se pierden unas a otras cuando menos se lo esperan. Siempre que mi madre y yo nos bajábamos de un tren hacia Nueva York, me daba un billete de veinte dólares para que me lo metiera en el zapato. Uno tiene que planear las emergencias.

—Está bien —dije. Que confiara en mí de esta manera, compartiendo su dinero conmigo, como si realmente estuviéramos juntos en esto, hizo que el corazón se me acelerara.

Llenó una mochila de lona con ropa, un sobre de manila grande, una linterna y pilas extra, y después, se dirigió hacia las escaleras. Miró hacia atrás como si se preguntara si alguna vez iba a regresar a esa casa. Se detuvo cuando llegamos a la mancha blanca. Yo sabía, sin necesidad de preguntar, que era de cloro o algún otro líquido de limpieza fuerte, y que habían quemado la sangre de su madre del piso, para limpiarla de donde habían aterrizado después de que su padre la empujó.

Se hincó y puso la mano sobre el piso. Se quedó así un buen minuto. Cuando levantó la mano, se besó los dedos. Verlo hacer eso provocó que se me llenaran los ojos de lágrimas. Tuve la sensación de estar invadiendo su espacio, así que me di la vuelta.

Ya estaba oscuro cuando salimos de la casa y trabajamos rápidamente. Si Billy se impresionó por la manera como alcé las pesadas llantas de la camioneta de la tarima donde estaban guardadas, de que supiera usar el gato, maniobrar la camioneta —de cuerpo perezoso por el óxido— sobre los ladrillos, por cómo usaba la llave, de cómo había apretado las tuercas rápidamente y en la oscuridad, en el más mínimo brillo de luz del farol del final de la calle, no lo demostró. Mi mamá me había enseñado a estirar mi mano sobre la llave para tener más agarre, a apretar las tuercas con uno, dos, tres jalones fuertes. Sabía usar las herramientas.

Nos tomó más de una hora, pero lo logramos, le pusimos las cuatro llantas a la camioneta. La batería estaba muerta, así que le pasamos corriente con el carro de mi mamá. El motor encendió enseguida. Billy volvió a la casa de sus abuelos para tomar el resto de la comida enlatada. Yo aproveché el tiempo para volver a poner el carro de mi mamá bajo el pórtico, para esconderlo de los transeúntes.

El carro todavía olía a ella, una combinación de asientos de piel, champú limón-sábila

y papel: los libros que leía y los cuadernos que había llenado de observaciones y dibujos de ballenas.

En lugar de sentirme triste o al borde de la depresión por pensar que quizá nunca volvería a ver ese auto, me sentí eufórica. Por primera vez desde que nos había dejado, desde que me había dejado a mí, iba hacia ella. E iba hacia ella con Billy.

Salí del carro al mismo tiempo que él salía con bolsas de comida y víveres. Las puso atrás del asiento junto con todo lo que había sacado de su casa. Noté el fôlder de manila que sobresalía de la bolsa de lona.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Mi acta de nacimiento, algunas fotos, un par de cartas de mi mamá.

Nos subimos a la camioneta y nos alejamos de las casas. Esta vez no pasó por la ensenada; tomó un camino diferente e hizo tiempo frente a una casa con luces centellantes y el brillo azul de una televisión.

Tenía la mirada dura y fija. Me había dicho que no quería que nadie nos viera, pero estar parados aquí era tan desafiante, como si retara a las personas de adentro a que salieran a vernos. Si salían, nuestro viaje iba a terminar antes de que empezara. Estaba agarrando el volante con tanta fuerza que su muñeca se sentía tensa como un cable cuando la toqué para recordarle que teníamos que volver al camino.

—Tenemos que irnos —dije—. Antes de que alguien nos vea.

Billy no contestó ni apartó la mirada de la casa. Estábamos abajo de un farol y vi que le brillaban los ojos; no sabía si le brillaban de tristeza o de ira.

—¿Quién vive aquí? —le pregunté.

Se quedó en silencio un minuto más.

—Nadie —dijo. Yo tenía una sensación muy extraña por la intensidad con la que observaba la casa. Quería presionarlo para enterarme de quién vivía en esa casa. Pero su mirada me dijo que no debía hacerlo, así que me tragué mis preguntas.

Después, nos alejamos en el coche.

22 de mayo
Mystic, Connecticut

Me desperté de golpe, del sueño más profundo del mundo, con la cabeza de Billy recargada en mi hombro.

¡Oh, Dios! Esto es real, no es un sueño.

Recordé que nos habíamos quedado dormidos cada quien de su lado de la camioneta, sentados, recargándonos en lados opuestos cada uno contra su puerta. Ahora estaba orillada en una esquina con Billy, como un bulto sobre mi lado izquierdo.

Nos habíamos estacionado en un astillero en Mystic, un pueblo porteño, para dormir un poco antes de agarrar realmente el camino de nuestro viaje. Ahora estaba amaneciendo, el sol apenas se asomaba por encima de los cobertizos de los botes. Casi no me moví, en parte para no despertar a Billy y también porque no podía; estaba atrapada. Mi brazo izquierdo estaba dormido, pero no lo moví pues quería que este momento durara para siempre.

Me había dormido junto a Billy. El calor corporal que compartíamos se sentía como un horno que nos mantenía calientitos en el aire frío de la madrugada. Sacudí la cabeza para despejarme; él estaba muy cerca, justo aquí conmigo, se había acurrucado en mi hombro. ¡No lo podía creer! Flexioné un poco mi mano dormida.

—¡Oye! —dijo, despertándose pero aún sin abrir los ojos—. Me hiciste cosquillas.

—Perdón —respondí—, es que no podía sentir los dedos.

—Te perdono —se estiró moviéndose a su lado del asiento. Quería que regresara para calentarme de nuevo, pero abrió la puerta de la camioneta—. El desayuno —dijo.

Se agachó para sacar su cartera que estaba debajo del asiento.

Tenía el corazón muy acelerado. Aproveché la oportunidad para tomar mis pastillas cuando no estaba mirando, me las eché de un trago y casi me ahogo, pero no podía arriesgarme a que encontráramos qué desayunar y tuviera un vaso con agua. Tenía una cosa segura: nunca dejaría que Billy supiera que estaba tomando medicamentos.

Teníamos un largo camino que recorrer en este viaje y sabía que debíamos hacer rendir el dinero que teníamos, pero el estómago me estaba gruñendo. Seguimos el aroma a café hasta llegar a una cafetería a media cuadra. Los trabajadores del turno matutino del astillero tenían ocupadas todas las mesas, pero encontramos dos bancos libres en la barra y pedimos huevos con tocino. Yo comí pan tostado de centeno y él pan blanco, ambos tomamos café.

—Bueno, y ¿por qué venimos a Mystic? —preguntó—. Me habías empezado a contar anoche.

—Es que tengo que averiguar exactamente dónde está mi madre —dije.

Casi se le cae el tenedor.

—Pensé que ya lo sabías.

—A grandes rasgos, sí —respondí—. Siempre me mandaba fotos y sé que vive en un fiordo, así que una vez que estemos allá reconoceré el lugar exacto; sin embargo, le escribo a un apartado de correos en Tadoussac, no a una dirección real, es un área muy grande.

—¿En dónde está esa área “muy grande”?

—En Canadá —respondí— cruzando el Río San Lorenzo por Maine, a unas horas de Quebec.

—Maia, no tengo pasaporte.

—Creo que sólo necesitas una licencia de conducir o cualquier identificación oficial.

—¿“Crees”?

Asentí con la cabeza.

—Pensé que iba a viajar sola —dije—, y siempre llevo mi pasaporte en la mochila, por si sé de ella y me quiere allá. No había planeado que tú vinieras conmigo.

—Pues traigo mi licencia y mi acta de nacimiento —dijo frunciendo el ceño—. Supongo que puedo ir contigo hasta la frontera. Y si no puedo cruzar...

—Sí, te van a dejar cruzar —respondí con más confianza de la que sentía.

Terminamos de desayunar y caminamos por la orilla junto al mar hasta el puerto. Había chicos esperando el autobús escolar, nos miraban fijamente y me di cuenta de lo fuera de lugar que nos veíamos caminando en la dirección opuesta. El sol brillaba sobre el río Mystic. Los altos y oscuros mástiles del barco *Charles W. Morgan* se veían rígidos contra el azul del cielo. Me sentí nerviosa y tomé una pausa en la vereda de piedras y guijarros.

Al agacharme, encontré la piedra más grande y plana y la coloqué en el muro que iba a lo largo del río. Billy se inclinó junto a mí y balanceó la siguiente piedra más grande encima de la mía. Sin decirnos nada, seguimos haciendo eso hasta que habíamos hecho una pequeña torre de piedras. Sonreímos, dejamos la torrecita donde estaba y seguimos caminando.

Parecía una ironía: mi madre que amaba tanto a las ballenas, trabajando medio tiempo como investigadora aquí en el puerto marítimo. Ella había sido especialista en el *Morgan*, un navío de 180 m de largo construido para la cacería de ballenas, en 1841. Ella me había criado para amar a las ballenas desde mis primeros años, así que la primera vez que me llevó bajo cubierta y me mostró las grandes ollas de hierro forjado puestas en el horno para tratar la grasa de las ballenas que cazaban, lloré.

—¿Por qué mataban a las ballenas? —pregunté.

—En aquel entonces convertían su grasa en aceite de ballena —dijo— y se utilizaba para iluminar las casas de las personas, las lámparas de las calles y ciudades enteras.

Me hizo sentir muy mal; juro que podía oler a las ballenas moribundas y escucharlas llorando, entonces me vomité en sus zapatos. Ella no se enojó, simplemente me abrazó.

—Mi niña sensible —dijo meciéndome suavemente—, mi colega experta en cetáceos. A veces decía “cetáceo” en lugar de “ballena”, es su nombre científico, del clado *Cetacea*.

Recordé ese momento al llevar a Billy por los caminos del pueblo marítimo reconstruido del siglo XIX. Las casas y los edificios eran reales y antiguos. Habían sido transportados desde todas partes, puestos aquí para atraer a los turistas y a chicos de las escuelas. Cuando se abría el puerto, el “pueblo” tomaba vida con personas disfrazadas de herreros, aparejadores, toneleros y fabricantes de veleros.

Saqué el teléfono del bolsillo, pero titubeé: ¿qué daño podía hacer si lo prendía sólo por un minuto para tomar un par de fotos? Era tan temprano, mi padre y Astrid no estarían aún despiertos.

—¡Ey! —dije a Billy. Él se dio vuelta para mirarme y tomé una foto: su boca entreabierta, el cabello cayendo sobre sus ojos, los mástiles detrás.

—Tienes que apagar eso —dijo.

—Una más —dije. Levanté el teléfono, pero me lo quitó. Su brazo envolvió mis hombros y se extendió para tomarnos una *selfie*. No podía creerlo. Cuando me devolvió el teléfono y nos vi sonriendo en la pantalla, necesité todo mi autocontrol para no subirla a Instagram. En lugar de eso, sólo me envié por correo las fotos a mí misma y volví a guardar el teléfono en mi bolsillo.

Asumí que no podríamos entrar en el puerto antes de que abrieran los portones, pero Charlie, el guardia de seguridad, me reconoció y me saludó.

—¡Hola, Maia! —dijo acercándose—. Mírate, ya crecida. ¿Qué haces aquí? ¿Paseando por el mundo de los recuerdos?

—Algo así —dije con la boca seca. Sentí alivio de que aún no llegara a Charlie la noticia de que estuviera atento por si me veía. Tal vez mi papá pensaba que el puerto era algo demasiado lejano en mi pasado y que me dirigiría a alguna parte más pertinente para el futuro.

—¿Qué no tienes escuela?

—Hoy no —respondí.

—¡Ah, bueno! ¿Decidiste traer a tu amigo por aquí, mostrarle el lugar? —preguntó echándole un vistazo de pies a cabeza a Billy.

—Sí. Él nunca ha visto los barcos balleneros —respondí.

—Bien —dijo Charlie—. Pues, ¿por qué no me esperan en la taquilla a que abramos?

Los dejaremos entrar sin pagar boleto, por supuesto. Pero no pueden andar vagando aquí antes de que llegue el personal completo. Yo te dejaría, pero son las reglas, tú sabes.

—Charlie —dije mientras el corazón me latía tan fuerte que pensé que se me saldría—, ¿podríamos mejor esperar en la Biblioteca del marinero? Ése era mi lugar favorito cuando era pequeña, me encantaban todos esos libros.

Entrecerró los ojos mientras decidía.

—Claro —dijo—, distraiganse por allá. Es un buen lugar para esperar a que sea la hora de abrir.

—¡Gracias! —respondimos Billy y yo al mismo tiempo.

Luego Charlie miró su reloj y luego nos guio al pequeño edificio amarillo de un solo cuarto. El letrero sobre la puerta decía: “Cuarto de lectura de la sociedad amiga del marinero”. Mis dedos se movían nerviosamente queriendo agarrar el tomo exacto que me diría lo que quería saber. Charly abrió la puerta con una llave maestra.

—Ahora quédense aquí —dijo—, quiero saber dónde, ah, encontrarlos cuando hayamos abierto. Eso será como en una hora, así que mientras siéntanse en casa aquí, ¡y no anden vagando por ahí!

Asentí con la cabeza y Charlie nos dejó. Miré la mecedora larga donde me había sentado con mi madre mientras me mostraba sus libros favoritos y me contaba sobre los datos y descubrimientos en los que estaba trabajando en su investigación. Miré el angosto armario en el que estaban los libros de la biblioteca que Peary se había llevado a su expedición al polo norte.

—Será mejor que agarres lo que necesites y rápido —dijo Billy parado justo en el umbral de la puerta viendo hacia fuera.

—¿Por qué? —le pregunté mientras me invadía el deseo de quedarme por horas, sumergiéndome en el consuelo de los recuerdos y la sensación de la presencia de mi madre.

—Porque el viejo Charlie es un buen actor —respondió Billy—, está hablando con su celular en este momento, llamando a alguien para decirle sobre nosotros, o tal vez alguien lo llamó. ¿Apagaste tu teléfono después de que tomaste la foto?

Busqué a tientas en mi bolsillo, no, no lo había apagado.

—¡Oh, no! —exclamé.

—Te están rastreando —dijo Billy—, Charlie todavía está hablando, ok, ahora viene para acá. Viene apresurado, Maia, está levantando la mano para que no nos vayamos.

Apenas pensé, fui directamente por el pequeño libro verde con una hoja dorada descarapelada en la portada, lo metí en la cintura de mi pantalón y después salí apresuradamente a tumbos, por la puerta detrás de Billy.

—¡Quédense donde están chicos! —gritó Charlie—. No se muevan, Maia. Tengo órdenes de mantenerlos aquí.

Billy tomó mi mano y comenzamos a correr en dirección opuesta de donde habíamos estacionado la camioneta. Corrimos en zigzag a través de patios traseros y callejuelas, manteniéndonos lo más cerca posible de los edificios y de los setos, para finalmente revertir nuestro curso y hacernos camino a lo largo del rompeolas, hacia el astillero.

—¿Más medidas evasivas? —pregunté sin aliento.

—Mi padre me enseñó al menos una cosa que vale la pena saber —dijo Billy.

Para cuando nos subimos a la camioneta, vimos que había dos patrullas de policía yendo a gran velocidad hacia el puerto. Pensé que Charlie había hablado por teléfono con mi papá, pero ahora era una cuestión más seria. Si supieran que me había robado el libro clásico escrito por Laurent Cartier en 1898, *Las ballenas beluga y jorobada del fiordo Saguenay*, estaría en mayores problemas que por haberme escapado de casa. El libro era valioso, pero para mí era invaluable.

—Estarán buscando el Volvo —dije mostrándole a Billy una sonrisa de admiración.

—Sí —respondió—, y hasta que se den cuenta de que estás conmigo tendremos una ventaja inicial. Incluso cuando se enteren, puede que no sepan de la camioneta.

Me agaché y Billy manejó en la dirección opuesta a dónde queríamos ir, evitando el puerto. Nos atoramos en el puente levadizo durante diez minutos que fueron increíblemente molestos, pero luego logramos cruzar el pueblo y tomar la carretera I-95.

—Ahora, ¿para dónde? —pregunté—. Básicamente hacia el norte, pero de todas maneras necesitamos un mapa, lo dijiste tú mismo.

Billy me lanzó una mirada severa desde su asiento.

—¿Por qué tuviste que tomar ese libro? ¿No podrías simplemente haber buscado y leído lo que necesitabas?

Me volteeé para el otro lado sintiéndome atacada.

—No había tiempo —repliqué. No podía decirle la verdad: yo quería el libro. Mi madre lo había tenido en sus manos, había pasado cariñosamente de una hoja a otra, señalando los intrincados dibujos de mamíferos marinos de los altísimos acantilados del fiordo y me había mostrado las páginas sobre el punto exacto en el que construiríamos nuestra cabaña para los Expertos en ballenas y la tripulación de construcción. Ésta era nuestra guía personal para la vida.

—Mi padre era un ladrón —dijo Billy—. Hizo muchas otras cosas malas también, antes de dañar a mi madre. Estafó a personas llevándose lo que no le pertenecía. No me gustan las personas que hacen eso.

—¿Y, dime, qué tal tú, llevándote esta camioneta? —pregunté—, ¿eres tan perfecto acaso?

—La camioneta es mía —dijo.

—No, me dijiste que tus abuelos estaban vendiendo las casas y que no te daban nada —dije.

—Antes de que eso ocurriera —respondió Billy—, mi abuelo me dijo que la camioneta me pertenecía. Cuando tenía trece años, tres años antes de tener mi licencia, me enseñó a manejar en ella. Atrapábamos langostas juntos, las llevábamos al mercado y me dejaba manejar a casa tomando caminos secundarios. Él dijo que era mía y nunca tuvo la oportunidad de retractarse.

—Oh —respondí.

—Mi abuelo fue más mi padre que mi papá. Yo no quiero ser en ningún aspecto como mi padre, ni quiero estar con alguien que lo sea.

—Yo no soy así —repuse. Y no lo era; pensé que Billy comprendía la desesperación que sentí, que entendería que yo haría casi cualquier cosa, para poder llegar con mi madre.

—Sí, lo que tú digas... —dijo ásperamente.

—¡No lo soy!

—Importa más lo que hace una persona que lo que dice —respondió.

—¿Y por qué te escaparías conmigo si soy tan horrible? —dije a la defensiva.

Él sólo siguió manejando, sin contestarme. Me retorcí en mi asiento agarrando con fuerza el libro.

No me importaba lo que Billy había dicho, me daba gusto haber agarrado el libro. Ésta era mi misión, no la suya; él no entendía nada de nada.

—Dame tu teléfono —dijo después de pasar unos diez minutos en silencio.

—¿Por qué?

—Porque tu papá ya lo usó una vez para encontrarte. ¿Quieres llegar a donde está tu madre, no?

—Claro —contesté. Saqué el teléfono de mi bolsillo y lo miré fijamente.

De nuevo hubo una larga espera antes de que él volviera a hablar.

—Todo importa —dijo—, cada detalle. No puse atención antes, me perdí de todo. Si hubiera estado vigilando, realmente escuchando, me habría dado cuenta de que algo terrible estaba por ocurrir.

—¿A tu madre?

—Sí —hizo una pausa—. No puedo —dijo con un tono helado—. No puedo dejar que pasen cosas malas, a quien sea. Cuando veo que algo malo va a pasar, tengo que detenerlo; de ahora en adelante, así es como será. No puedes robar de nuevo, Maia, es por tu propio bien, no te vas a sentir bien si lo haces.

—No lo haré.

—Y si no quieres que tu padre te encuentre...

Mis emociones se sentían como una hoguera. Escuché un clic, Billy estaba tratando de encender el radio.

—Se me olvida que no funciona —dijo.

No me importaba, todo lo que quería escuchar era el sonido de su voz. Quería que siguiera hablando sobre proteger a las personas, sobre protegerme a mí.

Mientras pasábamos a través de los campos, las granjas y las pequeñas colinas verdes, bajé la ventana de la camioneta y aventé mi teléfono, y aunque el teléfono de Billy no tenía GPS, él también se decidió y lo tiró.

22 de mayo
Providence, Rhode Island

—Ya llegó el momento —dijo Billy, unos quince kilómetros después de que tiramos nuestros teléfonos.

—¿De qué?

—De la parte más importante de cualquier *road trip*. Ya te había dicho.

—¿La música? Pero el radio no funciona.

—¿De la comida! ¡Almuerzo y golosinas!

Sonreí. No había nada como una aventura con comida chatarra, para limpiar el aire. Vimos señalamientos para Providence y dimos vuelta hacia el este. A la distancia, vi un par de torres de ciudad, los campanarios de una iglesia y una colina cubierta con casas de ladrillo que se veían rosadas a la luz del sol.

—¡Mira, el edificio de Superman! —dijo Billy, señalando. Y tenía razón: el edificio más alto, que iba hacia el cielo, con cada piso disminuyendo de tamaño hasta la torreta de dos pisos estaba sacado de una película.

—¿Lo puedes saltar de un solo brinco? —le pregunté.

—Solo mírame —dijo, riendo.

Subimos por la colina, pasando por la Universidad de Brown, con majestuosas rejas de hierro forjado, y nos estacionamos en la calle Thayer. Estábamos en un vecindario de apariencia universitaria. Estudiantes de chamarras de mezclilla y zapatos brillantes caminaban de a dos, de a tres y solos, con mochilas a la espalda. Billy y yo caminamos por la calle, abriéndonos camino entre los universitarios. Quería entrar a todas las tiendas —la librería Brown; una tienda que vendía playeras de un blanco diáfano, camisetas de batik y faldas de diseños indios; sastrerías urbanas; una pequeña boutique llamada “Zuzu’s Petals”. El antiguo cine art decó, Avon Cinema, presentaba una película llamada *Miles Ahead: secretos de una leyenda*.

—¡Mira, una película sobre Miles Davis! —dije al ver el póster.

—No puede ser —dijo Billy.

—¿La vemos? —pregunté.

—No, ¿ya se te olvidó que tenemos algo más importante que hacer?

—¿Manejar a Canadá?

—Comer, Maia —dijo, dándome un golpecito con el hombro—. ¡Concéntrate!

Justo ahí, en la banqueta, tuvimos un pequeño torneo de lucha, empujándonos uno al

otro y me reí con el corazón efervescente mientras nos rodeaban los estudiantes.

Nos detuvimos en una tienda de abarrotes y llenamos una canasta de papas, gomitas, kisses, frituras de queso y un *six-pack* de Sprite. En el último minuto, le pedí al encargado una cámara desechable. Billy giró los ojos, pero no se opuso.

Me acosaba la foto de nosotros de mi iPhone; si no podía tener esa, me iba a asegurar de tomar otras.

Vi que Billy contaba su dinero cuando nos alejamos de la caja.

—¿Vamos bien? —le pregunté desenvolviendo la cámara.

—Sí, mientras seamos cuidadosos y sólo compremos cosas básicas —alzó la bolsa de golosinas—. Como éstas —le tomé una foto y capturé su sonrisa.

Nos fuimos de Providence y manejamos una hora antes de detenernos por gasolina. Llenar el tanque fue una buena llamada de atención. El medidor no servía y habíamos tenido suerte de que no se nos acabara. Llenar la camioneta de diesel costó cincuenta y tres dólares, una buena parte del dinero de Billy. Revisó el aceite, le puso un cuarto más y compró un atlas de Estados Unidos y Canadá, por un gran total de setenta dólares con treinta centavos.

—Fue un golpe de realidad —dije.

—Esta cosa come gasolina —dijo, dando golpecitos en el tablero—. Pero nos va a llevar hasta allá.

Abrí el atlas. Todas las personas que conocía dependían del GPS y les costaba mucho trabajo leer un mapa, pero a mí no. Gracias a que mi madre me había enseñado a navegar obsesivamente, sabía cómo.

Billy y yo seguimos manejando. Evitamos la I-95 y nos concentramos en caminos secundarios que nos llevarían alrededor de Boston, por la costa de New Hampshire, hasta Maine y la frontera canadiense.

—Ya que saben de Mystic —dijo Billy—, probablemente se han de imaginar que vas a ver a tu madre. La van a llamar, ¿no?

—Mis papás no se hablan —dije.

—Pero si fuera sobre ti, harían una excepción, para protegerte —dijo.

—Es difícil encontrar a mi madre —dije—. Pasa mucho tiempo en barcos y vive tan adentrada en el fiordo, en el quinto pino, que no tiene recepción. Ni siquiera tiene celular. Nos escribimos cartas.

—Pero tiene email, ¿no? ¿Para mantenerse en contacto con otros investigadores?

—Sí, sí tiene —era un punto doloroso, pero no dije nada. Antes le mandaba correos todo el tiempo, pero nunca me contestaba. Mi mamá me había dicho que las expertas en ballenas se escribían en papel y usaban sellos de cera. Y así era: ella me había mandado un sello de latón con una ballena que emergía a la superficie y varas de una cera especial que hacían en París con cal, resina de pino, laca y un tinte color carmín hecho de

cochinilla, las conchas y las alas rojas de un insecto de Perú.

—Entonces, tu padre le va a mandar un email —dijo Billy—. Para decirle que te espere. Y van a buscarte en todo el camino.

—Le va a dar gusto verme cuando llegue —dije—. Va a comprender que no puedo volver con mi padre —y pensé en la última carta que había recibido antes de irme: “Algún día, me vas a visitar y la vas a oír también”. Ah, lo elusivo del “la”. No podía esperar.

—¿Por qué no puedes volver? Obviamente les importas a tus padres.

—No son mis padres —respondí—. Son mi papá y mi madrastra.

Pensar en ello me hizo un nudo en el pecho del tamaño de una pelota de basket. Cuando mi madre se fue, mi padre se había quedado perdido y vacío. Los dos estábamos así, como supervivientes que habían caído de un barco al naufragar a las aguas heladas del ártico.

Mientras Billy manejaba, saqué la última carta de mi mamá de mi mochila y empecé a leer.

He estado saliendo en el bote, escuchando con los hidrófonos y, por mucho que me gusten las ballenas jorobadas, descubrí que nuestra beluga tiene la canción más hermosa del mundo. ¿Sabías que están en peligro de extinción? Quedan menos de novecientas de estas ballenas preciosas, raras y blancas como la nieve. Esperamos que haya bebés este año. La especie podría desaparecer. Cuando escucho su canción, siento esperanza.

Algún día, me vas a visitar y la vas a oír también.

Eso quería, quería oírla también.

Cuando mi mamá era joven, sólo un poco más grande que yo, había ido a la Universidad de Connecticut en el puerto ballenero de Nuevo Londres. Mi papá había estado en la Academia de guardacostas y se habían casado justo después de su graduación. Por un momento, compartieron el sueño de una vida marítima. Ella estaba en el posgrado en Woods Hole, él tenía su puesto en Menemsha, y vivían en Martha's Vineyard. Ella era *supercool*, iba a las clases en su propio bote sin importar el clima. Ha de haber sido *muy* romántico.

Después, me tuvieron a mí. Yo creía que éramos felices. Por un buen tiempo, creo que sí lo fuimos. Después mi padre heredó la aburrida aseguradora de su padre en Nueva Bretaña y mi mamá obtuvo el trabajo en Mystic. Pasaba el tiempo viajando, trabajando e investigando cuando mi papá pensaba que tenía que estar con nosotros y desde entonces, nuestra vida fue en picada.

El día que se fue, dejó una nota en mi almohada. Podía recitarla si Billy quería. Podría contarle que me había dicho que se estaba muriendo por dentro, que iba a dejar de respirar si no dejaba los suburbios para ir a vivir con las ballenas, cómo dejarme le iba a dejar un hueco en el corazón hasta que me volviera a ver.

“Algún día, me vas a visitar y la vas a oír también”.

—Tú siempre serás magia pura para tu mamá —me dijo mi papá para asegurarme su amor después de que se fue—. ¿Por qué crees que te puso Maia?

Maia era una estrella de la constelación de Tauro. El nombre provenía de la mitología griega, así como las otras estrellas de las Pléyades, la constelación favorita de mi madre. Me recordaba a menudo que Maia era una gigante azul espectral, la cuarta estrella más brillante de Tauro. Me decía que había sabido cuál era mi nombre en cuanto vio que había heredado los ojos azul profundo de mi padre.

—¿Dónde estamos en el mapa? —me preguntó Billy, sacándome de mis pensamientos.

—Aquí —dije, inclinándome hacia él y señalando un camino ligeramente al norte de Boston. Caímos en un bache y él puso su brazo a mi alrededor para estabilizarme. Me tomó por sorpresa, y me mordí un labio. Me sostuvo un minuto. Después, sacó un puñado de gomitas de la bolsa, me echó una en la boca y los dos nos reímos.

Condujimos por una vieja ciudad industrial junto al río, llena de fábricas abandonadas, con chimeneas, ventanas rotas y estacionamientos de asfalto con hierbas en las grietas. Me recordó a Nueva Bretaña.

Nuestra ciudad era la capital mundial de *hardware* antes de que se acabara el trabajo. Mi abuelo tenía una aseguradora floreciente, pero para cuando mi papá tomó el control, la mitad de los clientes se habían mudado. Mi madre había dicho que la ciudad era atrofiante. A lo mejor esos clientes también lo pensaban.

De repente, miré a Billy. Él había vivido en la playa, justo junto al agua salada de Long Island Sound.

—¿Cómo fue cuando te mudaste a Nueva Bretaña? —le pregunté—. ¿Atrofiante?

Se rio.

—Suenar raro —dijo.

—¿Por qué?

—Es como una palabra de consejero estudiantil.

—Bueno, pues dime de todos modos. ¿Fue atrofiante?

—El Hogar sí —dijo—. Tantas reglas y compartir un cuarto con un montón de gente. Sin correr por la playa, sin navegar. Lo extrañaba.

—¿Y Nueva Bretaña en sí misma?

—Yo no pertenecía ahí. No creo que alguna vez perteneciera —sus ojos se veían duros otra vez, como la noche anterior, cuando nos habíamos detenido enfrente de la cabaña de la luz azulada de la tele.

—¿Te puedo preguntar algo? —pregunté.

—Claro —dijo—. Dispara.

—¿De quién era esa casa?

Me miró rápidamente, sorprendido. Frunció el ceño como si estuviera fuera de lugar. Vi cómo el cabello castaño le caía sobre los ojos verdes y, no lo pude evitar, me estiré para apartárselo.

—¿Cómo puedes ver el camino con el pelo en la cara? —dije para ocultar mi vergüenza.

—¿Cuál casa? —me preguntó como si no hubiera sentido mi mano sobre su frente.

—En la que te detuviste antes de que nos fuéramos de Hubbard's Point.

—Ah —dijo—. Las preguntas que la mayoría de las personas quieren hacerme son algo así como “¿Por qué tu padre mató a tu madre?” o “¿Lo odias a muerte?”.

Su voz sonaba plana, pero cargada de sentido, fría como una hoja de metal. Oía una ira helada bajo la superficie. Me daba miedo que la ira se le saliera de control, hacia mí.

—No te iba a preguntar eso —dije.

—¿Por qué, no quieres saber? —me preguntó.

—Sólo si tú me lo quieres decir —respondí.

—No lo odio a muerte —dijo Billy.

—Ok —dije.

—Pero, ¿sabes por qué mi abuelo me odia? —me preguntó—. ¿Te preguntas por qué sé tanto de caminos secundarios y de evadir a la policía?

—¿Por qué? —pregunté con la boca tan seca de repente que apenas podía hablar. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Porque lo ayudé a escapar —dijo Billy.

Había leído historias en el periódico. Sabía que lo habían detenido e interrogado después de que capturaron a su padre. Pero al oírlo decir esas palabras, admitir lo que había hecho, me sorprendía hasta la médula.

Me volteeé para ver por la ventana, a cualquier cosa que no fuera él, mientras conducíamos por caminos por los que mi papá no iba a pensar en buscarme, en una camioneta vieja y oxidada que ningún policía iba a buscar. Vi una señal en el camino que iba al Instituto Turner, pero no dije nada. Me pregunté si de verdad sabía algo sobre el chico del que me había enamorado perdidamente.

Y no pude evitar notar que seguía sin decirme de quién era la casa en la que se había detenido.

CAPÍTULO 8

23 de mayo

En medio de ninguna parte, Massachusetts

Esa noche volvimos a dormir en la camioneta, pero esta vez la cabeza de Billy no acabó recargándose en mi hombro. Había una tensión en el aire desde nuestra conversación y su consiguiente silencio, así que nos mantuvimos lo más alejados posible el uno del otro en el auto.

Nos estacionamos detrás del cobertizo de un deshuesadero, en un pequeño pueblo de Massachusetts cercano a la frontera con New Hampshire. Pasamos desapercibidos entre las demás camionetas y autos oxidados.

No podía dormir. El aire era frío y penetraba de manera punzante el gorro de mi sudadera. Las luces neón de un centro comercial cercano resplandecían. Había muchos sonidos tenebrosos, armatostes crujendo y acomodándose, el imán de una grúa balanceado en un cable. Imaginé delincuentes moviéndose por ahí. Un perro ladró toda la noche desde adentro de la oficina y estaba segura de haber escuchado el chasquido de sus colmillos. El Instituto Turner estaba a menos de treinta kilómetros de distancia, pero yo no podía dejar de escuchar a Billy diciendo que le había ayudado a su padre a escapar.

Debí de quedarme dormida sin darme cuenta, porque cuando desperté de pronto, estaba envuelta en mis propios brazos temblando de frío. El cielo se tornaba color lavanda, ese color que, justo antes del amanecer, hace que las estrellas parezcan más brillantes que nunca, y estaba sola. El perro gruñía; miré a mi alrededor, temerosa de dejar la camioneta, pero preocupada de que algo le hubiera pasado a Billy. Me obligué a salir.

—¡Hola! —dijo él, acercándose apresurado.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—Consiguiendo el desayuno —dijo mientras me mostraba dos panques de arándanos envueltos en plástico—. Había máquinas expendedoras al lado de la gasolinera.

Bajo el brillo del cielo y de las luces neón, vi que en su otra mano sostenía un objeto oscuro que tenía unos alambres colgando.

—¿Qué es eso?

—Un radio. Se lo saqué a esa Plymouth de allá.

—Pensé que habías dicho que tú no robabas.

—Éste es un deshuesadero. Todo lo que está aquí será compactado para hacer

pequeños cubos de metal y venderse como chatarra. Además, lo reemplazaré.

—¿Cómo? —pero el perro ya estaba ladrando, aventándose con todo su peso contra la puerta de la oficina—. Hay que irnos de aquí antes de que llegue el dueño. Además, ese perro ya se quiere salir...

—Hay un letrero en la puerta, abren a las ocho. Déjame sólo hacer esto.

Le tomó menos de dos segundos sacar el radio. Se agachó bajo el tablero hurgando con unas pinzas y un desarmador. Yo sostenía la lámpara para que pudiera ver, su cabeza se recargaba en mi rodilla izquierda y su brazo derecho estaba alrededor de mi pantorrilla, mientras trabajaba en ese apretado espacio. Yo estaba demasiado nerviosa vigilando la entrada, pero el calor de su brazo se sentía bien después del frío de la noche... y de mil maneras más.

—¿Sabes empalmar cables? —preguntó.

—Claro que sí —le respondí. Mi madre me había enseñado, pues era una importante habilidad en la marinería, útil en caso de hacer reparaciones en altamar.

—¿Podrías hacer estos últimos dos en lo que paso la vieja radio al Plymouth?

—¿Qué no habías dicho que ya sólo era chatarra? —dije mientras me agachaba a su lado en el espacio increíblemente pequeño bajo el tablero, nuestros rostros separados por tan sólo unos centímetros.

—Lo hacen por peso —dijo—, es por eso que si regreso esta radio, no estoy robando.

Asentí con la cabeza y miré fijamente los cables enredados. Vi las dos piezas desconectadas y torcí, juntándolas, las puntas de alambre de cobre que estaban al descubierto. Necesitábamos un poco de cinta de aislar para que la conexión fuera segura, cuando Billy regresó traía consigo un pedazo pegajoso de cinta que le había quitado al Plymouth; con ella envolvió el empalme de cables.

Me acordé de mi cámara y la agarré justo a tiempo para tomarle una foto a Billy trabajando. Él se volteó al escuchar el clic y me sonrió exageradamente.

—¡Whisky! —dijo ya tarde, pero entonces tomé una foto más.

Trató de encender la camioneta, pero resopló varias veces sin prender. Lo intentó de nuevo unos segundos después, la batería zumbaba como si se fuera a morir, aunque de pronto encendió y arrancó el motor. Yo esperaba con ansia a que prendiera la calefacción.

Salimos aún sin calefacción ni radio, dejando que la batería se cargara. El sol ya había salido lo suficiente para no tener que prender las luces de la camioneta. Yo temblaba mientras conducíamos en silencio por la calle principal del pueblo. Los restaurantes de comida rápida y una cafetería de techo plateado estaban apenas abriendo, pero nos conformamos con nuestros panques y lo que nos quedaba de lo que habíamos comprado el día anterior.

Cuando por fin Billy encendió el radio, éste funcionó; nos volteamos a ver y ambos sonreímos.

—Tú estás a cargo —dijo—, encuéntranos algo bueno.

El radio era de los de antes, con AM-FM. Sintonizamos una estación universitaria y la ajusté lo mejor que pude, entonces pusieron “Flume” de Bon Iver.

—¡Y listo! —dije mientras Billy asentía.

Salimos de Massachusetts por la carretera costera de treinta kilómetros de New Hampshire. Apenas cruzamos el puente de la ruta 1 que pasa sobre el río Piscataqua a Kittery, Maine, bajé mi ventana y dejé entrar la salada brisa costera en la cabina.

—Alerta marina —dije.

—¿De verdad? —preguntó.

—El Atlántico está a un par de millas de la carretera.

—¿Quieres que paremos? —preguntó—. ¿O seguimos manejando?

Hojeé el atlas: Tadoussac, el fiordo y la elusiva cabaña estaba al menos a dos días de camino si nos manteníamos en carreteras secundarias. Me retorcí en mi asiento y él se dio cuenta.

—¿Ya te está molestando mucho la espalda? —preguntó.

—Un poco, sí —respondí—. ¿La tuya?

—Mucho —le dio unas palmadas al tablero de la camioneta—. Esta camioneta está bien para ir alrededor de Black Hall, pero ¿para llegar hasta Canadá? Los amortiguadores se le disparan y se sienten los resortes del asiento. ¿Los sientes?

—Entonces ¿eso es lo que es esto? —pregunté mientras me reacomodaba para evitar la espiral de alambre, que salía entre el vinil.

—Debimos haberla cambiado por una de las que había en los montones del deshuesadero.

—¡No digas eso! —respondí—. Es nuestra camioneta, sólo necesita algo de confianza.

—Y nosotros necesitamos caminar en la playa, así que busquemos una.

—Bueno —dije—, además, entre más tardemos en llegar a Tadoussac creo que es más probable que comiencen a buscarnos en otra parte.

—¡Bien pensado! —dijo—, así que ahora...

—Es hora de playa —dije.

Sonrió y giramos para tomar la costanera, pasamos por bahías del Atlántico, algunos acantilados escarpados, un clásico faro blanco y después, por fin, una perfecta playa arenosa. Encontramos un lugar para estacionarnos por el camino, por un lado estaba lleno de diminutas tiendas, restaurantes y un motel, mientras que por el otro no había más que una amplia playa de plata con olas rompiendo. Billy y yo nos quitamos los zapatos y caminamos hacia el agua azul.

La marea estaba baja y el aire olía a algas y vida marina. Había caminos sinuosos de caracoles marinos, aglomeraciones de algas *sargassum* y madera lavada por el mar. Billy recogía conchas mientras caminábamos por ahí, las rocas que había dejado el mar resonaban con las olas en la arena, eran planas, lisas y perfectas.

—¡Oye! —dijo Billy al tener la misma idea que yo en el momento. Esta vez él colocó la primera piedra, luego me tocaba a mí. Nos sentamos juntos en la arena construyendo pequeñas torres a nuestro alrededor, hasta que estuvimos rodeados de los montículos de piedras; sentí como si estuviera en un castillo mágico. Algunas de las piedras tenían destellos de cuarzo y micas de un plateado casi negro, como si fueran diamantes transparentes y negros.

Yo no despegaba los ojos del océano en espera de ver el chorro de agua de alguna ballena que pasara por ahí. Una foca asomó la cabeza y la señalé, Billy la vio justo antes de que desapareciera entre las olas de nuevo.

—También hay langostas —dijo Billy— las puedo escuchar.

—Sí, a las langostas les fascina cantar —le dije en broma.

—Hablo en serio —dijo—. Mi abuelo solía decir que yo tenía un oído especial para las langostas. Le decía dónde sumergir sus trampas y cuándo las sacábamos al día siguiente, estaban repletas con las que nos podíamos quedar.

—¿Con las que se podían quedar?

—Las de tamaño legal, no las hembras que podían desovar. Sin embargo, algo pasó en Long Island Sound, pues las langostas se hicieron escasas hace tres veranos. Hablamos de mudarnos a Maine, él nunca había dejado Connecticut, pero ése era su sueño.

Miraba hacia el mar y cada cierto tiempo, me echaba una mirada. Yo podía sentir físicamente su mirada con una combinación de hormigueo y calor en mi piel. La marea comenzaba a subir, cada ola rompía más y más cerca de nosotros hasta que sentimos el blanco y espumeante rocío del mar mojando nuestros pies.

—No podemos dejar que las olas se lleven todas nuestras torres —dije mientras empezaba a mover una.

—Está bien —dijo tomando mi muñeca—, las construimos y lo que sea que les pase, está bien. No importa si las olas las derrumban, simplemente haremos más.

—Quiero recordar éstas —dije tomándole una foto con mi práctica Kodak desechable.

—Dame eso —dijo y se recorrió hacia atrás apuntando con la cámara. Se sentía extraño, agradable y maravilloso, pensar que él quería tomarme una fotografía.

Una ola subió estrepitosamente al cerrar el obturador, el agua chocó con nosotros y derrumbó nuestra primera torre. La marea nos jalaba por los pies haciendo remolinos alrededor de nuestras rodillas, me tambaleé con una pierna y casi me caigo. Los brazos

de Billy me envolvieron rápidamente jalándome hacia fuera y yo hice como que lo arrastraba hacia las olas. Flotamos juntos con nuestros rostros prácticamente tocándose, sentí sus labios rozar mi frente; luego se rio dándome un pequeño empujón al ir trastabillando de vuelta a la dura arena.

Miré con detenimiento el romper de las olas, cómo avanzaban, retrocedían y volvían a acercarse, sólo para que él no pudiera ver mis ojos ni leer mis emociones.

Nos quedamos ahí hasta que las olas derrumbaron todas las torres y mi corazón se calmó. Nos seguimos riendo y yo ya no sabía bien por qué. Seguía observando para ver si aparecían las ballenas de mi madre y sabía que Billy escuchaba por si se oían las langostas de su abuelo, pues usó su mano como un auricular junto a su oreja.

—¡Ahí está otra! —dijo.

—¿Y qué está diciendo ésta? —pregunté.

—Oh, es un secreto —respondió regalándome la sonrisa más tentadora y adorable con un destello en sus ojos verdes que hizo que mis mejillas se sintieran calientes.

En el momento en que comenzamos a caminar de nuevo, se agachó y encontró una galleta de mar; pensé que la iba a guardar en su bolsillo, junto con las demás conchas que había recolectado, pero no lo hizo; tomó cuidadosamente la galleta de mar y la apretó contra mi mano para que pudiéramos sostenerla juntos, me miró fijamente a los ojos sin vacilar.

—¡Gracias! —dijo.

—¿Por qué?

—Por dejarme venir contigo, por sacarme de ahí. Me estaba muriendo en ese lugar.

—Ya me imagino por qué, viendo dónde creciste —repuse.

—Apenas somos estudiantes de segundo grado —dijo—, iba a estar atorado ahí hasta cumplir dieciocho, ¡dos años más! No lo podría lograr y nunca más regresaré.

—Yo tampoco quiero regresar —dije.

—Éste es nuestro pacto —dijo.

Retiró su mano y yo sostuve la galleta de mar; era pequeña, más pequeña que una moneda de veinticinco centavos, completamente blanca e increíblemente frágil. Doblé el cuello para mirar de cerca su centro en forma de flor, no quería que él siguiera mirándome y que viera lo que estaba sintiendo.

Cerré los ojos. Él era más alto que yo, así que debió de inclinar la cabeza hacia abajo, porque podía sentir el calor de su aliento en la parte superior de mi cabeza. Nuestra cercanía era aún más intensa que cuando estuvimos jugando con las olas; mis piernas se convirtieron en gelatina y a duras penas me sostenían.

—Solamente prométeme que no regresaremos —dijo—, pase lo que pase.

—Lo prometo —susurré—, pase lo que pase.

Entonces miré hacia arriba y él se inclinó hacia abajo, nuestras frentes se tocaban;

miró mi rostro por otro minuto y yo me perdí en el verde-dorado de sus ojos esperando algo más.

El momento terminó: Billy se alejó caminando y yo me quedé en ese lugar por unos segundos más. Él pudo haberme envuelto en sus brazos, yo pude haber inclinado mi cabeza hacia atrás; cerré los ojos para sentir aquello que no había ocurrido. Caminando de regreso a la camioneta, mi mente daba vueltas con todo mi confuso deseo y posiblemente, con el deseo más fuerte que había tenido en mi vida: de mi primer beso, de Billy.

Un gran secreto: nunca me han besado. Pero eso va a cambiar en este viaje. Billy quería besarme, ¿cierto? Casi había ocurrido, ¿no? O tal vez no, tal vez todo fue mi imaginación.

Sostuve la galleta marina en la mano, ¡significaba algo! Simbolizaba nuestro pacto de no regresar a casa, nunca volver. Sin embargo, se sentía como algo más, sólo que yo no sabía qué.

CAPÍTULO 9

*23 de mayo
La costa de Maine*

Condujimos por la hermosa costa, bordeada de pinos y brillante de acantilados rocosos, que descendían hasta el mar azul. Una estación de radio alternativa se desvanecía con Fleet Foxes y aparecía otra estación universitaria con Radiohead. Muy de vez en cuando sonaba una canción que realmente me gustaba y yo cantaba en voz muy baja, casi un murmullo.

—No cantes sólo para ti —decía Billy.

—Capaz que extrañas a las langostas —le respondía para no tener que cantar enfrente de él.

—Ya las escuché suficiente por ahora. Prefiero oírte a ti —decía y me hacía sentir otra vez como si tuviera los huesos líquidos, como en la playa.

Entonces, canté y a cada canción me sentía un poco más segura de mí misma. A mi papá le gustaba la música clásica, pero a mi mamá le encantaba manejar con la radio o con el iPod conectado y cantábamos y hacíamos armonías juntas.

El número uno en su lista era Dar Williams, así que casi brinco en el asiento cuando sonó nuestra canción favorita de Dar, “Mercy of the Fallen”. La canté enseguida, sin reservas porque Billy me oyera, sintiendo la armonía de mi madre y con la certeza de que era una buena señal que sonara en el radio.

Poco después de que terminó la canción, me rugió el estómago, y a Billy también, casi al mismo tiempo. Me reí de vergüenza. Se nos habían acabado las golosinas. Habíamos vuelto a la ruta 1, y adelante de nosotros había un edificio blanco con una langosta verde tallada en el letrero.

—Estamos viviendo peligrosamente —dijo—. La próxima vez que llenemos el tanque vamos a gastar mucho dinero, pero estamos en Maine y ahí hay un restaurante de langostas, ¿deberíamos hacerlo?

—Definitivamente —dije, sintiendo ya en mi boca la mantequilla derretida.

Ordenamos en el mostrador. En lugar de pedir las comidas más caras, pedimos rollos de langosta. Recogí un folleto turístico del mostrador y salimos a una mesa de picnic. Tomamos limonada y nos turnamos para leer los hechos graciosos en voz alta hasta que dijeron nuestro número.

Los rollos eran panes tostados rellenos con carne de las pinzas y la cola remojada en mantequilla y limón. Venían con papás a la francesa. Nunca había probado una comida

más deliciosa. El día se había calentado después del frío de la noche y me sentía sensacional afuera, en el sol de la tarde. Billy entró a conseguirnos café. Pasó un camión escolar amarillo y se me deslizó un poco el corazón: era nuestro tercer día en la carretera y acabábamos de prometer que no íbamos a regresar. ¿Habría una prepa cercana a la cabaña de mi madre? ¿Me importaba realmente?

Fue entonces cuando me di cuenta de que sí, me sentía un poco culpable por perderme las clases. Por hacer que mi papá se preocupara. Si hubiera un modo de contactarlo, pero que no me encontrara, lo haría. Pero también me di cuenta de otra cosa, y era algo enorme: no estaba deprimida. Para nada. Tenía un montón de emociones y altibajos muy agobiantes, una pequeña caída por aquí y por allá, pero después se pasaban en lugar de quedarse pegadas como humores de velcro.

Me sentía rara de no tener mi celular. No porque me muriera por tomar un millón de fotos para publicarlas o porque quisiera escribirles a mis amigas, sino por mi papá. Había un teléfono de monedas en un extremo del estacionamiento.

—Tengo que llamarle a mi papá —dije cuando Billy regresó.

Billy bajó el vaso de cartón de su boca a la mesa.

—Pensé que lo habíamos prometido —dijo.

—Sí —respondí—. No le voy a decir dónde estamos, pero tengo que hacerle saber que estoy bien. Billy negó con la cabeza.

—Va a ver el número en el identificador de llamadas y descifrá el código postal. Estamos a kilómetros de distancia de cualquier carretera en la que se le fuera a ocurrir buscar. Estaríamos echando a perder nuestro viaje, Maia. Llamaría a la policía local, que llegaría en dos minutos.

—Se pueden bloquear los números —dije—. Clarissa me enseñó cómo y nos llamábamos todo el tiempo para divertirnos y hacíamos como que éramos otras personas. Sólo hay que poner asterisco sesenta y siete.

—No sirve en los teléfonos públicos —dijo—. Mi papá me lo dijo cuando estaba tratando de escaparse.

—¿De verdad?

—Sí —dijo. Quería oír más al respecto, pero Billy volvió a entrar en el restaurante de langostas. Regresó con un mapa turístico de la zona.

—Vamos a la biblioteca para que le mandes un email. Los emails no pueden rastrearse igual. No va a saber desde dónde se lo mandaste.

Eran casi las cinco de la tarde. Localicé la biblioteca local en el mapa minúsculo. No sabíamos a qué hora cerraba, así que manejamos rápidamente alrededor de un kilómetro en el pueblo más perfecto para postales, que hubiera visto: tenía iglesias blancas con campanarios altos a cada lado de la calle principal, robles viejos con ramas extendidas que empezaban a llenarse de hojas y casas antiguas restauradas que me recordaron

Mystic. Me pregunté si habían pertenecido a piratas y constructores de buques.

Nos detuvimos en la calle afuera de una pequeña biblioteca de piedra con escalones curvos de granito y dos columnas dóricas, que flanqueaban el letrero: “Biblioteca Eliza Hewitt”. La biblioteca se veía tan pequeña y antigua que dudé que tuvieran computadoras, pero en cuanto entramos vi una zona especial con paredes de vidrio con tres computadoras. La sala estaba vacía con excepción de dos chicas de nuestra edad más o menos.

Verlas me recordó lo mucho que extrañaba a Clarissa y a Gen. No podía esperar a revisar si me habían mandado correos. Pero no estaba lista para escribirle a mi padre. ¿Qué le iba a decir? Necesitaba unos minutos para pensar en qué decirle, así que me alejé de Billy hacia la estantería. Rodeada de libros sentía familiaridad y consuelo. Tomé uno al azar de un librero: *Eye of the Albatross* de Carl Safina. Lo hojeé y leí sobre Amelia, un pájaro en particular que había estudiado. Leí cómo los albatros adultos vuelan hasta cuarenta mil kilómetros para alimentar a sus pollos.

Alimentar a sus pollos.

Hasta los albatros se preocupaban tanto por sus hijos. Mis pensamientos empezaron a dar vueltas, pensé en mi madre y me tuve que sentar con las piernas cruzadas en el piso. La biblioteca se inclinó y el corazón me dolía tanto que no podía respirar. Sin embargo, si mi temporada en Turner me había enseñado algo, había sido a “izar”: racionalizar, compartimentalizar e internalizar.

“Pero yo no soy un pollo”, me dije a mí misma. Era ridículo esperar que mi madre me siguiera alimentando. “Soy una chica grande. Somos las Expertas en ballenas y la tripulación de construcción, mujeres independientes. Sí”.

—Hola —dijo una voz. Alcé la mirada y vi a una bibliotecaria con los brazos llenos de libros para acomodar en los estantes. Llevaba mangas cortas y alcancé a verle dos tatuajes: un ancla en el antebrazo izquierdo y *Expecto Patronum*, de Harry Potter, en el otro—. ¿Encontraste lo que necesitabas?

—Ay, sí —dije, tambaleándome para levantarme. A lo mejor en esta biblioteca no estaba permitido sentarse en el suelo. Alcé el libro.

—Ah, Amelia —dijo—. Todos la adoran. Ese libro ha sido la base de más reportes de los que se me ocurren —era al mismo tiempo *cool* y lista, igual que la profesora Rhilinger, mi bibliotecaria favorita en casa.

Después de que se fue, miré alrededor en busca de Billy, pero no lo encontré. Me dirigí a la sala de computadoras. Amelia, el albatros, seguía obsesionándome a pesar de mi habilidad para “izar”. ¿Mi madre volaría cuarenta mil kilómetros para alimentarme? Probablemente cuando acababa de nacer, me dije a mí misma. En ese entonces, definitivamente.

Respiré profundamente para no hiperventilar. Eso funcionaba perfectamente. Ahora,

metía mi necesidad, mi tontería de bebé pollo, en el compartimiento al que pertenecía y empezaba a pensar en mis responsabilidades.

Me senté en la amplia mesa de roble donde estaban las computadoras. Las dos chicas que estaban ahí se inclinaban sobre sus libros, con papeles esparcidos a su alrededor. Pensé en las tareas que me estaba perdiendo. Había elegido un buen tema para literatura inglesa: la literatura de las ballenas, pues quería que mi clase supiera que *Moby Dick* para nada era el único libro al respecto.

—Hola —dijo la chica de la derecha en voz baja, mirándome fijamente con mucha intensidad. Tenía el cabello negro extremadamente corto, pegado al cuello. Tenía el fleco cortado en una línea recta sobre las cejas depiladas, en una de las cuales había una perforación. Llevaba una playera blanca lisa y collares largos de plata unos sobre otros.

—Hola —dije.

—Eres sangre nueva —repuso.

—¿Eres vampira? —le pregunté con risa nerviosa.

—No —dijo la chica de al lado. Ella era muy delgada y tenía el pelo largo y completamente blanco, obviamente decolorado, un montón de aretes en una oreja y llevaba una chamarra de lana roja que decía “All Maine Orchestra” enfrente—. Sólo que es un pueblo pequeño y conocemos a todos.

—Sólo estoy de visita —contesté.

—¿De paso? —preguntó playera blanca.

—Ajá —repuse.

—No invadas su privacidad —dijo lana roja.

—Yo soy Darrah, por cierto —dijo playera blanca.

—Cleo —se presentó lana roja.

Yo dudé un momento y decidí usar mi segundo nombre, el tributo de mis padres a Rachel Carson, la ecologista más grande de la historia.

—Yo soy Rachel —dije.

—Ah —dijo Darrah, sonriéndome.

—¿En qué grado vas? —preguntó Cleo.

—En primero —dije—. ¿Y ustedes?

—Es complicado —dijo Darrah—. Para mí no, sino para nuestra querida Cleo. Yo soy de primero, y... ¿le quieres decir tú o le digo yo, mi amor? —le preguntó a Cleo.

—Tú —dijo Cleo.

—Bueno, pues, estamos juntas, enamoradas —me dijo Darrah sonriendo.

—Qué bien —dije—. ¿Por qué tu grado es complicado?

—Larga historia —dijo Cleo.

Como yo misma tenía mi larga historia, no insistí. Entré a mi correo y vi que tenía cincuenta y siete mensajes nuevos. Les eché una mirada rápida. Como siempre, la

mayoría eran de Gen y Clarissa. Quería sentarme y mandarles mensajes personales durante horas, había mucho que decir. Me mataba esconder que estaba en línea, pero sabía que si empezaba nunca me iba a separar de la computadora.

Había muchísimos otros correos de mi padre y, por supuesto, de Astrid. Me tomé un momento para abrir el correo que me había enviado a mí misma y sonreí cuando vi la *selfie* de Billy y yo en Mystic.

Después, cerré ese correo, abrí un nuevo mensaje y empecé a escribir.

Querido papá:

Perdón por haberme ido sin decirte. Ya sé que seguro estás preocupado, pero, por favor, no lo estés. Yo estoy bien, no me he hecho daño y te prometo que no lo voy a hacer. Me llevé el carro, seguro que ya te diste cuenta. Estoy bien, por favor, no culpen a Billy.

Con amor,

Maia

—¿Estás reportándote? —me preguntó Darrah.

Asentí, no quería entrar en detalles.

—Están superpreocupados por ti —dijo Darrah y me quedé paralizada.

—Los reconocimos, a ti y a Billy, en cuanto entraron —dijo Cleo.

Literalmente, se me detuvo la sangre en las venas. ¿Cómo sabían su nombre?

—No te lo tomes a mal, nosotras te comprendemos perfectamente —dijo Cleo—. Yo también habría dado un nombre falso, Maia.

—Ay, no, no, no, no —dije y me paré de un salto, casi tiré mi silla hacia atrás, y miré frenéticamente alrededor de la biblioteca, por la ventana de la sala de computadoras, en busca de Billy. Tenía que decirle, teníamos que irnos.

Darrah se estiró en la mesa, me tomó del brazo y me dio un apretón firme.

—Estás a salvo con nosotras. Te habríamos dicho que los habíamos reconocido enseguida, pero no te queríamos espantar. Deberías saber que estás en las noticias.

—En todas partes —dijo Cleo.

Apreté los dientes y apenas podía hablar.

—¿Qué dicen? —pregunté por fin.

—No saben qué te pasó. Les preocupa que te hayas hecho daño y creen que Billy es una mala compañía.

—No —repuse—. Es maravilloso.

Cleo asintió.

—Están juntos, ¿no? No eres su prisionera, ¿verdad?

—¡No!

—Eso pensé —dijo Darrah—. Reconozco una pareja cuando la veo. Desde que estoy con Cleo. Hay electricidad de amor o no.

¿Electricidad de amor? ¿Entre Billy y yo? Yo sabía que vibraba dentro de mí y quería preguntarles si veían que iba en ambas direcciones, pero no era el momento de estar obsesionada por mi enamoramiento.

Darrah y Cleo parecían agradables, pero ¿nos iban a reportar en cuanto nos fuéramos? Me urgía irme.

—¿No saben a dónde vamos o en qué nos movemos? —les pregunté.

—Dicen que van en el Volvo de la familia —dijo Cleo.

—Tengo que encontrar a Billy —dije, volteándome hacia la puerta.

—Mira, ya estás aquí, a lo mejor puedes leer las noticias en línea. Vamos —dijo Darrah.

—Está bien —dijo Cleo con una sonrisa alentadora.

Me senté otra vez, me metí a Facebook y vi las noticias: todo era de nosotros, de Billy y de mí. Las publicaciones de mis amigos estaban llenas de historias del *Hartford Courant* y el *Day* de Nuevo Londres, videos del canal treinta, refritos del juicio de asesinato del padre de Billy, una declaración del Hogar Stansfield: “William Gorman es parte de la familia Stansfield. Agradecemos a la policía del estado de Connecticut que está trabajando tanto para que regrese a casa y no vamos a descansar hasta que vuelva con nosotros”.

Mi muro estaba lleno de peticiones personales de nuestros compañeros de clase.

De Jenna Bridges: “Maia y Billy: si están leyendo esto, los queremos y queremos que regresen a casa”.

De Cathy Alfonso: “Los extrañamos, es todo lo que puedo decir. Si supieran cuánto, volverían a casa ya”.

De Peter Barowski: “Güey, ¿a dónde fueron? Estamos pensando en ustedes. En serio. Llamen a alguien”.

De Lisa Brown: “Recen por nuestros compañeros, por favor”.

Gen puso una foto de nosotras en la clase de deportes, una al lado de la otra en la barra de equilibrio: “Maia, estás en mi corazón; necesito que regreses a casa. No nos hagas esto, tenemos mucho miedo. Regresa pronto”.

En la foto de Clarissa estábamos Gen, ella y yo el Halloween anterior, cuando las tres fuimos de brujas al baile de la escuela. Les echamos brillantina a nuestros sombreros, nos pintamos la cara de verde y dirigimos los dedos hacia la cámara como si estuviéramos echando un hechizo. “Si pudiera hacer magia, te traería a casa ahora mismo sana y salva”, había escrito. “Me aseguraría de que estés bien. Por favor, mantente bien, Maia. Por favor, por favor, por favor”. Me limpié las lágrimas; no soportaba más Facebook. Cerré la ventana y volví a mi mail para cerrarlo, pero entonces vi una dirección extraña: Beluga.GS@QuebecEast.com.

Y supe de quién era: mi madre. Ella NUNCA me mandaba correos. Nuestra única

comunicación era por carta. Respiré profundamente y contuve el aliento. No podía sacarlo o respirar bien.

Querida Maia:

Donde quiera que estés, adonde sea que te
haya llevado la marea, por favor, siempre ten
en mente que te quiero. Estoy contigo.

Usa tus fuerzas y tus herramientas. Sé mi hija fuerte.
Eres una mujer invencible. Siente que estoy contigo,
Maia. Recuerda que tienes el nombre de una de las
estrellas más brillantes del cielo, y usa las constelaciones,
incluyendo la tuya, para guiar tu camino.

Ahora mismo estoy viendo una madre beluga con su
cachorro, y sé que van a compartir el mar por siempre,
ya sea que estén juntas o a kilómetros de distancia.
La madre le enseña al cachorro lecciones que le van a
salvar la vida, a mantenerlo a salvo de los depredadores,
a guiarlo hacia territorios más ricos en alimento. Las
madres e hijos ballenas pueden oír sus canciones a cientos
de kilómetros de distancia. Es ciencia, no poesía.
Sigue tus instintos. Nunca te van a fallar. Nuestra
comunicación es compleja, como la de las ballenas,
llega lejos y es para siempre. Nunca lo olvides.

Te amo,
Mamá

Miré el correo fijamente y, esta vez, no pude contener las lágrimas. Lo imprimí. Pensé en el albatros y en su pollo, en la beluga y su cachorro, mi madre y yo.

—Oye —dijo Darrah, trayéndome de vuelta a la realidad—. ¿Necesitas un lugar seguro para quedarte y esconderte un rato?

—Lo único que sé es que tenemos que volver al camino —dije, levantándome—. Ya.

—Hay una posada abandonada —siguió Darrah como si yo no hubiera dicho nada—. Era de mis tíos abuelos, un completo desastre. El techo tiene goteras y una parte del tercer piso se derrumbó después de una tormenta el invierno pasado. La calefacción y la electricidad están suspendidas, pero se pueden relajar un poco y descansar.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En realidad está bastante lejos, a unos ciento cincuenta km de aquí, en Canadá, en New Brunswick —dijo Darrah—. Y sería mejor que no llegaran después del oscurecer, es demasiado difícil de encontrar, así que sería mejor que fueran mañana. Era un alojamiento para pescar, pero mis parientes envejecieron y los pescadores encontraron

otro lugar. Ahora está abandonado, pero está bien. Cleo y yo nos hemos quedado ahí. Mira, te voy a dar la dirección.

Tenía mis dudas y no sabía qué decir. Darrah empezó a hacer garabatos en un cuaderno y llenó casi media página.

La puerta de cristal se abrió y entró Billy. Se aclaró la garganta, señal de que teníamos que irnos.

—Ellas son Darrah y Cleo —le dije.

—Hola —contestó, con expresión nerviosa.

—Estamos de su lado —dijo Darrah.

—¿De nuestro lado? —preguntó, sorprendido.

—Ellas saben —dije—. Se corrió la voz. Deberías ver Facebook, nuestros amigos...

—Tenemos que irnos —dijo Billy, tomándome de la mano.

—No van a decirle a nadie —dije al mismo tiempo que Darrah decía: “No vamos a decirle a nadie”.

—No se ofendan, pero no las conocemos —dijo él.

—¿Muchos problemas de confianza? —preguntó Darrah.

—Sí, de hecho —dijo Billy, sonrojándose.

—Tienen un lugar en el que nos podemos esconder —dije rápidamente, antes de que Billy pudiera salir corriendo.

En ese momento, Billy frunció el ceño con apariencia a la vez molesta y preocupada.

—Gracias de cualquier modo —dijo.

—Mira, la posada está escondida —dijo Darrah—. Guárdenlo para mañana. Está bien metida en el bosque. Toma, la dirección y nuestros teléfonos —arrancó la hoja del cuaderno y se la dio a Billy, que la leyó.

—¿Abedules? —preguntó.

—Los vas a reconocer cuando los veas —repuso Darrah.

—Bueno, vámonos —me dijo Billy.

Estaba siendo grosero y le eché una mirada mientras dejaba dinero sobre la impresora por mi copia.

Afuera, el sol se había ocultado detrás de los árboles. Había luz hasta las siete y media a estas alturas de mayo, pero estaba atardeciendo y las sombras eran largas.

Darrah y Cleo nos acompañaron a la camioneta. Consciente de la impaciencia de Billy, me di la vuelta para quedar frente a ellas.

—Oye —dijo Cleo, que había estado bastante callada hasta entonces—. Me preguntaste por qué no estaba segura de en qué grado iba: he faltado un poco a la escuela.

—Como ahora Billy y yo —dije.

—Sí —asintió ella.

—Nuestros padres no aprueban que seamos *gay* —dijo Darrah—. Tienen un enfoque muy de Romeo y Julieta, y trataron de separarnos mandando a Cleo con su abuela, muy lejos en el país de las papas.

—En Aroostook County —dijo Cleo con un estremecimiento exagerado—. Soy el tipo de persona menos granjero que se te pueda ocurrir y tan lejos de Darrah... casi me vuelvo loca.

—¿Casi? —preguntó Darrah—. Se te fue la hebra.

Esperé más información: ¿una chica que había perdido la razón? Los chicos con enfermedades mentales tenían un lenguaje en clave instantáneo. Sentía como si supieran de mi depresión, como si fuera un espíritu afín. Billy estaba ahí mismo, escuchando.

—Cualquiera que no haya perdido la razón por lo menos una vez es aburrido —dije—. ¿Tuviste que ir a un hospital?

—Oh, sí. Seis semanas encerrada.

—¡Mi tipo de chica! —dijo Cleo. Se acercó para cruzar el dedo meñique con el mío, como una especie de apretón de manos secreto de los expacientes mentales.

—¿Ya estás mejor? —le pregunté.

—Mucho mejor, gracias a la maravilla de los medicamentos. ¿Y tú?

—Antidepresivos —dije.

Nos reímos salvo Billy, pero me sorprendió ver una cierta mirada de reconocimiento en su cara. ¿Qué significaba?

Cleo besó el dorso de la mano de Darrah.

—Antes de que me mandaran a la clínica, Darrah y yo huimos a la posada. Es un escondite, en las lindes de un río, nadie los va a encontrar.

—Necesitan un refugio. Huir es agotador —dijo Darrah.

—Sí —dije, pero la verdad es que no lo había sido. Me sentí culpable, porque era obvio que la gente estaba preocupada por Billy y por mí, pero yo me sentía emocionada de estar junto a él, en camino al fiordo con mi mamá.

—Mejor nos vamos —dijo Billy.

Cleo, Darrah y yo nos abrazamos largamente. Se quedaron en el estacionamiento de la biblioteca diciéndonos adiós con la mano y yo les dije adiós también. Volteé a ver a Billy, pensando que iba a tener la mirada en el camino mientras salíamos del estacionamiento.

Pero se había detenido para dejar pasar una hilera de carros y había volteado hacia mí. Tenía la mirada fija, ni siquiera parpadeaba.

—¿Todavía tienes la galleta de mar? —me preguntó.

—Claro —dije, sacándola de la guantera donde la había guardado con cuidado envuelta en papel.

—No olvides nuestra promesa —dijo.

—Claro que no —dije—. Pero, ¿por qué tenías que ser tan grosero con ellas?

Se inclinó a través del asiento de la camioneta. Por un segundo, pensé que me iba a abrazar, pero sólo me miró fijamente a los ojos.

—Porque confiaste en ellas demasiado rápido, ¿y si le dicen a alguien?

—No lo van a hacer.

—No lo sabes, Maia —hizo una pausa—. Les contaste más de ti de lo que me has dicho a mí.

—¡Tú sabes casi todo!

—¿Del hospital? ¿De los medicamentos?

Me sentí inquieta. Tenía razón; no le había hablado de eso.

—A lo mejor no quería que pensaras mal de mí.

—Como si pudiera. Sólo es una lección.

—¿De qué estás hablando?

—Tú no eres la única. Yo también los tomé un rato.

—¿Medicamentos? No tenía idea —estaba sorprendida, aunque tenía sentido.

—Sí. Era parte de ir al orfanato. Se suponía que “facilitarían la transición”. Como que aligeró las cosas. No sé, es difícil saberlo.

—No tenía idea. No te he visto tomándolas en todo el viaje.

—Ya no tomo. El doctor me las quitó cuando me acostumbré a Stansfield. Pero, ¿ves?

—¿Qué?

—Con respecto a eso, no confías en mí. No es culpa tuya, eres igual que todos. Nadie tiene que confiar en nadie.

—Billy —dije, sorprendida por su tono de voz. Me sentí dolida, desde la cabeza hasta los pies. Exhaló, con desesperación y salimos rápidamente por el camino principal.

Unos kilómetros más adelante, cuando las farolas se espaciaron y el cielo se hizo más oscuro, lo miré. Quería decirle que yo creía en él, que podía contar conmigo. Podíamos confiar el uno en el otro. Pero el silencio me dejó claro que no estaba de humor para oír nada.

Me acerqué al radio y sintonicé una estación de jazz. Sonaba una trompeta dolorosa. Estaba casi segura de que era Miles Davis, pero no parecía que a Billy le importara o que oyera siquiera.

Sólo siguió manejando.

*23 de mayo
Grayson, Maine*

—Tenemos que cambiar nuestro plan —dijo Billy luego de un largo rato.

—¿Cuál parte?

—Básicamente, casi todo. Si hay fotografías de nosotros en las noticias y hasta las personas de aquí nos reconocen, tenemos que ser más cuidadosos. Déjame ver el atlas, ¿sí?

Encendió la luz del auto para examinar el mapa de Maine en busca de los lugares donde la frontera estatal colindaba con la frontera de Canadá. Si seguíamos avanzando derecho por el lado este de la costa, llegaríamos a territorios menos poblados.

—¿Cuál es el mejor lugar para cruzar? —preguntó—. Tenemos que buscar en el mapa las grandes áreas verdes, los bosques, donde no hay pueblos ni muchos caminos.

—Esta parte se ve bastante rural —dijo mientras seguía con el dedo la línea roja del río St. Croix que abraza la orilla este del sur de Maine y lo separa de New Brunswick; en esa parte del mapa, no había nada más que verde, era un espacio abierto sin nadie que nos reconociera.

—Sería mucho más rápido si nos dirigimos en esta dirección —dijo apuntando hacia Quebec, la provincia donde estaban Tadoussac y el fiordo Saguenay, directamente al norte de donde estábamos nosotros—. Pero llegaríamos a Bangor y a demasiados otros pueblos. Sigamos conduciendo por la costa por ahora y luego hacia el lugar que escogiste.

—Y Darrah nos dijo que Calais sería bueno —dije.

—Maia... —dijo él.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es tu problema? —pregunté.

—Las personas te traicionan —dijo Billy—, puede que parezcan agradables y actúen amistosos, pero luego te dan la puñalada por la espalda.

—Tienes que confiar en tus instintos —repuse—, ¿de qué otra manera podrías hacer amigos y dejar entrar a la gente en tu vida?

—Los instintos pueden engañarte —dijo.

Él aún sonaba enojado. Lo imaginé de la manera en que lo conocía cuando estaba en la escuela y cuando miraba hacia la colina: misterioso, lleno de secretos, pero adorable. En este momento su expresión era hostil, como si todo lo que le había pasado finalmente estuviera saliendo a la superficie para dirigirse directamente a mí. Se veía duro, como

una persona diferente, era como si se hubiese transformado del Dr. Jekyll a Mr. Hyde.

—Discúlpame por no haberte contado mucho sobre esa parte de mi vida —comencé a decir, pero él me interrumpió enseguida.

—¿Recuerdas esa casa por la que me preguntaste? —dijo.

—¿En la que te estacionaste?

—Mi novia vive ahí —dijo—, Helen.

Me quedé sin palabras, claro que había personas en su pasado, eso lo sabía, pero la intensidad con la que pronunció su nombre causó que sintiera un hueco en el estómago; y además la llamó “mi novia”, en tiempo presente.

—La quise desde la primaria —dijo—. Crecimos juntos en la playa, tomamos el autobús escolar juntos todos esos años. Cuando mi abuelo me enseñó a pescar langostas, también le enseñó a ella.

Me los imaginé en Hubbard’s Point, en la playa, y en las aguas del mar.

—Estuvimos juntos en la secundaria hasta el primer año de preparatoria, todo el tiempo. Mi madre la quería mucho, la trataba como si fuera su hija, prácticamente eran mejores amigas. Tomábamos el ferri a Block Island o íbamos a Nueva York a escuchar jazz o simplemente a caminar por ahí y Helen siempre venía con nosotros.

Helen era la chica rubia de las fotos de la pared de su cocina y del cuarto de Billy.

—Y sus padres eran como mis padres, su papá me llevó a surfear a Misquamicut, me regaló una tabla cuando cumplí quince años. Helen y yo conseguimos trajes isotérmicos y surfearnos todo el año, incluso en el día de año nuevo. Ella era mi chica.

Esas palabras me resquemaban más que nada: “Ella era mi chica”. Me quedé en silencio en mi lado de la camioneta mirando por la ventana.

Manejó sin hablar por mucho tiempo, pensé que eso era todo lo que tenía que decir y yo no lograba preguntarle nada más.

Sin embargo, veinte minutos después, cuando íbamos manejando en la oscuridad, con la más reciente estación de radio universitaria sonando con interrupciones de estática intermitentes, en medio de ninguna parte, ya no podía soportar no saber más.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguté.

—Mi padre pasó —dijo Billy—. Regresó después de haber estado lejos de nosotros por tanto tiempo; y cuando necesitó huir, me llevó con él —hizo una pausa.

—¿Te llevó con él? —preguté sin entender—. ¿Quieres decir que te secuestró?

—Yo no lo diría de esa manera.

—¿Tú te fuiste con él? ¿Después de lo que hizo? —vino a mi mente la mancha blanqueada con cloro.

—Es mi papá —dijo Billy—, yo realmente no tenía opción. Nos deshicimos de nuestros celulares, evitamos a la policía durante todo el camino. Él tenía un escáner y siempre lograba deducir dónde lo estarían esperando. Me enseñó cómo esconderme,

cómo esconder mi rastro, pero yo nunca quise ser como él, ser esa persona.

—Tú no eres como él —dije.

—Helen piensa que sí lo soy.

—¿Cómo podría pensar eso? ¿Acaso ella no... —dudé porque se sentía extraño decir esa palabra enfrente de él—, um, te quiere también?

—Dijo que me quería, ambos nos sentíamos así desde el primer año de secundaria. Ya te lo había dicho, ella era Paci y yo Fort: Paciencia y Fortaleza. Eso era lo que teníamos: éramos el león, la fuerza, el uno del otro. Íbamos a estar juntos.

—¿Quieres decir que se iban a casar? —dije sintiendo que se me apretaba el estómago.

—Eso era lo que pensaba, eventualmente. Es justo eso lo que quería decir cuando te dije que no puedes confiar en las personas; a ella yo le hubiera confiado cualquier cosa, *todas las cosas*, pero ella rompió todas las promesas que nos hicimos.

—¿Cómo?

—Le llamé cuando estábamos en la huida con mi padre, y ella me delató. Le había dicho dónde estábamos y le dijo a la policía, nos encontraron y arrestaron a mi papá ese mismo día.

Lo miré fijamente.

—Y también me arrestaron a mí —dijo—, eso es lo que tú no sabes sobre mí. Yo no simplemente *acabé* en Stansfield, yo no era simplemente un pobre huérfano. ¿Esa cárcel por la que pasamos en camino a Hubbard's Point? Yo estuve ahí, ahí me tuvieron preso por una semana mientras trataban de averiguar quién había matado a mi mamá: él o yo. Ellos realmente pensaban que yo podría haberlo hecho, o si no, ¿por qué hubiera huido? Mi abogado dijo que mi padre me había obligado a irme con él, que yo era simplemente un chico y no podía decirle que no; básicamente dijo que me había secuestrado.

—Pero no fue así —dije.

Billy respiró profunda y entrecortadamente.

—Al principio, me dijo que tenía que irme con él, pero como te dije, es mi papá; pude haberme alejado de él antes de cuando lo hice, pero mi abogado no me dejó decirlo.

—Era tu abogado defensor —dije—, eso es lo que hacen los abogados.

Pensé en cómo a mí me habían designado un abogado también, un guardián *ad litem*, durante el divorcio después de que le había dicho a todos que yo quería vivir con mi madre. Yo quería que ella ganara la custodia, pero no resultó de esa manera.

—Mi abogado dijo cosas como “Síndrome de Estocolmo”, que mi padre me había lavado el cerebro para que yo le ayudara, cosas que al final le costaron aún más años en la cárcel —dijo Billy sin quitar sus ojos de la carretera—. Dado que cruzamos fronteras estatales, hubo cargos de secuestro interestatal; pero eso no fue lo que pasó, yo

simplemente... me fui con él.

Me quedé muy quieta mientras él hablaba.

—Ellos eran mis padres, los amaba a los dos. Él se declaró culpable, creo que para que no hubiese un juicio, para que yo no tuviera que testificar en contra suya. Le dieron veinticinco años de cadena perpetua, no va a salir hasta que muera.

Mi mente giraba: ¿qué podía yo decir ante eso? Se lo merecía si mató a la mamá de Billy.

—Y él lo hizo, ¿cierto? —pregunté.

—Sí, yo estaba arriba en mi habitación y escuché el golpe —clavó su mirada en un auto que se acercaba como si la imagen de lo que había pasado fuera demasiado difícil, como si quisiera quemarla en las fuertes luces del auto—. Corrí abajo y ahí estaba ella, desecha. Tú viste el sitio.

Asentí mientras imaginaba esa horrible mancha blanca de nuevo.

—Sigo pensando que si hubiera puesto atención, habría podido salvarla —dijo.

—Pero, ¿cómo Billy? —pregunté tan suavemente como me fue posible—. ¿Aunque él realmente hubiera querido hacerlo?

—El fiscal dijo que tuvo que ver con dinero. Él siempre estaba quebrado y bebía, y nos seguía abandonando. Mi madre trabajó mucho para mantenernos.

—¿A qué se dedicaba?

—Era asistente de profesor, no ganaba mucho y mis abuelos nos ayudaban, aunque ellos tampoco eran ricos. El fiscal dijo que mi padre quería la “herencia” de ella, como si fuera algo más que un viejo barco langostero y un par de cabañas de las que apenas lograban cubrir los impuestos de tenencia. El fiscal dijo que mi papá lo hizo parecer como un accidente para heredar la casa y el dinero que mis abuelos habían puesto en un fondo fiduciario para ella y para mí.

—Eso es terrible —dije.

—Yo quería pensar que habían tenido una pelea que se había salido de control y que si yo hubiera estado despierto habría podido pararla... —su voz se fue apagando y sacudía su cabeza—. Pero el fiscal dijo que mi papá esperó a que yo estuviera dormido y fue entonces cuando lo hizo, para que yo no pudiera ayudarle a mi madre.

Me imaginé ese hermoso lugar en el que Billy había crecido: los brillantes colores de la cocina, la vista a la playa, sus abuelos viviendo en la casa de al lado, el recinto Molloy. Lo habían arrancado de todo eso.

—Entonces te fuiste a Stansfield.

—Sí, nadie me quería consigo, ¿quién lo haría? Para esa época mis abuelos me odiaban, y Helen... —sacudió la cabeza—. Yo de hecho llegué a pensar que sus padres tal vez me aceptarían, que me dejarían vivir con ellos. Así de cercanos éramos, prácticamente familia; pero la última vez que llamé, ella no me recibió la llamada, su

padre me contestó y me dijo que nunca más volviera a llamar.

—Pero, ¿por qué? Ellos te conocen, saben cómo eres en realidad.

—Todo cambió —dijo—, ya lo verás, eso pasa en la vida. Tú vas pasándola, todo está bien y luego todo colapsa: la persona en la que más confiabas se convierte en tu enemiga, hasta las personas que están enamoradas se traicionan.

—Puedes confiar en mí —dije.

—Si lo piensas, nosotros a duras penas nos conocemos. Mejor dejemos el tema.

Yo estaba temblando, tuve que envolverme con mis propios brazos para evitar que mi interior volara en pedazos. Me sentí en estado de *shock*, devastada. Literalmente sentía la energía hostil que emanaba de él, percibía un campo de fuerza que me mantenía alejada.

Pasamos por pequeños pueblos costeros con largos tramos entre sí, un letrero brilló al iluminarlo con los faros del auto: Grayson. El atlas decía que casi estábamos por llegar a la frontera canadiense, pero ambos estábamos con los nervios alterados y demasiado cansados para seguir. Billy condujo en dirección a un rayo de luz que atravesaba el cielo.

El pueblo de East Grayson estaba justo delante, cuando nos acercamos vimos su faro con franjas rojas y blancas sobre una cama de granito a la orilla del océano. Billy estacionó la camioneta en un lugar que no era visible desde el camino, cerca de un grupo de pinos que parecían crecer en descenso directo hacia el mar.

Me dejó en la camioneta y empezó a caminar, luego a correr, hasta la orilla de las rocas. El mar estaba turbulento, el rocío del mar era tan fuerte que parecía envolverlo en una nube. Se asomó mirando hacia abajo. Verlo de esta manera me recordó a los chicos que había conocido en Turner, de las formas en las que habían hablado de poner fin a su vida. Me bajé de la camioneta y salí disparada hacia Billy, me resbalé mientras corría y me raspé la rodilla, se me rompieron los pantalones, pero luego me lancé hacia él y agarré su mano.

—No lo hagas —le dije.

Debió haber notado el pánico en mis ojos.

—No voy a saltar —dijo.

—¿Qué estás haciendo entonces?

—Pues escuchando a las langostas, ¿qué más iba a ser? —preguntó, sus labios tornándose en esa enigmática sonrisa a medias suya, pero su tono era sarcástico.

Le echó una mirada a mi pierna.

—Estás sangrando —dijo.

—No es grave —dije.

—Deberíamos limpiarla —replicó.

Yo seguía pensando en cómo había dicho que apenas nos conocíamos.

—Estoy bien —dije con severidad.

Las rocas estaban resbalosas bajo nuestros pies por las salvajes olas y la fina capa de algas negras. Caminamos hacia el faro, tenía una pequeña cabaña adjunta pero todas sus ventanas estaban a oscuras. Yo sabía que los faros actualmente ya son automatizados, son manejados por máquinas y computadoras, es muy caro pagarles a los cuidadores de faros para que vivan ahí.

La estela hacía que el faro brillara e iluminara nuestro camino. Billy trató de abrir la puerta de la torre, que alguien había dejado sin seguro. Había gabinete con una gran cruz roja montado en la pared, Billy lo alcanzó y sacó el botiquín de primeros auxilios.

—Puede que esto duela —dijo.

—Está bien —dije. Ardía tremendamente, pero yo no dejé que lo notara. Suavemente hizo a un lado los bordes de la rasgadura de mis pantalones, limpió con algodón el lodo y sangre de mi rodilla raspada, le puso ungüento y la cubrió con una gasa.

Eché una mirada hacia arriba por donde estaba la luz parpadeante del faro.

—¿Quieres ir a verla? —preguntó—. Nada puede ser tan agradable como anoche, cuando dormimos en el deshuesadero.

—Supongo que sí —dije. Después de lo que él había dicho hacía un rato, yo no podía ya ni siquiera esforzarme para sonar contenta, ya no podía hacer bromas. Mi rodilla estaba adolorida e inflamada, pero subí cojeando las escaleras circulares que sentí como de diez pisos, justo delante de Billy; por un momento del trayecto sentí su mano en mi espalda dándome un pequeño empujón hacia arriba.

Ya en la cima llegamos al cuarto del faro. El lente rotatorio Fresnel parecía magia: increíblemente hermoso como si lo hubiera hecho un mago y no seres humanos.

Filas de cristales prismáticos formaban un cilindro de seis pies de altura, que arrojaban arcoíris hacia el techo oscuro y enviaban un haz de luz al mar para proteger a los marineros.

El lente producía una luz blanca cada quince segundos y yo sabía, por navegar, que a esto se le llamaba “un flash ocultador”. Esto me parecía adecuado porque este lugar se sentía como una zona de encantamientos; y yo necesitaba un poco de encanto porque por dentro, estaba completamente destrozada.

Billy se paró cerca, a mi lado. Yo me sentía rígida y sin poder sacarme de la mente la amargura que él me había mostrado. ¿Qué había hecho yo para merecer su actitud?

Casi nos tocábamos, puso su mano bajo mi barbilla y giró mi rostro un poco hacia arriba; un delgado rayo de luz pasó entre nosotros, yo podía escuchar su respiración.

Se agachó hacia mí con los labios a pocos centímetros de los míos, me abrazó tan fuerte que sentí sus costillas apretándose contra mí y pensé que me explotaría la cabeza; pero yo estaba muy herida y enojada, además eso no era como yo había soñado, así no sería mi primer beso, así que sin siquiera pensarlo le di un empujón.

Ambos dimos un paso atrás con rapidez, sus ojos destellaban de dolor; pedacitos de luz emanaban del lente destellando a nuestro alrededor.

Una parte de mí quería volver a comenzar, quería que él la besara de verdad, pero me sentía completamente aturdida con todo lo que había pasado esa noche. Trataba de pensar en algo que decir, pero él se volteó y se quitó el suéter.

—Será mejor que durmamos un poco —dijo; puso su suéter en el piso e hizo una seña sobre él.

—¿Qué? —pregunté sintiéndome aún más confundida.

—Nuestra almohada —dijo. Se acostó mirando hacia el lado opuesto a mí; yo me acomodé a su lado, nuestras cabezas casi se tocaban sobre su suéter. Aun con treinta centímetros entre nosotros, podía sentir el calor de su cuerpo.

Afuera, el océano chocaba contra las rocas y una boya con campana hacía ruido, también el faro crujía. Mi cuerpo estaba rígido y me dolía el raspón de la rodilla, pero eso no era nada a comparación con cómo me sentía por dentro.

Me sentía herida y malentendida, con la peor confusión del mundo. Tal vez, para empezar, nunca debí haber dejado que Billy me acompañara; la vida real era inquietantemente distinta de la fantasía de estar mirando con binoculares hacia la colina, vigilando desde la distancia, tener un enamoramiento.

—¿Maia? —preguntó después de un rato.

—¿Sí?

—Buenas noches —dijo.

Esperé por un minuto antes de responder.

—Buenas noches —le dije de vuelta.

Un buen rato después me quedé dormida con los sonidos de las olas y Billy respirando a mi lado.

*24 de mayo**Frontera entre Canadá y Estados Unidos, Calais-New Brunswick*

Justo antes del amanecer, nos despertamos uno al lado del otro. Fue incómodo. El piso del faro estaba frío y el aire del mar más. Me estremecí, segura de que tenía los labios azules. Todavía estaba oscuro, un brillo dorado muy tenue en el horizonte nos mostró que el sol poco a poco iba a alzarse sobre el océano, por el este.

Nos alejamos con cuidado, y Billy me dio la mano para ayudarme a levantarme. Bajamos a tientas por las escaleras circulares totalmente a oscuras.

Afuera, había rocío sobre el pasto, una capa baja de bruma sobre el océano. Las olas se estrellaban contra las rocas, la espuma blanca subía como un geiser cerca del lugar donde nos habíamos detenido la noche anterior.

—Perdón —dijo Billy—. Por lo que dije anoche. Y por haberte dicho que eras igual que Helen.

—No soy como ella —dije.

—Ya lo sé —contestó—. De verdad, lo sé. No te habría hablado de ella, ni de nada, si no confiara en ti.

—Gracias —dije—. Yo también lo siento.

—No tienes por qué. Tú no hiciste nada.

Era nuestro cuarto día de viaje. Por un lado, me había parecido eterno y, por otro, me parecía que acabábamos de partir.

Al lado del faro había una manguera enrollada. No nos habíamos bañado desde que salimos, así que decidimos turnarnos. Billy se alejó para que yo fuera primero. Me sentía tan nerviosa y tímida con la idea de quitarme la ropa mientras él estaba cerca que no dejé de voltear hacia el lugar por donde había desaparecido. Después, encendí la manguera y me di el baño más rápido de mi vida mientras jadeaba por el agua helada. Cuando terminé, me hiqué detrás de la camioneta para secarme con la playera que había estado usando y ponerme ropa limpia. Oí que Billy encendía la manguera y gritaba por la sorpresa, y no pude evitar reírme. Qué alivio, estábamos limpios, habíamos pasado la noche en un faro vacío, ya no estábamos enojados y las olas azul con negro brillaban con la luz.

Y casi había sido mi primer beso.

Cuando Billy terminó de bañarse, fue hacia donde yo estaba. Nos sonreímos y asentimos con el hecho de que parecíamos básicamente gemelos en playeras y jeans

limpios. Billy miró alrededor y miró el muro del mar.

—Tenemos que hacer una cosa antes de irnos —dijo. Supe qué en cuanto vi la arena cubierta de rocas lavadas por el mar. Caminamos juntos y empezamos a juntar las mejores rocas. Casi todas eran gris azulado y en mi mente las comparé con las piedras color arena de Hubbard's Point y el verde oxidado de las de la playa.

—Vamos a dejar un rastro de túmulos —dije.

—Así es —repuso.

Se sentía como una continuación del pacto de la galleta de mar: una promesa de que estábamos juntos en esto. Hicimos la torre más alta hasta ahora, un homenaje al faro y la celebración de que estuviéramos tan cerca de Canadá.

Cuando nos subimos a la camioneta, me di cuenta de que, por primera vez desde que salimos, se me había olvidado tomar mis medicinas. Nuestro equipaje estaba amontonado detrás del asiento. Podría haber alcanzado mi bolsa para sacar mis pastillas y echármelas en la boca en secreto, como le había estado haciendo todo el tiempo.

A pesar de nuestra conversación sobre abrirnos el uno con el otro, todavía me sentía demasiado avergonzada de que Billy me viera.

Entonces, tuve una idea genial: ¿Para qué me las seguía tomando? Mientras más lo pensaba, mejor me sonaba. En mi mente se formó una lista de las razones por las que ya no tenía que seguir tomándomelas:

1. La sensación de deslizamiento había desaparecido.
2. Estar con Billy.
3. Nuestro casi beso.
4. Los túmulos y la galleta de mar.
5. Sobre todo: me sentía feliz. Iba a ver a mi mamá.

Me evalué y me di cuenta de que me sentía mejor que nunca: más alerta, despierta y viva. Tomar antidepresivos me hacía sentir contenida, como si tuviera una envoltura de plástico en mis emociones. Evitaban que tuviera puntos bajos terribles, pero también bloqueaban los puntos altos.

Cerré los ojos y pensé en la noche anterior, los cristales del faro lanzando brillos alrededor de la torre, la sensación de calor que emanaba de Billy, sus labios tan cerca de los míos. El momento había sido muy intenso, pero, ¿cómo se habría sentido si no hubiera estado aturrida por los medicamentos?

Ya era suficiente, había tomado la decisión. ¡Día uno sin pastillas!

—Hoy, la frontera —dijo Billy cuando empezamos a manejar de nuevo. Estaba pensando que intentáramos uno de los puntos remotos en el mapa, pero ahora quiero que pasemos la aduana de la forma correcta, oficialmente.

—¿Aquí? —pregunté viendo el atlas. La frontera canadiense estaba a sólo tres kilómetros de distancia y el puente internacional nos habría llevado a Campobello Island; yo sabía que había sido la casa de verano de Franklin Delano y Eleanor Roosevelt.

—No, hasta Calais.

Donde nos había dicho Darrah, la chica en la que no podíamos confiar; oculté una sonrisa.

Mientras manejábamos al norte, empecé a preguntarme qué iba a pasar cuando nos enfrentáramos con un agente de la aduana. ¿Estaríamos Billy y yo en una lista? ¿Las autoridades canadienses recibían los mismos boletines que Estados Unidos?

Pasamos por la Biblioteca pública de Calais. Era un edificio hermoso de ladrillo amarillo con una torrecilla, una aguja y un bloque de ladrillos sobre el arco de la entrada que decía “Biblioteca pública 1892”. Sentí un retortijón al pensar que mi papá podía haberme respondido el correo. Me pregunté si habría alguna pista sobre dónde estaba buscándonos.

La frontera apareció pronto. Un minuto estábamos en una carretera abierta y después vimos un letrero que decía “Ferry de cruce fronterizo”. Nos formamos en la fila, que era sorprendentemente larga para ser tan temprano, y me imaginé que los autos y los camiones estaban llenos de gente que iba al trabajo y a hacer entregas. El sol aún estaba por detrás de los edificios. El enorme reloj de la estación decía 5:30 a.m.

Ahora que estábamos realmente en la aduana, el corazón me latía tan rápido que pensé que me iba a desmayar: estaba segura de que las autoridades nos iban a detener en cuanto vieran mi pasaporte.

—Billy, no podemos —dije, llena de miedo y adrenalina.

—Tenemos que hacerlo —repuso—. Como estábamos hablando de mi padre anoche... no quiero hacer las cosas a su manera, ilegal y tramposa.

—Pero nuestro pacto de nunca volver —alcé la galleta de mar.

El carro de adelante del nuestro se movió; había dos camiones grandes adelante y éramos el número cinco en la fila. Saqué el cuello por la ventana para ver al frente. El oficial canadiense parecía más o menos de la edad de mi papá, con cabello arenoso encanecido, lentes de aviador y una placa en el saco.

—Piénsalo, Billy —dije, metiendo la cabeza a la cabina—. Todo se acabará. Si cruzamos aquí, nos van a atrapar y a mandar de vuelta a casa.

El siguiente auto avanzó un poco y Billy se decidió. Echó la camioneta ligeramente hacia atrás y salió de la fila en una lenta vuelta en U. Miré por encima de mi hombro para ver si los oficiales nos iban a perseguir, pero no. Parecían plenamente concentrados en inspeccionar un camión de pescado.

—Tienes razón. Te prometí que te iba a llevar hasta allá —dijo Billy.

Se estiró para tomar mi mano, entrelazamos nuestros dedos y los apretamos. Duró

solo un segundo, pero me hizo sentir que realmente estábamos juntos, respaldándonos de una nueva manera.

Leí con detenimiento la página que mostraba el camino hacia el sur. Conforme ascendía el sol, manejamos lo más posible por caminos pavimentados, pasando bosques, granjas y prados, con vistazos a una vía amplia a nuestra derecha. Llegamos a un camino de tierra que se dirigía al este. Tenía una reja de metal en la entrada. Miré a Billy.

—Si vamos en esa dirección, llegamos a Canadá —dije.

—Está cerrado y encadenado. Es propiedad privada —repuso.

—No hay nadie alrededor; podemos cruzar aquí y nadie se va a enterar.

Me di cuenta de que él sopesaba las opciones mentalmente. Después, asintió.

—Tienes razón —dijo. Los dos bajamos de la camioneta. Subimos a la caja trasera, abrimos la caja de herramientas y encontramos el cortacadenas. La cadena estaba enrollada alrededor de un poste oxidado y cerrada con un candado al cerrojo de la reja. Yo sostuve la cadena mientras Billy la cortaba. Se deslizó hacia la tierra como algo muerto.

—Podemos dejar dinero a cambio —dije.

—Sí —contestó.

Regresamos a la camioneta y atravesamos la reja. Nos detuvimos, bajamos otra vez de la camioneta, y Billy hizo su mejor esfuerzo para enrollar la cadena al poste de la verja; metió un billete de 10 dólares de nuestros menguantes fondos en el cerrojo del candado.

Seguimos por el camino lleno de baches sin hablar durante un rato. Pensé en su padre y en que no quería ser como él. Acabábamos de invadir una propiedad pasando por encima de una reja encadenada y nos habíamos convertido en intrusos; tragué saliva. Atravesamos un puente estrecho de piedra y, después de la corriente, entramos a Canadá; traté de decirme que había valido la pena.

El camino de tierra corría a través de un bosque de pinos. La luz del sol penetraba entre las ramas y las hojas, y salpicaba la camioneta. Salimos a otro camino pavimentado; afortunadamente, no había otra reja encadenada. Después de un tiempo, atravesamos un puente techado sobre el río Saint John y llegamos a Hartland, New Brunswick.

Vi una bandera canadiense, una hoja de maple roja sobre un fondo blanco y supe que lo habíamos logrado. Pasamos por una estación en la que los precios estaban en dólares canadienses y la gasolina se vendía por litro y no por galón.

—Bueno, pues no tenemos la moneda adecuada —dijo.

—A lo mejor aceptan dólares de Estados Unidos.

—Eso haría que llamáramos la atención —respondió.

—Billy, tenemos placas de Connecticut.

—Quizá no se dan cuenta si pagamos con dólares canadienses.

Condujimos por el pueblo en busca de un banco. Antes de encontrar uno, vimos un extenso edificio gótico de ladrillos con una torrecilla, rodeado por una reja de hierro negra y con puntas, y con un letrero: “Casa Hogar de la Fundación Beaune”.

Unos camiones escolares estaban estacionados enfrente y los niños salían por la puerta, bajaban los escalones de granito y subían a los autobuses.

—Están en todas partes —dijo Billy.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Las casas comunitarias, y hay niños para llenarlas.

Al parecer, haber visto la casa hogar le enturbió el humor. Seguimos manejando y, por fin, encontramos un banco. Billy entró y cambió nuestro dinero. Al lado había una tienda de donas muy iluminada que se llamaba Tim Hortons. Entramos cuando Billy salió del banco. Me senté en un gabinete mientras Billy ordenaba en el mostrador.

Volvió con dos cafés y dos donas glaseadas. Seguía muy callado y apenas había dicho una palabra desde que salimos del camino de tierra. El café se sentía caliente y reconfortante, y me dio una sacudida.

—¿Te puso triste ver a esos niños? —le pregunté.

Se encogió de hombros y le dio un sorbo a su café.

—¿O te molestó que cortáramos la cadena?

—En el camino, con mi papá —dijo Billy—, me enseñó a pasar sobre cualquier cosa. Nos metimos a una casa por comida y nos robamos lo suficiente para vender. Él nunca pensó en la gente que vivía ahí; sólo le importó que no hubiera autos en la entrada para asegurarse de que pudiéramos entrar y salir sin que hubiera que “contener a alguien”, como decía. Nunca pensó que pudieran extrañar lo que él se llevó o que tuvieran que gastar en arreglar la ventana que había roto.

—¿Contener? —pregunté.

—Sí. Él lo dijo como si nada, pero lo único que yo hice fue rogar porque no hubiera nadie.

—Lo que nosotros hicimos fue diferente. Sólo fue una cadena —dije, tratando de convencerme a mí misma—. Y dejaste diez dólares.

—El dinero no es el punto —dijo.

—Pero igual hiciste algo para pagarlo —dije.

—¿Sabes qué pasó en la casa donde mi papá rompió la ventana?

—¿Qué?

—Había un gato adentro. Era amarillo. Huyó de nosotros cuando entramos, lo espantamos. Mientras mi papá se robaba los relojes y la platería y cualquier cosa que pudiera meter en una funda de almohada, traté de encontrar al gato para acariciarlo y decirle que todo iba a estar bien. Había juguetes de gato por todas partes, un plato de

comida en la cocina. Esas personas amaban a ese gato —el estómago se me contrajo, en espera de la siguiente parte. Billy continuó—. Salí por la ventana rota y corrí. No sabía si era un gato de casa, si estaba acostumbrado a salirse. Corrí tras él para llevarlo a casa y mi padre me detuvo, me gritó que nos teníamos que escapar. Después se rio. Me llamó “imbécil” por preocuparme por el gato.

Pensé en lo terrible que debía haber sido para Billy, conmocionado por su madre y arrastrado con alguien así.

—¿Qué le pasó al gato? —le pregunté.

—No sé —respondió—. Nos fuimos y no lo volvimos a ver. No sé si consiguió volver a casa. Cuando haces algo mal, inicias una reacción en cadena. No sólo es una cosa, sino todo lo que ocurre después.

Nos terminamos el café. Yo dejé media dona. Tenía mucha hambre por no haber comido la noche anterior, pero ahora me había quedado sin apetito. Me sentía intranquila, preguntándome qué habíamos desencadenado al abrir la reja.

Regresamos a la gasolinera y Billy llenó el tanque de diesel y reemplazó un cuarto y medio de aceite. Me dio el resto del efectivo para que lo contara; el montón se veía peligrosamente pequeño. Y después...

Billy giró la llave y el motor hizo un sonido chisporroteante. No gimió como cuando se muere la batería; sonaba a algo más grave.

—Algo no está bien —dijo Billy, bajándose otra vez.

Los empleados de la gasolinera se reunieron para ayudarnos; tenían un pequeño taller en la parte trasera y vi que Billy y ellos, con las cabezas bajo el cofre, tiraban de los cables.

—¿Te molestaría si voy a buscar la biblioteca? —le pregunté a Billy.

—No, ve —dijo Billy, aún con la cabeza enterrada en el motor. Caminé por el pueblo. El río estaba café del lodo de la primavera, los troncos y las ramas que el hielo derretido echaba corriente abajo. Aunque Billy hubiera estado ahí, sé que no habría oído langostas en el agua dulce. Vagabundee un poco hasta que encontré la Biblioteca pública Walter Chesnut.

Era el lugar antiguo más *cool*: de pizarra con elegantes ventanas curvas, enormes escaleras y una torre con un reloj. Se sentía familiar; era lo bueno de las bibliotecas: por muy lejos que estuvieran, uno se sentía como en casa. Saludé a la bibliotecaria pelirroja con lentes de armazón negro y, después, fui directamente a las computadoras.

Como arreglar la camioneta iba a tomar un rato y tenía mucho tiempo, supe que era el momento perfecto para enviar mensajes a Gen y a Clarissa. Me dije a mí misma que si no les decía dónde estaba, no se iban a sentir mal por no poder contarles a sus padres.

En cuanto entré a mi correo, vi el asunto: DE PAPÁ.

Lo esperaba. Primero le iba a contestar y después les mandaría mensajes a mis

amigas.

Leí el correo de mi papá:

Querida Maia:

No sabes lo aliviado que me siento de saber de ti.

Tenía miedo de que te hubieras hecho daño.

Encontramos el carro de tu mamá en Hubbard's Point. Los guardacostas, incluyendo algunos amigos míos, registraron la zona y peinaron las aguas poco profundas buscándote. Buscando tu cuerpo. Fue el peor día de mi vida, corazón.

Sólo encontramos el carro gracias a Helen Lessard, una vieja amiga de William Gorman. Si no hubiera sido por ella, ni siquiera habríamos encontrado el coche. Nos advirtió del tipo de chico que es William. Por supuesto que yo ya sabía lo que decían en los periódicos cuando entró a tu escuela y a tu salón. Pero en los periódicos lo ponían como una víctima.

Helen dice que se fue voluntariamente con su padre, un fugitivo, y que lo ayudó a esconderse de la policía. Nos dijo que tenía dinero oculto y que ustedes dos habrían podido tomar un tren a Nueva York, que él conoce muy bien.

Yo tengo otra teoría, me imagino que de algún modo estás tratando de ver a tu madre. La llamé y fue una labor eterna porque se mantiene deliberadamente lejos del alcance del mundo y sólo se le puede localizar con teléfono satelital. Ella nos dejó, fue su decisión. No quiero lastimarte, pero me imagino que ya lo has de haber dilucidado.

Ella dice que no ha sabido de ti. No sé si creerle o no. Cualquier cosa que desees con respecto a ella, no se va a hacer realidad. Tengo miedo de lo que vas a sentir si te ilusionas. Ella no es capaz de darte lo que necesitas.

Nada, nadie en la vida es más importante para mí que tú. No importa lo que pienses de Astrid, ella sabe que tú estás primero y que no va a ser de otro modo. A ella de verdad le importas y quiere que vuelvas a casa. Maia, para mí es difícil decirlo, pero ella ha estado más presente para ti que tu propia madre.

Sólo dime dónde estás. Yo aquí estaré.

Te quiere,

Papá

Observé el correo de mi padre un largo rato. Me estremecí al pensar en el dolor que

debía haber sentido viendo que la policía y los guardacostas peinaban la bahía de Hubbard's Point; esperando que encontraran mi cuerpo.

Sin embargo, lo que más me había dolido eran sus palabras sobre mi madre. ¿Se le había olvidado que mi mamá nos había dejado para salvarse la vida? Se estaba muriendo en los suburbios y NO TENÍA otra opción. Yo la entendía por completo. Astrid jamás podría entender que las ballenas, los fiordos y subirse al techo en la nieve fueran más importantes que un Mercedes blanco y el cachemir.

Volví a leer lo que mi papá había escrito de "William". Por supuesto que Helen iba a hablar mal de él; ahora estaba en su contra. Mi papá no podía entender nada de eso.

Me hizo sentir triste, pero también desafiante y poderosa. Mi papá no tenía idea de que estaba enamorada, de que había dejado de tomarme los medicamentos para volver a sentir: a sentirme viva, real, no encerrada en los químicos. Yo podía hacerlo sola. No era como la vez pasada que había dejado los medicamentos cuando seguía deprimida. Ahora me sentía genial.

Y obviamente, mi papá y Astrid no sabían que habíamos tomado la camioneta roja oxidada.

Finalmente, apreté el botón de "contestar", confronté la página en blanco y escribí:

Querido papá:

Me pediste que te escribiera y te dijera que estaba a salvo.
Lo estoy, por favor, no te preocupes.

Con amor,
Maia

PD. Billy es maravilloso. No escuches
a quien te diga lo contrario.

Por el momento, era lo único que había conseguido. De alguna manera, después de eso ya no tenía ganas de escribirle a nadie. Ni siquiera a mis mejores amigas.

Cuando regresé al taller, Billy seguía trabajando en la camioneta. El cilindro se había descompuesto y los pistones también. El dueño del taller le dijo que lo podía armar de partes usadas. Yo contribuí y nos tomó un momento encontrar lo que necesitábamos. Cuando nuestras reparaciones empezaron a funcionar, una a la vez —la conexión de un cable, después otro, una culata vieja y aceitosa que embonaba— me di cuenta de que estaba de mucho mejor humor. Estábamos ahorrando un montón de dinero arreglando la camioneta solos.

Justo cuando terminamos, el cielo se llenó de nubes y empezó a chispear y después a diluviar. Billy me miró y le brillaron los ojos. Teníamos las manos cubiertas de grasa, la cabeza bajo el cofre. El metal tintineaba cuando lo golpeaba la lluvia.

Billy salió y miró hacia arriba. Sacó la lengua para saborear las gotas de lluvia.

—Inténtalo —dijo.

Y así lo hice. Incliné la cabeza hacia atrás y abrí la boca. Las gotas me hicieron cosquillas en los labios. Me hizo reír y a Billy también. Me sentía como si tuviéramos seis años y nada de qué preocuparnos.

—¿Sabes qué necesitamos? —me preguntó—. Helado.

—Yo estoy lista —repuse.

Entramos al baño a lavarnos el aceite con el jabón más áspero que haya sentido. Olía a naranja e hizo que me ardiera la piel. Sin embargo, cuando le dimos las gracias al dueño del taller y nos fuimos, ya estábamos limpios.

La heladería Black Cat estaba a casi dos kilómetros de la ciudad; los empleados del taller nos dieron la dirección. Era pequeña y blanca, con ventanas rojas con siluetas de gatos recortadas, marquesina negra con puntos y había una pequeña fila en la ventanilla abierta. Billy pidió de chocolate y yo de frambuesa. Había dejado de llover, pero las mesas seguían mojadas, así que nos quedamos de pie bajo la cornisa. Las nubes se habían abierto y el cielo azul brillaba en los espacios libres.

Sin preguntarme, Billy me llevó a la boca una cucharada de su helado para que lo probara. Estaba delicioso. Después, le di una probada del mío.

—¿Cuánto crees que logramos ahorrar arreglando la camioneta? —me preguntó.

—No tengo idea —respondí.

Siguió comiendo helado mientras hacía cálculos mentales.

—De las partes habrían sido cincuenta o sesenta dólares y de la mano de obra, no sé, ¿otros cincuenta?

—Es mucho —dije.

—Estaba pensando que con una parte del dinero que no gastamos en la camioneta, podríamos comprar más helado.

—Yo ya estoy muy llena. Y si lo compramos para después se va a derretir, ¿no? —dije.

—No sería para nosotros —contestó—. Se lo quiero dar a los niños del lugar que vimos en la mañana, la casa hogar.

Me encantó la idea. Fuimos a la ventanilla y vi que desprendía unos cuantos billetes de nuestro menguante fajo de efectivo. Me hizo una señal y nos fuimos con tres litros de vainilla, chocolate y frambuesa, y una bolsa de cucharas de madera.

Nos habíamos demorado tanto arreglando la camioneta que había caído la tarde y los camiones escolares ya estaban regresando a la casa hogar cuando nos estacionamos en la

calle. Bajamos de la camioneta y nos quedamos parados con nuestra bolsa de helado. Los niños habían empezado a entrar, pero cuando nos vieron primero dudaron un poco y después se acercaron. Eran alrededor de veinte, entre niños pequeños —niños de preescolar y de primaria— y adolescentes de la misma edad que Billy y yo.

Billy ya estaba quitando las tapas antes de que se acercaran. El helado se había ablandado un poco y unas cuantas gotas se escurrieron por el costado de los botes de cartón.

—Espera, ¿no deberíamos dárselo a los administradores o como se llamen? —le pregunté a Billy—. Para que lo sirvan después de la cena.

—Nop. Estos chicos necesitan un regalo que sea sólo para ellos. De alguien a quien de verdad le importe —alzó la mirada y los llamó para que todos se acercaran; luego empezó a repartir las cucharas de madera.

—¿Qué es? —preguntó un chico viendo los botes abiertos. Parecía el mayor, con cabello largo oscuro y tatuajes en los brazos. Tenía un ojo morado medio cerrado por la hinchazón, y miraba con sospecha con el otro ojo.

—Helado —dijo Billy con una pizca de sarcasmo en la voz.

—¿Qué tenemos que hacer a cambio? —preguntó un chico negro alto, aproximadamente de nuestra edad. Se paró enfrente de los otros niños, como protegiéndolos.

—Nada —dijo Billy.

—¿Y si lo envenenaron? —preguntó una niña. Parecía unos años más chica que yo y, a pesar de las pecas, las trenzas, la playera color turquesa y unos *leggings* rasgados de apariencia *cool*, parecía ruda.

—No debemos aceptar comida de desconocidos —dijo una niña más pequeña, parada cerca de la otra que debía ser su hermana: tenía las mismas pecas, y el mismo pelo rojo.

—Yo no soy un desconocido —dijo Billy—. Soy uno de ustedes.

—¿Cómo que “uno de nosotros”? —preguntó el chico de los tatuajes, listo para pelear—. Ni te conocemos.

—Sí me conocen —dijo Billy.

—Él vivía en un lugar como éste —dije.

—¿Un lugar como éste? —preguntó la pelirroja más grande.

—En un hogar comunitario —dijo Billy—. En un programa de acogida. En el hogar Stansfield, en Connecticut.

Los dos chicos más grandes todavía parecían sospechar, pero los niños más chicos no pudieron aguantarse. Tomaron sus cucharas de madera y las hundieron en el helado. Las pelirrojas se resistieron un minuto y después las dos tomaron de chocolate.

—¿Por qué trajeron esto? —preguntó el tatuado, agarrando por fin una cuchara.

—Porque yo sé cómo es siempre comer lo mismo, los mismos días a la semana, nada bueno, carne misteriosa y pasta aguada, y es primavera y todo el mundo tiene que comer helado.

—Al viejo Whistler le va a encantar; lo dejamos fuera de nuestro postre —dijo riéndose una niña negra que se veía como de once años. Llevaba una sudadera rosa y jeans deslavados, y empujó a un niño, que me imagino que era su hermano, hasta el frente del grupo.

—¿Quién es el viejo Whistler? —le pregunté.

—Es el encargado de hoy —respondió la niña—. Probablemente esté viendo la tele en su cuarto ahora mismo. No le interesa esperar a que los más chicos se bajen del autobús, pero nos chifla cuando quiere que hagamos algo.

—Como si fuéramos perros —dijo su hermanito.

—Pues no lo son, y el helado no es para él —dijo Billy—. Es para ustedes.

—Gracias, hombre —dijo el tatuado.

—No hay problema —dijo Billy—. ¿Qué te pasó en el ojo?

—Me peleé en la escuela —repuso—. Creo que se puede decir que soy un problema.

—¿No lo somos todos? —preguntó Billy.

—Me parece que a ti te va bien.

—Lo intento —dijo Billy.

—Sí —dijo el chico.

Se dieron la mano. Los botes de helado se estaban terminando rápidamente y el viejo Whistler ni siquiera se había asomado por la ventana para cuando Billy y yo nos fuimos. Teníamos las manos pegajosas y yo no podía dejar de sonreír.

—Bueno, a lo mejor tenemos que conseguir trabajo para pagar el resto del viaje —dijo Billy—. Todavía no estamos completamente quebrados, pero le dimos un buen pellizco a lo que nos quedaba.

—Valió la pena.

—¿Estás segura?

Asentí.

—Claro. Me imagino que a ti te habría gustado que alguien hiciera algo así por ti en Stansfield.

Billy pensó por un segundo y después asintió.

—Sí. Ellos nos “cuidaban”, pero eso era todo. Nadie nos trataba como si fuéramos especiales, como si nos distinguiéramos o como si algo importara a la larga. Sólo somos un montón de chicos al cuidado del Estado.

—Tú eres más que eso —dije.

Nos detuvimos en una luz roja.

—Así me siento ahora —dijo Billy. Se dio la vuelta hacia mí y me tocó la mejilla—.

Por primera vez en... un rato.

Me cosquilleó la piel porque me pregunté si estaba a punto de besarme. Pensé en la noche anterior. Mis párpados se cerraron lentamente, esperando y deseando que lo hiciera otra vez, esta vez de verdad.

—Vamos a tener que trabajar si queremos más helado —dijo; el hechizo se rompió. El semáforo cambió y seguimos adelante.

—O rollos de langosta —dije, ocultando el hecho de que me había decepcionado el momento que pasó.

—Vamos a tener que encontrar otro lugar para dormir esta noche —me echó una mirada sonriente—. Y la noche de ayer va a ser difícil de superar.

24 de mayo

El Yermo. New Brunswick, Canadá

Le conté a Billy sobre el email de mi papá y lo que Helen le había dicho.

Billy guardó silencio, pero ahora estábamos al tanto de que mi padre sabía que andábamos juntos y que al menos sospechaba que íbamos en busca de mi madre, así que teníamos que ser aún más cautelosos. La forma más rápida para llegar a ella sería tomar la carretera y llegar velozmente al norte.

En lugar de eso, seguimos el plan A y encontramos un camino secundario de terracería que usaban los aserraderos, del que nos había hablado Darrah, que nos llevaría a la posada familiar abandonada y, eventualmente, a río San Lorenzo.

El camino de terracería era mucho más difícil que el camino de tierra, era apenas lo suficientemente ancho para la camioneta y atravesaba el área más remota y llena de mosquitos que hubiera visto en mi vida. Según el atlas, no había ninguna tienda, ni puesto de rollos de langosta, ni tampoco un Tim Hortons, ni siquiera una gasolinera; tan sólo había algunas casas de pesca y caza, y un par de campamentos, eso era todo.

Seguimos sobre la terracería pasando por baches tan profundos que Billy tenía que agarrar fuerte el volante, con ambas manos para girarlo y evitar que cayéramos en alguna zanja. Nos íbamos quitando a palmadas los mosquitos que habían logrado meterse a la camioneta; también, nos atoramos en un bache lodoso tan profundo que fue necesario usar la función de 4x4 de la camioneta para salir.

Las nubes iban recorriendo el cielo con rapidez, haciendo que el aire se sintiera pesado, como anunciando una tormenta eléctrica. La tarde se puso bochornosa y, aunque estuviéramos ya en Canadá, se sentía tan caluroso como durante el verano.

Bajar la ventana permitía el paso de una bienvenida brisa, pero también a una enorme cantidad de insectos zumbadores: los mosquitos estaban acompañados por moscas verdes y enormes criaturas aladas que parecían más animales míticos que reales.

Aparte de los insectos, vimos algunas otras cosas:

Diez, sí, DIEZ alces, incluyendo a una madre con su cría.

Demasiadas águilas calvas para ser contadas.

Dos hombres pescando en un barquito sobre un lago ancho.

Una mujer haciendo pesca con mosca en un arroyo angosto.

Nubes que se oscurecían e iban aventando gotas de lluvia.

Un zorro rojo.

Un chico y una chica que pedían aventón con enormes mochilas atrás.

—¿Les damos un aventón? —pregunté al pasarlos, saludándonos mutuamente con la mano.

—Mmh, asesinos en serie —dijo Billy.

—Claro, todos los asesinos en serie traen calcomanías de Merlín en sus mochilas.

—¿Eso traían?

—Pues ella, sí —respondí.

Billy siguió conduciendo y, debo admitirlo, así estuvo mejor porque en realidad no tenía ganas de compartir el trayecto con nadie más que con él; me di cuenta de que yo estaba esperando a que él quitara una mano del volante para abrazarme. Deseaba que paráramos un poco, que se estacionara para que tomáramos un pequeño descanso, además, mi mente se estaba volviendo loca recordando el casi beso e imaginando qué podría pasar en este camino oscuro y romántico por el campo, que nos llevaría a una posada abandonada.

—Está bien, les daremos un aventón si quieres —dijo de repente Billy.

—¿Estás seguro?

—Sí, supongo que estoy tratando de aprender un poco de ti y, umh, a confiar un poco más —dijo.

¿Cómo no sonreír a eso? Paramos a la orilla del camino y esperamos a que los chicos llegaran trotando al auto.

—¡Hola! —dijo el chico mientras se ajustaba la mochila—. Gracias por pararse.

—¿Quieren un aventón? —preguntó Billy—, ¿qué tal escapar de los mosquitos?

—Más bien son helicópteros que pican —dijo la chica golpeando su muñeca.

—Pues tienen opciones —dijo Billy—, pueden sentarse en la parte de atrás donde los mosquitos les picarán de cualquier manera, o pueden apiñarse acá adentro con nosotros, pero no tenemos aire acondicionado, así que se meten los moscos por las ventanas abiertas.

—Adentro —dijo la chica mirándome a los ojos—, si no es molestia.

—No es molestia —repuse, mintiendo a medias. Ella era alta y hermosa con largo cabello rubio (que desgraciadamente, me recordaba a Helen) y picaduras de insectos en el cuello y los brazos. El chico era igual de alto y guapo, con la tez morena oscura y cabello rizado que se asomaba por debajo de la gorra roja. Pusieron las mochilas en la parte de atrás y se subieron, quedamos todos muy apretados, yo prácticamente estaba sentada en las piernas de Billy.

Nos presentamos: el chico se llamaba Richard Faguais y la chica Morgane Beaudoin. Eran estudiantes de una escuela privada en Fredericton y estaban haciendo un proyecto para su clase de ciencias sobre las ranas grises arbóreas del oeste de New Brunswick.

—¿Y ustedes? —preguntó Morgane—. ¿Qué los trae de Estados Unidos a nuestra

campiña?

—Nosotros estamos haciendo un proyecto escolar sobre *road trips* —respondió Billy. Lo miré de reojo sorprendida, por lo rápido que había mentido.

—¿En serio? —preguntó Morgane—. ¡Fantástico!

—Está bromeando —dije—, bueno, más o menos. Somos de Connecticut y vamos camino al río San Lorenzo a umh... a ver ballenas.

—¡Genial! —dijo Richard.

—Ahora hay mucha actividad porque se están alimentando —dijo Morgane—. Mi familia va allá de vacaciones y las hemos visto. Las ballenas son tremendamente intuitivas y clarividentes, y adoran el San Lorenzo; muchos cuerpos de agua convergen ahí las aguas se ponen muy revueltas, así que se reúne una cantidad increíble de ballenas para alimentarse, especialmente en junio, antes del verano, y en septiembre, justo después del verano. Se cantan entre ellas, son como los *selkies* o las sirenas del mundo de mamíferos marinos —sonrió mientras la recorrió un escalofrío de la emoción de pensar en ello.

¿Las ballenas? “¿Tremendamente intuitivas y clarividentes? ¿Los *selkies* o las sirenas del mundo de mamíferos marinos?”. Esta chica era demasiado genial, agradable y con confianza en sí misma, y me hacía sentir algo insegura, las chicas así siempre lo hacían.

—¿Hacia dónde van? —les preguntó Billy—. No queremos llevarlos tan lejos que se pierdan las mejores ranas.

—Pues acabamos de dejar el estanque de Langley’s Point y vamos hacia la reserva de Granville, justo ahí —dijo Richard mostrándome el mapa en su teléfono. Indicó su siguiente destino a unos cuarenta kilómetros al norte—. Pensábamos que tendríamos que acampar en el trayecto, pero puede que lleguemos hasta allá con ustedes; en verdad, muchas gracias.

—Sí, de verdad —reafirmó Morgane—. En realidad, nuestra búsqueda es bastante desalentadora. Es triste, la rana gris arbórea es muy poco común en New Brunswick, por mucho tiempo parecía que sólo existía en un pantano en particular cerca de Fredericton, pero lo urbanizaron, así que están por desaparecer de esa área.

Voltéé a verla, suavizando un poco mi impresión hacia ella: la chica estaba triste por algo que había desaparecido o que estaba por desaparecer, yo entendía de eso. El sol resplandecía en tonos naranjas, mientras bajaba por el horizonte traído con el crepúsculo.

Billy acercó la mano al radio y giró el sintonizador, pero encontrar una estación aquí tan lejos era un sueño que no se cumpliría. Morgane sacó su iPhone y lo puso sobre el tablero, había puesto una lista de canciones y mientras escuchamos a Mumford & Sons, dejamos de hablar por un rato.

Nos mantuvimos sobre el camino de terracería y fuimos alternando entre abrir las ventanas y ser comidos vivos por los mosquitos, y cerrarlas para derretirnos en el sauna

de nuestro propio sudor. Los truenos retumbaban a la distancia y cada cierto tiempo, el cielo se iluminaba con un rayo veloz y brillante.

Aunque no habíamos llegado todavía a la reserva de Granville, todo alrededor me parecía como un santuario de la naturaleza: arboladas de pinos y de robles, ciénagas, pantanos y el accidentado y polvoso camino que nos llevaba hacia el norte. Alcancé mi bolsa y saqué el libro verde de Mystic. Ya estábamos de hecho en Canadá, acercándonos a mi madre, y tomar el libro en las manos hacía que todo se sintiera más real. Quería prender la luz de la cabina y sumergirme en la lectura, pero sentí que sería maleducado ponerme a leer frente a estos desconocidos.

El sol ya había bajado por el horizonte de árboles, ya casi era de noche, la luz comenzaba a desaparecer. Darrah había dicho que debíamos llegar a la cabaña antes de que oscureciera. Las criaturas de la noche comenzaron sus cantos: los atajacaminos, los búhos y...

—¿Las escuchan? —preguntó Morgane.

—¿Son ranas arbóreas? —pregunté.

—Así es, son nuestras chicas o sus primas cercanas. Tienen un canto tan espiritual, ¿no les parece? Probablemente deberíamos bajarnos aquí.

—No, ¡está muy oscuro! —dije, preocupada por dejarlos aun cuando ella no me caía muy bien y hubiera dicho que las ballenas eran clarividentes y las ranas, espirituales.

—Son nocturnas, éste es el mejor momento. Además, traemos nuestras tiendas de campaña —dijo Richard, que tenía un acento que no lograba reconocer, pero que era bello y melodioso; yo quería seguir escuchándolo hablar un poco más.

—¿Eres francés? —le pregunté. De pronto me invadieron las ganas de practicar mi francés, era una de las pocas cosas que extrañaba de la escuela.

—Nací en Haití —dijo Richard—, pero me adoptaron y me trajeron a este país cuando tenía diez años.

—Debió ser una gran diferencia —dije.

—Lo fue —dijo—, la ciudad de Quebec, que es donde viven mis padres, es sumamente fría en comparación con Puerto Príncipe. Aquí tampoco es mucho más caluroso, al menos durante el invierno.

—¿No vives con tus padres? —preguntó Billy.

—Voy a casa durante las vacaciones y algunos fines de semana —dijo Richard—, pero estudio en un internado, igual que Morgane; la École Sainte-Anne es muy buena y me ha ayudado para que me admitan en una buena universidad.

—¿Tú también eres de lejos? —le preguntó Billy a Morgane.

—No, yo siempre he vivido en esta provincia. New Brunswick es el hogar de mi familia, así que yo voy más seguido a visitarlos que Richard y que otros de nuestros compañeros.

Yo la escuchaba a medias, pero me quedé pensando en qué le habría pasado a Richard a los diez años que tuvo que dejar Haití y venir a Canadá. Conforme seguíamos avanzando, el canto de las ranas se hizo más fuerte y Morgane y Richard se asomaron por la ventana para escucharlas mejor.

—¡Oye! —exclamó Billy hacia mí un par de kilómetros después—. ¡Mira eso!

—¿Qué?

—¡Abedules! —dijo, mientras apuntaba al grupo de árboles con troncos delgados y blancos.

Sacó del bolsillo de sus pantalones la nota de Darrah y me la pasó. Estaba demasiado oscuro para poder verla a la luz natural, así que prendió la luz de la cabina de la camioneta y leí:

Al norte sobre la INTERMINABLE terracería, pasando el estanque de castores y las águilas en un viejo roble, busquen una estación de bombeo hecha de granito y muchos abedules. Doblen a la derecha entre los abedules y las zarzas. Avancen medio kilómetro hasta el lago más hermoso que hayan visto jamás y encontrarán la casa embrujada, bueno, quise decir la posada familiar. El letrero dice “Posada Aurora”. La llave está bajo la maceta de piedra, qué creatividad, ¿verdad? Duerman en la habitación de la torreta, pero tengan cuidado con el piso, que está podrido. ¡Ya me lo agradecerán luego!

Viendo entre los abedules pude encontrar la estación de bombeo y el letrero.

—Ya llegamos —dije.

—Oigan, si se quieren bajar aquí, está bien —dijo Billy recargándose en mí para dirigirse a Morgane y Richard—, pero alguien nos contó de una vieja posada familiar cerca de un lago que está bajando por ese camino. Nosotros probablemente vamos a cocinar algo de comida y a pasar la noche ahí; vengan si quieren.

—Claro, siempre y cuando haya ranas —dijo Morgane.

—Son muy ruidosas —dijo Richard sacando la cabeza por la ventana—, es buena señal de que están por aquí cerca.

El camino se hizo más angosto y luego prácticamente desapareció entre los arbustos crecidos. Sentimos las ramas latigueando y chocando contra las puertas de la camioneta y casi no nos dejaban ver nada de lo que había adelante.

Los matorrales nos encerraron, pero entonces el camino se fue ensanchando un poco y entramos a un claro. Al fondo había una casa victoriana vieja y destartada, alta, oscura e imponente y, detrás de ella, las aguas de un lago brillaban con la última luz del crepúsculo mientras que el coro del canto de las ranas parecía ser más fuerte que nunca.

—“Posada Aurora” —dijo Richard leyendo el letrero descolorido.

—He escuchado sobre este lugar —dijo Morgane, mirando el acabado decorativo alrededor del amplio pórtico del frente— estoy bastante segura de que mi tía abuela venía a este lugar.

Nos bajamos de la camioneta y Billy tomó la lámpara de la guantera. La dirección del viento había cambiado y ni un solo mosquito nos picó en el trayecto de la camioneta al pórtico del frente de la casa. Los escalones crujían, yo traté de ser discreta mientras que Billy, Richard y Morgane estaban en el jardín lateral (que de hecho era un campo de pasto muy crecido que daba al lago, rodeado de pinos y abedules), busqué a tientas debajo de la maceta de piedra que estaba en el escalón superior y encontré la llave de latón.

La metí en un cerrojo viejo y oxidado, y abrí la puerta. La última luz del día se inclinaba a través de las altas ventanas y Billy prendió su lámpara. El interior muy claramente indicaba ser una casa de pesca con trofeos de peces muertos colgados por doquier en los muros; trucha arcoíris, trucha café, trucha moteada y trucha de arroyo, todas clavadas en tablas de madera con los nombres de los pescadores y el día en que los atraparon grabados en pequeñas placas de latón.

Había telarañas desde las vigas del techo hasta los muebles cubiertos con sábanas blancas. Me vino a la mente rápidamente el recuerdo de la casa de campo de los abuelos de Billy, que era tan humilde como esta casa había sido grandiosa; sin embargo, las sillas estaban protegidas de manera similar. Solamente estaba destapado un sofá cerca de la chimenea. Me pregunté entonces si Darrah y Cleo se habían sentado ahí cuando este lugar había sido su escondite. En la mesa junto al sofá había una caja de cerillos y una vela alta en un candelabro deslavado; prendí la vela y la lleve conmigo por la habitación para iluminarle el camino a los demás poniéndolas en la chimenea, el aparador y la parte superior del librero.

Richard y Morgane estaban explorando afuera, así que Billy trajo un par de nuestras bolsas, incluyendo las latas de la casa de sus abuelos; sabía que debía ayudarle, pero estaba un tanto paralizada, algo muy dentro de mí estaba dándome punzadas. No podía ser por haber dejado los medicamentos, pues apenas llevaba un día sin tomarlos; así que me senté en el sofá descubierto y tuve una sensación verdaderamente extraña.

¿Qué estaba pasando aquí, en esta tenebrosa posada? Una ola de dudas y de depresión se apoderó de mí, quería agarrar a Billy y decirle que debíamos irnos de ahí, era como si de pronto el viaje fuera demasiado para mí, quería estar ya con mi madre.

Antes de que me pudiera mover, entró Richard con algunos leños secos y un montón de hojas secas y palos delgados para iniciar el fuego.

—Hay madera apilada en la parte de atrás de la casa —dijo mientras colocaba los leños junto al ancho corazón de piedra—, es muy extraño, esta posada se ve perfecta por dentro y además tenían todos esos leños listos para una fogata pero, ¿qué pasó? Todos simplemente se fueron.

—Mi amiga dijo que la gente encontró otros lugares a los cuales ir —dije.

—Como Haití —dijo Richard con una sonrisa.

Apilamos palitos delgados en la chimenea y sobre ellos hicimos una pirámide con tres leños; yo jalé la palanca de acero para checar la garganta de la chimenea y Richard se arrodilló en el hogar mirando hacia arriba, para asegurarse de que el conducto estaba abierto. Sobre el sifón encontró un pomo con cerillos secos y prendió las hojas secas y los palitos que habíamos colocado; el fuego comenzó a arder y a crujir.

—Eres bueno prendiendo fogatas —le dije.

—Fue una de las primeras cosas que aprendí cuando llegué a Canadá —respondió—. Mis padres tenían una estufa que se alimentaba con madera y me gustaba sentarme junto a ella, lo que fuera para calentarme.

Se puso en cuclillas junto a la fogata, moviendo los leños con el atizador de hierro, mientras yo lo miraba y escuchaba. Se movía con una gracia silenciosa, con una especie de economía de movimientos, me fascinaba que su voz fuera tan musical.

Me incliné hacia delante para sentir el calor de las llamas justo cuando Billy entró desde la cocina; frunció el ceño y me di cuenta de que parecía como si me hubiera acercado más a Richard; la idea de que Billy estuviera un poco celoso cruzó mi mente.

Entonces, Morgane entró por la puerta haciendo un ademán.

—Oh, sí —dijo—, definitivamente.

—¿Definitivamente qué? —pregunté.

Comenzó a pasearse por la habitación volteando la cabeza de un lado a otro, como si estuviera buscando algo que había perdido. Alta y delgada, tenía el cuerpo un poco como un muchacho, pero ese cabello rubio suyo fluía como oro, arremolinándose a su alrededor con sus movimientos; sus oscuros ojos cafés se mantenían firmes y serios. Vestía una camiseta blanca que envolvía su cuerpo tremendamente delgado y que terminaba justo arriba de los huesos de su cadera, tan picoteados por insectos, que sobresalían de sus holgados pantalones de mezclilla. Yo sabía que nunca podría sentirme tan relajada, vestir tan *cool* o ser tan genial como ella.

—Ella está aquí —dijo Morgane.

—¿Quién? —preguntó Billy.

—Morgane puede ver espíritus —dijo Richard—. A los muertos que no han sido liberados de este mundo.

Lo mire con el más puro escepticismo, pero a la vez sentí que un escalofrío me pasaba por el pecho. ¿Cuáles espíritus? ¿Cuáles muertos? Esto tenía que ser una broma o un juego. Me sacudí esa sensación y me llevé una de las velas para alumbrarme el camino a la cocina.

Las barras de la cocina eran de madera pulida, la estufa era la más grande que yo hubiera visto, y debía de tener unas cien repisas y alacenas. Eventualmente encontré cazuelas, platos y utensilios, y les limpié el polvo que tenían. Billy entró y abrió una lata de sopa de res con vegetales, vertió el contenido en una olla de cobre y la fue

revolviendo.

—¿De qué estaban hablando Richard y tú? —preguntó.

Le eché una mirada rápidamente: ¡estaba celoso!

—Del fuego, nada más —dije.

—Es un tema fascinante —dijo secamente.

No pude evitar sonreír.

Puse los platos en la mesa redonda de roble junto a la fogata, doblé unas servilletas de tela y sentí mucho gusto cuando pensé que Darrah y Cleo habían comido en este lugar. El fuego crujió al tronar un leño, volaron chispas como fuegos artificiales en la chimenea, subiendo veloces y luego extinguiéndose. Los cuatro nos sentamos y devoramos la olla de sopa entera, una lata de pan integral y una caja de barras de arándano con nueces.

—¿Trajeron esta comida con ustedes? —preguntó Richard.

—Sí, sería un buen experto en supervivencia, escondiéndome por siempre —dijo Billy. Volteé a verlo sabiendo que se refería a las lecciones que aprendió de su padre.

—Entonces —dijo Morgane inclinándose hacia delante sobre los codos—, cuéntenos la verdadera historia, por favor. ¿Por qué que viajan dos chicos de Connecticut por los caminos secundarios de New Brunswick con la llave a este lugar mágico?

—Tienes razón, siempre hay una historia verdadera detrás de la historia —dijo Billy.

Él y yo estábamos sentados uno al lado del otro, le miraba el rostro: sus pecas se veían aún a la luz de la fogata, su cabello tenía un lustre castaño rojizo y sus ojos eran más hermosamente verdes que nunca.

—¿Sí la hay? —preguntó Morgane.

—Sí —dijo Billy—, estamos huyendo.

—¿Por qué están huyendo? —preguntó Morgane sonriendo—. ¿Están en problemas? ¿Son jóvenes criminales desesperados?

—Pues uno de nosotros lo es —dijo Billy—, más o menos.

Morgane lo miró entornando los ojos, poniéndole toda su atención y deseando escuchar el resto. Tuve la más extraña sensación, como si ella supiera más de lo que parecía.

—Dime más —dijo, inclinándose más.

—Nada —dije yo interrumpiendo—, no hay nada que decir.

—¿Por qué se escaparon? Chicos de su edad no suelen huir a menos que haya una buena razón.

Billy titubeó y yo podía sentir cómo sopesaba sus palabras. *No digas la verdad*, le decía en mi mente, pero no recibió el mensaje.

—Porque Maia tiene que ir a cierto lugar y yo ya estoy harto de la casa comunitaria en la que he estado viviendo por demasiado tiempo; digamos que estamos juntos en una

misión.

—¡Oh, una misión! —dijo Morgane—. Pero aún hay más, puedo sentirlo, está pasando a través de mí, algo sobre que estabas en una casa comunitaria. ¿Por qué estabas ahí?

—Puede ser un poco hosca —dijo Richard.

—Me enviaron a un orfanatorio luego de que mis padres... pues, yo ya no podía vivir con ellos. Mi padre hizo algo... malo y yo le ayudé después de eso.

—¿Qué fue lo que hizo? —preguntó Richard.

—Mató a alguien y yo soy el hijo del asesino —dijo Billy, yo sentía que quería causarles un *shock* con lo que había dicho y con su desafiante tono de voz; pero lo curioso fue que no los estaba mirando a ellos, sino que me estaba viendo directamente a mí, como si quisiera ver mi reacción.

—¿A quién mató? —preguntó Richard.

—Sí, dinos —dijo Morgane.

—No voy a ahondar en eso.

—Nos dices que eres el hijo del asesino, eso es muy provocador, es injusto que lo dejes en eso —dijo Morgane—. ¿Qué fue lo que hiciste para ayudarlo?

—No evité que huyera y me fui con él.

Me levanté y recogí los platos de la mesa; Billy los tomó para que yo pudiera llevar la vela e iluminar nuestro camino hacia la cocina.

—No parecías ser tú mismo hace un momento —le dije—, ¿por qué te pusiste así?

—Se acumula —dijo—. Siempre me comportaba como un cretino en el Hogar cuando sentía que alguien se me acercaba demasiado.

—¿Morgane se estaba acercando demasiado? —pregunté.

No respondió, sólo dejó los trastes en el fregadero de la cocina; después se volteó, dándome la espalda, y regresó a la sala. Me sentí confundida y herida por este súbito cambio, su enojo parecía estar dirigido hacia mí y no lograba comprender por qué.

Cuando regresé a la sala de estar, Morgane estaba caminando lentamente en un círculo mirando hacia el techo que estaba lleno de sombras que parpadeaban por las llamas de la fogata y de la vela.

—Hola, Aurelia —dijo con voz temblorosa.

—¿Aurelia? —preguntó Billy.

—Mi tía abuela —dijo ella—, ahora puedo percibirla.

—¿Qué quieres decir? —pregunté siguiendo su mirada hacia arriba, al techo estilo bóveda donde brillaban telarañas y un viejo candelabro de cristal que, por la luz de la vela, arrojaba prismas sobre el oscuro piso de roble.

—Mi tía abuela era clarividente y yo lo heredé de ella, y creo que está aquí para ayudarles a ti y a Billy.

Ballenas clarividentes, ranas espirituales y ahora ¿una tía-abuela perdida está aquí para ayudarnos a mí y a Billy? Sonaba como toda una charlatana; sin embargo, me recorrió una extraña sensación desagradable. Richard la miraba como atrapado en un encanto, Morgane estaba quieta, mirando como si estuviera viendo el fantasma de su tía abuela.

Afuera, las ranas arbóreas se habían calmado y ya sólo cantaban y croaban ocasionalmente; lo que se escuchaba era el canto de los grillos y el crujir de la leña en la chimenea.

—Te estás poniendo extraña de nuevo —dijo Richard.

—Sí —dijo Morgane mirándolo con dulzura.

—¿Qué acaso eso no es un insulto? —preguntó Billy.

Morgane se rio.

—¿Nunca has leído “la obra de teatro escocesa”?

—No tienes que llamarla así aquí —le dijo Richard—, es de mala suerte decir “Macbeth” en un teatro, pero estamos en una vieja posada.

—Tienes razón. En “Macbeth”, Shakespeare las llamó “las hermanas extrañas”, pero eran brujas —dijo Morgane—, tenían poderes.

—¿Y tú eres una bruja? —le pregunté.

—Ella dice que lo es —respondió Richard.

—De todas las personas, tú eres el que debería saber mejor —le dijo Morgane—, Haití es el verdadero centro de la magia, del vudú.

—Mi madre, mi madre biológica, no creía en la magia. Nos dijo que debíamos mantenernos alejados de ella —dijo Richard.

—Pues ésta es magia buena, no es mi culpa haber nacido así. Es de familia y me pusieron mi nombre por Morgane le Fay.

—¿Quién? —preguntó Billy.

—La maga, del Rey Arturo —dijo sin más, como si simultáneamente fuera algo sin importancia y algo increíblemente impresionante—. Mi tía abuela está parada justo ahí —dijo, apuntando el punto debajo del candelabro.

Billy se quedó en silencio por un minuto, luego se levantó y caminó hacia allá; lo vi mientras pasaba la mano por el aire como si tratara de tocar a un fantasma.

—¿Puedes hablar con ella? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y con otros espíritus también?

—Si ellos quieren que los contacte, sí. ¿Quieren que tengamos una sesión espiritista? —dijo Morgane.

—Yo creo que no —dije.

—Sí —dijo Billy—, deberíamos tener una.

Morgane sacó una libreta de su mochila y le arrancó algunas hojas. Escribió el alfabeto con letras grandes en cada hoja.

—Una tabla Ouija casera —dijo Richard—, probablemente debería cargar una de verdad a donde fuera que vaya. Es muy bizarro, ambos planeamos estudiar ciencias en McGill en el otoño, pero ella realmente está clavada con el mundo de los espíritus y la magia.

—¡Trágate tus palabras! ¡Qué no es científico! —exclamó Morgane—. Tú sabes que hay pruebas, he hablado con tus padres Richard.

Él no respondió, pero se quedó sentado muy quieto, mirando el fuego.

—¿Pruebas de qué? —preguntó Billy.

—De vida en el más allá y de que los espíritus pueden volver con nosotros —dijo Morgane—. Porque no puedes ver la gravedad, ¿significa entonces que no existe? ¿Tiene sentido acaso que uno plante un bulbo seco y viejo en octubre y luego tenga un tulipán germinando en la siguiente primavera?

—No es lo mismo —dije— y, por cierto, las ballenas no son clarividentes.

—Pueden hablar, se comunican de manera muy clara —dijo ella— y además pueden ver lo que nosotros no —fue hacia la cocina, moviéndose como si estuviera entrando en un trance; eventualmente regresó con una copa de vino polvosa.

—Esto tendrá que servir como la plancheta —dijo—, el puntero de la Ouija.

Nos sentamos en el piso alrededor de las hojas con letras; el fuego empezaba a menguar, las rojas brazas arrojaban sombras hacia las paredes y los rostros de todos. Billy parecía tener una fijación con el alfabeto.

—Está bien —dijo Morgane—, hablaré con Aurelia primero. Ella nos guiará hacia delante. Richard, podrías por favor ir escribiendo las letras como vayan saliendo. Billy, ¿hay alguien en especial con quien esperas hablar?

—Mi m...—comenzó a decir.

—¿Realmente contestará Aurelia? —pregunté rápidamente interrumpiendo a Billy y tratando de no darle ninguna pista a Morgane.

—Veamos —Morgane volteó la copa y luego colocó las puntas de sus dedos en su base; cerró los ojos y arqueó su espalda para luego enderezar su columna. Se lamió los labios con la punta de la rosada lengua.

—Espíritu —dijo mientras su voz bajaba una octava. *Chafa y artificial*, pensé mirando alrededor para ver si Billy y Richard estaban de acuerdo, pero ambos tenían sus ojos pegados a ella.

—¿Eres tú mi tía abuela Aurelia? —preguntó Morgane.

La copa vacía delectó: “sí”. ¡Oh, qué sorpresa!

—Te quiero, toda la familia te extraña —dijo Morgane—. ¿Hay algo que me puedas decir que deba saber?

Pero a la vieja Aurelia, alias Morgane, le tomó una eternidad deletrear “TU DON ES MAGNÍFICO. NO DESPERDICIES EL PODER Y EL HONOR, SOSIA”.

—Buen toque, la “s” de sosia —dije.

—Así se escribe, “sosia” es una persona que se parece mucho a otra —dijo Richard y enseguida sentí ganas de hundirme en la tierra. Me sentí idiota.

—¡Shhh! Sin conversar, por favor —dijo Morgane y continuó—. Gracias, tía abuela Aurelia. No te quiero quitar mucho tiempo...”.

“EL TIEMPO NO IMPORTA EN ESTA DIMENSIÓN”.

—Claro que no —dijo Morgane—. A mi nuevo amigo le gustaría hacer contacto con un espíritu; ¿podrías decirnos si hay alguno cerca? ¿Si ha percibido su deseo de hacer contacto?

“Aquí viene”, pensé y eso fue lo que ocurrió: no se le había escapado esa “m”.

“PERCIBO A DOS MADRES”.

—¿Dos madres? —preguntó Morgane, me di cuenta de que estaba genuinamente sorprendida y eso hizo que me sentará más derecha.

“UNA DE MI MUNDO Y OTRA DEL SUYO”.

Morgane abrió los ojos, buscó las manos de Billy, una tras la otra, y lo dirigió para que las colocara en la base de la copa de vino; luego, para mi sorpresa, buscó las mías.

—Haremos esto juntos —dijo ella—. Ustedes hagan las preguntas y mantengan las puntas de sus dedos sobre la copa con mucha ligereza.

—Pero mi madre está viva —dije yo. Mi corazón se sobresaltó: ¿y si no lo estaba? ¿Podría ser que algo le hubiera pasado desde que escribió su último correo?

—Maia, ella claramente dijo que una de ellas es de este mundo —dijo con suavidad Morgane.

—¿Y cómo sabes que no se refiere a ti o a Richard, a *sus* madres?

—Porque Aurelia te está mirando fijamente a ti.

Mantuve las puntas de los dedos en la base de la copa; ¿qué podría decirme mi madre? Aun cuando los fantasmas pudieran hablar a través de médiums, ¿cómo podría mi madre, que está viva (yo tenía que creer que lo estaba) comunicarse así?

—¿Quién quiere ir primero? —preguntó Morgane.

Billy y yo intercambiamos miradas, él asintió con la cabeza.

—Yo debo hacerlo —dije—. ¿Mi madre está... en tu mundo o el nuestro?

La plancheta se movió lentamente al principio, pero después fue con fuerza y velocidad.

“EL TUYO”.

—Entonces, ¿ella no está aquí?

“NO”.

—¿Y cómo es que puedes hablar con ella?

“LOS ESPÍRITUS PUEDEN LEER LOS CORAZONES”.

Mis dedos comenzaron a temblar tan fuerte que la plancheta viró a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo.

Sentí la mano de Morgane sobre mi muñeca.

—Respira profundo —dijo con verdadera amabilidad y suavidad en la voz—. Esto puede ser desconcertante para quienes nunca antes lo han hecho, ¿qué tal si quitas tus dedos por ahora y dejas que Billy haga sus preguntas? Podemos volver a ti después.

Casi a regañadientes dejé que mis manos se alejaran de la copa y las puse a los costados. Mis ojos se clavaban como dardos en el lugar donde Morgane dijo que estaba parada Aurelia. “No hay manera de que esto sea real”, me dije a mí misma.

—Bueno —dijo Billy—, me siento tonto haciendo esto.

—Tu madre está en la habitación —dijo Morgane—. Dudo que ella quisiera que te sintieras tonto. Cierra los ojos y habla con ella.

—Está bien —dijo Billy—, uhm... ¿mamá?

“HOLA, QUERIDO”.

Billy dudó y se aclaró la garganta.

—Ehm... eso no suena a ti mamá. “¿Querido?”.

“NO ESTOY ACOSTUMBRADA A HABLAR EN ESTE MUNDO, DISCÚPAME”.

—Bueno.

—Pregúntale algo —le urgió Morgane—; ha venido a responder lo que quieras saber.

Billy asintió, abrió los ojos por un segundo y nos echó un vistazo a todos. Yo traté de evitar que mi expresión delatara que yo pensaba, esperaba, que esto era una farsa total.

—Mamá —dijo Billy—, ¿tú sabías que papá tenía intención de...? —su voz comenzó a quebrarse y tuvo que parar, tosió para encubrir el hecho de que no podía hablar. De pronto se me rompió el corazón: no importaba si esto era de verdad o no, Billy lo estaba sintiendo con mucha intensidad—. ¿Tenías miedo, mamá?

“Sí”.

—¿Pudo haber sido un accidente?

“NO, ÉL LO PLANEÓ”.

—¿Qué fue lo que planeó? —preguntó con agudeza. Durante un minuto entero no hubo ningún movimiento y yo pensé que esto terminaría ahí, pero la copa avanzó lentamente hacia delante para después pasar por las letras velozmente.

“MATARME”.

—Él se declaró culpable, pero fue para protegerme a mí. Yo no puedo creer que... —dijo Billy.

—No puedes contradecir al espíritu —dijo Morgane en voz baja—, esto es tan traumático para ella como para ti.

Billy levantó sus manos de la base de la copa y agachó la cabeza, luego regresó a

tocar la copa con las puntas de los dedos de nuevo.

—Lo siento, mamá —susurró.

“TÚ NO HICISTE NADA MALO BILLY, DEBES SABERLO. AHORA TE DEJO CON MI AMOR POR SIEMPRE”.

Me quedé boquiabierta de la impresión; quería abrazar a Billy, tranquilizarlo de alguna manera, decirle que esto probablemente era una horrible farsa, pero él seguía con la cabeza baja y el rostro escondido. Quería decirle que sus preguntas le habían dado pistas a Morgane para las respuestas que dio “Aurelia”, pero él no volteaba a mirarme. La herida que había sentido en la cocina se hizo más profunda.

—¿Te gustaría probar de nuevo? —me preguntó Morgane.

Moví mi cabeza diciendo que no.

Morgane se levantó y caminó al lugar donde había dicho que estaba parada Aurelia, parecía como que estaba escuchando algo.

—Sí, tía —dijo y de nuevo parecía estar escuchando—, comprendo y se lo preguntaré.

—¿Preguntarme qué? —dije.

—¿Eres hija única?

—Sí —respondí. Morgane asintió con la cabeza como si eso fuera significativo para ella, luego volteó de nuevo hacia Aurelia.

—Gracias, querida tía, y me despido por ahora. Que tengas paz y amor.

Miré fijamente a Morgane, me sentía desgarrada por dentro, pero no le iba a dar la satisfacción de preguntarle algo.

—Maia, Aurelia dijo que dado que tu madre está en su cuerpo y no es un espíritu, no podía transmitirle preguntas directas, pero leyó su corazón y éstas son las palabras que surgieron: “perdida”, “esperando”, “hija” y “canción”.

—¿Me está esperando? —pregunté con la voz apretada.

—Me parece que sí, pero no puedo estar segura. La palabra “hija” parece indicar que te tiene en su corazón con mucha fuerza y por siempre, y que atesora su vínculo maternal.

—Sí, lo atesora —susurré—, siempre me dijo que alejarse nunca tuvo que ver conmigo...

“Esperando”, mi madre me estaba esperando.

De pronto mis emociones me sobrepasaron: comunicarme con fantasmas y corazones y la frialdad de Billy, ¡todo esto era demasiado! Me levanté con las piernas temblorosas, tomé la lámpara que Billy había traído de la camioneta y caminé cruzando la habitación, subí las escaleras con su pasamanos de madera elegante y detallado; yo misma me sentía como una aparición.

Recorrí el espacio con la lámpara y vi que el segundo piso estaba lleno de cuartos,

uno era una suite con tres habitaciones con una chimenea ornamental de mármol, una gran cama hecha de metal y una ventana redondeada con vista al oscuro lago; también había cuartos pequeñitos con camas individuales y pequeños roperos. Deambulé entre ellos sintiéndome algo inestable.

El rayo de luz de la lámpara iluminó un pasillo angosto y encontré unas escaleras más empinadas que las del frente de la casa y sin ninguna luz; en lugar de barandal, había una cuerda pesada y rugosa que parecía estar engarzada con anillos de metal a la derecha del muro, y lo usé para guiarme mientras subía al siguiente piso. En el tercer piso estaba la torreta, que era una habitación redonda con ventanas en cada dirección, todos sus muros estaban redondeados y se erigían hacia una torre puntiaguda más arriba. Darrah tenía razón, muchas tablas del piso crujían y estaban rotas. La luz de las estrellas entraba a través de los vidrios de las ventanas; caminé cautelosamente hacia la cama y apagué la lámpara.

“Perdida”, “esperando”, “hija”, “canción”. Estaba exhausta y me acosté en la completa oscuridad sobre el colchón antiguo, la cama a punto de colapsar; los resortes le crujieron cuando me moví para ponerme de lado, el hierro se había corroído tanto que la base se había roto por la mitad y el colchón se sumía en forma de una v pronunciada.

Cerré los ojos; era casi como si Aurelia también me hubiera leído el corazón; yo había añorado a mi madre durante todos estos años y ahora la espera estaba por terminar.

Cuando estuve deprimida, extrañaba tanto a mi madre que pensé que me iba a disolver, que mi cuerpo estaba demasiado débil para contener el insoportable anhelo que sentía de estar con ella. Uno de los síntomas principales de mi depresión había sido que me quedé en la cama, hubo días que no lograba levantarme, mi padre o el personal de Turner literalmente tuvo que levantarme y sacarme de entre las cobijas.

Las personas sufren por amor, pero también se levantan con él; puede que tome tiempo y llegue cuando menos te lo esperas, pero podría levantarte a unas alturas a las que nunca creíste poder llegar, y hacia eso me estaba dirigiendo, Billy me estaba llevando hacia allá. Volteé la cabeza para mirar por la ventana y pensé en la gran distancia que él y yo habíamos recorrido, cómo me había prometido que me llevaría al lado de mi madre y cómo esa promesa se estaba convirtiendo en una realidad.

—Hola.

Al escuchar la voz de Billy me di la vuelta para mirarlo; la habitación estaba muy oscura, pero sí lograba distinguirlo, él estaba parado en la puerta de la torreta.

—Hola —le dije.

—¿Estás bien? —preguntó. Ya sonaba amable de nuevo, ya no estaba hostil; sin embargo, aún me dolía la garganta de lo herida que me sentía, así que no respondí.

—La gente de las ranas se fue... de vuelta a buscar ranas —dijo aún parado cerca de

la puerta—. Sacaron sus redes y sus lámparas.

—Pensé que tal vez seguirías hablando con tu mamá a través de Morgane —le dije.

—¿Te creíste eso?

—¿Tú no? —pregunté.

—Quería creerlo —respondió—, pero en el instante que escuche “querido” supe que era una farsa, mi madre jamás me habría llamado de esa manera.

—¿Y por qué seguiste entonces?

—Quería ver qué tan lejos lo llevaría Morgane —respondió.

—Lo llevó bastante lejos.

—Sí —dijo él—. Y sí me llegó por un momento, cuando escuché “matarme”. Sabía que era Morgane, no mi madre, pero aun así fue un golpe en el estómago. Me enojé mucho conmigo mismo por hacer preguntas de verdad, como si él realmente hubiera planeado hacerlo; o sea, yo le había dado suficientes pistas a Morgane cuando platicamos antes, así es como sostuvo la farsa.

—Parecía que te la estabas creyendo.

—Pero no era así.

—Y parecía que estabas enojado conmigo.

Negó con la cabeza.

—Era en serio lo que dije: actuó como un cretino cuando las personas se me acercan. Te pido perdón si te di a entender que era dirigido hacia ti.

Su disculpa me tranquilizó, pero aun así me sentía confundida por sus repentinos cambios de humor.

Afuera, las ranas croaban y comenzaba a llover; podía escuchar el rumor de las gotas de agua sobre el tejado, primero suave y luego fuerte y constante. En alguna parte de la habitación oscura escuché una gotera, un “drip-drip-drip” que venía de un agujero en el viejo techo, y me calmaba. Cerré los ojos y escuché a Billy abrir la puerta del ropero y hurgar dentro de él, de pronto sentí que me cubría con una colcha. Sus manos se quedaron sobre mis hombros por un segundo y mi cuerpo se tensó, luego se acomodó del otro lado del colchón, encima de la colcha. Estábamos ahí acostados, cada quien volteado hacia un lado opuesto, y mi corazón galopaba veloz al igual que mis pensamientos, pero no dije nada en voz alta. Luego de un buen rato, me quedé dormida.

*25 de mayo
New Brunswick, Canadá*

Cuando me desperté, todavía estaba oscuro. Tanto la lluvia como las ranas habían dejado de oírse. Busqué a Billy junto a mí, pero su lado de la cama estaba vacío. La habitación estaba vacía. Me levanté de la cama quebrada y bajé a tientas por las escaleras oscuras.

El fuego había muerto durante la noche y la sala estaba helada. Billy estaba parado enfrente de la chimenea, picando los últimos carbones con un atizador, asegurándose de que estuvieran apagados. Observamos con atención para estar seguros de que no hubiera chispas. Comimos unas barras de granola, sacamos nuestras bolsas de lona y el resto de la comida al porche y cerramos la puerta detrás de nosotros.

Cargamos la camioneta. Me imaginé que Morgane y Richard seguían dormidos, pero después escuché un ruido de ramas quebrándose y hojas secas. Richard hablaba en voz baja, igual que Morgane. Caminaban hacia la camioneta sosteniendo redes y frascos de especímenes.

—Nos quedamos despiertos toda la noche y tuvimos nuestra recompensa —dijo Richard alzando uno de los frascos. El agua parecía lodosa y había unas cosas pequeñas nadando en el agua—. Unos cuantos renacuajos para estudiar. De hecho, tantos que pensamos que podíamos pasar el día aquí. ¿Estaría bien?

—No necesitamos volver a entrar a la casa —dijo Morgane.

—Claro —dije.

Richard y Morgane fueron a la casa a recoger sus cosas. Esperé hasta que regresaran a la camioneta para regresar la llave a su escondite.

—Maia —dijo Morgane cuando me acerqué—. Espero que estés bien. Ya sé que todo parece una locura. A mí también me lo pareció la primera vez que vi que mi madre le hablaba a un espíritu. Pensé que estaba loca, pero a lo largo de los años, el don vino a mí y ahora sé que es verdad.

Pensé que veía preocupación genuina en sus ojos cafés.

—Yo creo que eres muy especial —dijo Morgane—. Aurelia nunca había hecho eso antes, llevar un mensaje de una persona viva. Pero tú oíste el mensaje.

—Sí —dije. “Perdida”, “en espera”, “hija”, “canción”.

—Aférrate a las cuatro palabras si las cosas se ponen difíciles —dijo Morgane, abrazándome con fuerza.

Me quedé sin habla mientras las palabras corrían por mi mente. Me pregunté si tenía idea de lo que eso significaba para mí.

Todos nos despedimos. Billy salió del garage y dejamos a Morgane y a Richard parados en el patio, a solas con las ranas y los fantasmas.

Condujimos durante kilómetros. Los primeros rayos plateados del día se reflejaron sobre el lago e iluminaron nuestro camino. Las palabras de Morgane sobre mi madre me resonaban en los oídos.

—¿Tú crees que haya sido real? —pregunté.

—No —dijo él.

Billy siguió manejando en silencio. Estos días juntos me habían enseñado que tenía varios modos de estar callado. A veces estaba ahí, totalmente presente, pero sólo no decía nada. Otras veces estaba intensamente ocupado, como una persona que jugaba ajedrez, concentrado en el siguiente movimiento.

Pero había un tercer modo, como ahora, cuando se alejaba y veía el panorama completo, cuando era más inteligente que cualquier chico de diecisiete años. A lo mejor era por lo que había pasado, por quienes había perdido.

—Tienes que tener cuidado, Maia —dijo finalmente—. Morgane fue muy cruel al engañarte de esa manera.

—¿Engañarme?

—Esas cuatro palabras podrían significar cualquier cosa.

—Yo sé lo que significan —dije—. Exactamente lo que dicen.

—Con excepción de que Morgane las sacó de la nada. Estás haciendo que encajen en la situación con tu madre, pero piénsalo. Cualquiera podría aplicarlas a su propia vida.

—No —dije, sintiendo la ira en el pecho—. Ella las siente por mí. Lo sé.

—Mira —dijo—. Lo que pasó allá fue una broma. Mi mamá está muerta y de ninguna manera puede hablar conmigo. Y no hay forma de que podamos saber en que está pensando tu madre ahora.

—¿Pensando *ahora*?

—Sí, porque es diferente a antes de que se fuera. Eso es imposible. Con lo único con lo que puedes contar es con que te amaba entonces y todavía te ama. Que eso sea suficiente. Tenía sus razones para huir, pero no fuiste tú. Nadie podría querer abandonarte, Maia. Sin embargo, no puedes estar segura de que no quiere tener su propia vida, de que no quiere que estés lejos. Tienes que estar preparada para eso.

—Pues no lo estoy. Ella me quiere —repuse. Sentí una furia quemante y miré fijamente por la ventana, hacia cualquier cosa salvo a él.

Billy podría haber dicho palabras más suaves, algo que me hiciera sentir mejor, pero no fue así. Yo ya sabía que no era su manera, siempre era poco sentimental y no confiaba en nadie. Seguimos manejando en silencio, por el camino aún oscuro de antes

del amanecer.

Iguale su silencio. No había nada que quisiera decirle. Otra vez estábamos en el rango de las estaciones de radio y encontré una en la que pasaban cantautores. La primera canción que salió fue una de Gillian Welch, *Revelator* y lo tomé como una señal: el nombre de mi madre también era Gillian.

Por muy enojada que estuviera con Billy, no me podía quitar de la cabeza algo que había dicho: “Nadie podría querer abandonarte, Maia”.

¿Se refería a mi madre?

¿O se refería a sí mismo? Pensé en cómo casi nos habíamos besado.

Seguimos por kilómetros y tenía que aferrarme al asiento lo más posible. Por dentro, el corazón me daba brincos, me mecía de arriba a abajo entre sensaciones de ira, dolor y esperanza porque sintiera algo por mí.

Otra canción sonó en el radio y el locutor dijo que era “Wagon wheel” de Old Crow Medicine Show. Billy me miró para ver si la conocía. No la conocía, pero sonaba feliz, llena de guitarras y violines.

Billy se orilló, puso la camioneta en neutral, subió el volumen del radio y abrió la puerta.

—Ven —dijo.

Dudé. El malhumor me impedía moverme, pero por la manera como estaba parado junto a la puerta abierta y la mirada de sus ojos, me bajé. Estábamos parados en un filo de pinos con hojas marrones bajo nuestros pies y la música a nuestro alrededor. Billy me extendió la mano, yo la tomé y, de repente, estábamos bailando. El sol apenas estaba saliendo, una línea roja bajo las nubes grises. Era una canción rápida, pero nuestro baile era lento. Sentía la mano de Billy en la parte baja de la espalda, su aliento sobre mi mejilla. La canción sonaba.

Rock me mama like a wagon wheel, rock me mama any way you feel...

El corazón me latía con fuerza en el pecho y sentía sus latidos contra los míos. La canción terminó y empezó otra y seguimos bailando un minuto más.

¿Qué habría pensado si hubiera sabido que era la primera vez que bailaba con alguien?, ¿qué pensaba yo?

Me soltó y los dos nos subimos a la camioneta.

—Así está mejor —dijo.

—Sí —dije.

—¿Ya no estás enojada?

Negué con la cabeza sintiendo aún, ligeramente, la presión de su mano en mi espalda. Nos miramos el uno al otro. Quería decirle algo, pero las palabras se me atoraban en la garganta. También parecía que él tenía algo que decir, pero se quedó sentado en silencio y las palabras no dichas giraron en el aire sobre nuestras cabezas.

Después de un minuto, se movió para manejar, pero mantuvo el pie sobre el freno. No parecía que quisiera dejar este lugar. Yo tampoco; pero una vez que empezamos a movernos, estuvimos bien.

Cuando llegamos al final del camino de pinos, me miró largamente por última vez. Después, aceleró y salimos a una pista de asfalto con líneas de verdad en el centro y señales hacia Edmundston y Rivière-du-Loup.

Una ligera llovizna se convirtió en una niebla densa. Unos camiones pasaron junto a nosotros, levantando lodo y agua. Ahora, en el radio cantaba un cantante celta con una voz alta y dulce, una canción sobre una doncella que estaba en un jardín y el chico que la había abandonado ahí, me di la vuelta para que Billy no me viera sonreír. Me sentía mal por la chica que había quedado abandonada, pero acababa de bailar con Billy al amanecer bajo los pinos.

Después de un rato, busqué el librito verde y lo volví abrir. Tenía muchas ganas de empezar a leerlo, pero en ese mismo momento en lo único que podía pensar era en bailar con Billy, y en cómo quería que esa sensación durara para siempre. Me obligué a concentrarme y a hacer notas sobre lo que necesitaría para encontrar a mi madre.

Ya estábamos acercándonos. Olí el río San Lorenzo antes de verlo: una mezcla de agua salada y dulce, gasolina de los motores de los barcos y, tenía que ser positiva, el aliento oloroso a krill de las ballenas. Billy podía oír a las langostas; apagué el radio porque estaba segura de que iba a escuchar las canciones de las ballenas.

Esperamos en el muelle de Rivière-du-Loup, donde íbamos a subirnos al ferri para cruzar a Saint-Siméon, a unos kilómetros de Tadoussac. Desde ahí, el fiordo donde estaba la cabaña de mi madre estaba justo hacia el norte. Unos cuantos camiones comerciales perdían el tiempo en el estacionamiento, esperando para abordar. El primer bote no iba a salir hasta dentro de unas horas, así que Billy se inclinó detrás del volante para ponerse cómodo. Nos habíamos despertado muy temprano y las emociones del camino nos habían cansado.

Empecé a sentir los parpados pesados. Billy estaba dormido en su extremo del asiento. El frío de la mañana se había hecho más intenso en la neblina, pero me sentía caliente por dentro. Me acurruqué contra la puerta; caí y salí de un sueño ligero y profundo mientras soñaba con un chico y una chica que bailaban lentamente y después soñaban juntos al borde del agua.

25 de mayo

Ferri Rivière-du-Loup / Saint-Siméon

Me daba gusto haber dejado de tomar los medicamentos, me sentía bien y sin ningún indicio de depresión. De hecho, después de nuestro baile, me sentía casi elevada, feliz; todo lo que quería hacer era cruzar el río San Lorenzo y llegar al lado norte. Sé que suena extraño, pero sentí cómo si pudiera llevarnos volando hasta allá.

El día había comenzado muy bien, al menos los primeros momentos. Estaba llena de entusiasmo cuando nos despertamos en el estacionamiento del puerto del ferri en Rivière-du-Loup. La niebla se mantenía baja sobre las aguas amplias y saladas, pero se podía ver que el sol estaba tratando de atravesarla. Billy se estiró.

—¿Pudiste tomar una siesta? —preguntó, volteando hacia mí.

—Sí, ¿tú qué tal?

—¡Claro que sí! Ya estoy listo para lo que sea —respondió.

Ambos sonreímos, a mí me sorprendió que no me sentí tímida ni apenada luego de nuestro baile, tal vez era por todos estos días que ya habíamos pasado juntos, el hecho de que comenzaba a sentir que lo conocía mejor que cualquier otra persona, mejor que Helen.

La primera salida era a las ocho de la mañana, y estábamos al frente de la fila, así que compramos nuestros boletos apenas abrió la taquilla.

—*Bonjour* —dijo la mujer detrás del mostrador de la taquilla. Estábamos en la provincia de Quebec, que es la parte francófona de Canadá.

—*Bonjour* —respondí, feliz de poder practicar el idioma.

—¿Habla inglés? —preguntó Billy.

—*Bien sûr* —dijo la mujer, sonriéndonos— sí.

—Nos gustaría comprar unos boletos —dijo Billy.

—¿Para cuántos pasajeros? —preguntó ella. Me encantó su acento, era distinto al de Richard, pero había algo que de alguna manera era igual.

—Dos —respondió Billy.

—¿Para vehículo o para pasajeros a pie?

—Para vehículo —dijo Billy—, es una camioneta.

—Hay un cargo extra por una camioneta —respondió ella.

—Es sólo una camioneta pickup —dijo él.

—*De tout façon* —respondió.

—¿Qué? —preguntó él.

—De todas maneras —traduje.

—*Désolée*, pero sea *pickup* o no, es una camioneta —dijo la mujer—. Serían cuarenta y cinco dólares por el vehículo, dieciséis por cargo extra de la camioneta y veinticuatro dólares por cada pasajero; un total de ciento nueve dólares.

—Gracias —respondió Billy y me tomó del brazo para sacarme de la fila.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nosotros no tenemos esa cantidad —contestó— nos quedan cincuenta y cinco dólares.

—¡No! —exclamé. Nuestra camioneta estaba justo ahí, perfectamente en posición al frente de la zona de carga y el ferri, que era un gran barco blanco, esperaba a que abordáramos.

—No debí de comprar el helado —dijo Billy.

—No digas eso, me da gusto que lo hubieras hecho, pero ¿qué podemos hacer ahora para cruzar?

Caminamos hacia el ferri, las puertas de la popa se abrieron y los camiones más grandes empezaron a entrar retumbando; algunos eran camiones de dieciocho ruedas, varios con ruidosas unidades de refrigeración que emanaban escarcha al aire. Algunos pocos tenían un pez pintado en un costado, probablemente iban a recoger la pesca del golfo de San Lorenzo. Noté, con cierta angustia, que uno estaba rotulado con unas langostas que bailaban y recordé nuestros buenos tiempos en Maine.

Una larga fila de vehículos (automóviles y pequeñas camionetas) se había formado detrás de nosotros y fue entonces cuando me di cuenta de que íbamos a perder nuestro lugar. Billy me pasó las llaves y, a regañadientes, moví la camioneta al estacionamiento que estaba al costado.

Yo bajé de la camioneta para esperar, sintiéndome impotente mientras miraba que los otros vehículos comenzaban a abordar el ferri. Billy estaba del otro lado del estacionamiento, hablando con un hombre de uniforme caqui; el hombre era un poco mayor para la edad universitaria, con el cabello muy corto al estilo de la tripulación y una barba muy bien recortada; estaba parado muy derecho, con expresión impasible, mientras escuchaba a Billy.

Un minuto después, Billy corrió hacia el camión de las langostas justo antes de que abordara el ferri. El chofer bajó la ventana y Billy empezó a hablar con él, gesticulando, volteando a medias para apuntar hacia mí. Cuando me di cuenta, estaba corriendo hacia mí, llamándome al acercarse.

—¿Recuerdas que decíamos que íbamos a tener que trabajar por rollos de langosta? —preguntó Billy—, pues ésta es nuestra oportunidad, el compañero del ferri me dijo que los camiones de pesca a veces contratan gente para trabajar por un día y que el tipo de

las langostas dijo que su compañía al otro lado necesita recogedores, lo que sea que eso signifique. Podemos hacer eso por un día, o un poco más, para ganar suficiente dinero para llegar hasta donde está tu madre.

—Pero seguimos sin tener dinero para los boletos del ferri.

—Lo tenemos Maia, tenemos suficiente para el boleto de pasajeros, pero tendremos que dejar nuestra camioneta.

—¿La camioneta? —pregunté, demasiado atónita para darme cuenta de que él había dicho “nuestra”. Había sido nuestro transporte, nuestro hogar, yo amaba nuestra camioneta.

—No tenemos opción —dijo— preguntaré adentro si la podemos dejar aquí en el estacionamiento para regresar por ella cuando tengamos el dinero necesario.

—No la quiero dejar —dije tocando el cofre.

—Maia, tenemos que apresurarnos.

Los auxiliares del ferri casi habían terminado de subir los vehículos y la carga, Billy corrió a la taquilla a comprar los boletos y yo junté nuestras cosas que estaban en la camioneta. Tenía el libro verde, mi posesión más preciada, aunque no fuera oficialmente mío. Billy se apresuró a regresar y agarramos nuestras mochilas de lona; pusimos bajo llave la comida enlatada dentro de la caja de herramientas.

Fue muy difícil dejar nuestro santuario sobre ruedas.

La camioneta me había salvado de que me internaran a la fuerza en el hospital y ahora me había llevado hasta la orilla del río, el último obstáculo que me separaba de mi madre; y me había permitido sentarme junto a Billy durante todos estos días y kilómetros, además, tocó la música que nos había llevado a bailar juntos.

—Gracias, camioneta —dije. Toqué su cofre de nuevo, aún estaba tibio de haber estado prendida.

—¡Vámonos! —dijo Billy. Tiró de mi mano y por fin me separé de ella. Corrimos desbocados hacia el ferri lo más rápido que pudimos, justo cuando estaba sonando el silbato.

—Entonces, ¿nos vamos a sentar junto al hombre de las langostas? —pregunté.

—No —dijo Billy—, podemos cruzar sentados en la cubierta, juntos a solas, y ya después nos encontramos con él en el acoplamiento del muelle.

Me encantaba cómo sonaba eso: Billy y yo, juntos a solas. Era justo como habíamos llegado hasta aquí en nuestro viaje casi imposible. Le dimos nuestros boletos al auxiliar de cubierta, pasamos por la bodega del navío, que olía a gases de escape, y subimos por unas escaleras de metal empinadas a la cubierta superior.

Nos sentamos lo más adelante posible. Tal vez a causa de la niebla y el tenue frío del aire, todos los demás estaban dentro de la cabina, así que nosotros éramos los únicos en la cubierta. Nos sentamos uno al lado del otro, en una banca blanca, a un costado de la

barandilla, cubriéndonos las orejas cuando el gran silbato del barco sonó de nuevo y el motor rugía al avanzar en reversa. Al mirar hacia abajo, vimos los remolinos de agua que se hacían alrededor del barco y luego la cola de agua revuelta, blanca y burbujeante que quedaba detrás, mientras el ferri avanzaba hacia adelante.

El viento empujaba nuestro cabello hacia atrás, se sentía húmedo, salado y fabuloso; abrí la boca para probar el mar. La niebla no me permitía ver la orilla a la que nos dirigíamos todavía, pero sabía que había acantilados erguidos a la distancia, que delineaban el fiordo largo y angosto que nos llevaría hasta mi madre.

La hora había llegado: abrí el libro verde *Las ballenas beluga y jorobada del fiordo Saguenay*, lo hojeé con delicadeza, recordando la manera como me había enseñado por primera vez mi madre. Era una segunda edición, no tan valioso como uno de la primera, de 1898, pero aun así era muy viejo. Laurent Cartier era su autor, un descendiente de Jacques Cartier, el francés que declaró Canadá parte de la corona francesa e hizo el mapa de esta área de Quebec oriental; Laurent simple y sencillamente amaba las ballenas.

Antes de Billy, yo tenía un enamoramiento platónico por Laurent, sí, así es, por un tipo que hace mucho había muerto. Me parecía tan genial y gallardo explorando la región, no para gobernarla, sino porque estaba obsesionado con las ballenas. El pequeño libro verde estaba lleno de las anotaciones que hizo estando en el campo, descripciones de belugas como “¡Oh! Son ágiles como mariposas y juguetonas como niños; sus pieles son tan suaves e iridiscentes como el mármol de Carrara de las casas más elegantes de París. Estas criaturas son maravillas de la naturaleza y me inspiran, a mí que no soy un poeta, a rezar para pedir el talento que me permita alabarlas con versos”.

Me encantaba imaginarme a Laurent de rodillas en la cabina de su barco, rezándole a Dios para que lo hiciera un poeta.

—¿Qué es eso? —preguntó Billy inclinándose hacia mí.

—El libro —respondí—, mi propiedad robada. ¡Prometo devolverla!

—Sé que lo harás.

¡Ajá! Un poco más de confianza.

—Por ahora, me hace sentirme tan... feliz. Estamos a punto de ver algunas ballenas.

—Léeme algo del libro —dijo Billy.

—Está bien —hojeé lentamente el libro, era difícil elegir algo entre tantas secciones perfectas—. Aquí hay una: “Este día de junio cruje con la promesa de ballenas. Cuando recién llegamos en abril, el hielo del invierno obstruía al fiordo, pero ahora las aguas frías y transparentes son como una lupa para mirar hacia las profundidades. Nos acercamos al solsticio de verano, que es el día más largo del año. Anoche, al ir desapareciendo la luz del cielo, pude ver las sombras más fascinantes alrededor de la nave, escuché las alegres exhalaciones de un par de jorobadas justo afuera del arco de estribor, como si las bestias estuvieran disfrutando nuestra compañía tanto como nosotros disfrutábamos la suya”. —

alcé la vista y miré a Billy—. ¿No es maravilloso? —le pregunté—, no puedo creer lo maravilloso que es.

—Pues, me emociona ver a “las bestias” —dijo Billy.

Me sonrojé, pues no había posibilidad de que él sintiera lo que yo sentía: que a pesar de que sus palabras no rimaban, Laurent había encontrado una manera de escribir poesía; su prosa no era otra cosa que poesía.

El libro estaba lleno de mapas viejos dibujados a mano; encontré el más nimio y casi invisible puntito hecho a lápiz y apunté hacia él con mi dedo.

—Mi madre hizo esto —dije—, cuando yo tenía como seis años, estábamos en su oficina.

—¿Por qué marcó ese punto? —preguntó.

—Estaba usando el libro para planear una futura expedición junto con otros investigadores de ballenas, así que me mostró el mejor lugar para encontrarlas y poder escuchar a las ballenas belugas y jorobadas.

Ya podía verla en mi mente, apenas tocando la página con el delicado lápiz retráctil que tenía el grabado de una cruz dorada; se lo había regalado mi padre cuando terminó su maestría.

—Se supone que no debes marcar los libros —dijo Billy.

—Lo sé —respondí—, pero la marca es muy ligera y pequeña. Me dijo que era nuestro secreto y que nadie más la vería —me dijo que era solamente para los expertos en ballenas, mientras me mostraba el sitio al que un día iríamos ella y yo.

—Mira —le dije a Billy, trazando el mapa con mi dedo— ella está hasta acá arriba, en la orilla oriente del fiordo Saguenay, en esa pequeña sección.

—Ahí no hay un pueblo —dijo Billy.

—Es cierto. Uno tiene que caminar por el yermo para llegar, no hay caminos, tampoco hay forma de que entre un auto.

Laurent había escrito:

El fiordo es una cicatriz en la tierra de cien kilómetros, con glaciares que avanzan aguas abajo, que dejaron estrías en las rocas durante la era glacial. Los acantilados se yerguen a ciento cincuenta metros sobre el nivel de las aguas, altos y escarpados, estriados por los movimientos glaciales, como si hubieran sido hechos por las garras de un gigante; han sido poco explorados por los europeos, sólo por algunas almas intrépidas, los cazadores de pieles que son lo suficientemente valientes para hacerse senderos abajo, hacia la orilla de las aguas.

—Pues tendremos que llegar a uno de esos senderos en barco —dije.

—¿Qué barco? —preguntó.

—Ya nos las ingeniaremos —dije con una sonrisa exagerada—, como lo hemos hecho con todo lo que ha pasado en este viaje hasta ahora.

—¿Habrás algún tentempié en el barco? —preguntó.

—¡Oh, claro! —respondí.

—Pues entonces, muy bien —dijo. Nuestros estómagos gruñían y el aroma de los hot-dogs y las palomitas se deslizaba hacia fuera desde la cabina; simplemente no teníamos suficientes fondos para las deliciosas golosinas que se comen en los barcos, así que para evitar desvanecernos de hambre, seguimos hojeando el libro.

Estas páginas sobre las formaciones rocosas, la luz del amanecer y del atardecer reflejada en el acantilado, las moras azules silvestres y el increíble número de ballenas que se aparecían para alimentarse, hacían que mi amor por Laurent creciera aún más; pero ahora sólo me hacían estremecerme por Billy, la sola idea de que estaría viendo todo esto por primera vez a su lado, que esta era *nuestra* expedición mágica. Nuestros brazos se tocaron mientras nos inclinábamos hacia el libro y así fue como se me olvidó el hambre por completo.

El ferri siguió avanzando. Lo último que quedaba de la niebla se evaporó con el sol, y, así, los rayos de luz iban tornando azul el río, en lugar de gris, y pudimos distinguir los contornos de la orilla al otro lado. Me sentía tan feliz, tan emocionada de poder ver ya esa tierra. Le eché un vistazo a Billy, yo esperaba que él estuviera absorbiendo la vista de la naturaleza que nos rodeaba, pero me sorprendió verlo mirándome a mí.

—¿Qué? —le pregunté.

Negó con la cabeza, como si no estuviera seguro de qué responderme, pero no me quitó los ojos de encima.

—Me estás mirando fijamente —dije.

—Síp.

—¿Por qué? —pregunté mientras sentía que mis mejillas se sonrojaban.

—Esto es bueno —dijo.

—¿Que estemos en el barco? —pregunté.

—Todo esto —dijo todavía mirándome como si, de alguna manera, hubiera más qué ver en mis ojos que en el paisaje que nos rodeaba.

—Todo —repetí, con sus palabras y la forma como las había dicho reluciendo en mi mente.

Asintió y se acurrucó en su asiento con los brazos doblados sobre el pecho, seguía mirándome. Tuve que voltearme porque la emoción era demasiado para mí, si él hubiera visto mi cara, se habría dado cuenta de que sonreía.

El ferri llegó al muelle, todavía chocaba suavemente de un lado a otro entre los pilotes, luego los vehículos empezaron a desembarcar. El camión de las langostas hizo bastante ruido al bajar la rampa metálica del ferri y el chofer nos estaba esperando en la orilla más alejada del estacionamiento. Me invadió la duda e iba arrastrando los pies al ir hacia allá: ¿qué diría mi padre si supiera que estaba considerando subirme a un camión con un desconocido? Mi madre era una mujer denodada, pero mi padre era un

angustiado profesional.

—Mi papá me mataría por hacer esto —le dije a Billy—, pensaría que estamos a punto de ser secuestrados, de desaparecer para siempre.

—Podríamos cambiar de idea y no hacerlo —dijo Billy.

No estaba segura, las advertencias de mi padre retumbaban en mi cabeza. Por estar tan deprimida me había protegido mucho y así me había mantenido pequeña en mi vida; me había contenido o había permitido que otros me contuvieran de abrir mis alas, de tomar riesgos, de hacer algo inesperado. Ahora pensaba sobre cómo quería ser, aventarme a la vida con todo lo que tenía; entonces, supe qué era lo que tenía que hacer.

—No —dije—, tenemos que ir.

Trague saliva con fuerza al acercarnos al camión de langostas, el chofer se estiró sobre el asiento del pasajero para abrirnos la puerta.

—Disculpen, es que la perilla se traba —dijo con acento francés mientras subíamos a la cabina. Traía puestos lentes oscuros de armazón blanco; su piel era de un tono café rojizo y tenía una amigable sonrisa con una separación entre los dientes delanteros, idéntica a la mía; pero, ¿era acaso una sonrisa falsa para que nos fuéramos con él?

—No hay problema —dijo Billy. Él se había subido antes que yo, entendí que lo había hecho para que fuera sentado entre el chofer y yo, por si acaso.

—Me llamo George —dijo el chofer.

—Billy y Maia —dijo Billy.

—¿Ustedes no son de por aquí, verdad?

—Somos de Estados Unidos.

—Estados Unidos es un lugar muy grande.

—De Connecticut —dije.

—Sí, esa ciudad es a donde iba con mi abuelo de pesca por langostas —dijo Billy.

—¡Ah, qué bien! Fue mi *grand-père* el que me enseñó el negocio de las langostas —dijo George—. ¿Qué tal está la pesca por allá?

—Medio mala en los últimos años —respondió Billy.

—Pues nosotros acá cambiamos hace unos años a la pesca de cangrejos de nieve —dijo George—, hay más demanda y mejor pesca.

—Pero hay langostas pintadas en su tráiler —dije yo.

George se rio.

—Mi tía las pintó en los paneles hace ya mucho tiempo. No queríamos hacerle el desaire quitándolas para poner otra cosa.

Eso hizo que me cayera bien y me sentí un poco más segura.

—Entonces, ¿su carga es de cangrejos de nieve? —preguntó Billy.

—Nop —respondió George—, acabo de hacer un envío al otro lado, voy vacío, camino a casa para volver a llenar el camión. Así es como funciona, de ida y de vuelta.

—Entonces, si el camión está vacío... —comenzó a decir Billy—, ¿para dónde vamos y qué tipo de trabajo haremos?

—Pues eso depende de en qué fase operativa se les necesite más —dijo George—. Puede ser que les toque sacar a los cangrejos de los recipientes y ponerlos en la banda transportadora. O puede que les pidamos que saquen la carne de las conchas, pueden ayudarnos a procesar a los cangrejos, hacer que queden listos para el mercado. Una cosa sí les digo: trabajamos duro y nos movemos rápido, ¿están listos para eso?

—Seguro —dijo Billy.

—¿En dónde está la planta? —pregunté.

—Pasando Tadoussac —dijo George, y con tan sólo escuchar el nombre sentí un empujón de ánimo: ése era el lugar donde mi madre recibía el correo, el pueblo más cercano a su cabaña en el acantilado.

Mientras íbamos en el camión hacia el este, sentí cómo me emocionaba cada vez más; sentía con fuerza la presencia de mi mamá, era como si ella viniera en la cabina con nosotros. George tenía la radio encendida y sintonizaba una estación de música pop de Quebec; toda la música estaba en francés y hasta eso me parecía lo más encantador. Yo iba traduciendo en mi mente todas las letras de las canciones que podía, esto era aprendizaje en acción y era mucho mejor que cualquier clase de francés.

El camión abordó otro ferri, pero no CUALQUIER ferri: ¡éste era el que cruzaba el Saguenay! El viaje era breve, de tan sólo diez minutos, pero mirando hacia la izquierda pude ver todo el increíble, fantástico y magnífico fiordo, ¡la tierra de Laurent Cartier! ¡Ya estaba *ahí*! A duras penas podía mantener la compostura.

Los acantilados se erguían a ambos lados y desaparecían en un punto del horizonte al norte; en realidad, el fiordo se extendía mucho más allá de lo que alcanzaba la vista. Bajo la brillante luz del sol, casi podía imaginar ver luz, tan clara como la de un espejo, resplandeciendo en las ventanas de la cima del acantilado al oeste, ¿podría ser la cabaña de mi madre?

—Ya llegamos, es aquí —le dije a Billy.

—¿El fiordo? —preguntó—. ¿EL fiordo?

—Sí, ¡estamos ya tan cerca! —y en eso tuve una lluvia de ideas—, ¿qué tal si mejor le pagamos a George el dinero que nos queda, nos bajamos en el muelle y vamos a encontrarla?

—Sí, podríamos hacer eso —dijo Billy.

—Esperen, ¿qué es lo que están diciendo? —preguntó George.

—Pues, la mamá de Maia vive aquí y nos gustaría pagarte por el viaje y bajarnos.

George se quedó callado, no tenía el ceño fruncido, pero sí se notaba algo preocupado.

—Hmm, ¡rayos! —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien? —preguntó Billy.

—Es que le llamé a mi hermano después de que hablé contigo en Rivière-du-Loup, —dijo—. Nos hacen faltan trabajadores en la planta durante esta época del año, la temporada de cangrejos está comenzando de nuevo apenas y muchos de nuestros trabajadores todavía están fuera pescando. De cierta manera ya estábamos contando con su ayuda, pagamos muy bien.

Billy sacudió la cabeza.

—Discúlpalos, pero esto es en verdad muy importante para Maia.

—Está bien —dijo George encogiéndose de hombros.

El ferri más pequeño ya se estaba acercando a Tadoussac. Había muelles, barcos para avistar ballenas, iglesias y un enorme hotel blanco con un brillante techo rojo al que reconocería en cualquier situación; durante años había revisado páginas de internet y leído guías, libros de historia y libros de fotos sobre esta área, y siempre aparecía el Hotel Tadoussac.

—Oye, ¿y cómo vamos a ponernos en contacto con tu mamá? —dijo Billy.

—Podemos llamarle por teléfono —comencé a decir, pero ella no tenía un teléfono—. Podemos hacernos camino por el fiordo utilizando el libro de Laurent y sabré cuando hayamos llegado al ver el lugar.

—Allá es prácticamente puro yermo —dijo George—. ¿Tienen una embarcación?

—No, pero encontraremos a alguien que nos dé un aventón.

Tanto George como Billy permanecieron callados y mientras mis palabras seguían en el aire, caí en cuenta de lo improbable que era lo que había dicho: no conocíamos a nadie aquí y después de pagarle a George, no tendríamos un centavo. Podría merodear cerca de la oficina de correos esperando a que mi mamá pasara a recoger su correo, pero ¿cuánto podría tardar eso?

—¡Email! —exclamé—, podría mandarle un email desde la biblioteca.

—¿Por qué no simplemente le llaman o le mandan un email desde sus teléfonos celulares? —preguntó George.

Billy y yo intercambiamos miradas, no íbamos a contarle a George de las medidas evasivas que nos habían llevado a tirar nuestros celulares.

—Es complicado donde ella vive —dije—, además, uhm... Billy y yo perdimos nuestros teléfonos celulares —Billy levantó las cejas como si acabara de dar la excusa más tonta posible, lo cual había hecho.

—Pueden utilizar el mío —dijo George pasándome su Smartphone.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—¿Para que te pongas en contacto con tu madre? ¡Claro!

Titubeé por un momento, pero luego lo tomé con ansias.

El ferri iba entrando en el estrecho rebotando un poco entre los grandes pilotes de

madera del muelle de Tadoussac. Con el teléfono de George en las manos, entré a la red y a mi cuenta de email.

Durante el breve momento cuando estuve en la Biblioteca Eliza Hewitt en Maine, había podido memorizar el correo electrónico de mi madre: BELUGA.GS@QUEBEC-EASTCOM. Lo puse y después escribí:

¡MAMÁ! ¡Estoy aquí! Llegando en el ferri a Tadoussac. ¿Podrías responder a mi correo casi de inmediato? Es una pequeña emergencia. Te lo explicaré apenas me respondas.

Todo el amor que hay,
Maia

Lo envié.

Menos de un segundo después el email rebotó diciendo: “No se puede enviar/No se reconoce el destinatario”.

—No —dije en voz alta.

Billy se acercó para ver la pantalla.

¿Tenía mal la dirección del correo? Revisé mi lista de correos recibidos hasta que encontré el suyo. Mis pulgares volaban sobre el teclado; volví a escribir mi mensaje en la ventana de respuesta y después oprimí “enviar.”

“No se puede enviar / No se reconoce el destinatario”.

No voy a mentir, me quería morir. ¿Acaso mi mamá había cambiado su dirección de correo y borrado su cuenta a sabiendas de que yo me había escapado y de que no tenía ninguna otra forma de ponerme en contacto con ella?

George estaba calentando el motor impaciente por irse, pero yo tenía que checar una cosa más. Revisé con más detenimiento mi lista de correos no leídos y sí: mi corazón se aceleró al ver que había un mensaje más de mi madre. Lo abrí y leí:

Queridísima Maia:

Tu padre me ha enviado un correo otra vez (y otra, y otra) y también lo ha hecho la encantadora de Astrid. En los correos me echan mucha culpa y son hirientes. Tal vez no sea a propósito, pues están preocupados por ti, pero ellos no te conocen como yo, ellos no entienden lo ingeniosa e independiente que eres. Voy a cerrar este email por ahora, saber de ellos no ayuda en nada.

Tú aún tienes mi dirección, la verdadera dirección. Escríbeme una carta apenas te llegue esto y hazme saber cómo y dónde estás. Me resulta claro que estás en un viaje de búsqueda. No te olvides de confiar en tus instintos.

Mamá.

Exhalé aliviada, pero aún temblando: Sí, era por medio de cartas que ella y yo nos habíamos mantenido en contacto; eso no había cambiado y ella no se estaba escondiendo de mí. Le devolví el teléfono a George y empecé a abrir la puerta del camión.

—Maia —Billy me tomó por la muñeca y hablaba en voz baja—, leí lo que te escribió.

—Ella sabe que estoy en un viaje de búsqueda —dije—, debe de saber que eso significa que voy hacia ella.

—Está bien —dijo Billy con tono dudoso.

—Y aquí estamos —dije—, hemos llegado.

—Pero no tal cual —repuso—. Todavía tenemos que llegar hasta el fiordo y George tiene razón, no tenemos ni barco ni dinero para rentar uno.

—Todavía pueden trabajar para nosotros —dijo George escuchando de más—, sólo por un día o dos y entonces tendrán suficiente dinero para lo que necesitan. Les dije, pagamos bien.

Se me partió el corazón. ¡Estábamos tan cerca! Sabía que si nos bajábamos del camión podíamos caminar al centro del pueblo y encontrar la oficina de correos, podíamos merodear por ahí hasta que ella llegara.

Pero... ¿cuándo iría a revisar su correo postal? ¿Por cuánto tiempo tendríamos que esperar Billy y yo?

—Vamos a trabajar Maia —dijo Billy—. Ganemos suficiente dinero para alquilar un barco y luego regresamos.

—Yo mismo los traería de regreso aquí —dijo George—; hago este viaje tres veces por semana.

Cerrar la puerta de la cabina y ver pasar a Tadoussac mientras íbamos manejando tal vez haya sido la cosa más difícil que he hecho en mi vida. Mis ojos comenzaron a lagrimear al mirar por encima del hombro, viendo los acantilados de Saguenay desaparecer conforme agarrábamos velocidad y nos dirigíamos hacia el este.

25 de mayo
Tadoussac-Mitshishu

George nos había dicho que la planta estaba al este de Tadoussac, pero después de la segunda hora de manejo, cuando la distancia entre los pueblos empezaba a parecer infinita, volví a ponerme nerviosa. ¿Qué tanto al este? No lo conocíamos para nada. Podría habernos llevado hacia cualquier parte; de hecho, eso era justo lo que había hecho.

No dejaba de hacer y de recibir llamadas a su teléfono, pero hablaba en un francés tan rápido que apenas podía distinguir alguna palabra. A veces se reía, otras sonaba impaciente, una vez sonó tierno, como si estuviera hablando con su esposa o con un niño. Yo me aferraba a eso y me decía a mí misma que tenía una familia, no sería del tipo que nos lastimara, sin embargo, mi estómago confiable empezó a dolerme, como si supera algo que yo no.

Billy se movió en su asiento. Él estaba en medio, con el tope bajo los pies y las piernas de cada lado del camión. Trataba de mantener las mías lo más cerca de la puerta posible, pero después también tuve que cambiar de posición y después de un rato nuestros pies se enredaron. Él no trato de separarlos.

Miré fijamente sus pies. Levaba Converse altos negros, y la punta blanca de los pies ya no era blanca. Yo llevaba mis mocasines favoritos, pero en este punto ya estaban bastante decrepitos. Mis pies se veían pequeños junto a los suyos. Estaban entrelazados por los tobillos. Traté de quitar mi pie, pensando que le gustaría tener más espacio, pero él lo atrapó con el suyo y terminamos haciendo lucha de pies. Se volvió un juego, nuestra forma de divertirnos hasta que empezamos a reírnos y no podíamos parar.

Nuestros hombros también chocaban. Se inclinó hacia mí y me apreté contra él. Lo miré y vi que sus ojos verdes brillaban, su amplia boca con una sonrisa pícaro. Volvió a empezar nuestra lucha de pies, justo al mismo tiempo en que George encendió la direccional y dio vuelta para salir de la ruta principal. Pasamos por un letrero que decía: MITSHISHU. RESERVA DEL PUEBLO ORIGINARIO INNU.

—Mitshishu... —dijo Billy en voz alta.

—Significa águila —dijo George—. Y nuestro pueblo son los innu, que significa “ser humano”. La naturaleza nos dio nuestras vidas. Es nuestra religión.

El camión se tambaleó por un camino estrecho y después terminamos en el estacionamiento más hermoso que hubiera visto. Estaba justo al borde de una bahía azul.

Cinco pequeños botes de pesca estaban alineados en el muelle y una isla rocosa emergía del agua a la distancia. Las gaviotas graznaban y cantaban enloquecidas, y veía por qué: los botes estaban descargando enormes tubos de cangrejos de patas largas que se retorcían para salir.

Junto al muelle había un edificio rectangular y grande. El letrero, pintado con las mismas langostas bailarinas del camión, decía: “Claude et fils, pêcheur”. Una multitud de trabajadores en trajes azules y gorros de papel salió en fila para celebrar la pesca. Los pescadores hicieron reverencias y alzaron los puños al aire.

—Fue un día muy bueno —dijo George—. Seguro habrá mucho trabajo, así que me da mucho gusto que estén aquí.

Nos llevó a la planta, que estaba helada, nos dio los mismos trajes de papel azul para que nos los pusiéramos junto con unas pantuflas de papel azul para cubrir nuestros zapatos y guantes de plástico. El papel crujía cuando nos movíamos.

Era como si estuviéramos en medio de la nada. Sin embargo, el equipo era tan de alta tecnología y los cangrejos tan grandes que podríamos haber estado en una película futurista sobre crustáceos que dominaban la Tierra. Una gigante cinta transportadora de acero inoxidable rodeaba el espacio, que resonaba con el sonido de motores, compresoras y botes de plástico que se sacudían por el movimiento de los cangrejos, que retorcían sus largas pinzas.

—Somos la mejor planta procesadora de pescado, la más limpia y prístina de Canadá —dijo George con orgullo—. Todas las personas que trabajan aquí son familia. La mayoría realmente estamos emparentados, pero los que no también son familia.

—Eso está muy bien —dijo Billy. Lo miré, el chico sin familia.

—Nuestra tribu era conocida como “pueblo montañés”. Pero es francés y hace años volvimos a nuestro nombre aborígen.

—¿Este es su territorio? —preguntó Billy.

—En Canadá le llamamos reserva, pero sí. Es nuestra comunidad. En realidad no traemos a otras personas para que trabajen aquí, pero nuestra pesca fue tan buena que necesitamos manos extras y ustedes necesitan dinero. Dejen que los presente.

George nos llevó para que conociéramos a todos, alrededor de 20 personas. Su padre, Claude, trabajaba en la banda procesadora junto con su madre, Marie; sus hermanas gemelas, Nathalie y Jeanine; su hermano menor, Marc, y varios primos que estaban o no relacionados por sangre. No importaba. A pesar del hecho de que George había dicho que por lo general no invitaban a gente no inuu a trabajar aquí, me sentí absolutamente bienvenida.

Billy y yo nos pusimos a trabajar de inmediato. Nos paramos uno al lado del otro al final de la línea de producción. Para cuando los cangrejos llegaban a nosotros teníamos que ponerlos al vapor, separar las patas de los caparazones y nuestro trabajo era romper

las conchas rojas y extraer la carne. Lo teníamos que hacer lo más perfectamente posible, no dejar ningún pedazo duro de concha o de cartílago y al principio estuvo bien, incluso muy bien, porque estaba cerca de Billy y él me ayudó.

—No es exactamente como la langosta, pero se parece mucho —dijo, mostrándome exactamente dónde partir la concha, cómo remover la brillante carne de cangrejo en un pedazo perfecto en lugar de pedazos pequeños, cómo ponerla en la banda transportadora que la iba a llevar a la estación de enlatado.

—¡Listo, perfecto! —dijo cuando lo había logrado. Teníamos las manos ocupadas, pero me dio un empujoncito en el antebrazo, esa especie de *high-five* de hombro que hacíamos. Miré su brazo y no pude evitar notar sus músculos. Era delgado y enjuto, pero en lo que respecta a sus brazos, era bastante sorprendente. Hasta ese momento, nunca me había dado cuenta de que me gustaban los brazos de los chicos.

—¿Soy yo o este trabajo hace que te den ganas de comer cangrejo? —pregunté.

—No, eres tú —respondió.

El día parecía increíblemente largo; nos concentramos en nuestro trabajo, pero cada vez que alzaba la vista, me daba cuenta de que Marc, el hermano menor de George, nos estaba mirando. Tenía una expresión neutra; parecía más o menos de nuestra edad y me pregunté por qué no estaba en la escuela. De las bocinas del techo surgía una música. Empezó con bandas de rock que me parecían familiares, pero después cambió y fue entonces cuando mi humor se transformó.

La cantante era una mujer y los sonidos que cantaba eran tan sobrecogedores que me sentí casi hipnotizada. Eran dulces y tristes, acompañados por una flauta y, después, por el sonido inconfundible del canto de las ballenas.

Me quedé paralizada. Después, sentí que, literalmente, me jalaban de la estación de trabajo para ir flotando por toda la sala y quedarme parada enfrente de la bocina. Trataba de escuchar lo que la mujer y la ballena estaban diciendo. Cada una hablaba un lenguaje diferente del mío y una de la otra, pero yo sentía las palabras y las notas en mis huesos, en mi sangre. Literalmente levité con el sonido de las voces.

Sonó una chicharra, seguramente significaba que habíamos terminado la jornada de trabajo, porque las máquinas se detuvieron y todos empezaron a platicar, caminando hacia afuera. Sin embargo, la música siguió sonando. Marie fue hacia mí; era bajita y rolliza, con el cabello negro alzado en una cola de caballo. Su cara estaba muy bronceada y arrugada.

—¿Te gusta nuestra música? —preguntó.

—Es lo más hermoso que haya escuchado —dije.

—Es Alesie —repuso—. Una cantante innu de Sept-Îles. Canta en nuestra lengua nativa, innu-aimun. ¿Puedes oír el acompañamiento y adivinar quién hace la música con ella?

—Sí, la oigo —dije—. ¿Una ballena?

Marie me sonrió con sorpresa.

—¿Cómo sabes?

—Mi mamá me enseñó a amar el canto de las ballenas —dije.

—¿Tu madre es innu?

—No —dije—. No lo es.

—Bueno, me gustaría conocerla de cualquier modo —dijo Marie—. Mi hijo Marc y mi sobrino Pierre mezclaron las dos voces. Pierre se quiere mudar a Toronto para trabajar en un estudio de grabación, pero lo necesitamos aquí.

—¿Y Marc? ¿Él también se quiere mudar? —pregunté.

—No —contestó—. Él está dedicado a la comunidad.

Hizo señas para que Billy se acercara y la seguimos hacia afuera del edificio y a lo largo del camino costero. Pasamos por una pequeña iglesia con una cruz en el atrio y una estructura parecida a un tipi: cinco troncos de árbol sin corteza, amarrados por el extremo de arriba y coronados con un águila tallada. Abajo había una cruz hecha en casa, dos pedazos de madera amarrados con cuerda de piel. Me detuve a observar. El conocimiento interior instantáneo de lo que significaba hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

Yo sabía que era un memorial. Alguien había muerto.

Sentí que Marie me observaba de reojo. Me tomó de la mano y me alejó de la estructura. Estaba temblando por dentro y apenas podría tragar saliva. Nos llevó hacia una fila de casas de colores brillantes. Señaló una de color azul brillante y nos dejó pasar por la puerta principal.

George nos encontró en la puerta. Marc estaba sentado en la mesa de la cocina, mirando.

—*Merci, maman* —dijo George.

—*De rien, George. Vos amis sont très gentils. La jeune fille aime beaucoup les chants des baleines.*

Yo comprendí: “Tus amigos son muy agradables. A la chica le gustan mucho los cantos de las ballenas”.

—*Merci* —dije—. *C’est vrai, j’aime beaucoup la musique.*

—Qué bueno que hables francés —dijo Marie—. Nosotros, los innu, tenemos que aprender las lenguas de los demás, el francés cuando llegaron a esta tierra, el inglés para hablar con los ingleses y estadounidenses a quienes siempre les hemos vendido el pescado, lo que sea que cachemos. Y el de las ballenas, porque hablamos con las ballenas.

—Pero no hablan innu-aimun montañés —dijo Marc con rudeza—. Nuestra verdadera lengua.

—El francés es bastante —dijo su madre—. Es un buen esfuerzo, sé amable Marc.

Marc no respondió; sólo frunció el ceño y se dio la vuelta. Marie y George lo ignoraron, pero yo me le quedé viendo, preguntándome por qué parecía enojado. Marie me tomó las manos.

—Tú eres muy sensible —dijo. No respondí. Quería contarle todo: que ésta era mi primera vez en Canadá, que mi madre había vivido aquí durante tres años y no la había visto durante todo ese tiempo, que el sonido de Alesie me había emocionado y cómo ver el tipi me había hecho sentir pena.

—*Ta coeur* —dijo ella, tocándose el pecho—. Tú corazón es muy grande. Quise abrazarla, pero no estaba segura de que fuera la costumbre. Ella lo hizo más fácil para mí y me tomó entre sus brazos. Me dolía la garganta por todo, especialmente porque una mamá me abrazara.

Marie bajó los brazos, me sonrió y entonces se dio la vuelta hacia sus hijos.

—Marc, ven conmigo, es hora de la cena.

Marc se levantó y salió de la casa sin decir otra palabra.

—Él todavía es muy joven y vive en casa —dijo Marie—. Aunque cree que ya es un hombre que puede estar solo.

Se despidió de George y de Billy, y después, con una última sonrisa hacia mí, se marchó por el camino de la costa, varios metros detrás de Marc.

—Fue un buen trabajo —dijo George, sacudiendo mis manos y las de Billy. Buscó y sacó cien dólares.

—Gracias —dijo Billy—. Es mucho dinero por dos horas.

—Pagamos lo que debemos —dijo George—. Si vuelven a trabajar para nosotros mañana por la mañana, me aseguraré de que regresen a Tadoussac por la tarde. Y desde ahí voy a llamar a mi tío, él los llevará al fiordo por la tarde.

—Gracias —dijo Billy.

Yo sólo asentí. Tenía miedo de hablar, el abrazo de Marie, el canto de Alesie y la manera como Billy me estaba mirando me abrumaban. Estaba llena de lágrimas de amor. Ya sabía que era extraño, presentía que si lloraba, el amor que estaba sintiendo se iba a derramar sobre todo.

Cenamos con George y yo estaba muy emocionada de que comiéramos cangrejo. Nos sentamos alrededor de la mesa en su cocina. Estaba cubierta con un mantel amarillo marcado con trazos de crayola. También me di cuenta de que había un *big wheel*, algunos legos y dos barbies en un rincón detrás de la estufa. Se veían como si nadie hubiera jugado con ellos durante mucho tiempo.

—Esto es para ustedes —dijo sirviéndonos unos platos de patas de cangrejo—. Estoy tan harto del cangrejo que ya casi ni lo puedo ver, pero cuando tenemos trabajadores especiales siempre se mueren de hambre por la pesca.

—Mi abuelo y yo llegamos al punto de que no podíamos comer langosta —dijo Billy—. Después de sacar botes cada mañana durante todo el verano, luego antes de la escuela en el verano frío para venderlos en el mercado local todos los días después de la escuela.

—Trabajaste fuerte en tu casa —dijo George con admiración.

—No se sentía como un trabajo, estaba con mi abuelo y fue el mejor momento de mi vida y me gustaría que tuviera más, quiero trabajar en el agua, con un mejor bote, un cabestrante más rápido.

George sonrió.

—Es bueno que aprecies los beneficios de la tecnología, la manera como facilita la vida. Ojalá Marc lo hiciera, tiene quince años menos que yo y es como un viejo. Quiere regresar a las formas tradicionales. Piensa que las nuevas están arruinando nuestra cultura. Que la diluyen demasiado. Preferiría desprenderse de los artículos modernos por completo; aunque, ponlo en un bote y él enciende el motor para ir lo más rápido posible. Por mucho que hable sobre cómo los viejos sacaban botes con sus músculos y se queje del cabestrante, lo usa. Y le encanta mezclar música con nuestro primo Pierre. Para él, la vida está llena de conflictos.

—¿Le gusta pescar? —preguntó Billy.

—Por supuesto. A todos nos gusta, pero la cosa de pescar langostas y cangrejo es que se nos olvida apreciar que tenemos mucho. Por eso he dado mi cena por hecho en lugar de pensar en agradecer al cangrejo, en agradecer al mar por proveer esta comida.

—Yo creo que podría comer cangrejo todos los días —dijo. Sabía que tenía que amar esta comida, pero lo raro era que resultaba difícil comer un poco más de unos bocados. Estaba sumamente conmovida.

—Sí, a la gente se le olvida apreciar las cosas —dijo Billy—. Lo que tienen y a quiénes tienen.

—Mi esposa se fue —dijo George—. También se llevó a nuestros hijos con ella. Aquí es difícil, los inviernos son largos y fríos. A menudo el río se congela y tenemos que viajar mucho más al este para llegar al agua salada. Eso consume mucho combustible y la pesca puede no estar ahí de cualquier modo. El dinero está apretado y es difícil para los niños. Aquí tenemos problemas de drogas. También de bebida. ¿Vieron el memorial?

—¿El memorial? —preguntó Billy.

—Los troncos con el águila —dijo.

George asintió, es por mi sobrino Jacques. Tenía diecisiete. Los niños de la escuela regional, no son aborígenes. Es una mezcla. Lo acosaban, le decían indio, eskimo. Le aventaban piedras. Su mamá se fue del pueblo con alguien que conoció y lo abandonó aquí, junto con su hermana. Marc trató de protegerlo, pero no fue suficiente.

—¿Qué le pasó? —preguntó Billy.

—Se suicidó —dije.

Tanto Billy como George me miraron, pero no me preguntaron cómo sabía. Tenía la sensación de que Billy podía ver a través de mi piel, sabía que también ahí había estado yo. Podía escuchar la voz de Jacques como si me hablara.

Después de la cena, recogimos la cocina. A cada movimiento que daba me sentía como si nadara bajo el agua. El aire se sentía como el océano, frío y claro. Estábamos a finales de mayo, dirigiéndonos hacia el día más largo del año y en esta latitud norte el sol permanecía en el cielo, hasta después de las nueve de la noche.

No podía mantener los ojos abiertos. George nos enseñó dónde íbamos a dormir: en dos camas gemelas, en una pequeña habitación con una pared pintada de rosa y otra de azul. Me di cuenta de que su hija y su hijo habían compartido esta habitación.

Seguíamos en jeans y playera, y Billy se subió a una de las camas y yo a la del otro lado. Nos miramos al uno al otro a través del estrecho espacio. Pensé en todas las noches que había mirado hacia el hogar Stansfield, para verlo a través de la ventana del segundo piso. Sentía tanto anhelo de él. Deseaba poder contarle mis secretos y que él me contara los suyos. Había pasado tanto tiempo preguntándome si él me miraba también.

Y ahora, me miraba.

—¿Te acuerdas de que ya no podía confiar en nadie? —preguntó Billy—. Bueno, pues había pasado mucho tiempo desde que me había sentido tan cercano a alguien. O que sentía como si perteneciera a algo.

—Aquí te hacen sentir como si pertenecieras, ¿no piensas lo mismo? —pregunté.

—Me refería a ti. Me haces sentir como si perteneciera... a todas partes. Así me haces sentir —dijo.

—Tú también me haces sentir así —dije.

Afuera, todavía no se había puesto el sol y una fresca luz entraba por la ventana. Podía ver su boca recta, la marca de sus pómulos, la forma como le caía el cabello castaño sobre los ojos verdes.

Podía ver la forma de su cuerpo bajo la sabana, cómo se veían sus brazos cuando los estiró en el espacio vacío que había entre nosotros y después estiró su mano. Yo me extendí y nuestros dedos se tocaron y, después, en la luz que se desvanecía, sostuvimos nuestras manos mucho, mucho tiempo.

*26 de mayo
Mitshishu-Tadoussac*

Despertamos a una mañana brillante. Aun a las seis de la mañana, sobre el río en el este de Canadá, a pesar de estar tan al norte, los rayos del sol se sentían sorprendentemente cálidos.

A lo largo del camino que atravesaba la reserva, crecían pequeños pinos enredados por el viento. Al caminar, de regreso hacia la planta, no podía dejar de pensar en lo que Billy me había dicho la noche anterior y en cómo nos habíamos tomado de la mano hasta que nos quedamos dormidos. Trabajamos la mitad del día, tal y como le habíamos prometido a George; tuve que concentrarme mucho para realizar el trabajo.

Detestaba admitirlo, pero haber dejado mis medicamentos de golpe ya estaba comenzando a causarme estragos; había estado sin problemas, pasándola bien, hasta que vi el memorial de Jacques, me sentí muy mal por él. Sin embargo, esa mañana, por primera vez desde que había dejado de tomarme las pastillas, me di cuenta de que estaba sintiendo el síndrome de abstinencia: exactamente por lo que había pasado antes, que era lo que el doctor Bouley me había advertido. Me sentía mareada, con algo de náuseas y, a pesar de las razones que tenía para sentirme feliz, percibía un filo de desesperación que destellaba justo fuera de vista.

En ese momento, pensé en volver a tomar los antidepresivos, pero en lugar de ello busqué fortaleza y decidí no hacerlo. Estaba indecisa entre no tomarlos, estaba en mi límite mental, pero sabía que si lograba mantenerme concentrada, se me pasaría. Mi cerebro buscaba a tropiezos los neurotransmisores que la droga le proporcionaba. Ahora que todo estaba cambiando con Billy y que sentía la posibilidad del verdadero amor, sabía que podría sentirme feliz por siempre, una vez que la química de mi cerebro se estabilizara y actualizara.

Me dije a mí misma que aproximadamente después de veinticuatro horas más, mi sistema se acostumbraría a estar libre de medicamentos y comenzaría a producir su propia serotonina; entonces volvería a ser yo misma, mi viejo yo, el yo antes de la depresión y aun mejor. Estaba segura de que era verdad, tenía que serlo, pues yo sabía que las condiciones para la felicidad estaban en su lugar.

Billy y yo ya nos habíamos hecho más veloces en la separación de los tipos de pesca; me obligué a mí misma a seguir trabajando duro y así fue como la mañana pasó volando. Los sentimientos negativos, como las olas en una gran tormenta, me empapaban,

retrocedían y luego regresaban; en los intervalos me sentía con ánimo, con la esperanza de que, si me mantenía en curso, podría superar esto.

Cuando terminé con el trabajo, sentí pena por irme de la reserva. Nos despedimos de todos en la planta de procesamiento, empacamos nuestras cosas y, con nuestras bolsas sobre los hombros, nos dirigimos al lugar donde George había estacionado su camión, pero... no estaba por ningún lado.

No, ¡esto no podía ser! ¿Acaso nos había mentido? ¿George nos había dejado aquí, sin manera de regresar a Tadoussac? No podía respirar, estaba a punto de tener un ataque de pánico y estaba hiperventilando.

Marc se nos acercó, caminando con las manos en los bolsillos. Su piel morena se veía algo sonrojada por el tiempo que había pasado en el sol y sobre el agua, y sus negros ojos destellaban. Vestía unos pantalones de trabajo de lona gruesa y unas botas arrugadas negras, su camiseta roja estaba estampada con un caribú y símbolos que yo no podía entender.

—George se tuvo que ir antes de la salida del sol —dijo—, el envío estuvo listo temprano.

—Pero nos dijo que nos iba a llevar —dije con una voz tan afectada que a duras penas logró salir de mi boca.

—Nos iremos de aventón —dijo Billy echándome una mirada alentadora—, te voy a llevar allá.

—Yo los voy a llevar —dijo Marc.

Eché un vistazo alrededor del área de estacionamiento, había un par de autos oxidados, una vieja vagoneta sobre ladrillos igual a como habíamos encontrado la camioneta del abuelo de Billy. Eso dejaba un pequeño sedan azul, tan picado por el óxido que se podía ver a través de los agujeros.

—¿Qué pasa? —preguntó Marc al ver mi expresión—. ¿No quieres que te vean en esa chatarra?

—Eso no era lo que estaba pensando —repuse.

—¡Hombre! Hubieras visto la camioneta que dejamos del otro lado del río —dijo Billy—, esa hace que éste parezca nuevo.

Marc sonrió a medias y a mí me dio gusto que Billy hubiera dicho eso, porque calmó la situación.

—De todas formas, ese no es el auto que llevaremos —dijo Marc—. ¡Vámonos!

Nos guio hacia abajo al muelle; la mayoría de los barcos de pesca se habían ido esa mañana, pero había un bote de tamaño mediano amarrado al muelle; era blanco con una pequeña cabina al frente y un espacio largo de cubierta en la parte de atrás. El nombre del barco estaba pintado en el travesaño: *Lobo*.

—George dijo que necesitaban un aventón a Tadoussac y de ahí, iban a subir por el

fiordo —dijo Marc—, y mi tío de allá está ocupado hoy, así que George me pidió que los llevara.

—Gracias Marc —le dije, sintiendo que me inundaba una cascada de alivio.

—Llámenme Atik —repuso—, ese es mi nombre innu. Por aquí casi todas las personas mayores aceptan lo que los europeos nos hicieron y los nombres ingleses y franceses que nos pusieron, pero yo no, ni tampoco mi primo Matsheshu.

—Matsheshu —dije pronunciando lentamente el hermoso nombre.

—Todos lo llamaban Jacques —dijo—, pero él era Matsheshu.

Nos subimos al barco. Mientras Atik encendía el motor, Billy desamarró los cabos y nos arrojó del muelle. El agua se arremolinó y luego onduló en una gran serpiente blanca que iba detrás de nosotros. Me quedé mirando detrás de nosotros al águila tallada en la punta del memorial de Jacques (Matsheshu). El ave era calva y tenía un pico en forma de gancho, tenía las alas abiertas; casi parecía que podía volar.

Marie, que todavía llevaba su sombrero azul de papel y su delantal, había salido de la planta para decirnos adiós a la distancia, agitando la mano; Atik le dio en respuesta tres rápidos silbatazos del barco y luego, tal y como George nos había contado, demostró su amor por la velocidad al meter el acelerador e ir surcando el canal a toda velocidad.

Casi no había ni viento ni olas. El *Lobo* recorría sin problemas la superficie azul del río cristalino. Atik estaba al volante, yo me senté en una silla giratoria alta con una hermosa vista delante, a través del parabrisas, y Billy estaba de pie entre nosotros. Miré el mapa del área que resplandecía en verde sobre la consola. Viajaríamos al oeste sobre el río San Lorenzo y luego haríamos un giro a la derecha en Tadoussac, para dirigirnos al norte hacia el fiordo de Saguenay; sería un viaje largo.

El sistema electrónico del *Lobo* se veía sofisticado; por haber estado en barcos con mi madre anteriormente, sabía que uno era el radar y otro era el buscador digital de peces. Mi madre usaba uno muy parecido para localizar mamíferos marinos y cardúmenes bajo la superficie del agua, pero también podía determinar la profundidad y si había rocas o restos de naufragios en el fondo del mar.

—¿Por qué llamaron *Lobo* al barco? —pregunté, pensando por qué no tenía un nombre más marino.

—Mi abuelo lo soñó —respondió Atik—. “Atik” significa caribú; la noche que yo nací mi abuela soñó con un rebaño entero de caribúes. “Matsheshu” significa zorro, porque el día que nació, su padre vio un zorro en la orilla del río.

—Pero *Lobo* no está en innu —dijo Billy.

—Así es. Me gustaría pintarle encima el nombre de “Maikan”, que es el verdadero nombre del lobo, pero mi tío es como mi madre, piensan que las formas modernas son mejores que las tradicionales.

—¿Por qué se considera como “más moderno” usar los nombres en francés o en

inglés en lugar de innu-aimun? —pregunté.

Atik se inclinó para vernos bien a Billy y a mí, como si estuviera sorprendido y tal vez, hasta un poco contento de que yo mostrara interés.

—Los indígenas o aborígenes, como los innu, montagnais, no vivíamos en reservas, simplemente vivíamos en las *wigwams* (nuestras casas-domo) hechas de abedules en las tierras. Luego vinieron los europeos. Intercambiamos pieles y pesca con ellos, y nos engañaron.

—¿De qué manera? —pregunté.

—Sus intercambios eran injustos: se llevaron nuestros bienes y nos pagaron casi nada a cambio; sin nuestros bienes y nuestra forma de vida, nos hicimos pobres, indigentes. Nosotros no éramos inmunes a sus enfermedades y muchos murieron de gripe española, viruela y sarampión. Nos quitaron a Manitou y forzaron sus creencias sobre nosotros.

—¿Qué es Manitou? —preguntó Billy

—Nuestra verdadera religión: la naturaleza.

Recordé lo que había dicho George cuando recién habíamos llegado a la reserva y vimos el letrero: que la naturaleza estaba entretejida con ellos a lo largo de toda su vida.

—El poder sobrenatural que proviene de los espíritus animales, los espíritus de los árboles, tanto los buenos como los malos —continuó Atik—. Los europeos nos atascaron su cristianismo para controlar y destruir nuestra religión, construyeron iglesias, mi madre va a una. ¿Vieron la cruz en el memorial? Ella y mi tía la pusieron ahí.

—Tal vez todas las plegarias sean buenas —dije—, sin importar a quién se las estés haciendo.

Atik se encogió de hombros y no me quedó claro si lo hacía porque no estaba seguro y tal vez yo tuviera razón, o porque pensaba que yo simplemente no lo entendía.

—Siento mucho lo que les pasó a los inuit —dijo Billy.

Atik le echó una mirada aguda.

—No somos inuit, somos innu. ¿Acaso crees que son lo mismo? No lo son. Ambos somos del norte y nuestros nombres suenan muy parecido, pero nuestras culturas son completamente distintas. Ellos viven más al norte, mayormente en el ártico. Ustedes los conocerían como esquimales, un nombre que ellos detestan. Pero sí, les pasó lo mismo a los inuit, les pasó a todos los pueblos indígenas.

—Disculpa, no quise ofenderte —dijo Billy.

Atik asintió con la cabeza, pero tenía los labios apretados. Navegamos por largo rato sin decir palabra. Yo pensaba en lo que habían hecho los europeos y sentí repulsión hacia los Cartier, incluso hacia Laurent.

—¿Qué le pasó a Matsheshu? —pregunté.

—Él era como su nombre significaba: un zorro —respondió Atik—, era veloz, inteligente, capaz de esconderse y esperar a que se le ocurriera algo; pero la escuela y los

chicos que se burlaban de él lo deprimieron y él no logro solucionar esa situación. Él era muy bueno, no como yo que soy más duro y me gusta pelear. Si alguien ataca a mi familia, no me quedo esperando a que lo hagan de nuevo, pero Matsheshu no era así.

—¿De qué manera era bueno? —pregunté.

—Era amable, paciente, creía que todos tienen un buen corazón. Cuando los chicos lo molestaban, fingía que no importaba y se reía, y cuando yo peleaba para defenderlo me decía: “No lo hagas, hermano, no se merecen tu enojo, no lo hacen en serio”. Sin embargo, no era así, sí, lo hacían en serio. Había muchos chicos blancos en nuestra escuela y nos miraban hacia abajo, pensando que éramos inferiores, como lo hace el resto de Canadá, somos gente-basura para ellos. Matsheshu no pudo soportarlo más, llenó sus bolsillos de piedras y entró caminando al río.

Me quedé en silencio por lo aturdida que eso me había dejado, imaginándome a Matsheshu; pero apenas pude moverme de nuevo, me di la vuelta y pasé junto a Billy para darle un abrazo a Atik, Billy puso la mano sobre su hombro. Sentí a Matsheshu en el círculo con nosotros, así de fuerte era el amor que le tenía Atik y, a pesar de no haberlo conocido, también era el mío.

Algo que había aprendido en Turner era que cuando alguien se suicida le deja toda su angustia a su familia y son ellos los que después cargan su dolor. Es un legado terrible y no creo que alguien que está sufriendo tanto como para quitarse la vida tenga la intención de herir a alguien más, sólo quieren que el dolor pare. A pesar de lo diferentes que eran nuestras experiencias de vida, yo comprendí esa parte de Matsheshu, y a pesar de que no podía saber qué se sentía pasar por lo que él había pasado, sí podía imaginarme llegar al punto en que hizo lo que hizo... y eso me asustaba.

Durante todo el rato que navegamos estuve mirando la superficie del agua, buscando señales de ballenas. Una parvada de gaviotas planeaba y se zambullía; a veces, cuando hay aves marinas trabajando, es una señal de que hay mamíferos marinos en el área, puesto que las ballenas revuelven las aguas para atrapar a los peces de los cardúmenes y las gaviotas y los charranes se aprovechan de los peces pequeños que se desorientan. Sin embargo, a pesar de las aves marinas, no pude ver aletas o chorros de ballenas.

—¿Puedes escucharlas cantando? —le pregunté a Billy.

—Sí, están cantando fuerte —respondió.

—¿Quién está cantando? —preguntó Atik.

—Las langostas —dije—. Billy las puede escuchar.

—Eso es un tipo de manitou —dijo Atik con una pizca de admiración en su tono de voz—. George dijo que eres pescador de langostas.

—Lo era —dijo Billy—, y espero poder serlo de nuevo.

Continuamos nuestro camino hacia el oeste, con el sol haciéndose más y más caluroso conforme se iba elevaba en el cielo, y hacía resplandecer el parabrisas. El barco

tenía un sistema de audio, así que Atik puso un disco de Kashtin.

—Son una banda innu de Sept-Îles, una comunidad al este de la nuestra —dijo—. La primera canción es *Tshinanu*, que significa “lo que todos somos”.

La música era animada y sonaba feliz: tenía cantantes con tono alegre y gente atrás, animando en coro. Atik daba palmadas rítmicas en el volante con la mano y bailaba a medias, como cuando estás parado quieto pero sientes el ritmo. Billy también se movía, inclinándose hacia mí.

—Me encanta esta canción —dije.

—¡Estos chicos sí la hicieron! —dijo Atik—. Y además, son geniales. “Katshtin” significa “tornado” en nuestro idioma, pero también es un juego de palabras en inglés, “cashed-in”, que significa “haciendo dinero”; están haciendo dinero contando nuestras historias, ¡bien por ellos!

El disco era obviamente una compilación casera con más canciones de Kashtin y también con canciones de varios de sus miembros como solistas. La música me levantó el ánimo, me llenaba el corazón; hizo que me sintiera conectada a algo mucho más grande que yo.

Por mucho tiempo, me había sentido como un papalote que no lograba elevarse por los aires, la depresión me había hecho claudicar y luego colapsarme; pero ahora, aquí en el barco y encaminada hacia Tadoussac, sentí como que yo misma iba soltando el hilo poco a poco, que comenzaba a elevarme sin ayuda de los antidepresivos; con Billy a mi lado y Atik llevándonos velozmente hacia mi madre, estaba segura de que estaba lista para llegar a las mejores alturas.

“Perdida”, “en espera”, “hija”, “canción”. Pronto estaría con ella.

—¿Ven esas boyas por allá? —dijo Anik apuntando hacia una fila de tres boyas rojas y blancas que flotaban sobre el agua a lo largo de la orilla norte.

—Sí —respondió Billy.

—Son las trampas para langostas de mi tío, esos son sus colores. Veamos si las puedes sacar.

Billy miró a Atik, tal vez para ver si era en serio. Atik no dijo nada más, sólo le pasó un largo gancho de metal.

—No hay problema —dijo Billy, resplandeciente.

Fue a la cubierta apresuradamente y yo lo seguí, mientras que Atik desaceleró el motor y se acercó suavemente a la primera boya. Estaba hecha de unicel y se sacudía al vaivén de la corriente. Billy alcanzó el gancho que tenía el barco en el costado externo y lo ensartó con una cuerda que iba desde la boya hasta la trampa para langostas abajo, en el fondo del río. Luego lanzó la línea sobre una rueda metálica acanalada que colgaba a un costado del barco y apretó el botón de encendido para activar el motor del malacate; la máquina zumbaba mientras iba jalando la línea.

Un minuto después, emergió del fondo del río una trampa para langostas hecha con red verde; Billy pausó el motor y nos asomamos para ver qué había dentro.

—¿Necesitas guantes? —preguntó Atik.

—¡Nah! —dijo Billy mientras abría la puerta de un costado de la trampa y metía la mano para sacar la langosta más enorme que hubiera visto en mi vida.

—Pesa unos dos kilos —dijo Billy mientras la balanceaba en la mano evaluando su peso.

—Eso es poco para esta área —dijo Atik riendo.

La langosta color verde oscuro abría y cerraba las pinzas, tratando de alcanzar el lugar donde la tenía agarrada Billy, detrás de los ojos. Yo me hice para atrás, estaba segura de que iba a pellizcar a Billy con sus tenazas, pero él era un experto: tomó unas ligas amarillas bastante anchas de un recipiente en la cubierta y se las colocó en las pinzas; después, puso a la langosta en una cubeta de plástico azul. Había otra cubeta con cabezas de pescado y Billy volvió a colocar la carnada en la trampa, antes de arrojarla nuevamente al agua.

Atik se puso lentamente al lado de la segunda boya y luego de la tercera, y Billy repitió el proceso cada vez, sacando de las trampas dos langostas igual de enormes. En la tercera trampa también había una langosta que se veía pequeña a comparación de las demás, así que Billy se volteó hacia donde estaba Atik, quien, sin decir palabra, le lanzó un instrumento en forma de U que Billy usó para medirle el carapacho: la langosta era demasiado pequeña y por eso, era ilegal pescarla, así que la regresó al mar para que pudiera crecer un poco más.

Los movimientos de los muchachos mostraban facilidad y gracia, como si hubieran estado pescando juntos por mucho tiempo.

—¿No se molestará tu tío porque vaciamos sus trampas? —le preguntó Billy a Atik mientras acercaba el barco al siguiente conjunto de trampas.

—Para nada, si en parte por eso les estoy dando el aventón a ustedes —respondió Atik—. Mi tío no puede trabajar hoy y no quería que se le quedaran las trampas en el agua. Debes saber que las langostas son caníbales.

—Sí —dijo Billy—. Si dos langostas están en el mismo espacio cerrado por tiempo suficiente, una se come a la otra.

—Pensé que tu familia sólo pescaba cangrejos —dije yo.

—Sí, mayormente —dijo Atik—, pero pescamos lo que podamos para vender y alimentar a nuestra comunidad.

Billy sacó el resto de las trampas y cuando terminó, estaba cubierto en sudor y agua de mar, pero también tenía una sonrisa tremenda en el rostro, una expresión de gran felicidad. Repentinamente sentí fuertes deseos de que su abuelo pudiera verlo así: él le había enseñado a Billy esta maravillosa habilidad y le plantó el amor por la pesca, ¿cómo

pudo abandonarlo?

—¿Te da miedo nadar con langostas y lo demás que sea que haya allá abajo? —preguntó Atik mirándome.

—No —respondí.

—Definitivamente, no —dijo Billy.

—Hace calor con este sol —dijo Atik, luego viró el barco hacia la orilla norte, apagó el motor y aventó el ancla al agua.

Como me fui de casa con tanta prisa, se me olvidó empacar un traje de baño, así que Billy y yo buscamos dentro de nuestras mochilas de lona algo que ponernos y tomamos turnos para cambiarnos en la cabina; yo me puse unos shorts de mezclilla con una camiseta negra.

Billy se había puesto unos shorts anchos y algo largos y no traía camiseta, yo le miraba el pecho, los músculos esbeltos y los brazos. Atik salió de abajo riéndose, se había encontrado el traje de baño de su tío: unos shorts cortos azul oscuro con un estampado de palmeras rosas que le quedaba unas tres tallas grande.

Colgó la escalera de nado sobre la popa, pero en lugar de bajar por ella lentamente para irnos acostumbrando al agua, los tres nos quedamos parados sobre la barandilla y decidimos saltar al agua. El agua estaba helada, sentí que me iba a convertir en un cubo de hielo y me estremecí cuando salí a tomar aire.

—¡Ah! Olvidé decirles que es un poco diferente nadar aquí que allá en el sur —nos dijo Atik sonriendo.

—¡Se siente fantástico! —dijo Billy, y era verdad. Me estaba congelando, pero también me sentía muy feliz.

—La próxima vez, encontramos un glaciar con algo de agua derretida y ¡entonces veremos qué tan valiente eres! —dijo Atik riéndose y pataleando—. Ya en serio, ha sido suficiente para mí, voy a subir a llamarle a mi novia en Sept-Îles, ustedes tómense su tiempo y si tienen ganas, hay un puesto de intercambio abandonado por allá, por si quieren ver desde dónde los europeos armaban todo para llevarse lo que quisieran de las tierras; está a unas veinte metros hacia los árboles—. Luego trepó por la escalera de nado.

Unos pinos altos crecían hasta la parte más baja donde estaba la orilla del río, y Billy y yo nadamos hacia la orilla. Entre más tiempo pasábamos en el agua, más me iba acostumbrando a la temperatura, pero me sentí muy bien cuando me encaramé sobre la orilla de granito calentada por el sol; me hormigueaba la piel.

Nos sentamos ahí por unos minutos agarrando calor; podía ver a Atik en el barco sentado frente al timón, hablando por teléfono. Las gaviotas daban vueltas alrededor del barco, chillando, planeando y clavándose en el agua, buscando robarse algún pedazo de carnada.

—¿Quieres ir a ver el puesto? —preguntó Billy.

—Claro —repuse, y nos levantamos.

El sendero era angosto, así que caminé detrás de él. Sus hombros eran anchos, su espalda esbelta y musculosa; nunca había pensado en Billy como atlético, pero me resultaba obvio que algo hacía para verse de esa manera. Tenía pecas por todos lados; yo trataba de no mirar fijamente por demasiado tiempo, pero algo tenían esas pecas que me llamaba la atención; levanté la mano y toqué una peca de su espalda.

—¿Qué? —preguntó volteándose con una sonrisa.

—Tienes algunas pecas —le dije.

—Sí, así que te diste cuenta, ¿eh?

Bajé la cabeza muy consciente de que mi rostro se había puesto completamente rojo por el hecho de que había estado viendo todo en él y de que le había tocado la espalda. Él todavía andaba sin camiseta y estaba mojado por haber nadado, mientras que yo llevaba la ropa empapada, y temblaba por el aire que me tocaba la piel y por la manera como Billy me miraba.

Caminamos por una vereda entre el bosque a lo largo de la orilla y habíamos llegado a un claro que estaba claramente delimitado por un círculo de pinos apretados. Había una torre de piedra chueca que se había ido desmoronando, estaba medio derrumbada sobre una cama de rocas que daba a una pequeña entrada del río; algunos troncos de árbol medio quemados estaban tirados en el suelo, así que cautelosamente pasamos por encima de ellos para trepar por lo que quedaba de la torre.

—Se siente como si fuera un lugar secreto —dije—, como si quisiera mantenerse en secreto y lleno de historias antiguas.

—Maia, yo... —comenzó a decir Billy.

Estaba parado muy cerca de mí, los rayos del sol que penetraban entre las ramas de los pinos hacían que brillaran mucho sus ojos verdes.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Amo haber venido aquí contigo! —dijo.

—Yo también —respondí—, contigo.

Tomó mi mano, ambos estábamos mirando hacia adelante, hacia una pequeña curva del río, pero entonces él se volteó hacia mí.

Me moví con mucha lentitud, ambos teníamos miedo de lo que estaba pasando y a la vez moríamos de ganas de que pasara. No había titubeos en nuestros movimientos y no estábamos alterados como lo habíamos estado en el faro; esto era lo que yo tanto había soñado, lo que tanto quería. Billy se acercó para besarme.

Mis labios tocaron los suyos, salados y tibios, y mis brazos se envolvieron en su cuello. Me paré de puntitas y él me sostuvo muy cerca; mi cuerpo entero sentía calor, como si tuviera una fiebre extraña que hacía que sintiera algo maravilloso. Estrellas

corrían por mi sangre, él enredó sus dedos en mi cabello y de pronto todo el mundo se puso en blanco, excepto el beso.

¡No quería que terminara nunca! Creo que él tampoco, porque nos seguimos besando, besos en mis labios y luego pequeños besitos en las comisuras de mi boca y en mi cuello que hicieron que me levantara aún más de puntitas y que me acercara todavía más a él, llena de sentimientos que por fin estaba descubriendo. No importa cuántas veces soñé con Billy, con realmente besarlo (no un casi-beso, sino uno de verdad), ninguna fue ni remotamente tan increíble como lo era ahora.

Después de un rato nos sentamos en las escaleras chuecas de la vieja torre y nos abrazamos, luego me volvió a besar. Nos quedamos así por un largo rato con su brazo alrededor de mis hombros. Unos diminutos pajaritos amarillos volaban veloces entre las copas de los árboles y un zorro gris corrió entre un arbusto, usualmente yo habría estado maravillada con tanta naturaleza tan esplendorosa, pero estar sentada ahí con Billy era lo único que me maravillaba en ese momento.

—No quiero irme de aquí —dijo Billy.

—Yo tampoco —respondí.

—Pero tu mamá...

—Lo sé.

—Todo está a punto de cambiar —dijo.

—No, no va a cambiar —repuse—. No tiene que ser así.

—Cambiará —dijo—. Han existido más personas a lo largo del camino...

Pensé en cada una de ellas: Darrah y Cleo, Richard y Morgane, Atik y todos en la reserva.

—Pero ellos no han sido lo que importa —continuó Billy—, sino nosotros Maia, todo este tiempo. Hemos estado solos. Yo sé que siempre hemos ido en camino hacia tu madre, pero en mi mente se ha tratado de ti y de mí. Hasta llegué a pensar...

—¿Qué pensaste?

—Que tal vez cuando nos acercáramos, simplemente seguiríamos viajando.

Me besó de nuevo y yo todavía tenía esa sensación de fiebre, pero esta vez también sentí que un escalofrío de miedo me recorría la espalda. Yo no había pensado que seguiríamos viajando, yo había imaginado que viviríamos con mi madre en su cabaña, que encontraríamos una escuela o que ella nos daría clases.

—Ella es diferente —dije cuando terminamos el beso y no nos separamos, sino que simplemente recargamos nuestras frentes el uno en el otro—. Ella no es como los padres comunes.

—Me mandará de vuelta —dijo—, es de esperarse, yo no soy su hijo.

—Ella te querrá aquí, yo sé que lo hará. Además, ¿recuerdas la galleta de mar, nuestro pacto? No vamos a regresar, sin importar lo que pase.

—Las promesas son verdaderas cuando las haces —dijo Billy—, pero van cambiando conforme pasan cosas. No es culpa de nadie, simplemente así es.

—Ya verás, yo te juro que nunca romperé la promesa que te hice —repliqué.

Y entonces nos miramos a los ojos fijamente por un largo rato, sentí como si él estuviera tratando de memorizarme, como si yo fuera a desaparecer. Traté, con *mis* ojos, de decirle desde el fondo de mi corazón que nuestra promesa era de verdad y que era tan real y eterna como el río, que perduraría por encima de cualquier cosa o persona que pudiera querer que la rompiéramos.

Entonces, escuchamos tres estruendos seguidos del silbato del barco: Atik nos estaba llamando y nos decía que era el momento de irnos.

Billy se levantó y trató de ayudarme a levantarme, pero yo sacudí la cabeza y lo hice agacharse de nuevo. El puesto de intercambio en ruinas tenía pedazos de piedras rotas por todas partes, muchas eran redondas, pero bastantes eran planas, así que antes de irnos construimos dos altos túmulos de piedra.

No era necesario decir en voz alta que los túmulos nos representaban a nosotros, a Billy y Maia, tan cercanos entre sí; las dejamos levantadas en el lugar donde nos habíamos besado por primera vez.

Luego caminamos de vuelta hacia abajo, a la orilla del río, para volver a entrar en sus aguas frías y nadar hasta llegar al barco.

*26 de mayo
Tadoussac*

El río era amplio y recto. Atik mantuvo el pie en el acelerador, pero igualmente cuando llegamos a Tadoussac ya casi estaba oscuro. Avanzamos a lo largo del río, después dimos una vuelta a la derecha en el medio círculo de una bahía y el sol desapareció detrás del muro de roca de un fiordo. El cielo era color índigo, el agua tranquila se volvió de un púrpura plateado y fue entonces cuando vi la primera ballena.

Oí su chorro de agua antes de ver a la ballena. El sonido es inconfundible después de la primera vez, una combinación de “jush” y “pfff”. Miré hacia atrás justo a tiempo para ver una v de neblina fantasmal suspendida en el aire y después la espalda blanca de una beluga.

—Billy —dije tomando su brazo. Vimos que la ballena siguiera nuestro bote, un brillo de blanco puro justo debajo de la superficie. Alzó la cabeza por encima del agua, se dio la vuelta de lado lo suficiente como para mirarnos directamente con su ojo negro y redondo, llena de una curiosidad e inteligencia insondables, y su boca se torció hacia arriba en lo que pareció una sonrisa. Dio medio giro, mostrándonos sus pequeñas aletas y su cola con forma de corazón y después desapareció hacia la profundidad.

—Guau —dijo Billy—. Fue increíble —estaba muy feliz por haber visto a la ballena y por sentir la emoción de Billy.

—Las ballenas son realmente amistosas y les encanta hacer contacto con los humanos —dijo Atik—. Van a ver muchas en el fiordo, pero primero debemos detenernos a llenar el tanque.

—¿Dónde está el muelle? —preguntó Billy, mirando hacia la costa. La distancia entre el agua y lo alto del muro del agua parecía demasiado alta para treparlo.

—En el embarcadero —dijo Atik, señalando—. Hay una marea extrema aquí, de cuatro metros y medio entre la marea alta y la baja. Ahora mismo está baja —miró su teléfono, ya casi eran las nueve. En mayo, a esta altura del norte y casi a un mes del día más largo del año, el cielo seguía iluminado hasta muy tarde. Laurent Cartier tenía razón en eso.

—Debemos pasar la noche aquí y subir a Saguenay mañana. Va a ser más fácil encontrar la cabaña de tu madre de día —dijo Atik.

Mi corazón cayó más bajo que la marea. Estar tan cerca de ella y tener que esperar una noche más para verla parecía casi insoportable. Mientras Atik dirigía el motor y nos

deslizábamos hacia el muelle de madera, salí de un brinco con Billy y ayude a atar las cuerdas a los tacos.

—¿Quieren caminar un poco por el pueblo mientras le llamo a mi novia otra vez? —preguntó Atik—. Después pueden volver aquí a dormir.

—Claro —dijo Billy—. Vamos a buscar algo de comer.

—Buena suerte —dijo—. Los lugares de aquí normalmente cierran temprano.

—Bueno, lo intentaremos. Vamos a traerte algo a ti también.

—Yo tengo un poco de pescado seco. Hay suficiente para ustedes por si no encuentran algo mejor.

—Muy bien —dijo Billy. Yo no podía hablar; me dolía la garganta de decepción. Trataba de decirme que Atik tenía razón, tenía sentido esperar hasta el día siguiente, pero era típico de mí que mi corazón y mi mente estuvieran en dos lugares diferentes. Había querido sorprender a mi madre esa noche. Una rampa empinada unía el muelle con la tierra. Me sentía como trepando el techo de mi casa en Connecticut. Cuando Billy y yo llegamos a la parte de arriba vimos el pequeño pueblo. Sobresalía el hotel, enorme y antiguo, blanco con techo rojo brillante. Estaba alumbrado calurosamente y las ventanas brillaban conforme caía la noche. A su lado había una pequeña capilla, también blanca, con un techo rojo y un campanario.

—¿Estás bien? —me preguntó Billy.

Asentí, pero mi corazón no estaba siendo sincero.

—Ya sé que tenías muchas ganas de ver a tu madre —dijo. Eso derretió un poco mi pena porque yo sabía que él quería que siguiéramos en movimiento, que estaba receloso de lo que ocurriría cuando viera a mi mamá. Me sentí mejor cuando tomó mi mano entrelazando sus dedos con los míos.

—Hay que tratar de encontrar algo para cenar —dijo—. Aunque tenemos que hacer rendir nuestro dinero, quién sabe cuando volvamos a tener trabajo.

—Siempre podemos sumergirnos para encontrar langostas enormes —dije, sintiéndome lo suficientemente bien para bromear un poco.

Los nombres de las calles estaban en francés. Mientras caminábamos por Bord de l'Eau, el camino que rodeaba la bahía redonda, vimos que Atik tenía razón, muchos lugares, como las tiendas de recuerdos y la oficina de vigilancia de ballenas, estaban cerrados. Sin embargo, había cafés con luces y llenos de gente. Pasamos por uno que estaba pintado de rosa con una ballena en el letrero. Salía música por la puerta abierta y sentí una enorme urgencia de entrar.

Sin embargo, seguimos caminando en busca de una tienda. Billy no me había soltado la mano. Empecé a respirar con más facilidad. Una vez que uno se hace a la idea de que las cosas son como son, de que desear que sean diferentes no las va a cambiar, se da cuenta de que puede vivir. Sentí una onda de extrañeza y la atribuí a que era mi tercer

día sin medicamentos.

—¿Estás bien? —preguntó Billy.

—En mayor parte. Es raro estar tan cerca de mi mamá y tengo pensamientos muy viejos.

—¿Cómo cuál?

—Bueno, cuando se fue por primera vez enloquecí tanto que quería arrancarme el cabello. Quería dejar de existir. La idea de que se fuera era tan terrible, completamente imposible, no parecía que la Tierra debiera seguir girando. Cuando el sol salió al día siguiente, se sentía mal.

—Sí, yo tampoco podía ver la luz del día si ella no estaba conmigo —dijo Billy. Sabía que me entendía: también le había ocurrido a él.

—Me aferré lo más que pude —continuó—, pero una vez que mi padre decidió volverse a casar, me di cuenta de que mi familia estaba acabada. Dejé de ir a la escuela. Literalmente no me podía levantar de la cama.

—¿Fue entonces cuando fuiste al hospital?

Asentí.

—Era como una niña loca en un cuarto acolchado; bueno, no estaba acolchado, pero las puertas estaban cerradas y las ventanas tenían barrotes —hice una pausa, pensando en nuestra pelea camino al faro—. Perdón por no haberte contado antes. Es difícil, pensé que ibas a odiarme.

—A odiarte, ¿estás bromenado?

—Me sentía como la única, Billy. Por lo menos en nuestra escuela —“Imagínate hablarle a tus amigas de cuando estuviste en el pabellón psiquiátrico. Imagínate contarle a la persona de la que estás enamorada”.

—Pero tú sigues mejorando, Maia —dijo Billy en voz baja—.

Toma tus medicinas, lo que sea que te ayude. Lo puedes tomar enfrente de mí, ¿sabes?

—Lo sé —dije, encogiéndome y preguntándome qué me iba a decir si supiera que las había dejado de tomar.

Sin embargo, mientras caminábamos juntos por el pueblo, de la mano, sentí que los hombros se me relajaban con una especie de alivio silencioso y supe que todo iba a estar bien. El día siguiente llegaría e iba a encontrar a mi madre. Iba a estar tan feliz de verme. Inmediatamente iba a entender a Billy, iba a ver qué serio y qué gracioso era, qué inteligente y *cool*. Se iba a dar cuenta de que había sobrevivido algo terrible e iba a respetar la manera como me había ayudado a llegar hasta ella.

—No creo que encontremos algún lugar abierto —dijo Billy después de que habíamos recorrido las calles alrededor del muelle en busca de una tienda abierta—. A lo mejor sea tiempo de que me eche un clavado para buscar una langosta.

El aire se había puesto muy frío, una brisa soplaba desde el puerto. Billy puso sus

brazos a mi alrededor. Se sentía tan bien, pero me tomó un minuto acostumbrarme a caminar a su ritmo. Me tambalée un par de veces y me reí con nerviosismo. Él sólo me sostuvo con fuerza hasta que entendí el ritmo. Me di cuenta de que mis huesos seguían helados por nuestro nado congelado y acurrucarme a su lado se sentía maravilloso. Bueno, se habría sentido maravilloso.

Mientras dábamos vuelta de regreso al puerto, pasamos por la pequeña capilla y el hotel se veía cálido y hospitalario. Pasamos por un camino junto a una cancha de tenis y una fila de sillas de madera blancas que daban a la bahía. Caminando por el exterior del hotel vimos un fuego que brillaba en la chimenea del lobby. Vimos las ventanas del restaurante. Se veía vasto y elegante con manteles blancos y copas brillantes, como el tipo de hotel que deseaba ser el Burritt. Aunque ya era tarde, había algunas personas cenando y meseros que servían comida. Sentí unas puñaladas de hambre y se me empezó a hacer agua la boca.

—¿Crees que tengamos suficiente para cenar? —pregunté—. Una vez que lleguemos con mi madre, ella nos va a alimentar.

—Se ve muy caro —dijo Billy—. Pero podemos intentar.

—¿Y ese lugar del embarcadero? El café rosa, podría ser más barato.

—Sí —dijo Billy—. Estoy casi seguro de que los manteles están fuera de nuestro presupuesto hoy.

Nos apuramos para asegurarnos de llegar al café rosa antes de que cerrara. Cuando nos acercamos, oímos la música y me relajé un poco, pues supe que íbamos a llegar a tiempo. Había un menú pegado en la puerta, pero ni siquiera lo vimos. Para ese momento los dos nos moríamos de hambre y supusimos que podíamos pagar por lo menos un plato de sopa.

Un mesero nos saludó en la puerta.

—¿Les gustaría adentro o prefieren arriba en la terraza? —nos preguntó.

—Adentro —dijo Billy. Supe que se había dado cuenta de que yo tenía frío.

La atmósfera era acogedora y oscura, con cordones de luces blancas alrededor del pequeño escenario del bar; había un hombre tocando la guitarra y una mujer, el acordeón. La gente se reía y platicaba y se oía tanto inglés como francés.

Nos sentamos en una pequeña mesa junto a la ventana. Estábamos sólo a una calle de la bahía; la amplia playa descendía hacia el puerto donde luces de casas y de faros brillaban sobre el agua. La habitación estaba muy oscura y nos hacía sentir que estábamos en una mesa privada, en nuestro pequeño espacio cerrado.

Una pizza parecía una buena elección, no era demasiado cara, y cuando llegó, sabía tan deliciosa que no lo podía creer. Casi me quemé la boca por comer tan rápido el primer pedazo.

—¿Sabes qué? —me preguntó Billy—. Ésta es nuestra primera cita.

—Ajá; hemos estado de viaje juntos durante seis días —dije, con voz práctica, pero feliz de oírlo decir eso.

—Sí —dijo—. Pero ahora las cosas son diferentes. ¿Tú no lo sientes?

Sí, lo sentía. Todo había cambiado con nuestro primer beso. La música era alegre y la sala estridente pero se sentía muy romántica. Nos inclinábamos uno hacia el otro, con los codos sobre la mesa y después, él movió su silla para quedar justo a mi lado y besarme; con todos a nuestro alrededor.

—¿Ves? Nuestra primera cita —dijo.

—Tienes razón.

—Deberíamos celebrar de alguna manera.

—Sí, con pizza —repuse.

—No, me refiero a algo más grande.

—¿Cómo qué? —pregunté.

—Te voy a mostrar, ¿quédate aquí, ok? —dijo.

—Ok —dije y él salió del café.

Sentí raro al verlo partir y casi le llamé para que regresara. Quería seguirlo, pero le había dicho que me iba a quedar. Vi que cruzara la calle y que desapareciera unos pasos. La marea seguía baja; podía ver la playa desde la ventana, iluminada por las luces blancas que punteaban el puerto. Billy se alejó hacia la arena dura y recogió lo que parecía un pedazo de madera seca. Parecía ir y volver, haciendo patrones con el palo. Tuve que pararme para ver qué estaba haciendo; estaba escribiendo nuestras iniciales: BG + MC

Después, vi que dibujaba algo a su alrededor. Al principio pensé que iba a ser un corazón, pero era un círculo. Después hizo cinco trazos rectos, casi como rayos de luz que salían de nuestras iniciales.

Le dije que me iba a quedar adentro, pero no pude. Salí corriendo por la puerta y lo encontré en la calle. Eché los brazos a su alrededor y lo besé. Otra primera vez: la primera vez que yo besaba a Billy, me había sorprendido a mí misma.

—¿Sabes qué es? —preguntó.

—Nuestras iniciales —dije, con los brazos alrededor de su cuello—. Tú y yo, juntos.

—Pero el círculo —dijo.

—Es como si tú hubieras dibujado una estrella a nuestro alrededor.

—No, es la galleta de mar —dijo.

—Claro —dije, pensando en los cinco óvalos estrechos que irradiaban desde el centro como las puntas de una estrella, sobre la concha delicada—. Es nuestra promesa...

Quería correr a la playa para ver el dibujo más de cerca, pero todavía no habíamos pagado la cuenta así que regresamos adentro. Nos paramos en la puerta, y buscamos a nuestro mesero en el bar oscuro. Había estado tan concentrada en Billy, en nosotros dos,

que apenas había visto que había gente ahí. Había un grupo y algunas parejas y algunas personas solas.

Una era una mujer de cabello color paja. Llevaba un chaleco color caqui, como los que usan los oceanógrafos a veces para poner sus plumas y sus cuadernos y unos binoculares de bolsillo. Estaba en el bar, dándome la espalda. Me alejé de Billy y di un paso hacia ella. No podía ser.

Me temblaba la mano cuando me acerqué y toqué a la mujer en el hombro, tan ligeramente que no estaba segura de que pudiera sentirme. Pero sí me sintió y se dio la vuelta.

—¡Maia! —dijo.

—Mamá —dije y caí en sus brazos.

*26 de mayo
Tadoussac*

Hundí la cabeza en el hombro de mi madre y lloré por un largo rato, no me habría podido contener incluso si hubiera querido. Lloré apretándome contra ella, lloraba porque sentía cada minuto de sus tres años de ausencia rompiéndose como olas entre las dos. No importaba que Billy estuviera ahí, ni que la gente del restaurante pudiera verme, me olvidé por completo de todos, incluso de Billy, hasta que retomé el control suficiente para dejar de llorar.

—¡Lo lograste! —exclamó mi mamá mientras me miraba directamente a los ojos, cara a cara, tan cerca—. Lograste llegar hasta acá, de verdad lo hiciste. Nunca lo creí, tu padre decía que te dirigías para acá, pero no pensé que fuera posible.

—¿Por qué estás aquí, en Tadoussac? —le pregunté—. Pensé que ibas a estar lejos, al norte del fiordo, en el acantilado, en tu cabaña.

No me respondió, simplemente no dejaba de mirarme como si estuviera evaluando cuánto había crecido, cómo había cambiado. Yo la observaba y comparaba también, pero a mí me parecía que se veía exactamente igual que antes: los ojos azules, el espacio entre nuestros dientes delanteros, nuestra sonrisa. De pronto, me estaba limpiando mis propias lágrimas y ambas teníamos sonrisas de oreja a oreja.

—Esto requirió valentía, Maia —dijo mamá—. ¡Apenas puedo imaginar cómo lo hiciste! Solamente una verdadera experta en ballenas podría haber emprendido este viaje. Eres una mujer cortada con el mismo molde que el del corazón de tu madre.

—No lo hice sola —repuse.

Eché un vistazo sobre mi hombro y... ¿fue mi imaginación o su expresión se hizo un poco plana? Sin embargo, se recuperó y le brindó una cálida sonrisa.

—Tú debes ser Billy.

—Hola, señora Collins —dijo extendiendo su mano para saludar.

Ella titubeó un segundo y después le dio un firme apretón de manos.

—Uso el nombre con el que nací —dijo ella—, Gillian Symonds, pero llámame Gillian.

—Gracias —dijo Billy, aunque noté que no dijo su nombre. Supuse que le resultaría extraño a Billy llamar a la madre o padre de alguien por su primer nombre, especialmente en el momento de conocerlos.

—¿Por qué mamá? —pregunté, pues me parecía extraño enterarme de que mi madre

estaba usando un apellido distinto al mío.

—Porque es más profesional —respondió e hizo una mueca chistosa torciendo la boca de una manera que era muy familiar—. No, esa no es la verdadera razón, sino que simplemente ya no se sentía correcto usar el apellido de tu padre.

—También es el mío —dije.

—Maia, tú tienes el nombre de una de las estrellas más brillantes del cielo. Lo escogí porque desde el primer momento que te tuve entre mis brazos, supe que ése era el único nombre que podías tener. Tú sabes cuánto adoro a las Pléyades y además yo sé que tú las adoras también. Esa es parte de nuestra conexión eterna, ¿está bien? El apellido en realidad no importa.

Asentí, tratando de ver el asunto desde su perspectiva. Por un segundo sentí una pausa incómoda, como si ambas estuviéramos buscando algo qué decirnos, pero entonces sus ojos se iluminaron y me dio un pequeño empujón en el hombro.

—Quiero escuchar todo sobre su viaje —dijo—. ¿Cómo lograste escapar de tu padre y de Astrid? Ella tiene tremendo ojo de águila.

—Sí que lo tiene —dije—. Tuve que salirme por la ventana de mi habitación.

—¡Yo te enseñé a hacer eso! —exclamó.

—Lo sé, al hacerlo estaba pensando en ti. Y bueno, bajé por el pino que, por cierto, se ha puesto tan alto que no lo creerías; luego me fui conduciendo en tu auto. Fui a despedirme de Billy, pero en lugar de eso, vino conmigo...

—¡Ah! Mi viejo y querido Volvo, lo extraño. ¿Cómo está?

—Está muy bien, pero caímos en cuenta de que mi papá tendría a gente buscándonos, así que lo escondimos detrás de la casa de la familia de Billy —dije, mirando a Billy y queriendo que se uniera a la conversación, que contara la historia conmigo, pero estaba callado con la boca con esa expresión que yo reconocía tan bien, como si no estuviera seguro si podía o no confiar en mamá.

—Bueno, pues te sirvió bien —dijo mamá—. ¿Y después?

—Billy, tú cuéntalo —dije.

Billy se aclaró la garganta.

—Bueno, después tomamos la camioneta vieja que mi abuelo me había regalado.

—Suen a una aventura fenomenal —dijo ella—. ¡Cambiar de vehículos ya en el camino! ¡Qué chicos tan maravillosamente diabólicos! Sé que eso volvió loca a Astrid —puso una cara severa en broma—, pero eso no es algo bueno, ¿eh?

—Lo sé —dije sonriendo por las pequeñas bromas compartidas a expensas de Astrid.

—Pero... ¡ay, Maia! ¡Me da tanto gusto verte! —mamá me envolvió con sus brazos de nuevo; luego miró a Billy—. Estoy segura de que fue bueno tener un compañero de viaje. ¿Quién manejaba y quién era el copiloto?

—Yo manejaba tu auto —expliqué—. Billy condujo la camioneta y tomamos turnos

de copilotos y con el mapa. No usamos GPS porque aventamos nuestros celulares para que no nos pudieran rastrear, gran parte del camino usamos un mapa de papel para llegar aquí.

—Tú siempre fuiste buena para leer mapas —dijo mamá—. Sólo me da lástima que me fui antes de enseñarte bien a usar un sextante, ¡nunca sabes cuándo la navegación celeste puede resultar útil!

—Pero sí me enseñaste —dije yo, me preguntaba por qué ella no lo recordaba.

—En la azotea no cuenta —dijo ella—. Tienes que estar en un barco que se balancea sobre olas de cinco metros, para dominar realmente esa habilidad.

—Ahora vas a poder enseñarme —le dije—, y a Billy también. Pero mamá, no me dijiste, ¿porqué estás acá en Tadoussac? Íbamos a agarrar camino hacia el fiordo para encontrarte mañana, en la cabaña.

—¿Y cómo iban a hacer eso? —preguntó.

—Tenemos a un amigo que tiene un barco —dijo Billy.

—¡Ustedes sí que son ingeniosos! —respondió, riéndose—. Eso está genial, pero ¿cómo iban a encontrar el lugar exacto de mi pequeño escondite? Nunca te envié un mapa, ¿o sí?

Sonreí con todos los dientes; todo este rato, me moría de ganas de contarle eso: —Tomé prestado *Las ballenas beluga y jorobadas del fiordo de Saguenay* —respondí.

—Pero... ¡ése es un libro sumamente raro! Es muy difícil de conseguir.

—Por eso fuimos a Mystic —expliqué—, pues recordaba que tú habías hecho un diminuto punto en el mapa del libro y que ahí era donde iba a estar tu casa. ¿Sí está ahí?

Asintió y pude ver lágrimas en sus ojos.

—Nunca habría pensado que recordarías eso, ¡eras tan pequeña!

—Recuerdo todo sobre ti —dije.

La mire fijamente, asegurándome de que entendiera el sentido de mis palabras. ¿Sabía ella acaso lo verdaderas que eran? Yo podía contarle cada cosa que pasó entre nosotras.

—¿Llegaste aquí en tu barco? —le pregunté a mamá—. ¿Vas a regresar a tu cabaña esta noche? Podemos llamarle a Atik y decirle que ya puede regresar a casa, podemos irnos contigo...

Mi madre se limpió las lágrimas, pero no dejó de mirarme; me sonrió con suavidad, como solía hacerlo cuando era pequeña, cuando hacíamos juntas las cosas más especiales y secretas, era una sonrisa de amor profundo.

—¿Por qué no se quedan en mi barco esta noche? —preguntó ella.

—Es curioso, eso fue justamente lo que nos dijo Atik cuando le mostré el lugar en el mapa, nos invitó a pasar la noche en su barco —dije—. Supongo que donde vives realmente *está* muy lejos de aquí.

—Sí, es muy lejos —dijo y luego se volteó para hablar con el cantinero en voz tan baja que no pude escuchar e hizo un gesto hacia la puerta, como si estuviera indicando que alguien estaba a punto de entrar. Por un momento me pregunté si tenía planes de verse con algún amigo aquí, pero cuando se volteó hacia nosotros dijo: “¡Vámonos!”.

—Tengo que pagar —dijo Billy.

—Ya me encargué de eso —dijo ella.

¡De eso hablaba con el cantinero! Le sonreí a Billy, quería decirle “¿Ves? Vamos a estar muy bien con ella, le importamos, ya le caes bien”.

Mi mamá caminó con nosotros por el muelle hasta llegar al *Lobo* para que pudiéramos recoger nuestras cosas y despedirnos de Atik. Él aún estaba en la cabina del timón, recargado hacia atrás en la silla con los pies sobre el volante, y seguía hablando con su novia.

—¡Hola, Atik! —llamó Billy.

—¡Hola! —dijo Atik bajando el teléfono.

—Ella es la mamá de Maia —dijo Billy.

—Gillian Symonds —dijo mi madre.

—Hola —respondió Atik.

—Reconozco ese barco —dijo mi madre—. ¿Eres pariente de George y François?

—Sí —respondió Atik—. François es mi hermano y Thomas es mi tío.

—¡Vaya! ¡Qué pequeño es el mundo! —dijo mi madre—. Especialmente para la gente que trabaja en el río.

—Sí, lo es —dijo Atik.

—Muchas gracias por traernos hasta aquí —dije.

—No hay problema —respondió—. Me voy a quedar un par de días para pescar con mi tío, así que probablemente por aquí nos veremos.

—Bien —dijo Billy. El muelle flotante había comenzado a subir con la marea, así que sin ninguna dificultad echó nuestras bolsas al muelle y brincó después de ellas.

Caminé hacia mi madre, pero ella sacó su celular del bolsillo e hizo un gesto para que nos adelantáramos. No sabía que tenía teléfono, me sorprendió mucho y me hizo sentir algo raro, más que nada porque había tenido tan poco contacto conmigo; pero luego me dije a mí misma que no me había llamado porque no tenía señal en la cabaña y que probablemente no venía al pueblo con frecuencia. Sin embargo, todavía sentía algo raro.

Billy y yo seguimos caminando. Escuché a mamá en el teléfono, su voz viajaba en el aire, hablaba bajo pero con cierta urgencia. ¿Le estaría llamando a mi papá? La miré fijamente tratando de ver si era así, pero no pude comprobarlo.

Billy y yo ya habíamos llegado a la playa en media luna, así que me di vuelta para mirar.

Las olas ya relamían la parte inferior del círculo que él había dibujado, pero nuestras

iniciales todavía estaban en la galleta de mar.

—No quiero que desaparezca —dije.

—No pasa nada, si la marea se la lleva yo la vuelvo a dibujar —dijo.

Levanté la mirada y vi resolución en sus ojos: nuestra promesa. Nos abrazamos fuerte, pero nos soltamos rápidamente cuando escuchamos que mi madre se acercaba. Me sentí muy ridícula por no querer que me viera abrazándolo, pero ella se había ido cuando yo tenía sólo trece años; yo necesitaba un poco de tiempo para dejar que los años y la manera, como había cambiado, nos alcanzaran en el aquí y el ahora.

—¿Qué estás viendo? —preguntó mamá siguiendo la línea de mi mirada hasta la playa.

—Algo que Billy dibujó para mí —respondí.

Mi madre se quedó mirando unos momentos y luego sacudió su cabeza.

—Tendré que verlo en la mañana, está demasiado oscuro ahora —dijo enérgicamente.

Pero no estaba demasiado oscuro, las luces de la calle iluminaban justamente el lugar, además, Billy había dibujado nuestras iniciales y la galleta de mar con mucha claridad, estaban delineados en la arena con profundidad. ¿Por qué fingió que no podía verlo?

—Es una galleta de mar —dije.

—Es algo muy interesante para dibujar —dijo ella.

—¿Llamaste a papá? —pregunté—. ¿Justo ahora?

—No, claro que no —respondió—. Si acabas de llegar, Maia. Dormiremos esta noche y mañana conversaremos todo al respecto.

Sentí una combinación de alivio y extrañeza; pero si no era mi padre, ¿con quién había hablado por teléfono?

Luego, los tres nos encaminamos, alejándonos de los barcos de pesca y avistamiento de ballenas, hacia el lado opuesto de la curva de la bahía, a la orilla más alejada del puerto. Las casas eran mucho más grandes por ahí. Paramos justo en frente de una de las más grandes y más austeras, era una gran mansión blanca que daba la impresión de que podría haber sido construida por un capitán de barco.

Mi madre le echó un vistazo a la puerta principal, ¿serían amigos suyos las personas que vivían ahí? Una sombra se movió entre las cortinas de una de las altas ventanas de la planta baja. Se me retorció el estómago. ¿Acaso alguien estaba observándonos?

—Vamos chicos —dijo mi madre guiándonos hacia abajo por una escalera blanca a un muelle privado que sobresalía de la bahía. No había playa en esta parte, sólo aguas profundas que, negras y quietas, brillaban con el reflejo de las lámparas del puerto.

—¿De quién son éstos? —pregunté, pero entonces llegamos al *Narval*, el barco que usaba mi madre en sus investigaciones; yo lo habría podido reconocer en cualquier parte por todas las fotos que mi madre me había enviado. El navío recibía su nombre de la

ballena ártica que posee un colmillo largo; cuando yo era pequeña, mi madre me había contado que el mito del unicornio había comenzado la primera vez que un ser humano se encontró con un narval.

Cruzamos la cubierta y bajamos por un pasillo lateral hacia la cabina. Mi mamá encendió las luces y pude ver que era un espacio muy acogedor, con colores cálidos, madera en todas partes, acuarelas enmarcadas y cojines rojos de tartán sobre los sillones fijos.

—¿Tienen hambre? —preguntó ella.

—No, estamos bien —respondió Billy.

—Recién comimos en el café —dije mientras mis palabras se iban convirtiendo en un bostezo enorme.

—Pero están cansados —dijo ella riendo.

Asentí, me sentía exhausta, como si hubiera estado levantando al mundo entero por tres años, haciendo yo sola que girara y sin soltarlo ni un segundo, a la espera del momento en que volviera a ver a mi madre. Y aquí estaba ella y por fin nosotras estábamos juntas.

Abrió los brazos y caí en ellos; me acariciaba el cabello, tal como lo había hecho a lo largo de mi infancia. Billy echó un vistazo por la cabina, estaba parado enfrente de un póster grande de unas ballenas (exactamente el mismo que estuvo colgado en el cuarto de las ballenas de mi madre antes) y revisó con interés las distintas especies.

—Pues, han tenido tremendo viaje —dijo mi madre—. Así que vamos a meterlos a la cama.

—No —repliqué—, quedémonos despiertos, por favor, hay tanto que yo quiero preguntarte...

—Lo sé —dijo interrumpiéndome en medio de otro bostezo gigante que no pude evitar—, pero mañana nos levantaremos temprano y entonces tendremos mucho tiempo para ponernos al corriente y charlar.

—¿Veremos ballenas? —pregunté.

—¡Seguro! Saldremos a verlas temprano.

—Hoy vi mi primera beluga —dijo Billy—, fue mucho más impresionante de lo que había esperado.

—¡Ah! —dijo mamá—. Y habrá muchas más mañana. Bueno, Maia, tú duermes en la cabina del frente y tú, Billy, en el cuarto que está en la popa.

—¿Y dónde vas a dormir tú? —pregunté ya que sólo había dos cabinas separadas en el barco.

—Yo, aquí, en este sillón; se convierte en cama —respondió.

Quería que se durmiera en el camarote de enfrente, conmigo. Algunas veces, cuando ella vivía en casa, nos habíamos quedado dormidas leyendo juntas, pero eso no iba a

pasar esta noche.

—Dulces sueños —dijo mi madre de la misma manera en que lo había hecho durante cada noche de mi vida, antes de irse.

—Mi madre solía decir eso —dijo Billy.

—Es que está en el manual para mamás —dijo ella.

—Sí —respondió él.

Entonces mi madre me abrazó y me dio una pequeña palmada en la espalda indicándome con el dedo el camino a la cabina delantera.

Billy se quedó quieto, mirándome. Ahí fue cuando caí en cuenta de que ésta iba a ser la primera vez, desde que Billy y yo emprendimos nuestro viaje, que no íbamos a dormir cerca uno del otro. Yo quería irme con él, abrazarlo, pero todo se sentía tan artificial. Logramos rozarnos con la punta de los dedos cuando nos cruzamos, pero eso fue todo.

Después, los tres nos fuimos a dormir en distintas partes del barco.

27 de mayo
En el fiordo Saguenay

Primero di vueltas un rato y después dormí tranquilamente hasta las ocho de la mañana. Me despertó el sonido de un bote que pasó y salpicó el casco del *Narval*. Confusa y desorientada, me levanté y caminé hasta la cabina principal. Encontré a Billy en la mesa comiendo cereal. Mi mamá no estaba.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No sé. Dejó esto —dijo.

Sentí pánico durante un minuto antes de leer su nota: “Hola a los dos. Desayunen y los veo pronto. Besos”.

Billy se levantó con un golpe de la cuchara contra la mesa y me abrazó. Los dos estábamos sudorosos de dormir en las pequeñas cabinas del bote y nuestras playeras se pegaron una a la otra. Billy se inclinó y yo alcé la cara y nos besamos; era el segundo día de estar tan cerca, y besarnos parecía casi normal. Sin embargo, todavía me daban escalofríos.

Mi madre regresó cuando nos volvimos a sentar y terminamos nuestros platos de granola. Era típico de ella, se levantaba temprano, lista para enfrentar el día con todo, sin perder el tiempo. Billy y yo escuchamos que caminaba apresuradamente en la cubierta, sobre nuestras cabezas. Lavamos rápido nuestros platos en el pequeño lavabo y subimos a encontrarnos con ella.

—Hola —dijo, dándome un abrazo—. ¿Cómo durmieron?

—Muy bien, mamá —dije. *Porque estoy contigo.*

Había tenido razón la noche anterior: era un muelle de agua profunda. Mirando hacia abajo comprobé que eran por lo menos seis metros, el agua estaba tan clara que podía ver el fondo lleno de rocas. Una estrella de mar parecía saltar en las profundidades. Combinaba con la manera como me sentía yo: increíblemente feliz. Billy y yo soltamos las cuerdas de la proa y mi mamá nos llevó a la bahía. El sol de la mañana reflejaba diamantes sobre el agua. Dimos la vuelta a la bahía y, de repente, llegamos al fiordo Saguenay. El corazón se me quedó atorado en la garganta. Sí, era espectacularmente hermoso, con muros de roca que se alzaban a cada lado del río azul oscuro, pero apenas me daba cuenta porque era el lugar en el que había soñado con volver a ver a mi madre. *Éste* era el lugar de mis sueños.

Y ella estaba ahí. Estábamos ahí.

Me paré junto a ella atrás del volante. Me apretó con fuerza. Olía tan familiar, así como la presión de su brazo a mi alrededor. Cuando era bebé, me cargaba en un columpio de mezclilla azul y, al parecer, yo nunca quería que me bajara. La quería tanto que nunca quería estar separada de ella. Lloré la primera vez que fui a la escuela. Con el tiempo se había hecho más fácil, por supuesto, pero estar ahí ahora, tan cerca, hacía que recordara esos primeros tiempos y cuánto la extrañaba, como si parte de mí se hubiera desgarrado en esos últimos años.

He de haber crecido desde la última vez que habíamos estado juntas, porque nuestros hombros estaban casi a la misma altura. Casi era tan alta como ella. Sonreí en secreto, esperando que se diera cuenta, pero estaba muy ocupada ajustando instrumentos y viendo alrededor.

—¿Las ven? —preguntó.

—¡Son tantas! —dijo Billy.

Me había concentrado en mi mamá y no las había visto: había ballenas por todas partes.

Las belugas nadaban en grupo por debajo de la superficie, los adultos eran blancos y lisos como el marfil, las más jóvenes eran gris pálido, casi plata. Salían por aire, giraban sobre sus espaldas y daban vuelta a sus cuerpos alzando las colas.

Había ballenas jorobadas, amables gigantes de doce metros con largas aletas blancas que se alimentaban con anillos burbujeantes, forzando a que la comida, el krill, el plancton, los copépodos y pequeños peces salieran a la superficie en grandes burbujas que tiraban desde dentro del agua. Nadaban cerca de nuestro bote y nos espiaban alzando las cabezas fuera del agua para mirarnos.

Me sentía en éxtasis, sorprendida. Las belugas nadaban junto a nosotros, como trazos blancos bajo la superficie. Me estiré sobre la cubierta y toqué la cabeza de una hembra, más pequeña que los machos; sabía que nos habían dado la bienvenida, venían a decirnos “hola” y sentía la conexión mágica con las ballenas que había imaginado todos estos años. Eran tan emotivas e inteligentes, y veía los hermosos ojos profundos y oscuros de ésta, comunicándome con ella.

Una ballena jorobada saltó y se echó completamente fuera del agua, aterrizando como una enorme ola que nos llegó como un rocío.

—¡Guau, eso es asombroso! —dijo Billy—. ¿Por qué hace eso?

—Está jugando, se siente feliz —dijo mi madre.

Otra jorobada hizo lo mismo, a cuarenta metros de distancia. Tres más sacaron la cabeza sobre la superficie, con las narices como montañas elevándose del mar, alrededor de nuestro bote, admirándonos.

—Son saltos espías, nos están checando —le dije a Billy.

—Te acuerdas del término —dijo mi madre, con orgullo.

—Te dije que recuerdo todo —dije.

Seguimos adelante y cada vez que una ballena saltaba, Billy gritaba y yo me sentía feliz. Las belugas eran lo mejor, nadando tan cerca, alzándose de la superficie como si quisieran que bajáramos del bote y les tocáramos la cabeza. Algo que Billy y yo hicimos. Él sonreía y yo me daba cuenta de que estaba lleno de emoción y maravillado como yo.

—Éste es un santuario de ballenas —dijo mi mamá—, y se supone que los botes tienen que permanecer a cuatrocientos metros de cualquier ballena. Las belugas están en peligro de extinción así que es muy importante que las protejamos. Sin embargo, las ballenas me conocen y se niegan a alejarse. Por supuesto que nunca las he alimentado, pero son criaturas muy sociables. Estoy segura de que vinieron a conocerlos.

—¡Eso era lo que yo estaba pensando! —dije, completamente sorprendida por todo.

—¿Cuántos tipos diferentes hay? —preguntó Billy.

—Hay belugas, minkes, jorobadas, de aleta, ballenas del norte Atlántico, cachalotes y, ocasionalmente, alguna azul —explicó mi mamá—. Algunas especies están en peligro de extinción y otras son vulnerables. La gris del norte Atlántico ya está extinta. Había algunas por aquí, pero no ha habido avistamientos desde que llegué.

—¿Qué les pasó? —preguntó Billy.

—Los humanos —dijo secamente—. El norte es el primer lugar que siente el cambio climático. El hielo que se derrite altera la salinidad y esto ocasiona que las algas crezcan en algunos lugares y maten las fuentes de alimentación. Las ballenas se mueren de hambre —me rompió el corazón pensar en ellas sufriendo por la comida insuficiente.

—La naturaleza necesita protección —dije.

Sus ojos brillaron como si estuviera orgullosa de lo que yo había dicho.

Apagó el motor y se acercaron más y más belugas a vernos, con las cabezas afuera del agua casi levitando hasta que se tocaba una a la otra. Mi mamá se acercó, me indicó que extendiera la mano y, claro, una ballena tras otra se extendieron para tocar mi mano.

—Ésa es Blue, ésa es Crescent y ésa, Eufótica; es la que se hunde más profundamente... —mi mamá me miró para ver si recordaba cuál era la zona fótica y sí: doscientos metros bajo la superficie del agua, donde no podía penetrar ninguna luz—. Y ése es Fito, de fitoplancton, y ésa es Polaris y ésa es Prematura, porque nació muy pronto.

Siempre les ponía nombres a las ballenas, incluso en nuestros viajes familiares, y me encantaba la manera cómo las reconocía como individuos, que notaba las diferencias de su apariencia: una v más profunda en la cola de una, una mordida en una aleta de un depredador, una cicatriz encima de la cabeza de otra por el encuentro con el propulsor de un barco.

—Estoy buscando a Perséfone —añadió mi mamá—. Una de mis belugas más regulares. La conozco desde que nació y estamos esperando que dé a luz un cachorro.

Tiene la canción más hermosa de cualquier ballena que haya escuchado y la extraño. Espero que la próxima vez que la vea haya tenido a su bebé.

—A lo mejor la veremos hoy —dije, preguntándome por qué las palabras de mi mamá me sonaban tan familiares, como si hubieran surgido de un sueño y me mareé, la cubierta se inclinó bajo mis pies.

—¿Perséfone tiene un lugar favorito? —preguntó Billy.

—No, podría estar en cualquier parte. Pero yo le estoy mandando mi propia canción y espero que la escuche y venga a encontrarse conmigo.

—Yo hice eso —dije—. Oí tu canción y vine a encontrarte.

Mi mamá se quedó parada detrás del volante y me sorprendió ver que tenía una expresión seria en los ojos. Me parecía muy extraño porque estábamos pasando un rato maravilloso.

—Eso hacen las hijas —dijo.

Seguimos un poco más al norte, por el fiordo. Las ballenas seguían rodeándonos, pero no había señal de Perséfone. La mañana pasó rápidamente y al medio día anclamos en una ensenada profunda en la playa occidental del fiordo.

Mi mamá había empacado un picnic playero. La canasta estaba llena de mis cosas favoritas, casi como si me esperara: manzanas, zanahorias, hummus y pan *bagnat*, los sándwiches más deliciosos del mundo, que eran una tradición de nuestra familia en el agua: una baguette crujiente rellena de atún, del que empacan en Francia con aceite de oliva y aderezan con corazones de alcachofa, tomates frescos, albahaca y limón.

No había puesto echalote porque sabía que no me gustaba.

—Está delicioso, señora... perdón, Gillian —dijo Billy.

—Qué bueno que te gustó. Quería que Maia probara su comida favorita.

—Me encanta —dije—. Mamá, dime la verdad, ¿sabías que iba a venir?

—¿Cómo iba a saberlo?

—Porque este picnic... es lo mejor.

—Me da mucho gusto que te guste, corazón —dijo—. Mientras dormían, salí a llenar la canasta.

—La tienda de Tadoussac ha de abrir temprano —dije.

—No fui a una tienda —dijo mi madre.

—¿A dónde fuiste, entonces?

—Ya me conoces, Maia, tengo mis recursos.

Usaba un cuchillo de pan para cortar la última porción de pan *bagnat* a la mitad para darnos cada una a Billy y a mí. Después, sin pedir ayuda, empezó a levar el ancla.

—¡Deja que yo lo haga! —gritó Billy, dirigiéndose hacia la boya.

Ella me echó una mirada larga y fija e incluso desde el camino pude ver el acero en sus ojos. Tenía que haberle advertido: había cometido un error crucial.

—Ya sé que tienes buenas intenciones —dijo—. Pero me puedo encargar del ancla, Billy. No soy la mayor admiradora de los caballeros.

Él regresó hacia mí y me di cuenta de que sus pecas resaltaban contra su piel, totalmente roja, como si lo hubieran abofeteado.

—Perdón —murmuré. También era así con mi papá.

Mi mamá encendió el motor y seguimos navegando hacia el norte. Yo sabía que Billy se sentía herido, pero lo manejó increíblemente bien. Sólo se pasó el mal trago, me tomó de la mano y me jaló hacia el barandal.

—Tenemos compañía —dijo Billy, mirando por la borda. Vi la forma enorme de una ballena jorobada: nos seguían su espalda negra y las aletas blancas inconfundibles que siempre me habían recordado unas alas. Una ballena más pequeña parecía pegada a su costado.

—Ella es Gris —dijo mi madre—. Y su hija, Aurora.

—¿En esta época del año tienen bebés las ballenas? —preguntó Billy. ¿Como Perséfone?

—Varía —respondió mi madre—. Vimos a este cachorro hace un mes, la mañana después de una exhibición increíble de auroras boreales. Por eso le pusimos ese nombre.

—Auroras boreales —repitió Billy.

Mi mamá asintió.

—Gris no tuvo bebés durante mucho tiempo. Las otras hembras daban a luz a sus cachorros y ella estaba ansiosa, su canto era muy agudo y doloroso, lleno de pena.

—¿Qué pasó después de que tuvo a Aurora? —pregunté mirando el pequeño cachorro casi pegado al costado de su madre.

Bueno, las madres extrañan a sus hijas, incluso antes de tenerlas. Tienen un espacio vacío en espera de que lo llenen. Así que después de mucha espera, finalmente encontró la paz.

—¿Su canto cambió? —preguntó Billy.

—Escuchen —dijo mi madre. Apretó un interruptor en la consola y de repente la música de las ballenas llenó el bote, desde unas bocinas que estaban en la parte de arriba. Había gorjeos y vibraciones: notas largas y demorosas que variaban de altas a bajas y me recordaban la música favorita de violín celta de mi madre, combinada con las notas bajas de una trompeta, a lo mejor un saxofón. La ballena sonaba apacible, feliz.

—Es en vivo —dijo mi madre—. Los hidrófonos que hay abajo del bote recogen los sonidos de la alegría de Gris. Ha cambiado desde que se convirtió en madre. Ésta es una grabación de cómo sonaba antes de que naciera Aurora.

Mi mamá movió el sintonizador, apretó un botón y emergió un sonido muy diferente.

Tenía razón: sonaba como un llanto. La ballena chillaba y gritaba, y su voz finalmente caía en un sonido muy bajo, como un sollozo.

La pena de la ballena despertó algo en mí. Gris había querido un bebé con muchísima fuerza y ahora que tenía uno su ser entero cambió. Y mi madre amaba a esas ballenas. Ahora, extrañaba a Perséfone, la esperaba, amaba a la bebé de Gris y esperaba a Perséfone y a su bebé escuchando sus canciones.

“Perdida”, “en espera”, “hija”, “canción”.

Me quedé helada. ¿Era posible que la visión de Morgane sobre el amor de mi madre fuera sobre las ballenas y no sobre mí?

—Apágalo, por favor —dije.

Sin embargo, mi madre no lo apagó y esa sensación de mareo me dominó, me hizo girar sobre mí misma. Perdí el equilibrio y choqué contra la consola. He de haber golpeado el interruptor del audio porque el sonido se detuvo.

—¡Maia! —dijo mi madre. Había estropeado su equipo electrónico y estaba volviendo a acomodar todos los interruptores que había golpeado accidentalmente, cada palanca que había volteado.

—¿Qué te pasa, estás bien? —me preguntó Billy, acercándose a mí y abrazándome. Apreté la cara contra su hombro. ¿Ese ataque era un síntoma de haber dejado mis medicinas? Las dagas estaban de vuelta, la sensación de caída era aterradora y fuerte. Oí que mi madre caminaba rápidamente hacia nosotros sobre la cubierta.

—Suéltala —dijo, pero Billy no me soltó. Me apretó un poco más y me meció contra su cuerpo.

Mi madre me tomó del hombro y me alejó de él.

—Oye —dijo Billy.

—Maia —dijo mi madre, ignorándolo. Habría estado casi bien si me hubiera abrazado, si hubiera podido pegarme a ella como el bebé ballena, pero ella no me iba a dejar—. Borraste parte de la grabación y podías haber destruido muchísima más información de mi investigación —dijo con seriedad.

—Perdón —dije.

—¿Qué te pasó?

—Me siento mal —dije.

—Tú no te mareas en un bote. Nunca antes fue así. Sólo mira fijamente al horizonte, eso te va a estabilizar.

Y así fue. Después de un rato. Me ayudó que Billy me tomara la mano, fuera de la vista de mi mamá. ¿Por qué no quería que me abrazara? Me imaginé que la noche anterior había tenido razón, que la yo de dieciséis años era muy diferente de la de trece años y que el contraste era demasiado difícil para que mi mamá lo soportara.

Esperaba que ya se hubiera terminado el periodo de abstinencia de los medicamentos, pero todavía me sentía bastante mal. Mi mamá dio la vuelta al bote y nos dirigimos hacia el sur. Parecía molesta conmigo, ¿por arruinar la consola, por marearme? Me dio gusto

cuando Gris y Aurora se perdieron de vista y tuve una sensación enloquecida, intranquila y absoluta de que no quería ver a Perséfone y, si de verdad había dado a luz, a su bebé recién nacido. Era extraño, porque nadie amaba más a los bebés ballena que yo.

—¿No vamos hacia tu cabina? —pregunté cuando me di cuenta de que íbamos en la dirección opuesta, de regreso a Tadoussac.

—No, Maia. No.

—¿Pero, por qué? ¿Nos vamos a quedar en el bote? ¿Vives en él? ¿No vives en tu cabaña?

—No —dijo—. No vivo en la cabina.

Me explotó la cabeza. El lugar en el que me la había imaginado durante tres años, ¿ni siquiera existía?

—¿La cabaña es real? —pregunté.

—Por supuesto, viste las fotos que te mandé. Pero es un lugar muy difícil para vivir con el trabajo que hago, con el equipo electrónico que necesito. Allí nunca hay recepción y siempre se va la luz, el receptor se muere y entonces todos los datos de los hidrófonos se pueden perder. Ya ves cómo me pongo cuando pierdo datos —dijo, tratando de hacer una broma sobre el momento que acababa de pasar. Pero yo no podía reírme—. Esa cabaña está en medio de la nada —continuó mientras navegábamos sobre el agua—. No tiene Wi-Fi, así que ni siquiera podía mandar correos al Instituto Oceanográfico, quienes financian mi investigación. Espera a que veas mi oficina, mi estudio. Está totalmente equipada, lo más avanzado de la tecnología. Ya vas a entender por qué tuve que dejar la cabina.

—¿A dónde te mudaste?

—A Tadoussac. Probablemente la viste, la casa blanca y grande sobre el muelle.

Me sentí sorprendida. Mi mamá vivía en una mansión en Tadoussac, no en una cabaña remota en el fiordo. Tenía un celular, tenía recepción, tenía luz. Les mandaba correos a los que financiaban su proyecto.

Sin embargo, a mí nunca me llamaba ni me mandaba correos. Me escribía cartas. Cartas que demoraban muchísimo en enviarse y en que yo las recibiera.

Traté de eliminar los sentimientos desagradables. Regresamos al puerto y atamos el bote. Cuando Billy, mi madre y yo bajamos al muelle, me dije a mí misma “estoy con mi madre, otra vez estamos juntas, me llevó con Billy a ver ballenas en su bote”.

Me pregunté, un poco, por qué tenía que decirme esas cosas en lugar de sentirlas. ¿Era porque mi mamá iba caminando rápidamente y con decisión por el muelle como algunas veces había visto que hiciera cuando estaba con mi padre, sin voltear a verme o sin hablar o tocarme el hombro, mientras jugaba con mi cabello y caminábamos?

Y después, estaba la casa.

Era enorme, pintada de blanco con escalones de granito que llevaban a un porche

amplio. Tenía un techo de dos aguas y alrededor de cien claraboyas en el segundo piso. Se veía muy vieja, pero prístina, el equivalente marítimo de las mansiones donde vivían los industriales ricos en Nueva Bretaña. El tipo de casa que mi madre siempre había desdeñado.

Hicimos una pausa en la entrada.

—Maia —comenzó.

—¿Qué? —pregunté.

Ella solo negó con la cabeza.

—Entra, ya verás.

Era el tipo de pueblo en el que se podían dejar las puertas sin llave. Mi madre abrió la puerta, como si la casa le perteneciera, y la mantuvo abierta para que pudiéramos entrar.

El estómago me dio un vuelco. Todo se sentía mal.

“Perdida”, “en espera”, “hija”, “canción”.

Tenía que admitir la verdad: esas palabras se referían a mi madre y a las ballenas, no a ella y a mí.

Pensé que darme cuenta era lo peor que me podía pasar, pero estaba equivocada.

27 de mayo
Tadoussac

Un hombre estaba de pie detrás de la puerta. Era alto, con cabello café canoso y barba, y llevaba camisa azul y pantalones caqui: el tipo de ropa que usaba mi papá.

Mi madre caminó hacia él y el hombre la abrazó mientras ella se paraba en el hueco de su brazo.

—Maia, él es Drake. Y mira, Drake, ellos son mi hija y su amigo Billy.

—Lo lograste —dijo Drake—. Guau, Gillian me dijo que tu papá le había dicho que era posible que vinieras, pero creo que ninguno de los dos le creímos por completo. Qué aventura tuviste.

No podía hablar. No sé por qué nunca había esperado que mi madre estuviera con alguien más, incluso cuando mi padre estaba con Astrid, pero no lo había pensado. Traté de sonreír, pero mi boca no se movió.

—Maia habría hecho cualquier cosa para llegar aquí —dijo Billy, dándole la mano a Drake.

—¿De verdad viven aquí? —pregunté mirando a mi madre.

—Ay, Maia.

—¿Por qué no me dijiste anoche? ¿Por qué nos quedamos en el bote?

—Yo sabía que... iba a ser difícil para ti.

¿Y esto, sus mentiras? ¿El hecho de que había inventado un cuento sobre una cabaña mágica en medio de la naturaleza? ¿O el hecho de que estaba con Drake? Estábamos parados en un recibidor lustrado con pisos de madera pulida. Yo sabía por mis clases de historia que sólo las personas más ricas de los siglos pasados podían pagar pisos hechos con tablones tan anchos, que la madera provenía del corazón de robles vivos.

Mi madre y Drake estaban abrazados junto a un reloj de pie antiguo, hablando en voz baja. El reloj sonó cinco veces, ahogando sus voces.

—¿Te parece bien? —me preguntó Billy en voz muy baja.

—No estoy segura.

—Drake... no te lo esperabas.

—Por decirlo suavemente.

Quería abrazar a Billy, quería que me estrechara en sus brazos. Me vino a la mente que él tenía razón: todo *había* cambiado el minuto que habíamos llegado ahí. Ahora deseaba que hubiéramos seguido viajando.

El último sonido resonaba en el aire. Sentí las miradas de mi madre y de Drake sobre nosotros.

—Vamos a sentarnos —dijo Drake.

—Sí, pasen, por favor —dijo mi madre, guiándonos hacia adentro.

La sala estaba cubierta de libreros y al lado de la chimenea había pinturas enormes con marcos dorados de barcos en altamar, que parecían de museo. Sobre la repisa de la chimenea había antiguos instrumentos marítimos de latón junto con fotos enmarcadas de personas que no reconocí. En el resto de la habitación había sillas de piel roja, dos sillones y un sofá cubiertos con una tela desvaída roja con azul de cachemir, y por todas partes había tapetes persas y mesas de caoba que parecían costosas. Era una habitación sacada de una de las revistas de Astrid.

Por un momento, me sentí reconfortada. No había modo de que mi madre viviera en un lugar como ése. A lo mejor se quedaba ahí por la recepción del celular y el Wi-Fi, pero éste jamás podría ser su hogar.

Ventanas de cuatro hojas veían hacia el puerto. Tenía un embarcadero privado con tres botes amarrados: un Zodiac, un bote inflable y el bote de mi madre. Me imaginé que el inflable y el bote pequeño eran de Drake. Sin importar lo que él pensara, mi madre sólo estaba ahí de visita.

—Tienen una gran vista —dijo Billy.

—Gracias —contestó Drake—. Mis abuelos construyeron esta casa. Llevamos mucho tiempo aquí, en esta parte de Canadá. Mi abuelo y su padre eran capitanes de barco.

Claro, pensé. Lo había sabido desde el momento que vi la casa.

—¿Qué tipo de barcos? —preguntó Billy.

—Mi bisabuelo llevaba pieles y maderas del este de Quebec por el San Lorenzo, hasta los grandes lagos o hacia Nueva Inglaterra.

Perfecto, pensé. Drake era descendiente de los tramperos, los europeos, que habían subyugado a los innu, habían llevado enfermedades a sus comunidades y habían tratado de destruir su cultura.

—Y su hijo, mi abuelo —continuó Drake—, era capitán de un barco de vapor que llevaba artículos de aquí a Boston.

—¿Tú también eres capitán? —preguntó Billy.

—Pues, tengo mi licencia —contestó Drake—. Pero yo soy como la mamá de Maia. Soy científico.

—¿De qué tipo? —preguntó Billy.

—Biólogo marino. Me enamoré del mar cuando era niño.

—Yo igual —dijo Billy—. Era pescador de langostas con mi abuelo.

Mi madre había estado parada a un lado, escuchando. Pero ahora había dado un paso

al frente, justo delante de Billy.

—Me pregunto qué piensa tu abuelo de que hayas dejado la escuela para hacer este viaje —dijo—. Me pregunto si está tan preocupado como el papá y la madrastra de Maia.

—No.

Mi madre y Drake esperaron que Billy dijera algo más, pero no lo hizo.

—Tenemos que hablar —dijo mi madre.

Me preparé. Iba a decirme que había llamado o que tenía que llamar a mi padre. Iba a decirme que me amaba y que le daba gusto verme, pero que tenía que hacer lo correcto y mandarme de regreso a Connecticut.

Pero no.

—Ya sé que todo esto es una sorpresa para ti —dijo, atravesando la sala para ponerse frente a mí, para mirarme directamente a los ojos—. No es así como quería que te enteraras.

—Soñaba contigo en la cabaña. Pensé que por eso no me podías contactar.

—Ya sé. A cada paso del camino pensaba, “debería decirle a Maia”.

—¿A cada paso de qué camino? ¿Te refieres a cuando conociste a Drake?

—Bueno, conozco a Drake desde hace mucho. Estuvimos juntos en la maestría e hicimos juntos nuestro primer trabajo oceanográfico importante.

Ok, eso era mucho tiempo. Hice cuentas y recordé que estaba en sexto de primaria cuando se había ido durante semanas a un trabajo de campo cerca del borde del témpano de la isla de Baffin, en el Ártico canadiense.

—¿Entonces a qué te refieres? ¿A cada paso de qué?

—Ay, Maia —dijo y me di cuenta de que sentía pena por mí. Drake se paró detrás de ella y la expresión de sus ojos era de simpatía pura. La circunstancia era tan extrema que me paralicé de miedo. ¿Mi madre estaba enferma? ¿Me iba a decir que estaba muriéndose?

—Dime, mamá. ¿Qué pasa?

Billy estaba mirando la puerta del recibidor y vi que se le abría la boca de par en par. Caminó hacia mí, pero no me tocó. Sólo se paró a mi lado, apoyándose de manera invisible.

Una mujer joven entró a la habitación. Se veía unos años mayor que yo y era casi tan alta como Drake, con cabello castaño trenzado y lentes de armazón dorado. Y estaba cargando a un bebé, no recién nacido, a lo mejor de un año. Mi mente hizo un millón de cosas en diez segundos y concluyó que la joven era la hija de Drake y el bebé, su nieto, y que mi mamá sabía que me iba a molestar que hubiera otra “hija” en su vida.

—Maia, ella es mi hija —dijo mi madre.

—No —casi me reí. Qué buena broma, la chica debía tener unos veintitantos. Ya

habría sabido sobre ella. A menos que... ¿era posible que mi mamá la hubiera dado en adopción? ¿La habría tenido antes de conocer a mi padre, antes o durante la carrera, cuando no estaba lista para la maternidad? ¿Dónde había estado la chica todo ese tiempo? ¿Podría ser una de esas historias de hijas que buscan a sus madres? ¿Esta persona la habría encontrado aquí, en Tadoussac?

La joven le pasó el bebé a mi mamá. Mi madre la acunó, ahora me había dado cuenta de que era una niña con cabello rizado rubio y ojos azules, que llevaba una playera con un estampado de ballenita rosa con corazones que salían del surtidor.

—Ella es Merie —dijo mi madre—. Tu hermana.

—¿Mi qué?

—Maia, le pusimos Merie pensando en ti —dijo Drake—. Por Mérope, otra estrella de las Pléyades.

Mi madre la sostuvo para que yo la cargara y la tomé en mis brazos sin darme cuenta. Merie borboteó y tomó mi cabello con sus manitas. Verla a los ojos azules, que me miraban con fascinación, era como verme a mí misma de bebé.

Le di un beso en la coronilla y le ofrecí mi dedo índice, que apretó con fuerza sorprendente. Sus uñas minúsculas apenas eran lo suficientemente largas para rasguñarme ligeramente. No me dolía. No quería soltarme.

Cuando se la devolví a mi madre, tuvo que hacer palanca para que me soltara el dedo. Merie se molestó, como si quisiera quedarse conmigo, y mi mamá la meció y le cantó una canción que me cantaba a mí:

Navegar sin temor
en el mar es lo mejor,
no hay razón de ponerse a temblar.

Seguramente estaba en trance, porque con toda seguridad no quería cantar, y sin embargo me descubrí cantando la siguiente parte, una especie de armonía familiar que mi madre y yo habíamos perfeccionado cuando tenía más o menos cuatro años; la voz me salió de la boca:

Y si viene una negra tempestad
reír y remar y cantar.

—Te encantaba esa canción —dijo mi madre y Merie se relajó con una especie de maravilla fraterna que nunca antes había visto en el rostro de alguien. Se había arrullado, buscándome otra vez. La dejé agarrar mi dedo y accidentalmente manché su manita de sangre.

—Ay, Merie, mi estrellita de mar, ¿rasguñaste a tu hermana? —le preguntó mi madre a Merie, que se apoyaba en su brazo derecho, apoyada cómodamente contra su costado

—. Vamos a lavarte al lavabo, Maia. Merie no conoce su propia fuerza. Tú eras exactamente igual de bebé, eras una pequeña central eléctrica.

Ella y Drake empezaron a caminar hacia la cocina, pero cuando llegamos al recibidor, tomé a Billy de la mano y lo jalé hacia la puerta principal. No me preguntó nada. Corrimos por el amplio porche, bajamos los escalones de granito y cuando llegamos abajo nos alejamos lo más rápidamente posible de la casa de los capitanes, de mi madre y de Drake, y de la bebé más hermosa que hubiera visto.

De mi hermana.

Mi media hermana.

Mi hermana.

Traté con todos los nombres, pero no importaba. La había amado a primera vista, pero su existencia convertía a mi mamá en la mentirosa más grande del mundo. Que no viviera en la cabaña no era *nada*, que tuviera un celular era cualquier cosa en comparación con el hecho de que había tenido un bebé y ni siquiera me había dicho.

No podía soportar las aburridas comodidades de la vida suburbana, las limitaciones de nuestra familia, pero estaba viviendo en una casa elegante con su nuevo esposo y su hija.

Billy y yo corrimos hacia el embarcadero, donde Atik se había detenido, pero cuando llegamos, el bote no estaba. Dos pescadores estaban descargando sus redes cerca del pilote donde había estado el bote.

—Oigan, ¿saben si el *Lobo* ya se fue? —les preguntó Billy.

—No —dijo uno de los dos—. Están sacando redes. Van a regresar antes de que oscurezca.

—No podemos esperar tanto tiempo —le dije a Billy.

—¿Entonces qué? —me preguntó.

—Era justo lo que tú decías. Fue un error haber venido. Todo cambió. Sólo que de una manera completamente diferente a lo que esperaba.

—Fue una impresión —dijo Billy, mirándome con cuidado.

—Algo así —dije. Todo era tan ridículo e irreal, estaba empezando a quebrarme, a reírme incontrolablemente.

Billy me tomó del hombro para controlarme.

—No te me vayas a desquiciar ahora.

—No me estoy desquiciando. ¿No crees que de verdad es gracioso?

—La verdad, no —dijo. Tenía una pregunta en la mirada—. ¿Regresamos a casa, a Connecticut? ¿Ahora que ya viste a tu madre? Porque no creo que vaya a funcionar que nos quedemos aquí.

—Tienes toda la razón. Pero no vamos a regresar allá. Galleta de mar —dije.

—Galleta de mar —dijo. Finalmente, había logrado sonreír.

Miré por encima del hombro, por el embarcadero, esperando que mi madre hubiera salido disparada detrás de nosotros. Lo último que quería era regresar a su casa, que me explicara todo de nuevo o de una manera diferente.

—Vamos a alejarnos del puerto en lo que regresa Atik.

—Está bien —dijo Billy.

Y era bueno en eso, en sacarnos de un lugar donde no queríamos estar. No había nadie mejor. Nos agachamos atrás de un cobertizo y subimos por un camino estrecho cubierto de hojas de pinos. Nos dirigimos al oeste hacia el sol poniente, que estaba todavía lo suficientemente alto como para pintar la bahía y las copas de los árboles del mismo tono mantequilla.

Viajábamos ligeros, pues habíamos dejado nuestras cosas en el bote de mi madre. Sin embargo, también me sentía ligera de otras maneras. Mi cabeza se sentía como si se fuera a ir flotando. En la cima del camino, encontramos el bosque costero que se alzaba detrás del pueblo. Nos rodeaban unos pinos altos. Sentí que si seguíamos una hora más íbamos a estar bastante lejos, y después, simplemente podíamos seguir avanzando, justo como Billy quería desde el principio.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Al paraíso y de regreso —respondí—. Sólo que no vamos a regresar.

—Suenas bien —contestó.

Al doblar una curva llegamos a una colina abierta que bajaba a unas cuantas casas, el tipo de colina que, cubierta de nieve, sería perfecta para un trineo. Una escalera de madera estaba atada al tronco de un árbol, pero, aun mejor, un columpio colgaba de una de sus ramas retorcidas.

El amplio asiento del columpio estaba hecho de una tabla astillada. Parecía viejo, como si hubiera estado ahí desde siempre. Me pregunté si lo usaban los niños de las casas de abajo. Billy probó las cuerdas largas tirando de ellas para comprobar que fueran seguras.

—Súbete —me dijo.

—Somos demasiado grandes para los columpios —respondí—. Me pregunto qué hay arriba de esa escalera...

—Súbete —insistió.

Y me subí. Él me empujó, suave al principio. *Toma*, su mano en mi espalda baja, *toma*, y lentamente me balanceé adelante y atrás. La parte hacia adelante estaba bien, pero el regreso era mejor porque me encantaba sentir que unos dedos tocaran mi espalda. *Toma*, un poco más duro, y subí un poco. Desde ahí, vi el techo rojo del hotel desde arriba y el puerto que se extendía hasta el río San Lorenzo.

Las palmadas de Billy se convirtieron en empujones firmes; me empujaba con las dos manos cada vez que regresaba. Y cada vez me balanceaba más lejos y más alto. El río

me recordaba de dónde habíamos venido, todo el camino del este. Me recordaba la reserva y entonces, regresando a la bahía, con su estela espumosa en forma de v detrás, vi al *Lobo*.

—Atik está llegando —dije.

—Bien —dijo Billy. Pero en lugar de bajarme para que pudiéramos dirigirnos al embarcadero, Billy sostuvo el columpio con firmeza y se subió sobre la tabla a mi lado. Apenas cabíamos. Él sostenía las dos cuerdas con un brazo a mi alrededor y nos impulsó hacia adelante con sus piernas, después hacia atrás, hasta que empezamos a balancearnos. No tan alto como había subido antes, pero seguíamos subiendo.

Alcé la mirada hacia él. Sus pecas parecían resaltar más que nunca y tenía los ojos fijos en mí; estaba sonriendo extraño, una media sonrisa.

—Es justo esto.

—¿Qué? —pregunté.

—Algo que siempre has buscado, pero que nunca sabes cuándo va a ocurrir.

—¿Encontrar un viejo columpio astillado sobre un pueblito de Canadá?

—Exacto —respondió—. Es lo que siempre había soñado.

—En serio, ¿qué?

Seguimos subiendo y bajando un minuto más. El sol se había puesto anaranjado y bajó un poco más, observando sobre las altas rocas del fiordo, haciendo que la bahía pareciera de fuego.

—Es el mejor momento de mi vida.

—¿Éste, ahora mismo?

—Sí —dijo y me besó. Sus labios eran suaves y el beso había sido tierno, pero sentí que una energía emanaba de él, como si quisiera volar, correr un millón de kilómetros o atravesar el río nadando. O quizá la energía emanaba de mí.

—Es un buen momento, es verdad —dije cuando dejó de besarme—. Pero habrá otros mejores. Van a ser mucho mejores. Lejos de aquí, lejos de ella.

Él me escuchaba y no estaba segura de por qué no me mostraba su aprobación. Podía oír sus pensamientos como él podía oír el canto de las langostas, y estaba planeando nuestro trayecto, nuestro escape. Todos esos días de prófugo con su padre le habían enseñado mucho. Ya lo había demostrado hasta ahora en nuestro viaje, incluso ese día, que había encontrado el sendero que nos había llevado a esta colina, a este columpio.

—¿A dónde vamos a ir ahora? —le pregunté—. Vamos a tener que entrar a hurtadillas en su bote para recuperar nuestras cosas. No importa si lo cerró, siempre usa la misma combinación, 1-9-0-7, el año que nació Rachel Carson. Pero, después de eso, ¿qué? ¿Regresamos a la reserva con Atik?

—Te gustó, ¿no? —me preguntó.

—Me encantó —respondí—. Si no hubiéramos tenido que venir aquí, habría querido quedarme, ¿y tú?

—Estuvo bien —dijo.

—Podríamos trabajar ahí, ir a la escuela a la que fue Atik y romperles la cara a todos los buleadores.

Billy sonrió.

—Maia, mi chica ruda.

—Muy ruda —respondí, dichosa porque había dicho “mi”: “Maia, mi chica ruda”.

—Yo creo que deberíamos bajar, antes de que se ponga demasiado oscuro —dijo.

—Está bien —respondí y empezamos a caminar. El camino hacia abajo parecía más pronunciado, las hojas de pino del suelo estaban más resbalosas de lo que habían estado al subir. Billy y yo íbamos de la mano para asegurarnos de que no nos cayéramos. Así éramos: siempre nos cuidábamos el uno al otro. Me sentí eufórica; él tenía razón: estábamos viviendo los mejores momentos de nuestras vidas.

“Hasta ahora”, me dije a mí misma. Imagina el resto de nuestras vidas. Siempre íbamos a estar juntos, teníamos que estar juntos, y la vida iba a ser cada vez mejor a partir de ahora.

—¿Crees que lo tenían todo planeado? —pregunté.

—¿Quiénes?

—Mi madre y Drake —dije—. Ja, ja.

—¿Cómo que “ja, ja”?

—Sólo que es gracioso, si lo piensas. Ella lo ha conocido desde hace años y resulta que termina aquí, en el mismo pueblo donde él vive. Está tan lejos de Connecticut, tan lejos de todo. No sólo nos abandonó a mi padre y a mí, nos dejó por él, ¿no crees?

—Sí, lo había pensado —dijo.

Teníamos que concentrarnos porque estábamos caminando sobre una ladera con piedras sueltas, peñascos, en realidad, mucho más grandes de lo que habían parecido de subida, cuando había mejor luz.

—Me siento mal por Merie —dije—. Si mi mamá pudo hacerme esto a mí, se lo va a hacer a ella. Eso es lo peor. Ella es ese tipo de persona.

Billy no contestó. Me daba cuenta de que estaba concentrado en que ambos bajáramos a salvo por la parte rocosa. Había un ligero acantilado que no había percibido, una caída casi libre de seis metros. Volví a sentirme mareada y casi me desmayo. No estaba segura de que pudiera seguir bajando.

—Somos exactamente iguales, tú y yo —dije y apreté su mano.

—Tú lo sabes —dijo.

—Aún más de lo que ya sabía.

—¿Sí? —preguntó—. Pensé que eso era imposible.

—Los dos tenemos malos padres. Quiero decir, realmente malos. Tu padre, lo que le hizo a tu madre. Y mi madre...

—Por lo menos ella no mató a nadie —dijo Billy.

Oí las palabras en mi mente: “perdida”, “en espera”, “hija”, “canción”.

No eran para mí, ni siquiera eran para las ballenas: eran para la nueva hija de mi mamá. Eran para Merie. Las cuatro palabras eran para la otra hija de mi madre.

Dentro de mí, todo se rompió. Todos mis huesos y mis órganos chocaron unos contra otros, el corazón me explotó. Mi cuerpo se derrumbó y me hiqué sobre la tierra, sintiendo que la sangre se había detenido en mis venas.

Después oí una voz que resonaba en los muros rocosos del fiordo, los acantilados se alzaban y caían a nuestro alrededor, al agua totalmente abierta. La voz era apasionada, sollozante, fuerte y enloquecida. La voz gritaba, y era la mía.

—¡Sí, mató a alguien, Billy! ¡Me mató a mí, me mató a mí, mi madre no me ama, me mató!

28 de mayo
Tadoussac y más adelante

—Bueno, eso fue vergonzoso —dije a la mañana siguiente. Billy me había ayudado a bajar de la colina hasta el bote de Atik. No recuerdo que mis pies se movieran. A lo mejor me había cargado. No podía dejar de llorar, así que él y Atik me habían metido a la cama, al camastro individual que había debajo, y Billy me había observado toda la noche. En realidad no me dormí, me desmayé.

Y ahora, seguía acostada ahí, con Billy a mi lado, y trataba de sonar normal, despreocupada, como si una chica que aullara en una grieta y que su novio tenía que llevar a la cama fuera lo más normal del mundo.

Sin embargo, yo sabía que estaba en ese lugar otra vez: la depresión real, el agujero negro.

Billy me había dejado en el *Lobo* con Atik y había ido al bote de mi madre a recoger nuestras cosas. Como sospechaba, su contraseña era la misma: 1907. Había regresado con nuestras bolsas de lona y busqué mis medicamentos. Ya sabía que no tenía que tomarme todas las pastillas al mismo tiempo para compensar los días que me había perdido, pero me metí cuatro en espera de que funcionaran rápidamente, que llevaran la serotonina a mis receptores y me hicieran sentir bien enseguida.

El catre de Atik era muy estrecho, pero Billy se sentó en el borde, a mi lado, tomando mi mano. Yo estaba sonriendo, pero del esfuerzo los labios me temblaban y me escurrían lágrimas por los ojos.

—Perdón por haber actuado de esa manera.

—Está bien —repuso.

—No, es horrible. Me voy a mejorar. Los medicamentos van a hacer efecto. No debí haberlos dejado...

—¿Te los dejaste de tomar, Maia?

—Ya sé, qué tontería —y también había sido una tontería escondérselo.

Él no dijo nada, me hizo pensar que estaba de acuerdo conmigo en que había sido una tontería. Eso me dolió. Todo me dolía.

—¿La viste, a mi madre? —le pregunté.

—No —dijo.

—¿O a Drake?

Negó con la cabeza.

—Me dijo Atik que habían venido anoche, más o menos cuando fui al bote de tu madre, pero les dijo que no nos había visto. Les hizo pensar que ya nos habíamos ido.

—Me sorprende que hayan preguntado.

—Sigues siendo su hija.

—Lo que sea que eso signifique. Me siento mal por Merie —era más fácil pensar en mi media hermanita de cabello rizado que en mí misma. Mi madre *me había* matado. O habría podido hacerlo.

Era una reacción al trauma. Había aprendido al respecto en Turner. Cuando algo te hiere o te impresiona terriblemente, te sales de ti mismo. Tienes otra parte que vive dentro de ti que toma el control. Los recuerdos de lo que ocurrió son resbalosos o incluso se borran. Una parte, más fuerte que las demás, lidia con el dolor, la ira o la pena, y protege a la parte más frágil.

Así era como me sentía en el catre: en mi mente flotaban algunos jirones y segundos del día anterior, de la noche anterior, de las revelaciones de mi madre, de Merie mirándome a los ojos, mi voz gritando en la colina. Sin embargo, la imagen completa era demasiado dura para soportarla.

Era más fácil dormir, y eso hice.

No sé cuánto tiempo pasó. Era uno de esos sueños de los que uno entra y sale, sueña y después se da cuenta de que tiene los ojos muy abiertos, los cierra y pasa por el mismo ciclo. En todos los sueños, luchaba. Me escondía de unas bestias mitológicas aladas, conducía a toda velocidad por una montaña, peleaba con una mujer enmascarada.

Volví a despertar. El bote había estado meciéndose suavemente sobre las olas y la marea, pero de repente, se detuvo como si alguien se hubiera parado encima con todo su peso.

—¿Maia?

Oí que alguien decía mi nombre. La voz era muy familiar, pero no podía ponerle cara. Diez segundos después, mi padre bajó por la escalera y se hincó al lado del catre. Me quedé acostada ahí, sintiéndome como una piedra.

—Vamos, corazón. Vámonos —dijo.

No me podía mover. Sin embargo, después me sostuvo la mano como si tuviera seis años y, muy lentamente, me sacó de la cama y me ayudó a subir a la cubierta con él. El sol me cegó y me hirió los ojos, y parpadeé con las sombras que eran sólo una silueta.

Una vez que mis ojos se ajustaron, vi a mi madre, a Drake, a Astrid y a Billy parados en el embarcadero. Atik estaba parado a un lado con un hombre que supuse que era su tío. Mi padre y yo subimos hasta ellos por el muelle largo e inclinado.

Billy se separó del grupo y fue hacia mí. Me puso los brazos alrededor de los hombros y enterré la cara en su pecho.

—¿Ya ves a qué me refiero? —dijo mi madre—. Es como si le hubieran lavado el

cerebro. Ya le dio todo el poder. Y tiene un expediente criminal; me gustaría que lo arrestaran, no puedo soportar que se haga esto, la crié para ser fuerte, independiente...

—Gillian —dijo mi padre.

—Andrew, si hubieras puesto atención no habrías dejado que esto ocurriera —dijo mi madre—. Astrid y tú están demasiado concentrados el uno en el otro para darse cuenta de que su hija es tan miserable que le cedió todo el poder...

—Basta —dijo mi padre, con voz más fuerte.

Esperaba que Astrid saliera en defensa de ella misma y de mi padre, pero se quedó ahí parada, en un silencio poco característico.

—Démosle a Maia la oportunidad de hablar —dijo Astrid finalmente.

Me sentí furiosa porque se inmiscuyera. ¿Qué tenía que hacer ahí? *Era la primera vez que mis padres y yo estábamos juntos en años*, pensé. Sólo que no estábamos juntos, en realidad. Para nada.

—No quiero hablar. Sólo me quiero ir de aquí. Billy...

—Oigan, amigos —dijo Atik—. Tengo que volver a la reserva.

—Llévanos contigo —dije.

—No podemos ir con él, Maia —dijo Billy.

—Nos vemos —dijo Atik. Traté de jalar a Billy para que fuéramos con Atik. Vi que él y su tío desataban las cuerdas, saltaban al bote y conducían hacia el este. Billy me abrazó con más fuerza. Quería que nos escapáramos como lo habíamos estado haciendo durante tanto tiempo. Habíamos huido de la casa, de mi madre, y ahora quería que huyéramos de todos los que estaban aquí. Me sentí como si hubiéramos perdido nuestra mejor oportunidad, la de huir con Atik. No podía soportar lo que mi madre estaba diciendo sobre Billy.

—Quítale las manos de encima —dijo mi madre, acercándose.

—Gillian —dijo Drake—. Hay que estar tranquilos. Todo va a salir bien.

—Entonces, ayúdame —dijo mi madre, viendo a Billy.

—¿Por qué le echas la culpa a él? —le pregunté—. Yo soy la que empezó esto, yo quería encontrarte. Ésa es la razón por la que estamos aquí. Ayer estabas diciendo qué maravilloso era, qué hábiles habíamos sido por llegar hasta aquí...

—Francamente, Maia —dijo Drake—, tu madre no sabía qué pensar o qué decirte. Estaba preocupada por tu inestabilidad y quería asegurarse de que no fueras a decaer.

—Podrías haberme contado de Merie —dije, mirándola a los ojos—. Antes de que llegáramos aquí.

—Maia, tenía miedo de cómo te lo ibas a tomar. Podría haberlo hecho mejor, pero tenía miedo de cómo lo ibas a manejar —dijo mi madre. Y ya estaba justificada porque obviamente no lo había manejado bien.

—¿Dónde está ahora? —le pregunté—. ¿También a ella la vas a abandonar?

—Está con la niñera —dijo Drake.

—¡Ni siquiera sabía que existía! —dije—. Tuviste un bebé hace un año y yo no lo sabía.

—Está bien —dijo mi madre—. Eso ya lo habías dicho.

—Yo creo que Maia se merecía saber que tiene una media hermana —dijo mi padre.

—¡Tú no te metas, Andrew! Lo que pasa entre Maia y yo no tiene nada que ver contigo.

—Es igual que siempre con ustedes dos, siempre se están peleando —dije alzando la voz. Sentí el pánico, histeria, justo igual que en el camino de la montaña.

Apreté a Billy aún más fuerte y respiré profundamente para calmarme. Deseaba que simplemente pudiéramos desaparecer. Busqué en mi bolsillo y sentí la galleta de mar; cuando había ido a buscar nuestras cosas, Billy la había envuelto en papel y la había dejado en la almohada junto a mí, para que la encontrara cuando despertara. Ahora la sostuve como si fuera un talismán mágico que pudiera transportarnos a otro lugar.

—Por favor, sácanos de aquí —le murmuré a Billy.

—Maia, no puedo —me contestó en un susurro.

Le entregué la galleta de mar. Me soltó lo suficiente para desenvolverla y mirarla.

—Nuestra promesa, no vamos a regresar —dije.

—Ay, Maia —dijo mi padre, triste.

—Andrew, ya es hora; todos van a perder su vuelo —dijo mi mamá.

—¡Tú le llamaste! —dije, volteando hacia ella con la cara roja—. No podías esperar a deshacerte de mí. Simplemente no podías esperar.

—No es verdad —dijo mi madre.

—Claro que sí. Lo sentí todo el tiempo, qué problemático era que yo estuviera aquí. Lo único que has hecho es mentirme sobre todo. Nada de lo que creía sobre ti es verdad. Y ahora, sólo querías deshacerte de mí, así que llamaste a papá y...

—No fue ella —dijo Billy.

—¿Qué? —pregunté, mirándolo directamente a los ojos verdes—, ¿cómo sabes?

—Porque le llamé yo —dijo.

—¡No! —no lo podía creer. En ese segundo, pensé que me iba a morir. Él me sostuvo las dos manos. La galleta de mar estaba apretada entre nuestras palmas. Las lágrimas me enturbiaban la vista. La traición de Billy me llenó todo el cuerpo como un veneno—. ¿Por qué? —le pregunté, pero fue lo único que pude decir.

—Porque me preocupé mucho —dijo— cuando estábamos en el acantilado y empezaste a gritar me asusté mucho por ti. Y después, cuando regresamos al bote y lo único que podías hacer era dormir... no había nada que pudiera hacer.

—Estoy mejorando —dije—. El medicamento va a empezar a funcionar otra vez.

—Eso espero, eso es lo que yo quiero —dijo Billy—. Pero no estaba seguro; no

podía verte sufriendo así, necesitas ayuda, Maia. Más de la que yo puedo darte.

—Bueno, eso es algo —le dijo mi madre a Billy—. Hiciste lo correcto, pero también la trajiste hasta este punto. No habría hecho este viaje si tú no la hubieras alentado. Cuando esto se termine, quiero que te mantengas lejos...

—Déjalo en paz —dijo una voz profunda, detrás de donde estábamos parados. Un viejo se acercó a nosotros, cojeando y con un bastón.

Todos volteamos a verlo. Tenía el cabello completamente blanco, rostro ajado y arrugas de sol alrededor de los ojos y la boca, como si hubiera pasado toda su vida en el agua. Llevaba pantalones de trabajo color caqui y una playera lisa. Tenía los ojos verdes.

—¿Cómo se atreve? —dijo mi madre—. Es una discusión familiar, así que, por favor, manténgase al margen.

—Yo soy familia —dijo—. Soy el abuelo de Billy.

La mirada del hombre se clavó en la de Billy. Pensé que Billy también lo había llamado, pero se veía completamente sorprendido, enraizado en donde estaba, incapaz de moverse.

—Abuelo —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Recibí una llamada —dijo su abuelo.

—¿Quién te llamó?

—No importa, Bill. Ven conmigo.

—Pensé que no me querías —la voz de Billy se quebró. En su rostro, vi al niño pequeño que había sido, al niño que todavía necesitaba a su familia y que no podía creer que su abuelo, el hombre que lo había abandonado y lo había enviado a un orfanato estuviera ahí.

—Cometí un error —dijo su abuelo, con voz ronca—. Un grave error.

—Abuelo, está bien.

—No, no está bien, pero hay que arreglarlo. Vamos a casa.

—¡No! —dije, aferrando la mano de Billy—. No puedes, tenemos que estar juntos. Tenías razón, todo cambio aquí, pero puedo regresar. Puedo volver a ser como antes. ¡Nuestro pacto!

Billy me abrazó, apoyó la frente contra la mía y nos miramos a los ojos como lo habíamos hecho en el camino.

—Quiero que te quedes la galleta de mar —dijo—. Por nosotros. Tenemos que hacer esto ahora, Maia. Tú tienes que curarte. No sé quien llamó a mi abuelo, pero ahora está aquí y...

—Te vas a ir con él.

—Sí, me voy con él —dijo Billy.

—Puedes arreglar las cosas con él después —discutí—. ¡Pero ahora nos necesitamos el uno al otro!

—Maia —dijo, con la cara llena de dolor.

—¿Qué va pasar con nosotros? —pregunté.

Billy negó con la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos.

—Todo lo bueno de mi vida había desaparecido, pero tú lo trajiste de regreso. Me mató llamar a tu papá, pero lo hice por ti. No había otro modo.

—Pero sí hay otro modo. Confías en mí, ¿verdad? Dijiste que confiabas en mí. ¿Por qué no podemos seguir juntos y sólo confiar en que todo va a salir bien?

—Porque no va a ser así —repuso—. No ahora mismo.

Billy me besó enfrente de mis padres y de mi madrastra, de Drake y de su abuelo. Éste era apenas el tercer día que nos besábamos y las rodillas se me debilitaron, no por esa sensación de cercanía que nos envolvía y nos mantenía en nuestro mundo hermoso y privado, sino porque parecía el final.

—Vamos, Billy —dijo su abuelo—. Nos espera un largo viaje.

—Está bien, abuelo —dijo Billy y después se fue. No miró atrás. Tuve la sensación de que no podía. Oí que el bastón de su abuelo seguía golpeando el embarcadero hasta que estuvieron demasiado lejos como para que los siguiera oyendo.

—Será mejor que tú también te vayas, Andrew —le dijo mi madre a mi papá—. Los tres van a perder su vuelo.

Los tres: mi papá, Astrid y yo. No ella y yo. Ahora ni siquiera era parte de su familia. Sentí que todo lo que había querido y todo lo que me había preocupado se disolvía más rápido que el dibujo de Billy en la arena.

—No has cambiado, Gillian —dijo mi papá—. Sólo quieres que nos vayamos de tu vida, no puedes esperar a volver a lo que estás haciendo.

—No sabes nada de mí —dijo ella—. Nunca has sabido.

—Porque no dejas que las personas...

Escuché que Drake entraba a defender a mi madre. La discusión siguió y después era sólo un rugido en mis oídos. No recuerdo haber movido los pies, pero de repente estaba en el borde del muelle, el río se emborronó ante mis ojos.

Sentí un brazo alrededor de mi hombro. Olía a Chanel No. 5. Sabía que si daba la vuelta iba a ver el suéter de cachemir blanco, el collar de oro pesado.

—¿Maia? —preguntó Astrid en voz baja.

Estaba tratando de abrazarme, pero me deslicé por debajo de su brazo.

—Lo siento —dijo. Si empezaba criticar a mi madre, iba a perder la razón, la iba a empujar al agua.

—No digas nada, Astrid —dije.

—Por lo que estás pasando —continuó. Su voz era amable. No quería que ella viera, pero no pude evitar que las lágrimas se escurrieran de mis ojos. Me preparé para la siguiente parte: me iba a decir que sabía que esto iba a pasar, que sabía que otra vez me

estaba deprimiendo y que, por supuesto, yo debía conocer mejor a mi madre como para esperar algo de ella. Sin embargo, después vino la sorpresa.

—Estás enamorada —dijo.

Me sentí sorprendida y volteé a verla. Nadie más me había dicho eso. Nadie parecía entenderme. Pero, como era Astrid, pensé que tenía que venir algo más, un giro del tipo “te lo dije”. Seguramente era una trampa.

—Y él también está enamorado de ti.

—¿Cómo sabes? —le pregunté con voz temblorosa, haciéndome hacia atrás porque no confiaba en ella y no podía soportar lo que podía venir después.

—Ay, Maia —dijo, con una sonrisa triste—. Cualquiera que los hubiera visto, a cualquiera de los dos, se habría dado cuenta —y supe que estaba diciendo la verdad.

Vi las pecas de Billy, su sonrisa amplia, sus ojos verdes.

Mi amor había empezado antes de este viaje, en casa, sentada en mi habitación junto a la ventana y mirando hacia la colina donde estaba Stansfield. Me di cuenta de que mi mano estaba vacía. Busqué en mi bolsillo, la galleta de mar tampoco estaba ahí. Seguramente la había tirado cuando nos separamos.

—Siento que ya se terminó —dije. Oí que las palabras resonaban en mis oídos y no podía creer que le estuviera diciendo a Astrid algo tan íntimo.

—No —dijo Astrid—. Si hubieras oído lo que le dijo a tu padre cuando llamó, los dos supimos, lo dos pudimos sentir cuánto le importas, cómo quiere lo mejor para ti. Hizo un sacrificio. Abandonó el tiempo que tenía contigo para asegurarse de que obtuvieras ayuda.

—Pero también llamó a su abuelo —dije, y se me quebró la voz—. Para poder alejarse de mí.

—No, Maia —dijo Astrid suavemente—. Yo lo llamé. Sin ti, sabía que Billy iba a estar muy solo. Encontré a su abuelo en línea y le conté todo. ¿Sabes qué? Quiere que Billy esté con él. Lo quiere mucho.

Y después de eso, al pensar en todo lo que Billy había perdido, cómo lo habían metido en una institución lejos de su vieja vida, de la pesca de langostas con su abuelo, empecé a sollozar. Pensé en lo mucho que quería que estuviéramos juntos, en lo horrible que había estado la noche anterior, cuando me enteré sobre mi madre. Todo llegó a mi mente.

Astrid me jaló hacia ella para abrazarme. Empecé a resistirme; mi mente me decía que me alejara. Sin embargo, por alguna razón no lo hice y después estaba apoyada contra ella, apretándola fuerte, sin querer que me soltara.

—Llévenme a Turner —dije sollozando—. Creo que tengo que ir.

—Por supuesto, Maia. Te vamos a llevar, te vamos a llevar ahora mismo —dijo Astrid.

12 de julio
Instituto Turner

—Buen trabajo, Maia, buen trabajo —dijo Simone, bromeando a medias.

—¿Por qué los doctores siempre dicen eso después de las sesiones? —pregunté, sentada en el borde de mi cama.

—No sé, pero es lo que siempre dicen —dijo Simone—. Me imagino que porque de verdad hay que trabajar para mejorar. La depresión es una carga.

Asentí. La terapia era intensa y había tenido muchas sesiones durante las últimas seis semanas en Turner; igual que mi compañera de habitación, Simone.

Alta, delgada, con cabello negro que le llegaba a los hombros, era al mismo tiempo guapa y brillante: había llegado aquí desde Harvard. Su madre era afroamericana, su padre cubano y los dos eran profesores universitarios en Nueva York. El otoño anterior, Simone había empezado el primer año de la universidad pensando que algún día también iba a dar clases de Estudios sobre la mujer, como su madre. Sin embargo, había sido difícil adaptarse y extrañaba su casa. Sus clases habían sido agotadoras. Había tenido el mejor promedio de la preparatoria, pero ahora tenía miedo de reprobar. A mediados del semestre de primavera, se había derrumbado.

Había dejado de levantarse por las mañanas. Por primera vez en su vida, se saltaba las clases y apenas las pasaba. Cuando trataba de leer una tarea, todas las palabras se le atropellaban. Se sentía como si el inglés se hubiera convertido en una lengua nueva que no conocía. Había perdido la habilidad de pensar y se dio cuenta de que era un fraude. Cuando iba caminando hacia el tren con una vaga idea de que tenía que llegar a una estación para tomar un tren a Nueva York, casi la atropella un camión.

El conductor se detuvo y, aunque Simone no se lastimó, se sentó en la banqueta y no pudo dejar de llorar. Llegó la policía. La llevaron a una sala de urgencias y unas horas después, cuando llegaron sus dos padres, dispusieron que la internaran en Turner. Ahí, estaba mejorando. Realmente era el mejor lugar, aunque a veces no quisiera admitirlo.

—Me encantó ser tu compañera de habitación —dije.

—Igualmente. No puedo creer que me abandones.

—Vas a mejorar pronto.

—Si sigo haciendo el *trabajo* —dijo y las dos nos reímos: un poco de humor de hospital.

—En septiembre, las dos vamos a estar de vuelta en la escuela —dije. Iba a poder

seguir en el mismo curso junto con el resto de mi salón, siempre que tomara un curso de verano cuando regresara a casa.

—Sí —dijo Simone—. Hasta la vista, Cambridge; hola, vivir en casa.

—Ya sé, pero en NYU.

—De hecho, me hace mucha ilusión. Tienen departamentos de Psicología y de Estudios sobre la mujer buenísimos. Harvard dijo que podía transferirme si quería, pero lo dudo.

—No proyectes. ¿No acabas de oír a la doctora Hendricks? “Es bueno tener metas, pero mantente en el presente” —citó a nuestra psiquiatra con su acento inglés, amable y melodioso. Simone y yo no sólo habíamos sido compañeras de cuarto, sino que compartíamos al mismo psiquiatra, lo que nos había unido aún más. A menudo volvíamos a discutir nuestras sesiones de terapia durante la noche, para ver quién imitaba mejor a la doctora Hendricks, aun cuando el personal nocturno hacía sus chequeos.

Le conté a Simone del doctor Bouley, a quien seguía queriendo y a quien iba a ver cuando llegara a casa; ella me dijo que no tenía idea de quién iba ser su doctor en Nueva York; eso la asustaba un poco, pero la tranquilicé diciéndole que siempre podía intentar con alguien nuevo si no la convencían. A lo largo de los años, me había vuelto una experta en ese tipo de cosas.

—¿Me vas a visitar en la ciudad? —me preguntó Simone.

—Definitivamente —dije.

—Sí, me parece recordar que tienes un amigo que la conoce muy bien —dijo, bromeando.

—Así es —contesté.

—¿Qué vas a extrañar más de este lugar? —me preguntó—. ¿Además de a mí?

Lo pensé. Me parecía extraño decir que iba a extrañar algo de Turner, pero la verdad era que esta vez sí iba a ser así. Había sido un capullo tranquilo, que me protegió del mundo exterior hasta que fuera lo suficientemente fuerte.

—Los chequeos, no —dije.

—Claro, va a ser bueno dormir la noche entera.

Al principio me pusieron en chequeos de cada dos minutos; cuando el personal iba a revisar que estuviera a salvo, es decir, viva y sin hacerme daño.

No estaban equivocados porque cuando llegué al hospital los pensamientos suicidas eran muy fuertes. Durante los primeros días, deseé haber brincado del acantilado la noche que empecé a gritar. Era muy difícil querer seguir. Sentí que había perdido a mi madre dos veces: cuando nos dejó y otra vez ahora, cuando dejé Canadá sin querer volverla a ver. Vivir con esa realidad había dejado de tener sentido.

Hay algo sobre querer morir: piensas que nada volverá a ser bueno. Los terapeutas, los doctores y las enfermeras psiquiátricas te dicen que así será, que si te mantienes firme

y consigues un poco de perspectiva, volverá cierta felicidad, incluso la alegría.

Y aunque no había llegado todavía a ese punto, empezaba a llegar. En cada sesión con la doctora Christine Hendricks me había llevado de vuelta a Tadoussac y a la verdad sobre la vida de mi madre.

La doctora Hendricks había escuchado que describiera lo feliz que se veía de verme la primera noche en el café del puerto, cómo me había abrazado y besado. Cómo todavía creía que “perdida” “en espera”, “hija” y “canción” eran sobre mí.

Me había parecido más fácil hablar de las ballenas: cómo sus canciones cautivadoras expresaban sus propias emociones, cómo tenían vidas complicadas y relaciones como las de los humanos. Anhelaban el contacto, como Gris y Aurora, y desaparecían de sus hogares, como Perséfone.

Me pregunté si Perséfone había vuelto aparecer, si había tenido a su bebé.

Finalmente, hablamos sobre el verdadero bebé de mi vida: Merie. Cuánto la amaba a pesar de estar sorprendida de su existencia. Después, finalmente habíamos llegado a mi madre: sus mentiras y omisiones, la realidad de que no era como yo la había imaginado o quisiera que fuera. La doctora Hendricks dijo que algún día estaría lista para volverle a escribir, incluso para verla, pero no tenía que apresurarme, podía esperar a que estuviera lista.

Estaba lista para muchas cosas, pero no para eso. “Todavía no”, le había dicho a la doctora Hendricks. Había guardado la verdad verdadera para el doctor Bouley: nunca iba a volver a ver a mi madre. Pero si lo decía en Turner, a lo mejor no me dejaban salir.

Turner de verdad no estaba tan mal. Llamaban a las instalaciones “el campus” como si fuera una universidad en lugar de un hospital. Se parecía un poco a la Universidad de Ivy League, con cuatrocientas hectáreas de pasto y bosque, incluyendo un roble gigante que había estado ahí desde la guerra de la revolución. El famoso arquitecto del paisaje Frederick Law Olmsted, que había diseñado el Central Park, en Nueva York, había encontrado la manera de construir sus magníficas tierras alrededor del árbol antiguo y yo lo amaba por eso. De ser posible, lo amé aún más cuando me enteré de que había tenido una especie de colapso mental y había terminado en un hospital como éste. Me reconfortó pensar que el hombre que había creado un entorno tan pacífico e inspirador no había sido inmune a los demonios de la miseria. Si la enfermedad mental podía afectarlo a él, podía pasarle a cualquiera.

Cuando abrió sus puertas, en 1820, el hospital, que solía llamarse “Asilo para enfermos mentales Turner”, (buen nombre, ¿verdad?) tenía edificios parecidos a mansiones de ladrillos con torres y torretas, ventanas emplomadas, techos de pizarras y muchas chimeneas. Algunas habitaciones tenían chimeneas de los viejos días, y los muebles de mármol añadían un toque agradable, pero las gargantas cerradas con yeso nos recordaban que no había escape, ni siquiera por la chimenea.

La mayoría de nosotros amábamos sentarnos bajo la sombra de las ramas de los robles y los maples, caminar por los caminos con el personal, con Simone y otros pacientes. Dejaban que la gente fumara en las caminatas. Los pacientes no tenían permitido tener encendedores o cerillos, así que sólo podíamos encenderlos cuando el personal estaba ahí. Una chica, Calista, era muy inteligente y bonita con un estilo de cabello corto castaño con lentes de armazón negro grueso, pero era tan nerviosa y ansiosa que llevaba dos cigarros, uno en cada mano y se turnaba para fumar de los dos.

—Maia, ya llegaron por ti —Natalie, una de mis enfermeras favoritas, asomó la cabeza en la habitación.

—Muy bien —dije, mirando a mi alrededor para asegurarme de que tenía todo. Esas cuatro paredes, pintadas de amarillo claro, me habían mantenido a salvo durante este último mes y medio. Mi bolsa de lona estaba llena de todo lo que había llevado, incluyendo los cuadernos que había llenado con notas y dibujos. Había empezado a convertirlos en una novela gráfica. Quizá me inspiró el hecho de que Turner había ayudado a muchos escritores. O tal vez fuera tan sólo la necesidad de que lo que había pasado tuviera sentido.

Simone y yo nos abrazamos y me puse mi mochila al hombro. Natalie y yo caminamos hacia la estación de enfermeras.

Él estaba parado justo junto al elevador, esperándome. Me acerqué a él, sintiendo olas de timidez y de emoción. Era la primera vez que nos veíamos en seis semanas.

—Hola —dijo Billy.

—Hola —dije.

—¿Lista para el camino? —preguntó.

Asentí. Michele, otra de mis enfermeras favoritas, me dio un abrazo y me dio mis papeles de salida, un fajo de prescripciones y suficientes medicinas para sostenerme hasta que pudiera cambiarlas. Abrió el elevador y Billy y yo nos pusimos en marcha.

Cuando bajamos al estacionamiento, alcancé a ver nuestro coche y respiré profundamente: la oxidada camioneta roja.

—No puede ser —dije.

—Sí —respondió—. Mi abuelo y yo la recogimos la semana pasada —tomó mi mochila de lona y la puso detrás del asiento. Volteó a verme. Aún no nos habíamos tocado.

—A mí me parecía bien... venir a recogerte en ella. Estaba bastante seguro de que tu papá iba a querer llevarte a casa él mismo —dijo.

—Me imagino que confía en ti.

La palabra confianza.

—Maia, ya sé que te herí terriblemente cuando lo llamé.

—Hiciste lo correcto.

—No estaba seguro...

—Sólo vámonos, Billy —dije.

Y nos fuimos.

Manejando al sur hacia Connecticut, básicamente volvimos a trazar la ruta que habíamos hecho de camino al norte. Esta camioneta había sido nuestro hogar lejos de nuestro hogar. Habíamos buscado escapar de la vida real y del dolor de la pérdida de nuestras madres, nos habíamos convertido en la familia del otro y mucho más.

Billy buscó a través del asiento como si quisiera tomar mi mano, pero no lo hizo. A lo mejor se sentía tan incómodo como yo. Todos esos días manejando hacia Tadoussac, nos habían hecho sentir cómodos el uno con el otro. Había empezado a sentir que sabía cómo se sentía dentro de su piel. Sin embargo, justo ahora había seis semanas de tiempo entre nosotros y todo volvía a ser nuevo otra vez.

—¿De verdad estás mejor? —me preguntó.

—Sí.

—¿Cómo lo hiciste?

—Hablando mucho, además, tomando mis medicamentos y escribiendo.

—Cartas —dijo, asintiendo.

—No sólo eso. También empecé una novela gráfica. Era parte de la terapia de arte, pero quiero seguir con ella.

—No me contaste. ¿De qué se trata?

Dudé. Era muy difícil resumir mi escritura porque no era lineal, no era como una lista de temas, personajes o contextos.

—Un *road trip*, ballenas y... —dije.

No quise decirle la última palabra: “amor”. No podía decirlo en voz alta. Billy y yo éramos diferentes ahora.

—Quiero leerla —dijo.

—Ya la leerás algún día —en el hospital había hecho dibujos y había contado la historia de Billy y yo huyendo uno con el otro, la historia de nosotros. Sin embargo, ahora, sentada al lado de él en la misma camioneta que se había vuelto tan familiar, donde habíamos compartido tanto, me sentía dudosa, como si necesitara mantener algunas cosas dentro, sólo para mí.

—Me dio mucho gusto cuando respondiste mis cartas —dijo.

Me había llevado un rato. Las primeras dos semanas, había estado tan enloquecida con la agonía de que me hubiera abandonado en Canadá, que me hubiera entregado con mi padre, que no podía ni siquiera leer sus cartas. Sin embargo, finalmente, mejoré lo suficiente para abrirlas, junto con la caja que envió con la última, y leí estas palabras:

Te envió la galleta de mar. No es la original que encontramos,
pero significa lo mismo. No pienses que rompimos

nuestra promesa, Maia. La verdad es que no volvimos; no volvimos a donde estábamos. Yo llegué a un lugar diferente, a mi familia, a mi hogar, con mi abuelo.

Nunca íbamos a volver sin el otro. Tú estás en Turner ahora y vas a estar en tu casa, en Nueva Bretaña, mientras que yo voy a estar viviendo en Stonington, pero podemos estar separados y seguir juntos. ¿O no?

¿Podíamos?

La doctora Hendricks me había dicho que tuviera cuidado con los absolutos, con la idea del para siempre. Era muy inteligente y sabía muchas cosas, y quería que procediera con cautela. Miré a Billy al otro lado del asiento y en el mismo segundo él miró hacia mí. Me sentí tímida, al ver sus ojos verdes, lo cual era extraño después de todo lo que habíamos pasado. A lo mejor era así como debía ser. Parecía imposible que no volviera a verlo en clase. No iba a poder mirar hacia el hogar Stansfield y ver su luz encendida en el segundo piso, en la ventana del lado extremo derecho.

—Parece que estás muy lejos —dijo Billy—. Dime en qué piensas, dónde estás.

—Justo aquí.

—¿Estás segura?

—Stonington es lejos de Nueva Bretaña —dije.

—Para eso es la camioneta roja —dijo, echándome una mirada—. Para el resto de este verano y los fines de semana cuando empiece la escuela.

—No va ser lo mismo.

—Nada lo es, Maia. Tú lo sabes mejor que nadie —el cambio no tenía que ser triste, decía la doctora Hendricks. Al principio podía romperte el corazón, pero si lo dejabas pasar, podía llevarte a un lugar mejor.

—Voy a ir a visitar a mi padre en prisión —dijo Billy después de un rato.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida.

—Sí, en serio. Su abogado va a poner mi nombre en la lista de visitantes.

—¿Y qué piensa tu abuelo?

—Me dijo que soy una persona, no sólo el hijo de mi padre. Comprende que tengo que ver a mi padre a los ojos.

—¿Pero, por qué? —pregunté.

—Por ti —dijo Billy—. Tú lo hiciste con tu madre. Nada podía ser más duro, Maia. Fuiste muy valiente.

“No, no lo soy”, quería decirle, pero me di cuenta de que él lo creía de verdad y eso me puso a pensar. Viajar tan lejos para ver a mi madre había sido un poco valiente. Dejarla al final, había sido muy valiente. Verla cómo era, cómo realmente era y no cómo la había soñado, había requerido más valor del que pensaba que tenía.

—Tú me ayudaste a ser valiente —dije.

—No, siempre fuiste tú. Estaba justo ahí, eres impresionante.

Me reí, porque impresionante era una palabra que no me definía para nada. Algo que jamás podría inspirar. En una de las cartas de Gen me decía que la impresionaba Tiler Peck, el bailarín principal del Ballet de la Ciudad de Nueva York. Gen decía que ella, Clarissa y yo debíamos ir a Nueva York a ver a Tiler en *El cascanueces*. Pensé en invitar a Simone y hacer que mis mundos se encontraran por un momento. Sería agradable.

Sin embargo, justo en ese momento mi único mundo era esta camioneta y Billy. Lo miré. ¿Qué habría pasado si hubiéramos seguido adelante? ¿Por qué extrañar a alguien podía incluir tanto dolor? ¿Habría estado pensando en Helen? ¿A lo mejor incluso había hablado con ella?

—¿Hay otras personas? —pregunté.

—¿En el mundo? —me preguntó sonriendo—. Sí.

—Quiero decir, en tu vida. Nuevas personas, ¿conociste a alguien? ¿Y viejos conocidos? —no podía decir su nombre.

—¿Helen? —preguntó.

El estómago me dio un vuelco. ¿Cómo podía saber que estaba pensando en ella?

—No. Ni ahora ni nunca. Otra cosa que este viaje hizo por mí... fue dejar las cosas viejas en el pasado.

—¿Ella es algo viejo? —le pregunté.

—Lo más viejo. No he pensado en ella desde...

—¿Desde?

—Desde ti.

Seguimos manejando el silencio con escalofríos en los brazos porque lo que había dicho él también era verdad para mí. Para mí, sólo estaba Billy.

Justo entonces pasamos la desviación hacia Nueva Bretaña, hacia mi casa.

—¿Se te olvidó el camino? —pregunté.

—No.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunté.

—¿Tienes el libro? —preguntó.

Sabía exactamente a qué se refería: *Las ballenas beluga y jorobada del fiordo Saguenay*.

—El libro verde —dije—. Sí, lo tengo.

—Entonces, yo creo que ya sabes.

Ni siquiera contesté, pero sentí el inicio de una sonrisa. En lugar de tomar la carretera, la ruta más directa, Billy nos llevó por caminos secundarios. Era nuestro territorio. Nos detuvimos en una gasolinera y llenamos el tanque. Esta vez, teníamos bastante dinero porque Billy había pasado las últimas semanas pescando langostas con su

abuelo.

Por supuesto, nos detuvimos en la tienda y compramos golosinas, gomitas y galletas de queso. Comimos mientras manejábamos y encendí el radio en una de nuestras estaciones al final del cuadrante. Alcanzamos a sintonizar WBRU que cruzaba el aire desde la Universidad Brown, y recordé nuestra caminata por la calle Thayer. El camino daba vueltas a través de los campos de Connecticut. Pasamos rápidamente, mientras la música seguía sonando.

—¿Esa canción es...? —preguntó Billy justo cuando salió una canción.

—No lo puedo creer —dije.

Sentí fuegos artificiales en el pecho cuando recordé la última vez que habíamos oído “Wagon Wheel” de Old Crow Medicine Show. Y ahí estaba otra vez.

Billy orilló la camioneta y se detuvo justo enfrente de un muro de piedra cubierto de líquen que rodeaba una extensa granja. Unas filas de maíz crecían altas, tallos verdes que se alzaban al cielo azul. Un establo rojo resaltaba a la distancia y un rebaño de vacas blancas con negro se dirigía a casa para que las ordeñaran. Con el sonido exuberante de los violines, Billy tomó mi mano y me jaló hacia el campo. Empezamos a bailar. Me dio una vuelta y, como habíamos hecho siete semanas atrás, en el bosque de Canadá, nos abrazamos con fuerza para movernos al ritmo de la música. Billy cantó el coro con la boca contra mi oído:

So rock me mama like a wagon wheel...

—Sí, te voy a mecer —le dije.

—Y yo a ti —dijo, riendo.

Seguimos bailando cuando la canción se terminó. La música cambió y nosotros también habíamos cambiado, pero no podíamos dejar de cantar “Wagon Wheel”. A lo lejos, en el establo, oímos que mugían las vacas. Las nubes veraniegas flotaban en el cielo azul. Nos abrazamos y, por primera vez desde Canadá, nos besamos.

Después, teníamos que irnos.

Cuando nos estábamos alejando del campo, vi una piedra plana que se había desprendido del muro de granito. Me hiqué a su lado y Billy recogió un montón de piedras. Las apilamos una encima de la otra, una a la vez, hasta que tuvimos un túmulo perfecto. Después, nos subimos a nuestra camioneta roja oxidada y seguimos el camino.

Faltaban muchos kilómetros para llegar a Mystic. Teníamos que hacer algo importante, crucial, de vida o muerte. Me pregunté si la pequeña biblioteca estaría abierta. Si no, esperaba que Charlie, el guardia de seguridad, nos dejara pasar. Pensé que probablemente si nos iba a dejar.

“Dime dónde estás”, me había pedido Billy. Estaba justo ahí, a su lado. Habíamos

cambiado, pero también éramos los mismos, vivíamos en ciudades diferentes, pero de cualquier modo estábamos juntos, habíamos viajado cientos de kilómetros y habíamos vuelto a casa. A pesar de todo, todo había salido bien.

Y ahora era momento de devolver el librito verde. Después, quizá fuéramos a la playa. Podíamos caminar por la orilla, pararnos con los pies entre las olas de Long Island Sound, nuestras aguas originarias, y escuchar a las langostas. Podíamos recordar las ballenas de Tadoussac.

Y, después, Billy me iba a llevar a casa. •

Quería escribir sobre una adolescente con depresión, porque sé muy bien cómo es eso. No estoy segura de cuántos años tenía cuando empezó por primera vez. Sí, recuerdo que desde cuarto de primaria me perdía casi la mitad del año escolar porque “me sentía mal”. Era difícil descifrar de *qué* me sentía mal, no era exactamente dolor de garganta o de estómago, sino las dos cosas y más. (Me dolía la garganta porque estaba conteniendo lágrimas y palabras. No podía decirle a nadie que estaba triste y preocupada todo el tiempo).

Tenía mis razones. Mi papá bebía y a menudo no regresaba a casa por las noches. Yo lo esperaba, a veces hasta el amanecer, y estaba demasiado cansada para ir a la escuela. Era tímida y me sentía diferente a los demás niños. Pensaba que si se enteraban de la verdad de mi familia, todo se iba a derrumbar. A pesar del dolor que me provocaba mi familia, quería a mis papás y a mis hermanas y sentía que tenía que protegerlos.

Escribir me ayudó a sobrevivir. Escribía cuentos y poemas. Siempre se trataban de personas que se amaban, que seguían juntas ante cualquier circunstancia, que tenían vidas felices. Era lo opuesto a Sylvia Plath: mientras que Sylvia escribía poemas desgarrados, directos del corazón, sobre cómo se sentía deprimida y autodestructiva, yo mantenía esos sentimientos encerrados por dentro y escribía sueños de una realidad diferente de la que estaba viviendo, pues deseaba desesperadamente que todo estuviera bien. Quería con ansias que mi familia fuera la gente feliz y “normal” sobre la que escribía.

En la preparatoria, fui muy afortunada. La maestra de mi salón notó mis ausencias (actualmente, las escuelas investigan, pero en ese entonces muchos problemas psicológicos y de comportamiento se consideraban problemas completamente familiares) y recomendó que viera a una consejera. Mis padres dijeron que estaba bien, siempre y cuando no hablara de nuestra vida familiar. Una locura cuando esa era la fuente de que me sintiera mal. Sin embargo, mi consejera era inteligente y creativa y me ayudó a expresar mi angustia por medio de dibujos. De ese modo, aunque en realidad no “hablé” de nada, fue un enorme alivio que alguien se preocupara por mí y me comprendiera.

Las cosas mejoraron, posteriormente empeoraron y después mejoraron otra vez.

Como Maia, pasé un tiempo como paciente de un hospital psiquiátrico y encontré a una terapeuta maravillosa. Tomó un rato encontrar la medicación adecuada, pero finalmente lo conseguí. Todo eso me ayudó mucho. La depresión no es algo que deba avergonzarnos. Es una enfermedad que puede tratarse, hablarse y controlarse. Tengo que poner atención y asegurarme de cuidarme. Cuando no lo he hecho, ha vuelto. Sin embargo, mientras recuerde que hay ayuda y la busque, la vida mejora.

Si tú que estás leyendo esto te sientes muy triste, como si algo malo estuviera pasando, o si quieres hacerte daño, por favor, cuéntale a alguien de confianza. Pueden ser tus padres, tus hermanos, tu mejor amigo o tu maestra favorita, pero hagas lo que hagas, no te lo guardes. Muchas personas se preocupan por ti, incluyéndome.

Besos
Luanne

ALGUNOS LUGARES PARA ENCONTRAR AYUDA EN ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO*

EN ESTADOS UNIDOS

National Suicide Prevention Lifeline: 1-800-273-TALK (8255)

Esta línea de apoyo gratuita, con servicio las veinticuatro horas, te pondrá en contacto con un consejero capacitado del centro de apoyo contra el suicidio más cercano.

El proyecto Trevor: 1-866-488-7386, www.TheTrevorProject.org

La línea de ayuda del proyecto Trevor es una línea de prevención de suicidio, especial para adolescentes lesbianas, gays, bisexuales, transgénero y transexuales, pero puede llamar cualquiera que necesite ayuda, los jóvenes y también sus padres, miembros de la familia y amigos.

The Jed Foundation, www.jedfoundation.org

La Jed Foundation trabaja para la salud mental y emocional con estudiantes universitarios y también reduce el estigma que algunas personas pudieran sentir sobre sus problemas emocionales o la búsqueda de tratamiento.

McLean Hospital Adolescent Acute Residential Treatment (ART),
<http://www.mcleanhospital.org/programs/adolescent-art>

Se trata de un programa de hospitalización en Belmont, Massachusetts (cerca de Boston), para adolescentes y adultos jóvenes que sufren enfermedades como depresión, ansiedad y trastorno bipolar. También ofrecen ayuda a jóvenes que sufren recurrencia de abuso de sustancias.

EN MÉXICO

Asociación mexicana de suicidología, A.C.

Esta asociación brinda una recopilación de teléfonos de atención psicológica, en la república mexicana.

Guanajuato: 01 800 290 0024

Puebla: 01 800 900 VIDA (01 800 900 8432)

SAPTEL (Ciudad de México y resto del país) (55) 5259 8121

Aguascalientes: a través del 066 (y luego en el 911)

Jalisco: 075 y 01 800 227 4747

Chihuahua: *2232

Tijuana y Baja California: 075

Coahuila: 01 800 822 3737

Campeche: 01800 232 8432

La Universidad Autónoma Metropolitana recopila información en el siguiente enlace:
http://www.uam.mx/lineauam/lineauam_dep01.htm

* En la edición en inglés, la autora incluye sólo datos de centros de ayuda en Estados Unidos, para la edición mexicana proponemos además los centros de apoyo del país con la intención de que esto resulte de ayuda a los lectores mexicanos. (N. de la E.)

«Entonces de verdad empecé a llorar. Él olía a nuestra familia, a la manera como habíamos sido: el bosque, un manglar salado, la cabina de un bote y una ballena que salía a la superficie. Que me abrazara con tanta fuerza me hizo pensar en nosotros tres, en nuestra pequeña unidad que no tenía por qué separarse.»

Desde que su madre se fue de casa, Maia lucha contra la depresión. Está segura de que si se reencuentran y las dos pueden volver a hablar de constelaciones y ballenas, todo estará bien otra vez. Maia está enamorada de Billy, el chico nuevo de la escuela, que no parece enterarse de que ella existe... hasta ahora. En un viaje por carretera, sabrá que Billy tiene secretos oscuros, y que también quiere superar su pasado. Pero ¿qué les depara el futuro si llegan a su destino? Ambos dejarán atrás la inocencia para descubrir que el mundo es muy intrincado y los seres humanos complejos.



Luanne Rice es autora de bestsellers de *The New York Times*. Ha vendido más de 22 millones de ejemplares en todo el mundo y cinco de sus novelas se han adaptado a películas de televisión y miniseries. Luanne divide su tiempo entre Old Lyme, Connecticut, y Nueva York. Visita su sitio web en www.luannerice.net

La belleza perdida

Título original: *The Beautiful Lost*

Primera edición digital: octubre de 2017

D. R. © 2017, Luanne Rice. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Scholastic Inc., 557 Broadway, Nueva York, NY 10012, Estados Unidos. La contratación se negoció mediante Ute Körner Agencia Literaria S. L. U., Barcelona – www.uklitag.com

D. R. © 2017, derechos de edición para América Latina en lengua castellana:

Ediciones B México, S. A. de C. V., una empresa de
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © 2017, Mariana Hernández, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-529-361-5

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La belleza perdida	4
Capítulo 1	6
Capítulo 2	18
Capítulo 3	26
Capítulo 4	30
Capítulo 5	37
Capítulo 6	48
Capítulo 7	56
Capítulo 8	62
Capítulo 9	69
Capítulo 10	81
Capítulo 11	89
Capítulo 12	102
Capítulo 13	119
Capítulo 14	124
Capítulo 15	136
Capítulo 16	144
Capítulo 17	156
Capítulo 18	163
Capítulo 19	171
Capítulo 20	180
Capítulo 21	190
Capítulo 22	199
Nota de la autora	209
Algunos lugares para encontrar ayuda en Estados Unidos y México	212
Sobre este libro	215
Sobre la autora	216
Créditos	217

